



*El Secreto de la  
señorita Sinclair*

Libro  
4 de la  
serie  
Secreta

*Amylynn  
Bright*

# **El Secreto de la señorita Sinclair**

**Amylynn Bright**

Traducido por Ana Cecilia Castaño

“El Secreto de la señorita Sinclair”

Escrito por Amylynn Bright

Copyright © 2019 Amylynn Bright

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

Traducido por Ana Cecilia Castaño

Diseño de portada © 2019 Jaycee DeLorenzo

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

# Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[El Secreto de la señorita Sinclair \(Libro 4 de la serie Secreta.\)](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y Dos](#)

[Capítulo Treinta y Tres](#)

[Capítulo Treinta y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta y Cinco](#)

[Capítulo Treinta y Seis](#)

[Epílogo](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?](#)

Dedicación

Para mis antepasados, quienes lucharon en el territorio de Missouri, gracias.

## Capítulo Uno

Anna leyó de nuevo la carta proveniente de la Oficina de Guerra.

*Lamentamos informarle que su padre, el General Sinclair, ha sido clasificado como perdido y se presume muerto en acción en el Valle Mississippi de los Estados Unidos de América. Jugó un valeroso papel a favor de los intereses de la Corona en el Continente Norteamericano.*

Estaba perdido, no muerto. Era una importante diferencia.

Había estado esperando recibir una carta parecida de la Oficina de Guerra desde que tenía doce años. La única variable real era dónde moriría su padre, en qué campaña, en qué batalla, contra qué enemigo.

El Sr. Grayson se aclaró la garganta.

—Mis sinceras condolencias, señorita Sinclair.

Ella asintió y devolvió la carta a su sobre, luego la deslizó en su bolsillo.

—Oh, querida. —La Sra. Bartley le envolvió las manos—. Esto debe ser toda una conmoción. Insistí en venir con el Sr. Grayson cuando me enteré por mi hermana de lo que había pasado.

Habiendo sido la amiga más querida de la madre de Anna, se esperaba que la anciana sintiera algún tipo de obligación hacia Anna, como hija única de su compatriota.

Anna asintió de nuevo, su mente daba vueltas por la noticia. Tendría que escribir sus propias cartas, hacer arreglos. Quizás no lo último, dado que el cuerpo de su padre no había sido encontrado. ¿Qué hacía uno cuando esto pasaba? Si su padre le hubiera permitido quedarse con el regimiento luego de que su madre muriera, quizás sabría el protocolo cuando no había un cuerpo. En vez de eso, la había enviado lejos a vivir con amigos de su infancia durante estos últimos doce años, y ahora no sabía qué hacer. ¿Quién podía enterrar a su padre si era posible que siguiera vivo?

—¿Señorita Sinclair? —La voz del Sr. Grayson la sacó de sus pensamientos y ella volvió al presente—. ¿Se encuentra bien? ¿Debería llamar a...?

—No. —Anna se obligó a sonreír y levantó la mano para reafirmarlo—. Estoy bastante bien. —Se le ocurrió que debería hacer sonar la campana pidiendo té para los invitados—. He sido una anfitriona terrible.

La Sra. Bartley le apretó las manos antes de que pudiera cruzar la habitación para poder hacerlo.

—Oh, querida. Debes estar conmocionada. Siéntate aquí. —La mujer mayor depositó a Anna en el diván y pidió el té ella misma.

El Sr. Grayson estaba inquieto, claramente quería estar en cualquier otro lugar menos en el recibidor principal del Duque de Morewether entregando tales noticias a una jovencita, cuando el duque ni siquiera estaba en casa para impresionar. El hombre de la Oficina de Guerra ajustó sus puños.

—Si la Oficina puede ayudarle con cualquier cosa... —Anna sabía que la oferta del Sr. Grayson no era sincera. ¿Qué podrían hacer por la hija soltera de un general perdido?

—Por supuesto. —Anna hizo una débil sonrisa de nuevo—. Si sabe algo, me lo dejará saber inmediatamente, ¿no es cierto?

Asintió.

—No hace falta pedirlo.

La Sra. Bartley hizo aspavientos sobre la bandeja de té.

—Pobre, pobrecilla. Sola en el mundo. ¿Qué harás ahora?

—Ir a América, por supuesto.

Eso detuvo al Sr. Grayson.

—¿Señorita?

La manzanilla rebalsó del borde de la porcelana china y formó un charco en la bandeja cuando la Sra. Bartley se detuvo mientras servía.

—¿Qué?

—Iré a América. —Lo dijo con determinación, segura de sí misma—. No tengo nada que perder. En absoluto.

El Sr. Grayson la miró fijamente.

—Sí, bueno... No estoy seguro... No creo... —Se aclaró la garganta.

Las manos de la Sra. Bartley volvieron a servir el té.

—Eso es demasiado intempestivo, ¿no crees?

Anna giró hacia el Sr. Grayson.

—¿Qué está haciendo la Oficina de Guerra para encontrar a mi padre? Esta carta parece bastante definitiva. ¿Están haciendo algo?

Se enderezó un poco más. Anna no estaba segura de qué se suponía que debía probar eso. Como casi todas las personas pequeñas, a ella no le intimidaban aquellos de mayor estatura. Todos eran más altos que ella. Levantó la barbilla y entrecerró los ojos.

—La Oficina de Guerra no le revelará planes confidenciales, sin importar quién haya sido su padre. Tendrá que confiar en que los caballeros a cargo están haciendo todo lo que pueden para asegurar la seguridad de sus operativos.

*Ah.*

—No están haciendo nada. —Anna hizo puños sobre su cadera—. ¿Mi padre dio su vida entera a este país y ustedes, *caballeros*, solo van a dejarlo en las tierras salvajes de América? Bien, yo voy a ir a encontrarlo.

—¿Por qué piensa que puede hacer eso? No puede ir a América, señorita Sinclair. Su padre no lo aprobaría. —Debió interpretar, por la línea de sus labios, que no la estaba convenciendo.

La Sra. Bartley asintió, su gorro de encaje se ondeó con el movimiento.

—Ir a América es muy peligroso, cariño.

—Me decepciona —le dijo Anna a la Sra. Bartley—. Siguió los tambores con su marido al otro lado de Crimea. Fue tan dedicada y valiente como cualquier otra mujer. ¿Me está diciendo que no querría saber lo que le sucedió a su esposo si recibiera esta noticia? ¿Querría que la Oficina de Guerra se diera por vencido con él?

—No. —Las manos nerviosas de la mujer mayor se asentaron en su regazo.

—No, no querría —siguió Anna—. No la Sra. Bartley que conozco. La dama que cosía soldados y caballos por igual. —La Sra. Bartley asentía de acuerdo, y Anna podía verla recordando los años mozos y vivarachos con su esposo.

—Señorita Sinclair —intervino el Sr. Grayson—, lo que describe no es un plan viable. No es ni siquiera un plan. Es una locura. No puede ir a los Estados. Es absurdo.

—Sr. Grayson. —Anna hizo que sus palabras sonaran muy claras—. ¿Me está prohibiendo ir?

La expresión del hombre de la Oficina de Guerra se oscureció, pero Anna no retrocedió. La Sra. Bartley soltó un chillido y derramó más manzanilla en la alfombra turca. La puerta del recibidor se abrió y el Duque y la Duquesa de Morewether entraron.

Christian, Duque de Morewether, quien era lo más cerca de un hermano que podía ser cualquier hombre sin estar emparentados, cruzó la habitación con confianza.



—El lacayo dijo que estabas con alguien de la Oficina de Guerra.

—Sí, su Gracia. —El Sr. Grayson bajó la cabeza en reverencia y le dijo su nombre.

Thea, su nueva duquesa, entrelazó su brazo con el de Anna en señal de apoyo.

—¿Trajo noticias de tu padre?

Anna sacó el sobre y se lo pasó a Thea.

—Está perdido.

Christian volvió su atención a ella con el ceño fruncido con preocupación.

—¿Perdido? —Luego miró al Sr. Grayson cuya altura pareció desinflarse ante el escrutinio del duque—. ¿Qué se está haciendo?

Anna sacudió las manos.

—Nada. Nada en absoluto. Luego de todo lo que mi padre ha hecho...

Thea se sentó en el diván con la Sra. Bartley, quien rápidamente le pasó una taza de té.

—Oh, Anna. Lo siento tanto.

Ella asintió y apretó los labios. Podía ponerse sentimental luego. Por ahora, no había tiempo. La lista de todo lo que necesitaría empacar para el viaje próximo comenzó a formarse en su cabeza.

—Su Gracia —dijo el Sr. Grayson—, solo estoy intentando explicarle a la señorita Sinclair que no puede ir a América. Parece creer que puede encontrarlo por sí sola.

—No creo que esté en posición de ordenarme nada, señor. —Anna sabía lo infantil que sonaba, pero era condenadamente irritante.

El Sr. Grayson apuntó a Christian.

—El duque está aquí, y con certeza él no va a permitirlo.

—¿Permitirlo? —Anna entrecerró los ojos ante el exasperante hombre. Thea y la Sra. Bartley observaban por sobre el borde de sus tazas con los ojos como platos, mirando el intercambio como mirarían un partido de tenis en el jardín.

—Yo me encargaré desde aquí —interrumpió Christian—. Johnson le mostrará la salida.

Tan pronto se fueron, Anna sacudió un dedo frente a Christian.

—No puedes detenerme. Soy mayor. Soy una mujer madura y puedo viajar si quiero.

Christian levantó la mano en gesto tranquilizador, lo que solo la encolerizó más.

—Querida —dijo Thea con tono empático—, sé lo molesta que debes estar, totalmente devastada, y con razón. Por supuesto que quieres ayudar, pero no veo cómo puedes siquiera considerar lo que sugieres.

—¿Cómo puedo no hacerlo? —Anna miró al techo como si las palabras que necesitaba para explicar cómo se sentía estuvieran allí—. No tengo a nadie más que él. Si de verdad se ha ido, entonces estoy completamente sola.

Christian le tomó las manos.

—¿Cómo puedes decir eso? Somos tu familia: Thea y yo, y sus hermanos, y Francesca y Thomas, y sus hijos. Y madre. Hemos sido tu familia mucho más tiempo del que no. No podrías ser más importante para nosotros si fueras nuestra hermana de verdad.

Anna tragó con dificultad.

—Lo sé, y ustedes son muy importantes para mí también. Pero verán, todos ya siguieron con sus vidas y, bueno, yo sigo siendo solo yo. Sola.

Thea se levantó y la abrazó con fuerza.

—Me vas a hacer llorar. No debes decir cosas como esas.

Apretó a su amiga y se alejó.

—No estoy intentando sonar sensiblera. —Incluso aunque se daba cuenta de que toda su historia solo necesitaba un pequeño empujón para caer en el territorio de lo patético—. Los amo a todos, pero no me queda mucho por qué quedarme. Mi padre me necesita. Siento que puedo hacer algo para ayudarlo. Sigo imaginándolo herido y solo sin nadie que le lleve ayuda.

—Excepto que te amamos —dijo Christian con la voz ronca.

Anna les sonrió a ambos. El tañido de la porcelana le recordó que la Sra. Bartley seguía en la habitación. La mujer miraba la conversación con la preocupación dibujada en la cara.

—Te amo también. ¿Intentarás detenerme?

Christian frunció el ceño consternado.

—Creo que debo. ¿Tienes idea de lo peligroso que es lo que propones? El tratado con América acaba de ser firmado, por Dios Santo. No puedes irte como si nada te preocupara. No estás usando la cabeza.

—Estoy usando la cabeza. Siempre la uso. ¿Puedes mencionar una vez en todas nuestras aventuras donde yo no haya sido la prudente? Siempre sigo las reglas, me comporto y actúo con decoro. Mira dónde me ha llevado eso. —Se detuvo y buscó una manera de explicarse para que Christian aceptara—. Es mi padre, Christian. Nadie más va a buscarlo o cuidarlo. Si hay una cosa que me ha enseñado el vivir con tu familia todos estos años es que la familia lo es todo.

—Eres solo una mujercita. ¿Qué podrías hacer?

Ladeó la cabeza.

—Voy a dejar pasar eso. —Cuando no se disculpó, ella siguió—. No tengo idea, pero no me voy a quedar sentada en Londres bebiendo té y arreglándome para bailes y preocupándome por qué fiesta ir mientras mi padre está desaparecido. ¿Habrías sido capaz de hacerlo si tu padre se hubiera perdido?

—Por supuesto que no, pero...

—Pero solo soy una mujercita.

Un chasquido y un suspiro vinieron del sofá donde Thea y la Sra. Bartley miraban la conversación.

Christian miró al techo. No tuvo mucha más suerte de la que ella había tenido.

—Hay verdad en eso. Sí eres una mujercita.

Ella puso las manos en la cadera.

—Voy a ir. ¿Vas a ayudarme o estorbarme?

—No puedo ir contigo —le dijo, mirando a su esposa.

—Claro que no. —Anna sacudió la cabeza—. De hecho, lo prohíbo. Tienes bebés y una esposa. ¿Qué haría Thea si algo te pasara?

Thea se aclaró la garganta.

—¿Ciertamente no esperas ir sola, sin chaperón?

Anna rio.

—Mírate. De pronto llena de etiqueta. —La ironía era tremenda. Thea había llegado a Londres de Grecia con solo una sirvienta y había roto todas las reglas de etiqueta en cuanto llegó—. Haz de la dama una duquesa...

Thea rodó los ojos.

—Tú eres la que me hizo actuar con propiedad. No puedes culpar a nadie más que a ti. Aun así, debes ver mi punto. No puedes simplemente saltar a un barco sola.

—Yo iré con ella. —La Sra. Bartley asentó su taza con un tintineo.

Todos los ojos se fijaron en la anciana.

—¿Por qué no? —preguntó—. No hago nada desde que mi esposo murió y estoy bastante acostumbrada a la vida de campaña. No veo cómo un viaje por mar sea muy diferente de los vagones en el barro. Ciertamente no puede ser peor.

Anna analizó a la antigua esposa del capitán. Había pasado con mucho la plenitud de su vida, bastante rolliza, y tenía tendencia a quejarse de la gota.

—Me encantaría tenerla conmigo.

—¡Grandioso! —dijo la Sra. Bartley con una sonrisa—. Me prepararé para la aventura entonces. Debo admitirlo, estoy bastante emocionada.

Una vez que quedaron solo los tres en el salón, Anna giró hacia Christian.

—Entonces, ¿me vas a ayudar o no?

## Capítulo Dos

—No llevamos pasajeros, Nate. ¿Qué demonios le vas a decir a padre? —Sam miró a su hermano revisando la mercancía que bajaban del vagón con un portapapeles y un lapicero.

—Llevé pasajeros una vez antes.

La última vez que Nathaniel había permitido ingleses en su barco, la escena había sido tan absurda que los había dejado solo para ver cómo resultaba. No todos los días un barco americano era abordado por un duque, un conde y un marqués en desesperada persecución de una prometida perdida. Nathaniel les había dicho que no tenían mujeres a bordo, pero ellos habían insistido en que la habían visto. En realidad, habían visto a Harvey, uno de los marineros de cubierta que tenía el pelo rubio largo. Los otros marineros lo llamaban en broma “señorita” desde entonces. Los ingleses no habían encontrado a su dama, claro, pero habían encontrado a alguien más a quien también buscaban —un cuarto inglés, uno malo— a quien dejaron hecho polvo, a golpes, para que trabajara en el barco a cambio de un bote a remos que usaron para volver a Londres. El hombre había sido un inútil y lo dejaron en Nassau, incapaces de seguir soportándolo.

Esta vez Nathaniel estaba en Londres para rescatar a su hermano Sam, quien había sido apresado por uno de los muchos grupos de presión ingleses que capturaban erróneamente ciudadanos americanos y los forzaban a trabajar para la Marina Real. En cuanto el Tratado de Gante fue firmado, Nate partió para llevarlo a casa.

—Simplemente no quiero lidiar con más malditos ingleses. Ya me harté de sus acentos y látigos y su falsa cortesía. —Sam estaba mucho más delgado que cuando Nate lo había visto por última vez. Y amargado, lo que era desolador. Su hermano siempre había tenido su risa pronta y sus bromas, y ahora solo estaba ese constante ceño fruncido.

Nate suponía que seis meses como esclavo le hacían eso a un hombre.

—Lo sé —dijo Nate, haciendo señas a sus hombres para cargar la mercancía en la bodega—. Sé que estás ansioso por llegar a casa, pero Grandes Embarcaciones Americanas recibió muchos golpes mientras estabas lejos, empezando con la pérdida del *Victoria de George* y toda su carga cuando fuiste capturado. Los bloqueos fueron brutales. Necesitamos el dinero del pasaje para pagar a la tripulación e ir a casa. —Sam claramente no se calmó, pues su expresión se oscureció más—. Son dos mujeres. No te molestarán en absoluto.

Francamente, Nate no quería tener nada que ver con los ingleses tampoco. Como casi todos los americanos, detestaba a los ingleses luego de la última guerra, y solo porque hubiera un tratado no significaba que la confianza se había renovado. Sin embargo, lo que le decía a Sam era cierto. La compañía de barcos de la familia estaba en apuros. La compañía normalmente solvente corría riesgo de bancarrota a menos que Nate pudiera volver y vender la mercancía en la bodega. Y con su hermano. Muchos recursos se habían gastado buscando a Sam, incluso antes de que el tratado se hubiera firmado. Una vez que Nate pudiera volver al negocio de los barcos y no pasara todo su tiempo concentrándose en buscar a su hermano, las cosas seguramente mejorarían.

—Desearía que les hubieras dicho que se vayan al infierno. —Sam giró sobre los talones y volvió pisando fuerte al barco.

Nate suspiró y tiró la cabeza hacia atrás, rotándola sobre sus hombros, escuchando el saltar y crujir de sus articulaciones.

Solo eran dos mujeres. Dos inglesas tranquilas y amables. Nate estaba seguro de que no habría problemas. No importaba, necesitaba desesperadamente ese dinero.

Cuando el mismo duque arrogante de la anterior vez había aparecido en su plancha, Nate casi había cargado el cañón. Ese mismo hombre se presentaba esta vez con una actitud completamente diferente.

—Capitán Johnson. —El duque extendió su mano—. Me complació escuchar que su barco estaba en la lista del puerto.

Nate estrechó la mano del hombre.

—Lo siento, no recuerdo su nombre, solo su título.

El hombre no cogió el anzuelo.

—Soy Morewether. Su barco parece estar en buena condición para zarpar.

Asintió. El *Patriota de Martha* era un bergantín de dos mástiles y los llevaría a su hermano y a él a América, donde pertenecían.

—Por supuesto. —No se sentía con ganas de hablar, y ciertamente no con un duque altivo que había sido un dolor real en el trasero la última vez que se habían encontrado.

—Veo que mi bote hizo su trabajo.

Morewether rio entre dientes.

—Ah, bueno, no fue un viaje tranquilo. Me caí en cierto punto. El océano es frío, sabe.

—Por eso siempre me quedo en el barco. —Dejó que la pausa incómoda se alargara por un momento, y luego dijo finalmente—: Dudo que se haya molestado en venir hasta aquí para evocar esos momentos.

—No. Tengo un favor que pedir. Es muy importante para mí, y espero poder confiar en que vea su importancia.

Nate se reclinó contra el baluarte y cruzó los brazos sobre su pecho. Al menos esta vez el hombre estaba pidiendo y no exigiendo.

—No puedo esperar a oírlo.

—Tengo una amiga muy querida, una dama tan cercana como una hermana. Ha habido una emergencia y se le metió en la cabeza que necesita ir a América inmediatamente. —Morewether agachó la cabeza y se encogió de hombros—. He intentado disuadirla, pero es muy terca. Para ser sinceros, tiene un excelente argumento de su parte.

—¿Qué es exactamente lo que me pide? —No podía decidirse si lo que sospechaba que venía era algo bueno o malo.

—¿Podría llevar a mi amiga a América? ¿Hacer que llegue a salvo a América? —El duque se detuvo y su expresión se hizo ansiosa—. Esta dama es muy importante para mí.

—¿Y por qué cree que puede confiármela para llevarla? Después de todo, hasta hace unas semanas, nuestros países estaban en guerra. ¿Qué le hace pensar que no la venderé como esclava o que no permitiré que los hombres a bordo la usen? —La idea era reprensible; sin embargo, este inglés no lo conocía en absoluto. Se habían encontrado una vez; un encuentro que no podría haber revelado mucho sobre sí mismo incluso aunque Nate había aprendido mucho sobre el privilegiado y mimado duque ese día.

—He preguntado por usted. Usted y su compañía son bien vistas, incluso como americanas, lo cual, como bien sabe, es un enorme halago considerando el reciente clima político. Sé que está aquí para encontrar a su hermano y llevárselo a casa, así que la familia significa mucho para usted. Mi familia significa todo para mí. Ese es un valor que compartimos.

Pasó una mano por la barba recién crecida de su mandíbula y estudió a Morewether. No podía deducir qué quería en realidad el hombre, pero debía haber algo. El pedido era demasiado extraño.

—No llevo pasajeros. —Este había sido el mismo argumento que había hecho la anterior vez y sin embargo terminó con un extraño en su bote. Eso no detuvo a Nate de dejar que el hombre insistiera.

—¿Haría una excepción? —le preguntó. Cuando Nate no saltó ante la sugerencia, añadió—: Le pagaré bien.

—No llevo pasajeros.

—También me enteré de que su compañía está insolvente... o muy cerca de estarlo. Capitán Johnson, le pagaré muy, muy bien para asegurarme de que ella llegue a salvo.

—¿Cuánto pagará? —No quería pasajeros, no ingleses. Pero el billete...—. ¿Cuánto vale para usted?

El número que Morewether le dio era colosal. La verdad, simplificaba todo. No podía rechazar ese dinero sin importar quién fuera la pasajera. Llevaría hasta el loco Rey George a Boston por esa cantidad.

—Excelente. —Morewether sonrió y sacudió la mano de Nate de nuevo—. La señorita Sinclair y la Sra. Bartley estarán aquí...

—¿Quién es la Sra. Bartley? —Nate sospechaba que este arreglo fácil se había complicado de pronto.

—La chaperona de mi amiga, por supuesto. Apenas puedo creerme que he dejado ir a la señorita Sinclair. Ciertamente no le permitiría ir a América completamente sola.

Sacudió la cabeza.

—Dos pasajeros. Dos billetes.

El noble pareció inflarse, crecer ante sus ojos. Ah, Nate se acordaba cómo se había alterado en su anterior encuentro.

—Acordamos un monto...

Él cruzó los brazos sobre su pecho.

—Dos pasajeros. Dos billetes.

—Pensé que para ustedes los americanos la sacudida de mano lo era todo.

—Dos pasajeros. Dos billetes —repitió.

—Bien. La tarifa completa por la señorita Sinclair y la mitad por la Sra. Bartley.

Nate cerró los ojos y sacudió la cabeza lentamente.

—No.

Morewether intentó fulminarlo con la mirada por encima, pero Nate era fácilmente tan alto como el inglés; algo que evidentemente complicaba el intento de intimidación del otro hombre. Cuando el duque no consintió en el pago, Nate sonrió arrogante, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la plancha de desembarco.

—Bien —dijo esa voz refinada—. ¿Cuándo zarparán?

Él sonrió y quiso golpear el aire de emoción, pero se aguantó el regocijo. Habría tiempo para eso luego. Con ese enorme flujo de dinero, podría llenar toda la bodega e incluso sacar ganancia del viaje.

Girándose con la mano extendida, la estrecharon de nuevo.

—Sábado. Marea alta.

Eso le daba cuatro días para llenar la bodega y explicarle la situación de los pasajeros a Sam.

Anna sabía que dejar que sus amigos la despidieran en los muelles era un error, pero cuando todos aparecieron a la hora indicada, no pudo rechazarlos. Aun así, habría sido mucho más fácil escaparse que soportar la escena que probablemente vendría. Sus amigos nunca hacían algo tranquilamente. Jamás.

—Esto es lo más valiente que he oído alguna vez —dijo Francesca, su amiga más cercana y la hermana de Christian. Al menos eso creyó que decía, pero era difícil estar segura entre todos los sollozos.

Anna le palmeó la rodilla a su amiga del otro lado del carruaje que las llevaba hacia su partida.

—Gracias, Frankie.

La sonrisa de Thea era débil.

—Justo cuando estamos viviendo en el mismo país de nuevo, y te vas.

—Silencio. Están poniéndose muy sensibles con esto. Voy a volver, saben.

Frankie hipó de nuevo.

—Pobre Anthony y Camille, no van a tener a su tía para jugar. ¿Quién me leerá cuando esté en la cama?

Anna sacudió la cabeza y rio.

—Estás siendo ridícula. No necesitas que te lea. Estás siendo dramática porque estás con hijo de nuevo. Hay muchas tías que tomen mi lugar.

Olivia, la cuarta mujer en el carruaje, era la única además de Anna que no parecía creer que su misión llevaba al fracaso total.

—Solo estamos preocupadas por ti. América está muy lejos, querida, y al menos yo puedo predecir los problemas que seguramente vivirás. Es un mundo difícil cuando estás por tu cuenta.

Olivia ciertamente sabía de eso. Cuando había reunido el coraje suficiente para escapar de su abusador, había tenido un camino difícil sola hasta Londres, hasta que conoció al hombre con quien finalmente se casó. Anna ciertamente esperaba no experimentar hambre y, que Dios no lo permita, intento de violación.

Se negaba a pensar en esos horrores como consecuencias posibles. Pretendía dirigir su propia vida. No se sentaría delicadamente en Londres hasta que todos los hombres casaderos decidieran que estaba hecha y derecha. Más importante aún, no permitiría que su padre fuera olvidado, no si había oportunidad de que estuviera vivo y necesitara ayuda. La idea de que estuviera herido o enfermo no la abandonaba. Claro, siempre estaba la terrible posibilidad de que estuviera muerto, ¿pero y si no? Un extraño sentido de responsabilidad giraba en ella por un hombre que apenas había visto, pero que seguía siendo su padre y al que amaba. Él había hecho lo que creyó era lo mejor para ella; ahora era imperativo que ella hiciera lo mismo. Quizás podría hacerse alguien indispensable, alguien en quien contara para asistirlo, alguien en quien pudiera confiar. Cerró los ojos e imaginó lo hermoso que sería ser tan importante para alguien.

—No iré sola. Recuerden, la Sra. Bartley viene conmigo. Además, sé cuáles son los peligros —les dijo Anna a sus amigas—. Y aprecio su preocupación por mí. En serio lo hago. Pero creo que mi padre necesita una ayuda que sus negligentes superiores se niegan a proveer. ¿No ven que esta puede ser mi única oportunidad de tener algo de valor en la vida? Oh, no. No me mires así, Frankie. ¿Cuán realizada crees que me siento bordando otra almohada? Adoro a tu madre como si fuera la mía, pero si tengo que darme un baño en Bath una vez más, voy a gritar. ¿No lo ves? No podría vivir conmigo misma si hubiera algo que podría haber hecho, y no lo intentara al menos.

Olivia tomó su mano.

—Al menos cuando fui sola a Londres... Anna, solo tenemos miedo de lo que podría pasarte. América está muy lejos, y no hay como adivinar los peligros que encontrarás, sin mencionar las semanas en el mar. Por favor no lo hagas. Es demasiado peligroso.

Thea y Frankie asintieron enfáticamente.

—Soy completamente consciente del riesgo de este viaje. —¿Cómo podría no serlo? Tampoco era tonta—. Es mi padre, el único pariente que me queda en el mundo, y voy a encontrarlo. No voy a quedarme sentada y pasear inútilmente en fiestas y preocuparme. Nada me mantiene aquí, excepto ustedes. Y seguirán aquí cuando vuelva.

Frankie bajó su pañuelo hasta su regazo.

—¿Y Lord Shelton?

Anna se reclinó contra los lujosos asientos de cuero del carruaje y dejó que el lento balanceo de los caballos tranquilizara sus pensamientos. Respiró profundo e intentó encontrar una forma de explicarle a sus amigas por qué casarse con cualquier de sus pretendientes, y nada menos que Lord Shelton, no era aceptable.

—Shelton es un buen hombre. Es encantador y agradable a la vista. Incluso es un excelente conversador. —Encontró los ojos de su amiga—. Una vez pensé que podría aceptar si hiciera una oferta. Parecía demasiado perfecto. Entonces una noche, ¿recuerdas el baile en Peterly? Bailé con él, un reel<sup>[1]</sup>. Luego sugirió caminar en la terraza. Saben lo caliente que se pone el salón de baile Peterly. —Las tres mujeres asintieron de acuerdo—. Lo dejé besarme. En la terraza.

Olivia sonrió.

—¿Y? ¿Cómo estuvo?

Ella suspiró largamente.

—Estuvo... bien.

—Oh. —La sonrisa de Olivia cayó.

Thea se inclinó hacia delante.

—¿Solo bien?

—Solo bien.

Frankie pasó su mirada de una casada a otra.

—Quizás no lo hizo bien. ¿Fue un casto beso en la mejilla o...?

—¿Se esforzó? —interrumpió Thea.

—Quizás estaba nervioso. —El ceño de Olivia se frunció.

—Obviamente, no puedo hablar del estado de ánimo de Shelton en ese momento, pero no creo que hubiera estado nervioso, necesariamente. No fue rudo ni exigente. Incluso preguntó primero.

Thea frunció el ceño ante eso.

—Oh.

Anna arrugó la nariz e intentó recordar qué parte de ese beso la había hecho tomar la decisión.

—El lugar era romántico. La orquesta estaba tocando una tonada agradable de fondo. Se veía particularmente atractivo a la luz de la luna. Y yo... no sentí nada. Toda la experiencia se sintió sosa.

—Bueno, eso es decepcionante —dijo Frankie.

—En verdad —concordó Thea y Olivia asintió.

Miró a cada una de sus amigas e hizo su pregunta. Era una que la acechaba desde entonces.

—¿Es demasiado pedir un hombre que me haga temblar las rodillas cuando me bese?

Todas las damas sacudieron la cabeza y hablaron al mismo tiempo.

—No.

—Lo siento.

—Para nada.

—Supe entonces que Shelton nunca me inspiraría a arriesgar mi vida y saltar a rescatarlo al mar. ¿No debería sentir algo? Ustedes embelesadas... Bueno, yo también quiero eso, y no voy a aceptar a algún caballero solo porque lo pida.



—No estoy sugiriendo ni por un momento que cuando vuelvas a casa no te abrigaremos de nuevo en nuestro seno, pero sabes, querida, es una buena suposición decir que el resto de Londres no lo hará. —Olivia la miró amable, pero sinceramente—. Es un grupo voluble, y solo porque ahora eres un adorado miembro de la clase alta, eso no significa que no serás excluida por un viaje tan extravagante y, me atrevo a decir, escandaloso. ¿Estás considerando cómo será si no eres recibida? No tomas en serio a tus prospectos ahora, pero podría no quedar ninguno. Oh, Anna, por favor, reconsideralo.

Anna asintió y se encogió de hombros.

—Lo he hecho. He pensado en lo que sugieres, pero no me persuade. Algunas cosas son más importantes: la familia es la razón más importante y honorable en la que puedo pensar para arriesgarme así. Lo hago por amor, por amor a mi padre. Además, antes de que lo sepas, seré considerada solterona por haberme negado a establecerme. Quizás mi suerte en la vida ya fue dicha hace años.

—No digas que has perdido la esperanza. Nunca digas eso. —La mirada de Francesca estaba llena de preocupación—. Quizás encuentres al amor de tu vida en América.

—No seas absurda. No sé si el amor de mi vida exista, pero este viaje a América no es por romance. Es un poco insultante, ¿no? Tengo esta oportunidad de vivir mi vida. Todavía puedo tomar mis propias decisiones, independiente de algún hombre que me posea. Encontraré a mi padre, o si no al menos sabré qué fue de él. De otra manera, pasaré el resto de mi vida arrepintiéndome de que podría haber hecho alguna diferencia. —Cuando su madre había muerto, prácticamente había perdido a ambos padres ese día. Sabía que no tenía ninguna razón para no ser feliz; le habían dado tantas ventajas en la vida. Aun así, sus amigas nunca entenderían que habría renunciado a los tutores y los bailes y la ropa elegante, a todo, por volver a seguir a los soldados de su padre si eso significaba que él la necesitaba.

El carruaje se detuvo y Anna notó los sonidos y el olor del muelle lleno por primera vez. A través de la repleta masa de personas y transportes, vio el barco que la llevaría lejos. A encontrar a su padre.

## Capítulo Tres

Nate estaba parado sobre los camarotes del *Patriota de Martha* donde podía ver el negocio en tierra, mientras sus hombres alistaban el barco para zarpar esa tarde. La mercancía por la que había negociado había sido almacenada cuidadosamente en la bodega y todo lo que quedaba era que llegaran sus pasajeras.

Revisó su reloj, luego sacó una tabaquera del bolsillo y se ocupó con su pipa. Luego de que hubiera apisonado la cazoleta y aspirado el sabroso humo en su boca, observó a las cuatro ricas mujeres salir de un carruaje llevando un elaborado blasón. Riqueza, títulos y privilegio las envolvía, protegiéndolas del poco decoro de los muelles. Como una piedra en un arroyo, los hombres con sus prostitutas, y lamentables basuras circulaba alrededor de ellas, dándoles un amplio espacio. O quizás era debido a los tres poderosos y arrogantes hombres que montaban a caballo al lado del carruaje como una intimidante nube. Conocía a Lord Morewether de sus previas negociaciones de esta semana y a sus amigos de su encuentro varios años atrás.

Fijó su atención en las damas. Se les unió una quinta mujer, esta mayor y rolliza. Hizo una reverencia a las más jóvenes y abrazó a la más pequeña de ellas. Se preguntó cuál de esos bien vestidos pajarillos estaría bajo su protección las siguientes largas semanas.

Los caballeros bajaron de sus monturas y las damas parecieron migrar hacia ellos hasta que quedaron en parejas, dejando a la pequeña aparte.

Dejó que la despedida siguiera hasta que no pudo soportarlo más. Incluso desde lejos podía oír los sollozos y lamentos. Vólcó los ojos. Gracias a Dios, Sam no estaba en cubierta para ver eso. De ya su hermano se negaba a cambiar de opinión respecto a los ingleses.

Para hacer las cosas más complicadas, otro carruaje dejó a varios otros caballeros.

—¡Ey! —gritó y bajó por la plancha antes de que todo Londres llegara a despedirlos.

De alguna forma se las arregló para apartar a su pasajera del resto. La señorita Sinclair era pequeña, bonita, aunque un poco plana, pero sus grandes ojos azules lo compensaban. El Duque de Morewether lo presentó a la dama como si estuvieran en un evento social y no en el muelle más ajetreado de Londres esperando la marea alta. Ella extendió la mano y sonrió.

—Encantado de conocerlo, Capitán. —Apuntó al montón de arcones a sus pies—. Este es mi equipaje.

Contó tres arcones y un bolso de piel.

—Muy lindos. Bastante robustos.

A su favor, su sonrisa no vaciló ni un poco.

—Necesitan estar en mi camarote individual.

Camarote individual. ¡Ja! Que esperara hasta verlo. Había movido a su conrmaestre y limpiado el cuarto para que las damas compartieran. Estaba lejos de ser el camarote de lujo que uno podría esperar con solo una cama para compartir y espacio apenas suficiente para todo el equipaje que apuntaba.

Asintiendo en acuerdo, puso las manos en su cadera.

—Parecen pesadas.

Ella levantó la barbilla.

—Puede subirlas.

Levantó las cejas, pero no se intimidó. Era una cosita pequeñita. Apenas le llegaba a los hombros, habría creído que su altura la intimidaría. Aparte de eso, no había hecho absolutamente

nada para verse presentable ante estas pasajeras de clase alta. Estaba seguro de que se veía como un pirata, pues no se había arreglado el cabello y había dejado los aros brillar en ambos lóbulos. Le sonrió desde arriba, pero ella no se movió.

—Los capitanes no llevan equipaje. Harvey —llamó por sobre su hombro—. Lleva estos a mi cuarto.

—Los míos también. —La mujer mayor se acercó trotando con dos bolsos de piel.

Iban a estar cayéndose con todo este equipaje en el cuarto.

—Despídase —le dijo a la señorita Sinclair y a la dama que se presentó como la Sra. Bartley—. Partiremos pronto, haya dicho adiós o no.

Se dio otra ronda de abrazos y lágrimas mientras Nate revisaba su reloj una y otra vez.

—¿Quiénes son ellos? —le preguntó Nate a Morewether, señalando a los recién llegados con la barbilla. Habían apartado a la anciana y su discusión parecía ser fuerte.

—Algunos tipos de la Oficina de Guerra. El padre de la señorita Sinclair fue, es, un general al servicio del rey

Nate entrecerró los ojos a esos hombres. Muy probablemente ellos, u otros como ellos, habían ordenado la subscripción de las embarcaciones americanas como la de su hermano. Una vez más agradeció que Sam estuviera bajo cubierta. Dudaba poder evitar que su hermano atacara a los hombres si se le daba la oportunidad.

Apartaron a la señorita Sinclair de sus amigos y Nate atestiguó que le daban un pequeño paquete. Ella lo metió en el bolsillo de su falda y estrechó la mano de los hombres.

—Señorita Sinclair —le dijo, cuando se unió a las mujeres—. Ya es hora.

El Duque de Morewether la tomó de la mano y la llevó hacia la plancha.

—El capitán Johnson me ha asegurado que velará porque llegues a salvo a América. Quiero que quede claro que no me agrada que hagas este viaje. No puedo protegerte al otro lado del mundo. —Ella hizo intenciones de interrumpir, pero él habló—: No lo digas de nuevo. La Sra. Bartley es una tonta viejecita que no es sustituto para tu familia.

—Estaré bien. —La señorita Sinclair tiró de él y le besó la mejilla—. Prometo escribir tan pronto como pueda. Confío en que el capitán Johnson tendrá un excelente cuidado. ¿No es así, Capitán?

Nate asintió y miró su reloj de nuevo. La actividad a bordo le aseguró que el barco ya estaba listo.

—Aun así no me gusta —repitió el duque, mientras Nate la escoltaba a la cubierta con un firme apretón en el codo.

La señorita Sinclair se despidió animadamente desde el barandal mientras subían velas y el barco se alejaba de tierra. Nate la dejó allí para supervisar la partida. La Sra. Bartley desapareció bajo cubierta, pero la joven solo se acercó a la proa. Estaba en dirección a la brisa y el mar abierto, con una sonrisa en la cara. Nate lanzaba órdenes a los marineros y su tripulación respondía con rapidez, preparando velas y maniobrando lejos del atestado puerto como habían hecho tantas veces antes. Estaba ocupado y no era el momento de distraerse, pero ella seguía llamándole la atención.

Su cabello se estaba soltando del rígido peinado y rubios mechones se ondeaban alrededor de su cara. Miraba hacia el agua y luego cerraba los ojos. La vio respirar profundo, vio su pecho subir y bajar con cada inspiración, y sonreír.

Conocía esa sensación. Una vez que estaban libres de los confines del puerto, Nate siempre respiraba profundamente el océano. El aire salado siempre le aflojaba la tensión en los hombros y lo hacía sentir libre, como nada en el mundo podía hacerlo.

La tierra pasaba a ambos lados de ellos, y puso el barco en curso, pasándole el timón a Willy, el primer oficial, y cruzó la cubierta hacia donde ella estaba, en la proa.

—Estamos de ida —le dijo, y se paró junto a ella en el barandal.

Ella giró con una sonrisa que brillaba con emoción. Colocó una mano enguantada sobre la suya y la apretó.

—Excelente. Odio sentarme sin hacer nada cuando hay cosas por hacer.

Anna estaba nerviosa. Y emocionada. Y algo abrumada.

Si bien era cierto que ella y su madre habían seguido el tambor durante sus primeros doce años, viviendo la vida como hija de un soldado, había pasado los siguientes doce como una consentida y amada pariente del Duque de Morewether. Cuando su madre murió de tuberculosis, su padre habló a su amigo de infancia, y la esposa del duque no dudó un segundo en darle la bienvenida a su hogar.

No había desmontado una tienda ni entrado a un vagón en más de una década. Vivía con arcones solo durante las fiestas en Bath o en recorridos por el Continente con Francesca y la duquesa. La comida siempre había sido abundante y su ropa de cama de la seda más suave.

Sin duda alguna, había tenido una vida afortunada, y no se lamentaba por nada. Excepto por su madre. Por más que amara a la duquesa, Anna amaría pasar solo un día más con su madre, incluso si eso significaba andar en un campo lodoso o apiñarse en una tienda escuchando el fuego de los cañones a lo lejos y rezando.

No había sido capaz de hacer nada por su madre años atrás, pero no iba a cometer el mismo error y añadir más años de arrepentimiento a su vida no haciendo nada por su padre. No eran tan ingenua como sus amigos la creían. No creyó en ningún momento que sería una misión fácil. Había hecho todo lo que podía para prepararse. Había leído todo lo que había caído en sus manos sobre América. Con las guerras recientes había muchos ensayos sobre eso en el *Times*. Igualmente había devorado libros de geografía y mapas, empapándose con las historias sobre esa extensión vasta e indomable. América era un lugar salvaje y Anna sentía que cualquier cosa podía pasar.

Volvió a sí misma y quitó la mano que tenía encima de la del capitán y apretó la pasarela frente a ella.

El capitán dirigió su atención hacia las olas delante de ellos.

—No puedo decir que alguna vez he tenido a bordo a alguien tan ávido en su primer día al mar.

—¿No? Quizás sabían qué esperar cuando llegaran a dónde sea que fueran. Yo apenas tengo idea de lo que me espera.

Espió al hombre con la esquina de su ojo. Christian le había asegurado que había preguntado por la reputación del capitán y le creyó que era un tipo honesto. También sabía que le habían pagado una exorbitante suma de dinero para asegurar que llegara a salvo a América. Nada de eso podía cambiar la forma en que la apariencia del capitán Johnson conjuraba imágenes de piratas. Su cabello era rebelde con rizos iluminados por el sol volando alrededor de su cara. Incluso su atuendo era de mala reputación. Sus pantalones eran malignamente pegados y estaban metidos en las altas botas con relleno. Una camisa de lino blanco, desamarrada y colgando suelta por su torso, se ondeaba con el viento. En cierto punto, ella estaba segura que vería la piel de su abdomen cuando una brisa especialmente fuerte pasara. Esa piel había sido bronceada con un

indecente marrón dorado. El hombre incluso tenía aros en cada oreja: una argolla dorada en el izquierdo y un enorme broche de diamante en el otro.

No podría haber sido una visión más perfecta de un bribón si lo hubiera ordenado especialmente de una copia de *La Belle Assemblée*.

—¿Y eso la hace sentir viva? —preguntó con una mirada de incredulidad torciendo sus hermosas facciones.

Ella giró completamente para enfrentarlo.

—Por supuesto que sí. El suspenso es excitante. Justo ahora no estoy segura de si me he sentido tan viva alguna vez.

Algunas mujeres podrían considerar al hombre un verdadero afrodisíaco. No que ella tuviera demasiada experiencia en ese campo en particular, lo cual era una de las muchas razones de por qué esta odisea era tan importante. Estaba convencida de que no había ningún hombre en Londres y, con seguridad, no en ninguna fiesta a la que había sido invitada, que luciera como el capitán Johnson. Ninguno de los caballeros que conocía se dejaría ver con una barba de varios días. Y ninguno de ellos tenía unos ojos tan intensos, tan interesados, tan cautivadores.

Quizás era porque se estaba haciendo cargo de su futuro, el éxito o fracaso en encontrar a su padre caía solo sobre sus hombros, lo que causaba el curioso aceleramiento de su pulso. Razonablemente, podía esperar conocer todo tipo de personajes fascinantes y de mala reputación en este viaje, y el capitán Johnson solo era el primero.

—¿Qué espera encontrar en América, señorita Sinclair? —Incluso su voz era como algo que ella podría haber inventado. Áspera, pero no odiosa, resonaba en un registro bajo y, por absurdo que sonara, parecía sentirla tanto como la escuchaba.

A pesar del atractivo del hombre, no estaba segura de decirle todo. Solo porque había convencido a Christian de que era digno de confianza, no significaba que ella estaba lo suficientemente convencida para confiarle con todos los detalles de algo tan importante. Además, parecía que un americano no era la elección más apropiada para un confidente solidario.

—Si las historias son ciertas, espero encontrar hombres rojos, y su Thomas Jefferson dice que hay enormes animales allí. Unos con grandes astas y felinos enormes como leones. ¿Es cierto?

Rio entre dientes y fue... delicioso.

—Quiere decir alces y pumas. Sí, tenemos de esos.

Ella había visto grabados de esas bestias, pero también había visto grabados de unicornios, y no eran reales.

—Quiero verlos.

—¿Está viajando sola, al otro lado del mundo para ver nativos y bestias? ¿Qué clase de locura es esa? Apenas puedo creer que el temible Duque de Morewether —apretó los labios y condescendentemente movió la cabeza— permitiera un viaje tan peligroso con los frívolos motivos que sugiere.

Qué pena. El hombre parecía ser una fantasía, pero sus rasgos primitivos estaban apareciendo.

—No necesito el permiso o la aprobación de Su Gracia para nada.

Él volvió su mirada del océano con una expresión divertida; probablemente a su costa.

—Parece que no. Completamente independiente, ¿no es cierto?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Cuánto tomará este viaje?

—Todo depende del viento, claro. Y si hay piratas.

—¿Piratas? —¿Era una horrible persona si el pensar en piratas era tan solo un poco excitante?

Él levantó las cejas.

—Estaba bromeando. Usted no es lo que yo esperaba.

Él tampoco lo era.

—Eso es bueno, supongo —dijo ella, giró sobre sus talones y se alejó a zancadas. Él podría tener una apariencia que haría que varias de sus conocidas se desmayaran, pero claramente no era experto en cuanto a lo sociopolítico. Ella no tenía tiempo para molestarse con esas tonterías. Aun así, él podía ser una mina de oro de información sobre las Colonias. Iba a necesitar hacer una lista de preguntas para hacerle. No había razón para no usar su tiempo en el barco sabiamente.

Miró sobre su hombro y él le estaba sonriendo, reclinado contra la pasarela tan relajado como podría estar.

Ella no tenía tiempo para relajarse. Iba a necesitar preparar un plan de rescate.

## Capítulo Cuatro

El clima se mantuvo, que era todo lo que podía pedir Nate en ese punto. Su tripulación seguía con sus deberes y lo hacían sin protestar, pero era claro que no les alegraba tener pasajeros más que a Sam. Desafortunadamente, Sam era vocal.

—No voy a ser amable con ella. O agacharme y arrastrarme en el suelo, así que ni siquiera me lo pidas. —Los ojos de Sam brillaban con ferocidad. Desde que Nate lo había encontrado en pleno estupor de alcohol en un sucio local del muelle, su hermano había estado con un humor de perros. Nate asumía que aquel problema de actitud no tenía nada que ver con él.

Nate se frotó la frente.

—No me gusta más que a ti. Así que no te estoy pidiendo que lo hagas tampoco. Solo dije que te alejes de ella, de ambas. No necesito recordarte que es el pago de su pasaje lo que está salvando nuestra compañía.

Sam lanzó una botella vacía al otro lado de la habitación.

—Nunca te pedí que llevaras la compañía a la quiebra para buscarme.

No iba a tener esa conversación de nuevo. Nate ni siquiera sabía cómo relacionarse con su hermano cuando decía esas cosas. El minuto en que supieron que Sam había sido apresado por la Marina Real, la única meta de Nate había sido devolverlo a salvo a su familia. Parecía no poder atravesar la ira de su hermano. Tenía sentido que Sam estuviera enojado con los ingleses, pero por qué estaba enojado con él y el resto de su familia, no podía entenderlo.

Nate soltó un suspiro y sacudió la cabeza.

—Es un barco grande. Solo déjala sola. Si puedo hacerlo, entonces tú también —dijo lo último mientras cerraba la puerta del camarote que estaban compartiendo.

Subió los escalones de a dos, ansioso por la brisa para aclarar su mente. El sol brillante lo cegó por un momento y se detuvo, con la mano en la pasarela, hasta acostumbrarse al brillo. Marineros en cubierta trabajaban y cantaban y hablaban como cualquier otro día. Dio la vuelta lentamente, buscando a la mujer. Donde sea que fuera, el flagelo rubio parecía aparecer. La señorita Sinclair era una cosita minúscula y él asumía que era por eso que era tan escurridiza. No la vio así que él se aventuró afuera. Era ridículo que él, capitán de su propio barco, temiera caminar en cubierta. Mientras que el plan de su hermano era la confrontación constante, Nate practicaba la evasión desde su conversación inicial.

La mujer era como una peste. Era una lluvia constante de preguntas molestas para las que no tenía tiempo. ¿Había muchos carruajes para alquilar en Nueva Orleans? ¿Había nadado alguna vez en el río Mississippi? ¿Podía llevar este barco por el río? ¿Los indios hablan el inglés del rey? ¿Preferían que se los llamara indios? ¿O había otro término considerado más cortés? ¿Conocía algún indio al que pudiera presentarla?

Casi lograba marearlo.

La anciana que la acompañaba no era mejor, volviendo loco a su cocinero con órdenes y recomendaciones. Nate asumió que ella estaba en la cocina en ese instante, instruyéndole sobre mejores métodos de cocina y el almacenamiento apropiado de los ingredientes secos. La tripulación estaba haciendo apuestas sobre el tiempo que pasaría antes de que llegaran a los golpes. Nate puso su dinero en la mujer dando el primer golpe. Sin importar lo molesta que era la Sra. Bartley, Cooky nunca golpearía a una mujer. No podía decir lo mismo de ella.

Así que ahí estaba, atrapado en cubierta con una linda rubia interrogadora, una vieja hacha de batalla, su hermano amargado y una tripulación que actuaba cada vez más incómoda.

No estaba seguro de si alguna vez había pronosticado un viaje tan largo.

Con los ojos cerrados, se frotó la sien con los pulgares y se reclinó contra la vela mesana. La brisa neblinosa era rejuvenecedora. Quizás estaba exagerando. Le daría a su hermano algo de tiempo; quizás solo necesitaba espacio entre él y lo que había pasado. Sam se negaba a discutir sobre el tiempo pasado en el barco inglés, pero Nate sabía que había sido horrible. Había visto las cicatrices en su espalda una noche y se había ido del camarote sin decir una palabra.

—Tenía entendido que el Tratado de Gante puso fin a las hostilidades.

La voz aguda le entró al oído como un gusano.

—Parece que las hostilidades políticas y personales tienen diferentes líneas temporales. — Giró y la encontró mirándolo expectante. No, era más la mirada de su hermano mayor luego de haber cazado un ciervo que había acechado todo el día.

—No hice nada para ofender a su hermano. Mi única ofensa hoy fue comentar sobre el clima. Inocuo, se lo aseguro. —Hizo una aspiración ofendida. Sus sentimientos no se habían herido, ¿o sí?—. Aun así, me respondió a gritos.

Nate suspiró. Qué irritante era estar en posición de disculparse por su hermano, quien había estado actuando como un trol con todos, por las ofensas hechas a una joven a quien Nate apenas podía tolerar. Sin embargo, si no lo hacía, sería un largo y miserable viaje.

—Sam ha tenido una muy mala época últimamente. No es él mismo. —No pudo obligarse a decir la palabra “lo siento” a un ciudadano inglés, especialmente en el asunto de Sam.

—¿Así que normalmente no está borracho a las nueve de la mañana?

—Le he pedido que se aleje de usted. No quiero que mis pasajeros pagados sean molestados por marineros cansados de la guerra. Le pediría que haga lo mismo. Solo dejé solo a Sam y no debería haber más problemas.

Ella ladeó la cabeza y le lanzó una sonrisita.

—Capitán Johnson, sospecho que usted y su hermano encuentran tanto regocijo discutiendo como yo.

¿Discutiendo? ¿Todo esto era un juego para ella? Su familia estaba al borde del desastre. Una enorme tormenta podía lanzar a Grandes Embarcaciones Americana por sobre el umbral de la bancarrota. Había rescatado a su hermano, pero parecía que salvar a Sam estaba fuera de su alcance.

—¿Esto la divierte?

—Algo. —Su sonrisa cambió a una más sincera, menos instigadora—. La verdad, me preguntaba si podría decirle a uno de sus hombres que moviera el sillón de mi camarote a la cubierta. —Apuntó a la popa del barco.

Él la miró fijamente.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría leer al sol y es un lindo día, aunque un tanto ventoso. —Un largo rizo rubio se salió de la trenza que había comenzado a hacerse en el cabello en deferencia al abuso que sus complicados peinados recibían por el viento. Él miró, fascinado, cómo el viento recogía los mechones y los hacía ondear alrededor de su cara antes de que se pegaran a su labio inferior. Cualquier ungüento que se pusiera a los labios no solo los hacía brillantes, y moleestamente distractores, era también una excelente trampa para el cabello.

Esa era una petición ridícula que causaría molestia en la tripulación. Los hombres ya habían tenido que salir de sus rutinas por la llegada de las mujeres y la apariencia extraña de un sillón en



cubierta para que ella leyera no ayudaría.

—Puede leer en su camarote.

Nuevamente, una sonrisa llenó su cara.

—Ciertamente, pero es bastante oscuro. Además, me mareo cuando leo allí. Smith, ese jovencito que me trajo agua esta mañana, sugirió que leer afuera sería mejor. Lo llamó obra muerta.

—No. —Sacudió la cabeza—. No voy a subir ese sillón. —Ese en particular había pertenecido a su madre y el pensar en las salpicaduras de mar arruinando el tapizado lo ponía nostálgico.

—Oh.

Su decepción era obvia y ahora se sentía como un canalla. Aun así, no iba a poner la silla favorita de su madre afuera para que los elementos la estropearan.

—Su hermano parece sufrir por los nervios, y una cosa que mi padre siempre decía sobre los soldados con esa aflicción era no consentirlos.

La conversación había tomado un giro tan drástico que no estaba seguro de estar siguiendo el hilo.

—¿Qué? ¿Consentirlo? No lo estoy consintiendo.

—Hemos estado a la mar por una semana ya, y aún no lo veo haciendo nada constructivo. Nada más que beber. Le está permitiendo holgazanear.

—¿Quién demonios es su padre y qué demonios sabe sobre eso? —Estaba gritando, lo que su hermano iba a encontrar supremamente interesante dado que acaba de decirle a Sam que fuera gentil con ella.

La joven le dirigió una mirada suave y le sonrió condescendiente. Nate apretó la mandíbula preparándose para que intentaran manejarlo. Ella parecía estar completamente a cargo de esta enrevesada conversación y eso no iba a salir bien para él, lo podía sentir. Esperó que ella intentara sus trucos femeninos en él. Era absolutamente inmune a ellos.

—Mi padre creía que sus hombres estaban mejor ocupados y que no se les debía permitir lamentarse por sus desgracias. —Levantó la mano para dar sombra a sus ojos.

—Eso es fascinante, señorita Sinclair. En serio. —Quizás fuera el tipo de mujer que acostumbraba a manipular hombres, pero él no era de los que fácilmente se dejaban—. Sin embargo, le pediré que se quedé lejos de Sam. No es solamente para su beneficio. No querría que sus tiernas sensibilidades fueran ofendidas.

Su sonrisa creció en intensidad y, por solo un instante, Nate sintió que su guardia se relajaba.,

—Eso es muy considerado de usted —dijo y agachó la cabeza—. Ciertamente no quiero incomodarlo con mi sugerencia. Quizás si le diera algo para ocupar su tiempo, un simple trabajo pero que le diera un propósito en la vida. Mi padre dice...

—Aún no ha dicho por qué su padre es un experto.

—General Sinclair. Mi padre ha dirigido muchas campañas en Francia y...

Apartó la mirada de su boca.

—América. Iba a decir América. Jesús, no es suficientemente malo que tenga británicos en mi barco, sino que es la hija de un casaca roja. —Pasó la mano por su cabello—. Mire. Se lo digo amablemente. Deje solo a Sam y él hará lo mismo con usted.

Ella parpadeó, luego se mordió el pulgar, lo que hizo que mirara sus labios brillantes de nuevo.

—Solo pensaba en ayudar. No pretendía ningún daño. Solo odio ver a un soldado sufriendo.

Su hermano no era un soldado, era un marinero, y ni siquiera uno de la Marina. Su servicio le había sido impuesto por unos sucios y podridos ingleses, probablemente no muy diferentes del hombre que era su padre. Aun así, no podía negar que Sam estaba afligido, y que no tenía idea de qué hacer al respecto.

Ella debió haber visto la grieta en su armadura porque volvió a hacer sugerencias.

—Algo en lo que pueda concentrarse además de lo que está dando vueltas por su cabeza. —Su voz se había suavizado, ya no era demandante ni mandona. En verdad sonaba como si le importara, lo que era absurdo.

Si podía ignorar la fuente de la idea, tenía mérito. Lo que sea tenía que ser mejor que la actual ocupación de Sam de beber hasta rabiarse o estar inconsciente, solo para despertar gritando o temblando. Quizás tenía razón.

—... con la luz matinal y aire fresco. —Se dio cuenta de que ella seguía cavilando mientras miraba al castillo de proa.

—Allí no es donde quiere sentarse y leer. —Ella lo miró como si hubiera olvidado que estaba ahí, con una mirada confusa en la cara—. Usted quiere la popa.

Sus cejas se elevaron.

—La po... ¿perdón?

—La cubierta de popa. —Apuntó hacia la parte más lejana de la cubierta—. No hay mucho viento allí. Más cómodo.

—Ah. —Se quedó parada junto a él y ambos miraron a la cubierta de popa como idiotas. Ella suspiró con una nostálgica exhalación—. Eso sería tan bonito.

—Veré que se haga —dijo, y giró sobre sus talones, dejándola en la pasarela.

No fue hasta que entró en el camarote sofocante y demasiado pequeño que compartía con Sam para este viaje que se dio cuenta de que había sido manipulado de forma brillante.

En verdad, había sido manejado por una maestra.

## Capítulo Cinco

Anna jadeó y aplaudió complacida.

—Esto es excelente, capitán Johnson. Simplemente excelente.

Una amplia silla tipo hamaca había sido tejida con una serie de nudos complicados y colgaba del cordaje del palo de mesana.

Ella dio un tirón experimental a las cuerdas.

—Muchas gracias. Ha hecho un trabajo maravilloso.

El capitán Johnson no podía ocultar el hecho de que a él también le complacía el resultado.

—La verdad, mi hermano lo creó. Siempre fue bueno para este tipo de cosas, construir fuertes y cosas así.

—Entonces debería agradecerle personalmente. —Sonreía eufórica. Él había tenido razón con el lugar. El viento no era tan fuerte en la popa del barco como en la proa. Ese artilugio funcionaría bien. A ella le complacía especialmente que el Sr. Johnson hubiera pensado en colocar una amplia plancha en el asiento para que la hamaca no la envolviera tan estrechamente para limitar le los brazos y hacerla sentir sofocada. No, la plancha mantenía las cuerdas lo suficientemente separadas para sentarse cómodamente y aún tener espacio para sus libros y, si era muy cuidadosa, una taza con algo caliente.

—No es necesario. —El capitán Johnson sacudió la cabeza—. De hecho, mejor si no lo menciona en absoluto.

—Si así lo cree. —Ella no lo creía así, sin embargo. Ya pensaría en alguna forma de agradecerle al misterioso Sr. Johnson. No había mucho que hacer en el barco además de leer y, dado que la Sra. Bartley había encontrado su propia ocupación a bordo molestando al cocinero, eso dejaba a Anna mucho tiempo para considerar al afligido hermano del capitán.

Recordaba vagamente a los hombres como él en el regimiento de su padre, hombres que no dormían y huían de ciertas situaciones. Ella creía que esos eran los síntomas de lo que los españoles llamaban “estar roto”, en el Sr. Johnson.

Pero antes de que pudiera llegar lejos con el marinero, tenía que obtener el consentimiento de su hermano. Y el capitán Johnson era un hueso difícil de roer. Ella había sido tan amable como había podido con el hombre y apenas había notado una grieta en sus prejuicios. Bueno, suponía que él era libre de tener una aversión irracional hacia ella; ella había tenido desconfianza instintiva hacia él solamente por su estatus como ciudadano americano. Oh, bueno, la guerra había terminado y todos tendrían que encontrar una manera de vivir en paz juntos.

Estaba aburrida. No parecía haber mucha oportunidad para divertirse a bordo del barco. Se sonrió a sí misma cuando pensó en cómo su “hermano”, el duque, se habría encogido de miedo en nombre del capitán Johnson ante el prospecto de su aburrimiento en proximidad del otro hombre.

Pasó el resto de la mañana en su hamaca. Llevó varios almohadones de terciopelo de su camarote y una brazada de libros de su arcón y se hizo un cómodo nido. Algunas horas después, un agradable joven apareció con una taza de té. Había llevado tantos libros y papeles como había podido encontrar sobre viajes a América, las guerras indias y la geografía del área en la que creía que su padre se encontraba. Todo lo que leía le acarreaba más preguntas. Marcó las secciones especialmente enigmáticas con tiras de papel arrancadas de su cuaderno para revisarlas después.

Finalmente, cuando el sol se puso por encima de su cabeza, desdobló las piernas y bajó de su hamaca.

—Le van a salir pecas. —La voz de la Sra. Bartley atravesó su paz y tranquilidad. Anna no recordaba que la otra mujer fuera tan autoritaria antes—. Aquí estoy, responsable por su bienestar y va a volver a casa llena de pecas. ¿Qué dirá el duque?

Anna le lanzó una sonrisa practicada.

—Estoy segura de que Christian no notaría si tuviera una o miles de ellas. —Además, volver a casa era el menor de sus problemas. Después de correr hacia América así, estaba segura de que a la clase alta no le interesarían las pecas tampoco. Habría muchos más pecados sociales yaciendo a sus pies que exposición al sol.

La Sra. Bartley se encogió de hombros y frunció las cejas en una forma que sugería que ella había dicho lo que debía y que todo lo que pasara luego de ese punto no era su culpa.

—¿Está lista para el almuerzo? Creo que logré hacer algo comestible a pesar de los mejores esfuerzos de ese estúpido cocinero por impedirlo.

Anna había estado tan concentrada en los asuntos de transporte dentro y fuera de la mayor parte de los puertos de Nueva Orleans y las Carolinas que no notó su estómago gruñendo hasta que la Sra. Bartley mencionó la comida.

—Estoy hambrienta, en realidad. Déjeme ir a cambiarme de vestido y la encontraré en el comedor.

—Creí que después de varias semanas ya habría rendido esas elegancias. —La Sra. Bartley estaba acostumbrada a una vida más dura. Las damas no se molestaban en cambiarse de vestido para el almuerzo cuando seguían a los soldados de campaña.

—No es como si tuviera compromisos más apremiantes con los cuales preocuparme. —La otra mujer le lanzó a Anna una mirada y sacudió la cabeza—. Está bien, entonces. Voy a asearme un poco y me le uniré pronto.

Luego de lavarse las manos y cara y hacer un valiente, pero inútil, intento de dominar su cabello, caminó hasta el comedor. La Sra. Bartley estaba en el extremo más lejano de la larga habitación discutiendo con el cocinero del barco. Un anciano canoso con cabello cortado por lo bajo y un rostro de líneas profundas estaba parado casi frente a ella, respondiendo a cada comentario mordaz de la Sra. Bartley con uno propio. El primer oficial también estaba presente, el Sr. Williams, un hombre callado y atento a quien la tripulación claramente respetaba. Y otros jóvenes oficiales que generalmente se alejaban de ella cuando estaba en cubierta. Solo había hablado con uno o dos de ellos en toda la semana que había estado a bordo; y ciertamente no por falta de intentos. Los buenos modales dictaban que hiciera todo lo posible para que los extraños se sintieran cómodos en su presencia. Solo porque estuviera en un barco ligado a América, con incontables marineros americanos, no quería decir que necesitara bajar sus estándares.

—Buen día —dijo al hombre que creía que era el tonelero. Le dio su sonrisa más amable pero no se sorprendió cuando no se la devolvió. En vez de eso, asintió y se alejó. Puede que haya habido un pequeño sonrojo extendiéndose por su cuello.

Se colocó junto al contraamaestre y seleccionó un plato de la mesa del buffet.

—Hermoso día, ¿no cree?

El hombre le gruñó. Ella suspiró y sirvió carne fría y papas en su plato y luego se sentó sola al final de la larga mesa. Miró la tetera de café y se encogió. No podía entender el gusto por esa preparación amarga. Cuando se puso de moda en Londres, Christian había desarrollado el hábito de beberlo en la mañana. Había insistido en que lo probara. Nunca más. Ni siquiera había pensado en llevar té para el viaje. O sus galletas preferidas de chocolate. Recordaría comprar muchas en América antes de su viaje de vuelta.

—Envié a Philips por una tetera de agua caliente —entonó una voz de barítono detrás de ella. Un brazo bronceado y bastante musculoso apareció y luego el resto del capitán Johnson se sentó a su lado. Colocó una caja de hojas de té en la mesa frente a ella—. Para su té.

Un jadeo educado precedió su brillante sonrisa.

—Bueno, Capitán. Creo que ya son dos cosas lindas que hace por mí.

Él le dio una sonrisa dubitativa por sobre el borde de su propia taza de café.

—No empiece a imaginar cosas, inglesa.

Ella mantuvo su mirada entretenida en él.

—Aún pienso que fue lindo.

Echó crema y dos cucharadas de azúcar en una taza y lo batió, disfrutando lentamente el simple placer que le llevaba el aroma de té fresco. El primer trago fue ambrosía y canturreó satisfecha. Su benefactor rio por lo bajo, tan suave que solo ella lo oyó. Cuando lo miró, su rostro estaba en blanco de nuevo, pero ella sabía que le estaba prestando atención.

—Esto es el paraíso —dijo, señalando al té—. Muchas gracias.

Rechazó su gratitud encogiendo un hombro.

—Olvidé que lo tenía en el almacén. Supuse que estaría pasado.

Otro trago caliente al paraíso.

—No.

—Bien.

*Dios.* Estos americanos eran un grupo difícil. No estaba buscando una conversación genial, pero ni siquiera podía lograr que cuchichearan en las comidas. Se preguntó si las americanas tenían tanto problema atrayendo a sus hombres como ella tenía.

Hizo otro intento.

—Desearía que me dejara mostrarle a su hermano mi apreciación. Esa hamaca que creó es ingeniosa. Una verdadera hazaña de genialidad ingenieril.

—Le daré su gratitud. —Metió un bocado de papas en su boca con una rápida eficiencia que decía que el asunto se había acabado.

—Eso sería muy lindo. Aun así, desearía que me dejara intentarlo.

Bajó su tenedor con un golpe.

—Sabe... —Se detuvo—. No importa. Si está tan jodidamente determinada a molestarlo, no puedo detenerla, pero no espere que él sea tan amable con usted como yo o el resto de mi tripulación lo han sido.

Ella lo miró boquiabierto.

—¿Es en serio? ¿Es algún tipo de broma americana que no entiendo? —Giró hacia ella y levantó una ceja, aburrido—. Increíble. Pensé que los lores ingleses eran los expertos en ser arrogantes y desdenosos. Claramente no.

El capitán respondió girando hacia su plato y masticando. Eso tuvo el efecto exactamente opuesto a lo que estaba esperando. Enderezó la columna y borró la exasperación de su cara. Podía jugar este juego: había pasado la mayor parte de una década con el hombre más arrogante de Londres. Si podía ser más inteligente, más amable y manipular al duque de Morewether, el capitán Johnson sería pan comido. Eso pedía mayor estudio del sujeto.

Dio un sorbo a su té y volvió a una conversación cortés.

—Entonces, ¿cuáles son sus planes para hoy?

Pudo sentir sus ojos girar tanto como verlos de reojo.

—Navegar el océano Atlántico en dirección oeste.

Ella bufó suavemente ante su graciosa respuesta. Superar al capitán Johnson podría ser en realidad un deporte. Atacó su plato con gusto, su hambre renovada ante el prospecto de un reto. Con cada bocado de jamón salteado y papas cocidas, ella planeaba. No estaba exactamente segura de lo que esperaba lograr, todo lo que sabía con seguridad era que iba a molestar al hombre hasta distraerlo. Eventualmente, sabía por experiencia, el atractivo capitán se daría por vencido y la dejaría hacer lo que quisiera.

—¿Está comiendo lo suficiente a bordo?

Enfocó su mirada en él.

—Ciertamente. Sin importar si es su cocinero o la Sra. Bartley, la comida ha sido buena y bastante.

—Solo le pregunto porque nunca he visto a una cosa tan pequeña comer tanto de una sola vez.

Anna miró su plato vacío y pestañeó. ¿había comido mucho? No lo creía, pero la carne y las papas habían desaparecido. De hecho, era posible que hubiera limpiado el plato con un pedazo de pan. La experiencia le dijo que su mejor táctica era ir con la ofensiva.

—Es de mala educación comentar qué tanto come una mujer.

Una sonrisa jugó en sus labios, pero la mantuvo bajo control.

—¿Dónde lo pone todo? —dijo.

¡Qué coraje!

—¿Qué quiere decir? —Uso su mejor voz altanera de sociedad.

La sonrisita ganó.

—¿Qué tan alta es?

—Lo suficiente.

Él sacudió la cabeza mientras se levantaba de la mesa.

—Debe tener un pozo sin fondo —lanzó esa bola final, luego se alejó. Lo vio atravesar la puerta, girando ligeramente sus enormes hombros para que su amplitud pudiera caber en el pasaje estrecho.

Bueno, qué osadía. ¿Así iban a ser las cosas?

Que el juego comenzara.

## Capítulo Seis

Nate pisó con fuerza el último escalón y salió a la cubierta principal. El sol matinal todavía estaba bajo en el cielo, no había ninguna nube y el mar estaba en calma. Parecía que iba a ser un día agradable. Sam había dormido relativamente tranquilo la noche anterior por primera vez en casi una semana, y eso significaba que Nate también lo había hecho. Había estado tan cansado que ni siquiera le importó cuando encontró una botella vacía de ron en el suelo. En ese punto, lo que sea que Sam tomara para dormir estaba bien por él. Había dejado a su hermano en la litera, roncando aún. El resultado final era que Nate estaba de un humor excelente.

Miró la enorme extensión de agua, sondeando su dominio acuático. Sus velas estaban tensas y avanzaban con buen ritmo. Muy probablemente, llegarían a Nueva Orleans un día antes de lo predicho o quizás antes. La cubierta del *Patriota de Martha* había sido recientemente limpiada, las cuerdas estaban en orden. Todo estaba bien en su mundo.

No había órdenes que dar ni hermano que controlar. Podía volver a su escritorio improvisado. Había mucho papeleo que hacer, gráficos por revisar y manifiestos que inspeccionar. Pero no le interesaba el trabajo de oficina hoy.

Hizo sombra a sus ojos con la mano y miró hacia la cubierta de nuevo. El panorama brillante se convirtió en la silueta de una mujer sentada con las piernas cruzadas sobre la hamaca de cuerdas. Miraba hacia el viento y tenía la cabeza ladeada para leer mejor de un libro. Su cabello colgaba en una trenza gruesa por la espalda, atado con un listón azul. Aun así, algunos mechones se habían soltado y habían sido distraídamente acomodados detrás de su oreja. Parecía luchar constantemente con su cabello, pero sin importar qué hiciera, el control parecía eludirle.

La joven leía bastante. De aquellos arcones que había metido en su camarote, al menos uno de ellos debía estar completamente lleno de libros. De alguna forma, su lectura le molestaba aún más a Sam, no más que el que fuera inglesa, pero aun así le fastidiaba. Nate, sin embargo, lo encontraba intrigante. Al menos era una mujer con la que un hombre podía conversar. Había elegido una vida en el mar de la cual no se arrepentía, pero un hombre educado en Harvard rara vez encontraba gente con la cual tener una conversación vivaz mientras visitaba puertos. Todos los socios que tenía por negocios tenían amplia inteligencia práctica; nunca había encontrado a uno con el que pudiera discutir de Platón.

A pesar de eso, la mujer era fastidiosa. Luego de su extraña conversación en el comedor, parecía buscarlo para entrevistarle sobre todo tipo de cosas americanas. Había creído que sus insultos la alejarían, pero no tuvo suerte. Ningún lugar estaba a salvo de su constante charla.

—Ey, ¡hola! —lo llamó y sacudió la mano.

—Señorita Sinclair. —Asintió en su dirección. Ahora era muy tarde para alejarse.

Le sonrió y cerró el libro alrededor de su índice.

—¿Cómo está el viento hoy?

—En la dirección correcta. —Se apoyó contra la baranda y cruzó los brazos sobre su pecho.

Insistió en responder a sus preguntas de manera sucinta para no animarla.

—¿Cómo está esta mañana?

—Bien.

La miró y esperó su siguiente pregunta. Ella lo miró de vuelta con su insípida sonrisa de sociedad. La reconocía de su hogar. Por alguna razón, la señorita Sinclair parecía pensar que los británicos tenían algún tipo de manual de instrucciones en modales y que los americanos eran unos

bárbaros sin tacto que comían con las manos y se hurgaban la nariz en la mesa, o algo así. Su madre pertenecía al Covington de Boston y se había asegurado de que sus hijos estuvieran bien versados en las reglas de cortesía social. Lo bonito de ser un capitán marino era que a los marinos les importaba un comino si usabas el tenedor correcto o cualquier otra tontería. Incluso así, Nathaniel se aseaba bastante y con toda seguridad podía defenderse en un cotillón; si alguna vez tuviera que asistir a una de esas malditas cosas de nuevo, Dios no lo permitiera.

Ella todavía lo miraba.

—¿Cómo está usted? —preguntó él.

—Muy bien, gracias por preguntar.

Ella seguía mirándolo.

—¿Cómo está la Sra. Bartley hoy? —cedió.

—Bien, supongo. Está en el camarote pensando en su batalla matinal.

Galletas, creía. Honestamente, no le importaba qué lado ganara con tal de que consiguiera una maldita galleta. La tripulación apostaba sobre qué tan lejos llegarían las cosas. Su dinero estaba en la mujer.

Se encogió de hombros.

—Cooky y la Sra. Bartley o van a matarse o se enamorarán. Nunca se puede adivinar con personas que pelean así. Cooky es un perro viejo, pero tu amiga seguramente le devuelve algunos gruñidos.

—Ella no es mejor. La excusaría, pero eso sentaría un precedente, y si comienzo nunca me detendré. —El viento atrapó algunos mechones y se ondearon por su rostro, quedando atrapados en sus pestañas y su boca. Pestañeó furiosa hasta que los liberó y los colocó detrás de la oreja—. ¿Cómo está el Sr. Johnson esta mañana? Parece que ni siquiera puedo expresar gratitud por una adorable mañana sin molestarlo.

¿Por qué no podía simplemente dejarlo solo?

—Sam no ha sido él mismo desde... Bueno, hay circunstancias mitigantes para su humor. Sin embargo, lamento que la haya puesto incómoda. —No sabía por qué se estaba molestaba en explicar, excepto que estos días, Sam ponía a todos incómodos.

La señorita Sinclair se encogió de hombros.

—Soy una chica grande y no tan frágil como me veo. Puedo defenderme con él, le aseguro. —Bajó la mirada, como si estuviera decidiendo algo, luego encontró de nuevo su mirada, esta vez había preocupación en su expresión—. Entiendo que su hermano ha visto la guerra. La guerra es una cosa horrorosa. ¿Tuvo una experiencia especialmente traumática? He leído que eso puede ser traumático para un soldado. O marino. O quien sea.

Entrecerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Mi hermano no se enlistó en la marina. No firmó para lo que le pasó. —Sus ojos se ampliaron tan solo un poco—. Estaba en uno de nuestros barcos cuando la marina británica lo asaltó y robó el barco y a toda la tripulación. Forzó a cada uno a trabajar como esclavos, insistiendo en que eran ciudadanos británicos fugitivos.

La mujercita enemiga frunció el ceño.

—¿Fue encarcelado?

—Robado. Secuestrado.

—Lo siento. —Incluso sonaba arrepentida—. No es que signifique algo, pero nunca estuve de acuerdo con esa política.

Nate bufó.



—Eso arregla todo. Estoy seguro de que las cicatrices y pesadillas de Sam van a desaparecer ahora.

—Tristemente, lo dudo. Es muy probable que el Sr. Johnson tenga muchos años agitados por delante.

—Me aseguraré de pasarle las buenas noticias. —Giró rápidamente sobre sus talones y se alejó disgustado.

Justo cuando había la mínima posibilidad de que la estuviera encontrando interesante, tenía que probar una vez más lo inglesa que era.

Se las arregló para evitarla el resto del día, pero a la mañana siguiente, allí estaba. Florecillas amarillas del color de su cabello adornaban su vestido. Y ese cabello. Esta vez había intentado con muchas trenzas todas atadas en otra trenza gigante que colgaba por su espalda. No le sujetaba más que antes y, mientras la miraba desde el barandal, colocaba los mechones que se le escapaban detrás de la oreja repetidamente. Tenía otro libro con ella. Antes de que supiera lo que estaba haciendo, se aclaró la voz y le estaba hablando.

—¿Qué tiene esta mañana? —señaló a sus libros con un gesto de la cabeza, saltándose todas las sutilezas de la mañana, que tan molestas eran. Al menos si él iniciaba la conversación quizás pudiera controlarla, mantenerla fuera de territorio no deseado. No quería hablar sobre los problemas de su hermano otra vez hoy. Era suficiente que estuvieran en sus pensamientos sin tener que discutirlo con un miembro del enemigo que no podía saber lo que sucedía.

—Buen día, Capitán —lo saludó, sonriendo—. Un recuento bastante seco de una expedición exploradora en las regiones de la Appalachia y Allegheny. ¿Estoy diciéndolo bien?

Asintió. No había ningún punto en educarla en las variadas pronunciaciones de las palabras. Conocía al menos tres maneras diferentes de decirlo dependiendo de dónde era la persona.

—Son palabras indias.

—Ah. Bueno, el área parece dura y salvaje. —Volvió varias páginas y apuntó a un párrafo—. Dice que Daniel Boone era de allí.

—¿Ha oído de Daniel Boone?

—Oh, sí. Es bien conocido en Inglaterra y en el Continente. No somos obstinadamente ignorantes de la gente en las Colonias. —Se detuvo y ladeó al cabeza—. ¿Cree que en verdad peleó con un oso?

Él rio y vio como un rizo se salía de sus sujetadores y se ondeaba detrás de ella.

—Poco probable, dado que el hombre sigue vivo. —Ella pareció decepcionada, así que preguntó—. ¿Alguna vez ha visto un oso?

—Hay un oso grizzli en la Torre Menagerie. —De nuevo, su dedo fue a su oreja, acomodando los mechones sueltos. Era una preocupación fútil dado que cayeron casi inmediatamente.

—¿Imaginaría que un hombre sobreviviera al ataque de ese oso?

—No, supongo que no. Bastante desilusionante, ¿no cree?

Se encogió de hombros.

—Me he dado cuenta de que mientras me hago más viejo y sabio, paso gran parte del tiempo desilusionado.

Colocando el libro de cara en la cubierta a su lado, colocó la larga trenza sobre su hombro y quitó el listón. Deshizo la trenza principal y corrió los dedos entre el cabello. Voló alrededor de su cabeza en una nube rubia; había mucho. Quería tocarlo, acariciarlo y ver si era tan suave como parecía. De alguna manera, se las arregló para atraparlo todo en su pequeño puño. Movié sus dedos con rapidez, separado secciones y entrelazándolos de nuevo. El proceso era hipnótico, y a pesar de los sermones de su madre sobre mirar, se encontró haciendo eso.

Con la trenza terminada, lo miró evaluadora, o no había notado su atención embebida o no le importaba.

—Esa parece una forma lúgubre de vivir la vida. ¿No cree merecer más expectativas?

Nate se rascó pensativo la barba de dos días. No, no había tenido esa visión tan poco romántica del mundo siempre, pero la opresión y la villanía le hacen eso a un hombre. Uno no podía formar parte de una revolución si no creía que las cosas podían ser mejor. En cierto momento, había creído en la democracia y los líderes honrados y el ideal de América. Aun creía en América. Eran los políticos los que le habían fallado, los líderes que habían probado ser simplemente humanos.

Los embarcos y bloqueos contra los barcos mercantes británicos habían matado los intereses mercantiles americanos más efectivamente que al enemigo. Grandes Navíos Americanos había estado pendiendo de un hilo incluso antes de que la marina inglesa hubiera comenzado a abordar barcos libres y apresar marinos americanos en su servicio.

—No diría que no tengo esperanza. —Sonrió para aligerar su humor—. Solo soy realista.

—Parece ser una perspectiva cínica de ver la vida, pero ¿qué se yo? Mi vida ha sido bastante funcional hasta hoy. Siempre he hecho lo que se espera de mí. Obedezco las reglas de la sociedad, creyendo que son por mi bien, y vea dónde estoy. Un montón de nada, le aseguro.

La pequeña mujer inglesa continuaba sorprendiéndolo.

—Eso suena cínico para mí. ¿Qué esperaba que le proveyera su diligencia? Déjeme adivinar, ¿un marido rico? ¿Un gran título? ¿Riquezas más allá de sus sueños salvajes?

Le lanzó una mirada fulminante.

—Actúa como si hubiera frotado la lámpara del genio y estuviera esperando deseos.

Se rio de nuevo.

—¿Qué desearía?

Se lamió los labios y alejó la mirada pensativa, una ligera sonrisa comenzó a aparecer.

—Que este viaje en el que estoy sea exitoso y... —lo pensó por un segundo—, una gran aventura.

—¿Y qué más?

Levantó un hombro en un misterioso encogimiento.

—Una dama necesita algunos secretos. ¿Qué desearía usted?

Cruzó los brazos sobre su pecho. La señorita Sinclair se apoyó en una mano y usó la otra para escudar sus ojos mientras lo miraba.

—Si pudiera tener cualquier cosa... desearía siempre tener el viento.

—Viento. ¿Qué más?

—El viento lo es todo para un marinero.

—Bien, el viento es suyo. ¿Qué más?

No tenía idea de qué más. Esta era una conversación estúpida y seguramente había algo más que debería estar haciendo.

—Supongo que ese será mi secreto, entonces.

Un silencio se instaló entre ellos por un momento. Las olas estaban bordeadas con un encaje de espuma por debajo de ellos y el cielo estaba adornado con suficientes nubes para resaltar el azul. Era tranquilo.

Nate no había tenido un momento de tranquilidad desde la desaparición de su hermano. No, incluso antes de eso, la guerra había puesto todo en tensión. Su familia había perdido tanto, un primo en la batalla del río Rappahannock y otra en la batalla del Fuerte George. Incluso ahora que Sam estaba a salvo, Nate todavía se agitaba con la tensión de la miseria del otro hombre,

sintiéndose de alguna forma responsable, aun sabiendo que no lo era. Y con la arenga constante de Sam, se había preguntado respecto a la inteligencia de aceptar pasajeros ingleses a bordo, pero su dinero lo valía. Por primera vez en muchos meses no estaba tenso por el estrés constante de que la compañía naviera de su familia quebraría.

Y su hermano estaba a salvo.

Y la guerra se había acabado.

Dejó salir un largo y profundo suspiro de alegría.

Había peleado tanto, por tanto tiempo. El atractivo, la tentación de lo que su vida podría ser estaba tan cerca que casi podía tocarlo.

Y acababa de tener la primera conversación con la señorita Sinclair que no terminaba con él queriendo lanzarla por la borda.

## Capítulo Siete

Anna estaba sentada en su litera e intentaba ver algo en la noche. No podía ver nada en el camarote, solo oscuridad. Espió en la noche como tinta y se esforzó por oír. Algo la había despertado de un sueño profundo, algo además de los ronquidos de la Sra. Bartley, lo que era prodigioso.

Ahí. Ahí estaba de nuevo. Un golpe fuerte y luego un grito.

Sacó las piernas por un lado y tanteó alrededor del extremo de la litera buscando su bata. Metió los brazos y avanzó lentamente hacia la puerta. Otro grito inteligible le urgió a sacar la cabeza por el pasillo. Ninguno de los marinos estaba allí así que salió y cerró la puerta detrás de ella. Avanzó de puntillas por la cubierta, siguiendo los golpes y gritos. La luna en tres cuartos le ayudó a ver dos figuras en la parte trasera del barco. La popa, pensó, recordando la palabra correcta. El carpintero del barco, Reynolds, le estaba enseñando los términos correctos. Uno de los hombres era claramente el capitán. Nadie más en el barco era tan grande, ni tan alto, o tan ancho. Ni siquiera su hermano menor.

—¡Sam! —La voz profunda del capitán cortó el espacio, implorando al otro hombre que hiciera algo; Anna no sabía qué—. Sam —repitió.

Anna se acercó, la extraña escena la compelia a hacer algo reprehensible. Estaba escuchando a hurtadillas; no, en realidad, estaba espiando, pero no podía detenerse. La escena era demasiado impresionante para retroceder ahora.

El capitán Johnson sacudió a su hermano de los hombros, pero el Sr. Johnson gruñó y se liberó. El hombre en verdad gruñó. Dijo algo inteligible y giró hacia el capitán Johnson con una cuerda larga. El capitán levantó las manos y habló con voz calmada, pero su hermano no retrocedió. Soltó más palabras iracundas que fueron respondidas con tonos reconfortantes. Estaba cerca ahora, casi tan cerca para entender lo que decían.

—Retrocede —gritó Sam y empujó un barril, luego fustigó el pedazo de soga sobre su cabeza—. Retrocede, dije. —La soga dio vueltas una vez más y el capitán Johnson retrocedió.

Aun con las palmas en el aire, el capitán continuó hablando con tono tranquilizante.

—Sam, soy yo. Soy Nate. Estás en nuestro barco: el *Patriota de Martha*. Ninguno de esos bastardos está aquí ahora. Soy solo yo.

Sam sacudió la cabeza y se vio confuso.

—Retrocede.

Anna se paró de puntillas y se inclinó hacia delante sobre varios barriles para poder ver mejor. La expresión de Sam era feroz. Sin importar lo rudo que era con ella, nunca se había visto tan terrorífico antes, solo insolente. Se inclinó sobre los barriles y empujó la cuerda enrollada arriba. Sus pies estaban colgando, pero si pudiera solo elevarse un poco más, sería capaz de ver todo.

La cuerda fustigó sobre la cabeza del capitán de nuevo y Sam maldijo agresivamente. Ella jadeó y sacudió la cabeza hacia atrás.

—Sam. Sam, mírame. Soy Nate.

Se retorció solo un poco más sobre su estómago. La cuerda serpenteó luego agarró momento y, antes de que ella pudiera agarrarla, cayó en la cubierta con un golpe sordo. Intentó agarrarse del barril frenéticamente, pero nada la detuvo de unirse al rollo amontonado sin gracia. Ambos hombres miraron en su dirección. Luego, rápido como un relámpago, el puño del capitán conectó

con la mandíbula de su hermano. El Sr. Johnson se desplomó y se habría golpeado la cabeza si su hermano no lo hubiera atrapado en sus brazos y lo hubiera bajado a la cubierta.

—¿Qué está haciendo aquí? —Vio al dueño de la voz a través de una pesada cortina de cabello. Parecía excepcionalmente molesto. Incluso las fuertes pisadas de sus botas eran agresivas cuando se acercó. Le agarró el brazo y la puso de pie.

—Señorita Sinclair, le hice una pregunta.

—Oí el ruido. Me desperté. —En realidad no había excusa para espiar—. No quise inmiscuirme.

—Claro que sí, o habría vuelto a su cama cuando vio lo que estaba pasando.

Demonios, era cierto.

—Lo siento.

Bufó y le dio la espalda, volviendo a su hermano inconsciente.

Ella agarró su cabello y lo puso bajo la espalda de su camión, no teniendo nada con qué atarlo. Lo siguió y se arrodilló junto a la cabeza del Sr. Johnson. Cuando el capitán la fulminó con la mirada, ella le devolvió la mirada en blanco. Ya estaba furioso con ella, ¿cuán más enojado podría ponerse?

—¿Está bien? —le preguntó y quitó el cabello oscuro de la frente del Sr. Johnson—. Lo golpeó muy fuerte.

La miró fulminante de nuevo.

—Bueno, sí lo hizo.

—No sabía qué más hacer —explicó, volviendo la atención a su hermano—. No estaba actuando como él. No me reconoció. Seguía actuando como si fuera uno de sus captores.

—Ah —asintió como si supiera, aunque no tenía experiencia en esa área. Había visto soldados luchando con la locura antes, pero había tenido doce en ese momento. Se había hecho una opinión leyendo algunos ensayos científicos del tema, pero habían pasado doce años desde que experimentara ese fenómeno. Ahora, de cara a un verdadero prospecto, se dio cuenta de que no tenía idea de lo que estaba hablando. Estaba impotente—. ¿Cree que estaba despierto?

El capitán suspiró, un sonido descorazonador que contradecía su brusquedad, no como normalmente se presentaba.

—No sé. Está ebrio también. Parece ser la única forma en la que puede dormir.

—Recuerdo que eso era común. —Recordaba que los soldados a menudo respondían a ese tipo de debilidad con bebidas fuertes—. Sospecho que estaba teniendo una vívida pesadilla.

El Sr. Johnson estaba dormido en la cubierta y parecía más tranquilo de lo que jamás lo había visto. La expresión del capitán no lo era, sin embargo. Miraba a su hermano con un ceño más profundo. Brevemente, su mano sobrevoló el hombro de su hermano, pero el capitán no lo tocó.

—Demonios, Sam —susurró—, ¿qué voy a hacer contigo?

Anna deseó poder darle una verdadera sugerencia. Ella creía firmemente que consentirlo no era la manera, pero ese no era un consejo práctico para un hombre que tenía terrores nocturnos en medio de la noche. Pobre señor Johnson.

—Tengo que llevarlo abajo. —El capitán la miró, acucillándose a su lado—, no creo que usted sea muy útil, una cosita tan pequeña.

Ella le sonrió.

—No me descarte. Le sorprendería. Tengo muchos recursos. —Miró alrededor de la cubierta y no vio nada útil—. Supongo que no tiene una carretilla. Usé una para meter al duque de Morewether a casa una vez. Christian es casi de su tamaño —dijo, indicando la forma boca abajo del Sr. Johnson—. Solo lo subí y lo llevé a través del jardín y a la biblioteca.

El capitán Johnson la miró escéptico.

—Seguro que sí.

—Es cierto. Ahí es donde lo dejé también, medio echado en el sofá. El idiota se quejó del dolor de cabeza al día siguiente, pero le dije que el sofá, sin importar qué tan pequeño fuera, era mejor que estar echo una bola bajo un seto.

—El duque estaba durmiendo bajo un seto. —El capitán parecía no creerle.

Sacudiendo la cabeza, ella tiró de la manga del durmiente.

—Fue antes de que fuera duque, sabe. No creería los lugares en los que lo he encontrado. Él y sus amigos eran una manada pendenciera de lobos.

Levantó las cejas como si de pronto hubiera armado un rompecabezas.

—Usted y él ... —hizo una seña con la cabeza.

—No, claro que no. Christian es como mi hermano. He vivido con su familia desde que era una niña. —La idea le dio escalofríos—. Aun así, me dio alguna experiencia con mover cuerpos.

—Voy a llevarlo abajo antes de que la tripulación lo encuentre. No quiero que Sam sea objeto de chismes y no hay nada que un grupo de marinos aburridos quieran más que chismear. Como un grupo de viejas, son. Esto ya es vergonzoso para él.

El Sr. Johnson era grande, pero el capitán era enorme. Anna no estaba segura de haber visto un hombre tan amplio como él. Tenía brazos poderosos bajo su camisa desabotonada y piernas gruesas que estiraron la tela de sus pantalones cuando se arrodilló junto a él. Sus pies estaban descalzos, una concesión de haber sido sacado de cama en medio de la noche. Ella también estaba descalza. No era como si estuviera criticando ni nada. Solo lo notaba porque sus pies eran mucho más grandes que los suyos. No es que pasara mucho tiempo comparando sus pies con los hombres que conocía. Aun así, los suyos eran enormes, con largos huesos que terminaban en uñas grandes y redondas. Tendrían que ser grandes, claro, considerando el tamaño del hombre que tenían que sostener.

El capitán se levantó y pasó los dedos por su cabello. Anna se le unió y se ajustó la bata, dándole al cinturón un tirón

—Creo que deberíamos conseguir una sábana, envolverlo y así podemos tirar de él por la cubierta hacia las escaleras. Cuando lleguemos allá, envolvemos la sábana bajo sus brazos y su pecho para bajarlo a la cubierta inferior, luego repetimos el proceso hasta su camarote. —Apretó los labios y asintió—. Ese es el mejor plan.

El capitán la miró mientras hablaba, con las cejas juntándose hasta que terminó. Luego soltó una risotada. En vez de seguir su plan, apoyó una rodilla, agarró al Sr. Johnson bajo las axilas y se levantó con él. Anna miró admirada cómo el capitán se agachaba de nuevo y, con un grácil movimiento, ponía a su hermano sobre sus hombros y se levantaba. El hombre inconsciente colgaba flácido.

—O podría hacer eso.

—Guíe el camino, señorita Sinclair.

Trotó por delante de ellos, todavía asombrada por el despliegue físico que había atestiguado. Abrió la puerta hacia las escaleras y se escabulló por los escalones. El capitán giró hacia un lado y golpeó cada grada con fuerza. La puerta a su camarote ya estaba abierta así que se apartó a un lado para permitirle dejar al Sr. Johnson en la litera. No despertó, tan solo gimió y giró hacia la pared.

Volviendo al pasillo, el capitán cerró la puerta detrás de él.

Estaban solos en el pasillo y ella fue consciente de que no vestía nada más que su ropa de noche. Empezó a mover los pies, metiéndolos bajo el borde de su bata de noche.

—Bueno, señor, eso fue impresionante. —Alejó el pelo enredado de su cara.

—Le agradeceré su discreción.

El cabello del capitán también había sido despeinado por el viento y estaba desordenado por el sueño. Pensar en él durmiendo la hizo preguntarse con qué ropa dormía, y ese no era el punto. Arrancó su mente de ese sueño inútil y lo miró.

—Claro.

—Probablemente quede así toda la noche.

—Eso espero —contestó.

—Entonces... —hizo una pausa y arrugó el ceño hacia ella—. Que tenga buena noche.

—Usted también.

Puso las manos en su cadera, viéndose, si era posible, más alto.

—Gracias por su ayuda.

—Por supuesto. Diría que fue un placer... —Sonrió porque la estaba poniendo nerviosa y no podía dejar de pensar en la ropa con la que dormía. O, con qué ropas no dormía. Oh, Dios, ahora su cabeza estaba aturullada—. Bromas aparte, siento no haber podido dar más ayuda.

Sus labios se erizaron ligeramente en los extremos.

—Ese plan suyo podría haber funcionado.

Apartó más cabello de su rostro.

—Lo habría hecho. Lo hizo cuando lo usé antes. —Debería hacerle frío, estando en el corredor con la brisa del océano ondeándose en sus tobillos. En vez de eso, su piel se sentía húmeda, como si hubiera un suave fuego bajo la piel. Por la forma en la que la miraba, seguramente veía su sudor.

Dio un paso hacia ella, forzándola a llevar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual. Tragó con dificultad. Su piel caliente picó. Otro pasó más y Anna creyó con certeza que su cuerpo la iba a traicionar de alguna manera, quizás con un estallido de cháchara que la haría sonar ridícula.

—Duerma bien, señorita Sinclair —dijo en voz baja, inclinándose hacia ella. Luego giró sobre sus talones y subió las escaleras. Vio cómo desaparecía, el espacio disponible en el corredor se amplió exponencialmente mientras se alejaba. Desafortunadamente, la sensación hormigueante se quedó mucho después de que volviera a su camarote y yaciera insomne en su litera.

¿Cómo podía dormir después de que se le hubiera ocurrido la idea de que él no dormía con nada en absoluto?

## Capítulo Ocho

Nate miró a la mujer por sobre el borde de su taza con café. Su viaje estaba por más de la mitad. Si el viento cálido y las suaves corrientes se mantenían, deberían atravesar en Caribe y llegar a Nueva Orleans en menos de tres semanas. Todavía no tenía idea de lo que pretendía hacer la señorita Sinclair cuando llegara, pero le carcomía la curiosidad.

Luego de esa noche, cuando había atestiguado uno de los peores episodios de Sam, había dejado de molestar a Nate sobre cómo debería tratar con su hermano. Todavía mostraba preocupación, pero era más circunspecta al respecto.

La silla que Sam hizo fue todo un éxito. Mantenía a la linda señorita concentrada en un solo lugar, lo que era un triunfo enorme. Antes de la silla, volvía a toda la tripulación loca con preguntas y charla sin parar. La hamaca había desviado su atención a su montón de libros. Que Dios bendijera su deseo de aprender. Allí era donde estaba ahora, enroscada en su hamaca, con tres o cuatro libros anidados junto a ella y una taza de su té importado en la rodilla.

Un relámpago de color llevó su atención a su hermano. Se veía terrible, mientras se colocaba junto a él y se apoyaba en el barandal.

—Buen día, Sammy.

Sam resopló.

—¿Quieres algo de café? —le ofreció su propia taza, pero su hermano sacudió la cabeza casi imperceptiblemente—. Va a ser otro día tranquilo.

Sam no respondió y Nate se estaba cansando de hacer todo el trabajo. Se quedaron allí, bronceándose en la cubierta. Nate sentía la necesidad de hablar con Sam estando allí como si todo fuera normal. Maldijo a los ingleses bastardos que habían cambiado por completo a su hermano. ¿Volvería a ser alguna vez el hombre que solía ser?

—¿Qué es lo que hace ahí todo el día? —preguntó Sam y señaló con la barbilla a la señorita Sinclair.

Nate pensó que era bastante obvio.

—Leyendo.

—Sí, pero ¿qué? Es todo lo que hace. ¿Qué demonios podría estar leyendo con tanta obsesión? Se encogió de hombros.

—No lo sé. Podrías preguntar.

Nate había decidido no preguntar. Estos días, había estado demasiado curioso. Pero el tiempo se detenía cuando hablaba con ella. Cinco minutos se hacían diez y antes de saberlo, había hablado casi una hora. No era barboteo sin sentido, tampoco. Hacía observaciones, preguntas y esperaba respuestas; todo con la mayor cortesía. Su madre habría amado a esa mujer. No había forma fácil de salir de la conversación tampoco, un poco como un zorro en una trampa, comiéndose su pata. A veces, Nate se encontraba deseando un tifón o una nave pirata, lo que sea que le diera una excusa para huir.

—Te dije que sería un dolor en el culo.

Nate miró a su hermano.

—A decir verdad, además de no parar de hablar, no hay nada malo con ella. Es bonita, al menos en eso puedes concordar, y obviamente es inteligente.

Sam bufó.



—Es inglesa. —Lo dijo con tal mofa que Nate ni siquiera se molestó en discutir que no todos los ciudadanos de Gran Bretaña eran enviados del diablo. Al menos la señorita Sinclair era inocente del escarnio de los marinos americanos.

Nate se alejó de la baranda y caminó hacia ella. Le encantaba verla pelear con su cabello. Era una batalla interminable, una en la que estaba perdiendo en ese momento. La brisa a bordo nunca se detenía, y fustigaba su cabello como si envidiara los broches e imperdibles que lo sostenían en su lugar. Sus fantasías sobre cómo se vería si el viento finalmente ganara y todas las trenzas y moños se soltaran y cayeran alrededor de sus hombros se había hecho realidad la otra noche. Habría apostado todas las ganancias de este viaje a que se habría visto como una de esas princesas de hadas en las historias que su abuela solía contar; había tenido razón.

—Señorita Sinclair.

Se sobresaltó y la taza de té se tambaleó peligrosamente, pero la atrapó perdiendo el libro que estaba leyendo. Cayó a la cubierta y las páginas volaron con la brisa, perdiendo el lugar donde estaba.

—Buen día a usted y al señor Johnson. —Ondeó los dedos hacia Sam, pero él solo le dio la espalda.

Nate alzó el libro y miró el título.

—*Tribus indias del Valle del río Mississippi*. Fascinante.

—Lo encuentro bastante confuso. Sus nombres suenan tan extraños: Winnebago, Menominee, Kickapoo y Potawatomi, por nombrar solo algunos. —Desdobló las piernas debajo de ella. Sus pies no tocaban la cubierta—. ¿Conoce algún indio?

Se encogió de hombros.

—Mohicanos e iroqueses más que todo.

Asintió pensativa.

—Ellos están en la parte norte del país, ¿no es cierto?

Asintió con un gruñido y ojeó el libro, deteniéndose para leer las notas en los márgenes.

—Esto parece más que solo un interés casual.

—Estoy intentando obtener un plano de la región y la gente que vive allí. —Extendió la mano y él le devolvió el libro.

Un ladeo le permitió leer los dorsales de los otros textos. *Mis aventuras en el Grandioso Mississippi, Especulaciones del Hombre Rojo de Norteamérica, Nueva Orleans: un estudio de influencias y Comercio en Gran Río Americano*.

—¿Cómo se mantiene despierta leyendo esto? —Había tenido una excelente carrera como estudiante en Harvard, pero con seguridad tenía mejores cosas que hacer con su tiempo en estos días que leer algo tan aburrido.

Ella tarareó.

—Admito que no los he estado leyendo de comienzo a fin. Solo las partes que me interesan o que creo que aplican a mi situación, y salto el resto. La escritura académica puede ser muy monótona si no la hace una mano diestra.

—Conuerdo.

Ella sonrió y metió la cabeza a la hamaca y salió con un volumen de buen tamaño.

—Este ha sido fascinante la mayor parte del tiempo.

Le pasó una copia de *Notas del Estado de Virginal* de Thomas Jefferson. Lo había leído antes.

—Bueno, puede decir que es comprensible. —Recordaba los cuadros y tablas de datos que Jefferson había dolorosamente compilado.

Abrió el libro en una página con la esquina doblada que incluía una lista de animales disponibles en el continente americano.

—Estoy muy interesada en algunos de estos animales. —Pasó el dedo por la lista—. El puma, ¿qué diría que es exactamente?

Levantó una ceja.

—También conocido como león de montaña. Un enorme felino sin melena.

—¿Tienen leones? —Sus ojos eran enormes y brillaban azules como el cielo despejado—. Me encantaría ver uno de esos.

—Ciertamente espero que no lo haga. Son excelentes acechadores, su seguridad estaría en riesgo. —Notó que su nefasta advertencia no aminoró su interés ni un poco.

Recuperó su libro.

—Y el alce, es un tipo de venado, ¿no es cierto? —Ajustó un lapicero plegable color plateado e hizo algunas notas en el margen del libro.

Concordó con que era un venado, de cierto modo. Ladeó la cabeza para ver lo que anotaba.

—Solo que mucho, mucho más grande. Tanto que, de hecho, no creerá cuando lo vea. Y bastante agresivo y temperamental. ¿Por qué pregunta?

Lo miró expectante.

—¿Hay alguno en Mississippi? ¿Un alce, quiero decir?

Sacudió la cabeza.

—¿Y en Missouri?

—No lo creo. ¿Ahí es donde termina su viaje, entonces? ¿Missouri? —Hizo una mueca ante la idea. Nadie había dicho nada sobre ella yendo a Missouri. Lo último que había oído era que las guerras de los indios todavía seguían allí. Incluso aunque las tensiones se hubieran enfriado y el clima político se hubiera asentando un poco, era un lugar peligroso.

—Eso creo. —Volvió a sus notas—. ¿Podría dibujar un alce para mí?

Alcanzando el grafito y el cuaderno, se acuclilló junto a su hamaca y comenzó el boceto.

—Entonces, Missouri —Las piernas del animal no se veían bien—. ¿Qué hay ahí?

—Estoy buscando a alguien. Ese fue el último lugar en el que se supo de él.

Borró la nariz del alce con su meñique e intentó de nuevo, más redonda esta vez.

—Ah, es un hombre.

Ella lo miró directamente.

—Sí. —La forma en la que lo dijo fue casi un desafío, como si quisiera que dijera algo untuoso.

Bueno, no iba a hacerlo, solo para probarle que los americanos también tenían modales. Podía deducir de la actitud de la dama que muy probablemente buscaba a un hombre joven, un prometido fugitivo, quizás. Era bonita e inteligente, y lo suficientemente agradable también, suponía, así que no podía imaginar que habría hecho huir a un pretendiente. Sam no podía pensar en nada, pero tenía que asumir que su novio era también británico así que su teoría se disipaba. Aunque, qué sabía él. Quizás tenía un prometido americano. Eso ponía un dilema interesante.

Las astas eran un desastre. Escribió la palabra “alce” debajo del dibujo para que no hubiera confusión. Le pasó el libro y le dio una rápida mirada, y luego volvió a hacerlo.

—¿Así se ve un alce? No muy terrorífico.

Rio.

—No soy muy artístico.

—Piedad. —Sus risas se le unieron, un tañido que era tan élfico como ella—. Esto es horrible.

—Quizás algún día vea un alce. Entonces le dibujaré un acompañante. —Se levantó y le hizo un saludo insolente—. La dejaré con su investigación, señorita.

Viajar a Missouri para encontrar a un prometido perdido. Nate no sabía si lo creía, pero parecía totalmente posible. Era una cosita adorable y Dios sabía que cuando se le metía una idea a la cabeza, se quedaba con ella.

Sam atravesó el umbral hacia su camarote y cerró la puerta con un portazo furioso. Nate saltó y el sextante cayó de la mesa donde trazaba su curso.

—¿Sabes quién es ella? —le preguntó.

Nate se estaba irritando cada vez más por el comportamiento errático de su hermano. No sabía cuánto más iba a poder soportar esa constante agitación.

—¿Quién? ¿La señorita Sinclair?

—Ella o esa vieja arpía con ella. —Sam golpeó con ambas palmas la mesa—. Quizás las dos juntas. No vas a creer lo que encontré.

—¿Qué?

—Es una espía de los rojos.

Cerró los ojos y se frotó la frente con la mano.

—¿Qué?

El volumen de la voz de Sam se incrementó, como si no fuera ya lo suficientemente fuerte en la pequeña habitación.

—Te estoy diciendo que es una maldita espía para esos bastardos casacas rojas.

Reclinándose en la silla, miró a su hermano.

—Estamos hablando de la señorita Sinclair. La de los libros. La pequeñita.

Quizás había más en los problemas de su hermano que la amargura y las pesadillas. Quizás ya no estaba bien de la cabeza. ¿Y si nunca volvía a estarlo?

Se levantó y puso una mano gentil en su hombro.

—Siéntate un minuto y...

—¡No! —Sam se sacudió—. No actúes como si estuviera loco o estúpido o lo que sea que estés pensando. Demonios, te estoy diciendo que una de esas mujeres es una espía. Solo no quieres oírlo porque estás embelesado con ella.

—No lo estoy —Nate sacudió las manos—, No es el punto, lo siento. Cálmate. Por favor.

El pecho de Sam jadeaba, pero sus ojos estaban claros y alertas. Este incidente, al menos, no era uno de sus delirios.

Nate señaló la otra silla. Tan pronto Sam se sentó, se le unió en la mesa,

—Dame tu evidencia.

—No tengo evidencia como tal.

Se reclinó en la silla. Su hermano estaba inestable. Esa era la única excusa.

—No puedo ir acusando a nadie, menos a dos mujeres, de algo como espionaje sin evidencia como tal.

Sam se inclinó hacia delante.

—Bien. Escucha. Fui a su camarote a mirar.

—No.

—Sí, y...

—¿Por qué?

—Solo déjame terminar. No sé qué esperaba encontrar. Solo tenía un presentimiento. —Sam se tocó la frente—. No había nada con sus ropas, nada bajo el colchón tampoco. Todos esos

libros, son ridículos. Busqué en la mayoría de ellos y no encontré nada, excepto un montón de libros y folletos del territorio indio de Missouri. Que creo que es sospechoso.

—Dice que ahí es donde está yendo. —Hasta ahí, Nate no estaba seguro de que su hermano no fuera el problema.

—Bien —dijo Sam, lleno de ironía—. Encontré un paquete de la Oficina de Guerra. Al fondo del arcón bajo todos esos libros.

Nate levantó una ceja.

—¿Cómo sabes que era de la Oficina de Guerra?

Ahora Sam se veía arrogante.

—Porque el sello lo decía.

—Oh. —Eso sí era algo—. ¿Qué tenía el paquete?

—No lo sé. —Sam se relajó en la silla—. No podía romper el sello sin que ellas lo supieran.

—¿Qué tan grande era? —Nate hizo varios espesores con sus dedos—. ¿Era una caja o solo papeles?

—Eran varios pedazos de pergaminos archivados con un sello de cera rojo con el escudo del rey. Nada más estaba impreso en el exterior. Todo eso en un bolso de cuero bajo todos los libros en su arcón.

El asintió lentamente, tratando de absorber toda esa información.

—Espera, ¿cómo saber que era de la señorita Sinclair? Quizás es de la Sra. Bartley,

Sam levantó las cejas.

—Estaba en el baúl de la señorita Sinclair. Nunca he visto a la Sra. Bartley leyendo un libro.

—Estoy seguro de que la mujer puede leer. —No tenía idea de por qué se sentía tan a la defensiva de la señorita Sinclair. Es solo que era tan pequeña y bonita y tenía alguna necesidad masculina implantada de proteger cosas pequeñas y bonitas.

Su hermano golpeteaba la mesa con el índice.

—La señorita Sinclair es una espía. Recuerda lo que te digo. Lo único que falta saber es, ¿qué haremos al respecto?

Nate se mordió el labio. La idea era absurda. La señorita Sinclair era la espía más improbable que se le podía ocurrir.

Quizás eso la hacía perfecta para el trabajo.

## Capítulo Nueve

El capitán Johnson no había ido a ver a Anna en los últimos dos días. No estaba segura de qué pensar sobre eso. Por dos semanas, había ido a hablar con ella al menos una vez al día, y luego de la llegada de la hamaca, varias veces al día. Al principio, agradecía que fuera atento ya que tenía millones de preguntas sobre todo su material de investigación. Sin embargo, recientemente, había buscado preguntas extrañas para hacerle sobre su país solo para tener oportunidad de hablar con él.

No había dificultad en hablar con el atractivo capitán americano. Creía que él podría tener los ojos marrones más inteligentes que había encontrado alguna vez. Era notoriamente grácil, considerando su tamaño y se encontró comparándolo con otros hombres que conocía. Christian era alto y ancho como sus amigos. Su padre, tanto como podía recordar, era alto y delgado. El capitán Johnson era, por falta de una mejor palabra, consistente. El hombre parecía ser principalmente músculo. Sus enormes brazos venían de amplios hombros, bajaban por un ancho pecho, estrechándose en unas esbeltas caderas y luego unas colosales piernas musculosas. Por Dios Santo, tenía que ponerse de un lado para bajar las escaleras a bordo.

La hacía sentir como una liliputiense. Extrañamente, por primera vez en su vida, eso no la molestaba en lo más mínimo. No la molestaba ni la hacía sentir menos. Cuando el capitán fijaba su atención en ella, su mirada interesada era halagadora.

Pensó que en verdad le estaba empezando a gustar, a pesar de la opinión hacia la desafortunada casualidad que fuera inglesa. No que ella lo considerara así, claro, pero él y el resto de la tripulación sí. Su opinión era comprensible. Sus países habían sido enemigos políticos por tanto tiempo, tomaría años que el daño se revirtiera. Si podía representar a Inglaterra de una buena manera, entonces haría todo lo que pudiera para lograrlo.

El hermano del capitán era un triste resultado de esa guerra. Incluso aunque entendía la filosofía británica de tomar prisioneros a los marinos como el Sr. Johnson, solo porque su padre era general, no significaba que ella estuviera de acuerdo. Deseó poder ayudarlo más de lo que había hecho. Sus antiguos recuerdos con soldados de mentes fracturadas le daban teorías, pero ninguna manera real de implementarlas. Sin importar lo erróneo que fuera, aun se sentía culpable por sus pésimas maneras.

Pero ella no creía que la debilidad del Sr Johnson fuera la razón por la que el capitán Johnson dejara de tener interés de pronto.

Se había exprimido el cerebro buscando lo que podría haberlo ofendido. Esta contra todo comportamiento prescrito el insultar al anfitrión. Nunca había sido el tipo de dama de Londres que usaba los modales o su incumplimiento, para hacerse de renombre. Prefería que la gente la admirase genuinamente, no que la temiese, sin importar su influencia con el duque y la duquesa de Morewether. Ni siquiera había ignorado deliberadamente a alguien.

Hasta ese punto, Anna había estado leyendo sobre el río Mississippi, Nueva Orleans, el territorio de Missouri y los indios que vivían y peleaban allí. Había leído sobre topografía, y entendía las corrientes fluctuosas de los ríos, no que eso fuera a importar mucho. Sin embargo, sorprendentemente, seguía sin saber mucho del país. ¿Cómo iba a llegar al territorio de Missouri? ¿Cuánto costaría alquilar un carruaje y un chofer? ¿Necesitaría contratar un explorador? ¿Cómo se encontraba uno? Encontraba una frustrantemente pequeña cantidad de información respecto al estado de los caminos y tenía la clara impresión de que el área era salvaje y fiera. Aunque la idea

era excitante, no era tan tonta como para no pensar que era peligroso. Necesitaba ayuda y el capitán Johnson era el único de quien podía conseguirla.

Como ella lo veía, el primer problema de los viajes marinos era lo poco que había que hacer con su propio tiempo. La Sra. Bartley ocupaba sus días reorganizando las bodegas y galeras del barco. Y torturando al cocinero y al contramaestre. Anna iba a usar cualquier oportunidad que tuviera para ponerse en el lado bueno del capitán Johnson.

Él estaba hablando con el contramaestre en la popa. Los miró y esperó pacientemente a que su conversación terminara y luego jugó sus cartas.

Puso en su rostro una sonrisa resplandeciente.

—¿Cómo está en esta hermosa mañana, capitán Johnson? Estoy muy impresionada con el clima en este viaje. Las aguas sureñas son un sueño. Si hubiera sabido que era tan tranquilo, habría venido hace años.

Él giró hacia ella con las manos en las caderas y no dijo nada. Nada en absoluto.

Anna suspiro, pero siguió.

—Si tiene un momento...

—La verdad, no.

—Oh, cuando tenga un momento, tengo algunas preguntas.

—Estoy muy ocupado, señorita Sinclair. Tengo todo un barco que dirigir.

Ella ladeó la cabeza y dulcificó su expresión.

—Señor, ¿qué hice para molestarlo? Si di un paso en falso y lo insulté de alguna forma, lo lamento en verdad. —Un pensamiento atolondrado se le ocurrió: podría ofrecerse a besarlo, y casi la hizo reír, arruinando la disculpa.

Él la miró varios segundos, luego la tomó del brazo y la guio a la baranda más lejana de la popa.

—¿Por qué está yendo a América?

—Se lo dije, estoy buscando a alguien. —¿Qué tanto podía confiar en él? Su instinto inicial había sido de no confiar en ningún americano, pero era claro que necesitaba ayuda. Obviamente, no podía proceder con esa filosofía.

—¿Quién? —Sus manos estaban sobre su cadera y estaba tan cerca de ella que tenía que llevar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual.

Dio un paso hacia atrás y su trasero chocó contra la baranda.

—¿Por qué lo pregunta?

Él se movió como si fuera a llenar el espacio entre ellos una vez más, pero ella colocó la mano en su pecho para mantener distancia. Obviamente, podría acercarse si quisiera, no era como si pudiera sostenerlo allí. Aun así, no se acercó.

—¿Por qué no me lo dice? ¿Es un secreto?

—No. —Puso las manos en la cadera también. Estaba segura de que él estaba intimidado. Como una mangosta intimidada a un león.

—¿Está buscando a un hombre? —Una ceja se elevó en pregunta.

¿Qué?

—¿A dónde quiere llegar?

—Vea, señorita Sinclair, no voy a jugar con usted. ¿A dónde está yendo y a quién está buscando?

—¿Jugar qué? —Sacudió la mano porque no le importaba su respuesta—. ¿Por qué eso es de su interés? Usted no está a cargo de mí y, lo último que supe, es que tampoco lo está de América. —Estaba comenzando a enojarse en verdad—. No tenía la impresión de que debía decirle nada.

La pinchó con un dedo.

—De hecho, sí estoy a cargo de usted. Estoy a cargo de todo en este maldito barco. Si no me dice lo que quiero saber...

—¿Qué? —Envolvió su dedo con la mano. Le tomó todos cubrir esa cosa enorme—. ¿Va a girar el bote?

La miró con furia. Ella seguía colgada a su dedo índice y le devolvió la mirada. Las siguientes palabras podían cambiar la marea de la discusión y parecía que el capitán estaba pesando sus opciones cuidadosamente. Ella esperó.

—Solo quiero saber por qué está yendo a América. Dijo que estaba buscando a alguien. No entiendo por qué le es tan difícil decirme la verdad.

Ella soltó su mano.

—No le mentí.

—Quizás, pero tampoco me da toda la información. Solo hice una simple pregunta. Su reticencia me preocupa y, francamente, es sospechosa. Este barco y los hombres a bordo son importantes para mí.

—Me interesa el peligro tanto como a usted. —Le sonrió de nuevo, lo más amable que podía.

La mirada que ahora le daba era especulativa.

—¿Está buscando a un hombre? —Ella no lo confirmó, pero tampoco lo negó—. ¿Un prometido? ¿Intentó escaparse?

—Eso es grosero.

Tuvo el descaro de asentir sabedor, como si ella estuviera admitiendo que era el tipo de mujer que tenía tanto hombres que la abandonaban como que se enojaría lo suficiente para perseguirlos alrededor del mundo.

Hizo las manos un puño. Nunca había estado tan furiosa en su vida. Christian la sacaba de quicio a menudo, pero este hombre era tres veces peor.

—Él no es mi prometido.

—Ah. —Le guiñó un ojo.

Por todos los ángeles y santos. Quería sacarle ese ojo. Si había una cosa que no soportaba, eran las personas que guiñaban. Un guiñador pomposo e irritante era del peor tipo. Buscó por la cubierta algo filo.

—Ya veo. —Agarró sus manos por detrás de la espalda y giró sobre sus talones—. Es entendible. La sociedad no perdona a una joven mujer que no puede mantener a un hombre.

—No es mi prometido. No tengo uno.

Su expresión cambió a pena.

—¿No pudo conseguir uno? Las expectativas de la sociedad son duras.

Olviden apuñalarlo. Iba a encontrar algo para golpearlo. Iba a tener que treparlo como a un árbol para alcanzar su cabeza, pero el esfuerzo lo valdría.

—Para su información, he tenido doce proposiciones desde mi presentación, y he declinado cada una de ellas.

Una ceja levantada le indicó que él no había esperado eso.

Sostuvo su mano abierta y fue cerrando cada dedo:

—Lord Harold Finneman, tenía pelo en las orejas. Luego Rupert Morgan, nada apropiado. Seguido de Finlay Stephenson, Jonathan Corvair y Richard Potter-Syminton, cada uno de los cuales fue rechazado por Christian. —Cambió de manos y continuó—: Sir Albert Tomason por al menos ocho años. Lord Stuart Owens, su madre es un dragón. Joseph Weldon-Watson, olía extrañamente a aceituna. Callum McComish, escocés, hace mucho frío allí. El honorable Michael

Horne, su nariz era enorme, no podía condenar a mis hijos a eso. —Volvió a su mano original—. Lord Jason Bradshawm tenía las perspectivas políticas más horribles, era reprobable. Y finalmente, Lord Edward Shelton, un hombre adorable, pero no el indicado para mí.

—Ya veo —dijo.

Sabía que sonaba arrogante, pero no le importaba. Cualquiera persona así de grosera tenía merecido ser tratado por sinvergüenza.

—El hombre al que busco es mi padre. Está perdido y voy a encontrarlo.

Giró sobre sus talones y se alejó. Quizás era lo mejor que ya no fueran amigos. ¿Alguna vez lo habían sido? No lo sabía, tampoco le importaba.

*Sinvergüenza.*

Nate miró cómo se alejaba furiosa la Srta. Sinclair, la falda de su vestido amarillo se balanceaba con justa indignación. Los tacos de sus botas rebotaban furiosamente en la teca. Cuando el viento chocó con el sombrero de paja, este voló de su cabeza. Solo el lazo atado bajo su barbilla lo mantuvo de irse por la borda. Ella ignoró el sombrero y ahora su cabello volaba alrededor de su cabeza como una tormenta furiosa.

La había provocado para que le dijera a quien buscaba. A pesar de eso, se sentía un poco culpable. No le gustaba las emociones mercuriales de las mujeres, pero había sido forzado a instigar esa pelea debido a su ladina desconfianza a divulgar sus motivos.

Su historia era ridícula. No tenía ningún sentido que una mujer tan mimada como la Srta. Sinclair saliera en un viaje como ese para encontrar a su padre de todas las cosas. No creía en realidad que estuviera buscando a un amante fugitivo, pero sí creía que estuviera buscando a alguien importante.

Parecía más y más probable que Sam tuviera razón. Por lo menos, ella sí tramaba algo. ¿Por qué, en nombre de Dios, los británicos enviarían a una mujer a hacerlo? La seguiría y obtendría tanta información como pudiera de ella. Su familia había sufrido demasiado durante esta guerra y la revolución antes de ella. Nombrar al barco estandarte de Grandes Navíos Americanos el *Patriota de Martha* había sido un homenaje al condado que amaban. Luego de todos esos sacrificios, Nathaniel no iba a dejar que un pajarito se metiera con planes secretos en otro intento de los británicos de socavar su país.

Sam quería escabullirse en el camarote y encontrar ese bolso. Luego de su conversación con la Srta. Sinclair, él también creía que era una excelente idea.

La mujer era hábil con todas sus aparentemente inocentes preguntas. Quizás los británicos habían enviado a su espía más experimentada con una brillante historia de coartada. ¿Quién sospecharía alguna vez que esa pequeña belleza sería una infiltrada? Harían bien en no subestimar a la Srta. Sinclair o su acompañante.



## Capítulo Diez

Anna no tenía idea de qué había estado pensando. El hombre era un cretino. Un patán absoluto. Golpeó la puerta de su camarote, feliz de ver que la Sra. Bartley no estaba. No soportaría hablar con nadie ahora. Todo lo que quería hacer era gritar. Y lanzar algo.

—No dejes que te exaspere —dijo en voz alta—. No sabe de qué está hablando. Nada de lo que dijo era cierto.

Pero solo la idea de que él pensara todas esas cosas sobre ella era molesta. Estaba furiosa con ella por caer en su trampa y defenderse. No era su asunto si ella tenía pretendientes o no. No veía ningún anillo en él, así que no era como si estuviera hablando desde un pedestal de felicidad matrimonial. Apostaba a que ninguna mujer lo quería. No conocía el gusto de las americanas en caballeros, pero presumía que no incluía arrogantes, groseros y autoritarios.

Se lanzó a la cama que compartía con la Sra. Bartley. Unas lágrimas de enojo le llenaban los ojos. Claro que eran lágrimas de enojo. No había otra explicación para eso. Así no se suponía que tenían que ser las cosas para ella. Nunca había tenido problemas haciendo amigos. Sin importar cuánto intentara, el capitán Johnson no parecía querer abrirse con ella.

¿Por qué le importaba? Tenía muchos amigos allá en casa, muchas personas que la amaban. Un hombre cruel no negaba eso. No necesitaba ayuda tampoco. Era inteligente, recursiva y se las arreglaría para encontrar a su padre sola. Lo encontraría, lo cuidaría y lo llevaría a casa. Lo que no sabía lo resolvería.

Al diablo con el capitán Johnson.

El hombre estaba sentado en su hamaca cuando ella salió a cubierta la mañana siguiente, con los brazos cargados de libros y lápices. Había estado mirando el océano, calmo e inalterable, y no lo notó hasta que habló.

—Buen día, señorita Sinclair.

Sus libros cayeron a la cubierta, abriéndose y permitiendo que sus marcadores de página volaran con el viento. Lo miró enojada antes de apresurarse a recoger sus cosas. Un pesado pie embotado pisó una hoja de pergamino que aleteaba, amenazando con volar por la borda.

—Pensé en ver si tenía alguna pregunta para mí esta mañana.

—No. —Le quitó sus notas y las volvió a meter en un libro al azar—. No necesito de usted.

Se paró como una torre sobre ella, pero no era como la última vez. No estaba intentando intimidarla ahora. Se agarró de la silla con una mano y deslizó los libros de su brazo con la otra.

—Encuentro difícil creer eso. Siempre tiene muchas preguntas. —Le lanzó una sonrisa dentada. Contra su rostro bronceado, era deslumbrante—. ¿Qué será hoy? ¿Patrones del clima en la frontera de Kentucky? ¿Técnicas de apareado del oso marrón del Nuevo Mundo? ¿La mejor forma de construir un bote de quilla?

La verdad, ella sí tenía algunas preguntas sobre los botes de quilla, pero que se fuera al infierno si le preguntaba.

—No, gracias.

—Está enojada.

¿Por qué los hombres siempre decían esa frase como si fuera algún tipo de capricho tonto que una mujer se enojara con un hombre? Le devolvió su propia sonrisa. Tenía una buena, y lo sabía. Él no era el único que podía usar su encanto para agitar a su oponente.

—¿Por qué diría eso?

Le indicó que se sentara en su hamaca.

—Porque parece enojada de alguna pequeña manera.

Eso le borró la sonrisa de la cara.

—¿Pequeña? —Oh, bien, le daría algo pequeño.

Levantando las manos en rendición, agachó la cabeza.

—Tregua. No vine aquí para provocarla.

—La evidencia dice lo contrario.

—Sinceramente, no estoy aquí para discutir con usted. —Extendió su mano a la manera americana—. ¿Podemos ser amigos?

Ella miró su mano. Había un punto en el que estar enojado solo porque sí era simplemente ruin. Quizás podría hacerle algunas preguntas. Tenía demasiadas.

Nate la dejó en su hamaca leyendo alegremente. Le había dicho lo que sabía de los botes de quilla, que no era mucho. Él conocía los botes de navegación, no las barcas que llevaban carga por el Mississippi. Aun así, la había apaciguado. Hasta que encontrar la verdadera razón por la cual estar en América, no serviría que se enojara con él.

Además, no era difícil coquetear con la dama. Era perfecta para discutir con ella. La mayoría de las damas que había tenido la oportunidad de conocer en Boston estaban bien versadas en las artes sociales, pero se inclinaban a concordar con cualquier estupidez que él dijera. Había experimentado eso en la última noche que había tenido que asistir. Sin importar la opinión más imbécil que dijera, cada joven en el baile solo sonreía y asentía y le decía que era brillante. Era nauseabundo.

La Srta. Sinclair tenía fuego en ella, incluso cuando estaba siendo absurdamente cortés. Una atracción que era tan vigorizante como poco sabia.

Sam ya lo estaba esperando en el camarote cuando volvió.

—¿Y bien? —Nate cerró la puerta y se apoyó contra ella.

Sam hizo una mueca.

—No pude entrar al cuarto.

Soltó un suspiro frustrado.

—¿Por qué? La tuve ocupada en cubierta más de una hora. ¿Qué diablos estabas haciendo?

—Estaba intentando, pero la vieja estuvo allí toda la mañana. La única maldita mañana que no estuvo discutiendo con Cooky.

—Demonios, Sam. —Pasó los dedos por su cabello—. Necesitamos entrar y encontrar qué hay en ese paquete.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que golpee a ese viejo murciélago en la cabeza?

Solo quedaban algunos días hasta que atracaran en Nueva Orleans. Hasta ahora habían estado haciendo un excelente tiempo, pero desde que los motivos de su pasajera habían salido a la luz, había recogido las velas y había relentecido el barco considerablemente. ¿Por qué estaba yendo la señorita a América y a quién iba a encontrar?

—¿Por qué no me dejas hablar con ella? —Su hermano levantó el hombro en pregunta—. Estoy seguro de que podría obtener información de ella.

Nate pensaba que esa sería una horrible idea. No había forma en que Sam aflojara a la linda dama en su estado actual. Antes de la guerra, Sam había sido un hombre completamente diferente. El hermano más joven había tenido gusto por la aventura y la emoción que sobrepasada al de su hermano mayor John y a él mismo. Sam era el salvaje, eso decía su mamá. Su caprichoso hijo de ideas fantásticas. Toda la diversión parecía habersele sido dada. Ahora su alma parecía estar erizada, echando humo.

No era el hombre que necesitaba interrogar a la frágil señorita Sinclair. Además, eso no iba a ayudar. Si estaba llevando información táctica para otro ataque —este en el interior de su nación— entonces había mucho más en la conspiración que lo que fuera que había llevado. Si en verdad había un complot, necesitaban saber todo antes de poder detenerlo. Detener un mensajero no eliminaba la infiltración.

—No —dijo Nate—. Seguiré distrayéndola. Tienes máximo dos días para hacerte con el paquete. Tendrás que encontrar una forma sin pegarle a la Sra. Bartley.

Sam se encogió de hombros, decepcionado.

—¿Y si dejo que Cooky lo haga?

Nate sacudió la cabeza y abrió la puerta.

—Piensa en algo, Sam.

Dos días de viento ideal y clima tranquilo los llevaron al Golfo de México. Sam no tuvo suerte consiguiendo acceso al cuarto de las damas. La Sra. Bartley desarrolló un malestar estomacal y se quedó en el camarote. Sam sospechaba que Cooky la había envenenado y Nate pensó que era enteramente posible. El cocinero se veía infinitamente más feliz sin la anciana dándole órdenes, pero era condenadamente inconveniente.

Nate pasó tanto tiempo como le fue posible con la Srta. Sinclair buscando información. Sin importar hacia dónde llevara la conversación, la mujer era astuta y no daba información sobre su contacto. Quizás si tuvieran otra semana en el mar... el problema era que Grandes Navíos Americanos estaba desesperado y los bienes en la bodega debía ser descargados y vendidos antes de que cualquier otra cosa fuera considerada. Extender el viaje otra semana era financieramente poco razonable y Nate no se animaba a poner el negocio familiar en riesgo.

Se paró en la cubierta y miró cómo Nueva Orleans aparecía. La tripulación atenta y ocupada recortó las velas y el gran barco llegó al puerto. Sabía que estaría demasiado ocupado con el supervisor de puerto para vigilar lo que hacían la Srta. Sinclair y la Sra. Bartley, pero Sam se aseguró de mantener un ojo en ellas.

Las damas quedaron en tener sus arcones y bolsos en un vagón y que fueran llevados a algún hotel altanero y caro del Barrio Francés. La Srta. Sinclair le dio un desenfadado saludo cuando desembarcó con su sonrisa siempre presente en la cara. Se había vestido más formalmente esta mañana que durante todo el viaje. Tenía encaje en su corpiño y guantes cubriendo sus manos. Sus rizos rubios estaban domados y envueltos en una serie de trenzas y vueltas que no dejaban que la audacia del viento los liberara. A Nate le parecía una vergüenza torturar a sus salvajes mechones de esa manera en vez de dejarlos sueltos.

La saludó y se giró para encargarse de los asuntos inmediatos. Sam se deslizó detrás de ellas mientras desaparecían en la multitud costera.

La más extraña sensación acompañó a Anna mientras ella y su compañera se acomodaban en el mejor hotel de Nueva Orleans. Pensó que quizás estaba volviéndose loca por la sensación del ondulante océano incluso ahora que estaba en tierra. No había experimentado malestar en absoluto, algo que había asombrado al capitán Johnson. A Anna no. No tenía tiempo de enfermarse. Había mucho que aprender estando a bordo y ahora que finalmente había llegado a América, necesitaba concentrarse en la tarea de encontrar a su padre. Sin importar cuán saludable hubiera estado en el verdadero océano, ahora luchaba con un dolor de cabeza y mareos.

La Sra. Bartley estaba peor. Se negaba a toda oferta de ponerla más cómoda. En vez de eso, se echó en su cama de la habitación y se negó a moverse. Anna la dejó allí con la promesa de volver más tarde.

El joven llamado Marcel, en la recepción, le sugirió con un marcado acento que tomara una taza de té como cura. Había un café al final de la cuadra donde encontró té y la masa más gloriosa que había probado alguna vez, algo llamado *beignet*. Debía recordar decirle a Frankie sobre eso. Su mejor amiga era una gran conocedora de postres. Desafortunadamente, el propietario del establecimiento no tenía idea de dónde podía encontrar un carruaje que la llevara a Missouri.

Cuando volvió al hotel, más fresca, le preguntó a Marcel si tenía sugerencias sobre dónde contratar un carruaje y él simplemente parpadeó.

—¿Un carruaje? —Marcel se las arregló para unir trece sílabas en dos palabras—. No hay carruajes en esta ciudad que la lleven a Missouri, señorita Sinclair. —Su nombre parecía tener una “y” en la forma en que él pronunciaba.

—Oh —dijo ella—. Igual, me gustaría preguntar. ¿Dónde está la caballeriza?

La dirigió de nuevo hacia la ciudad, bajando varias cuerdas. Felizmente, se había acordado de su parasol para esta incursión, y caminó por las calles bajo la cubierta de su propia sombra. Londres en esta época era mucho más frío. El aire en Nueva Orleans se sentía como cargado de agua. El sudor corría por su espalda, haciéndola arrepentirse de la pañoleta de encaje y desear la brisa a bordo del barco del capitán Johnson. Incluso con el calor insoportable, Anna no podía evitar admirar la ciudad. La arquitectura era muy diferente que en su país, pero no menos impresionante con sus colores estimulantes y las florituras de hierro que adornaban los balcones.

La gente también lo era, impresionantemente sofisticada con una increíble mezcla de acentos y colores de piel. Incluso el aroma de la comida era muy diferente que en casa. Si solo su tarea no fuera tan urgente, pensó que podría disfrutar pasar tiempo allí.

La caballeriza no fue de ninguna ayuda. El hombre a cargo se ríe de ella, su gorda panza rebotaba al punto de darle náuseas.

—No entiendo el problema —le dijo—. Hay un carruaje aquí, y veo muchos vagones. Solo quiero uno.

El propietario sacudió la cabeza.

—No va a llevarle uno de los míos para darle a los indios.

Anna le lanzó una sonrisa razonable.

—Veo su confusión. No voy a darle mi carruaje a los indios. Lo traeré de vuelta una vez que termine mis negocios en Missouri.

Ahora las lágrimas caían por su rostro, así de fuerte reía.

—No dijo que iba a ir a Missouri. Santo Dios, mujer. ¿Está loca?

Su reacción se estaba haciendo aburrida y ya no le interesaba entretenerlo tan aburridamente.

—Señor, tengo mucho dinero. ¿Y si le compro el carruaje en vez de alquilarlo? Tendrá su dinero de cualquier manera y su vagón cuando vuelva.

—Habla muy educada, pero es un tonto pajarito. No la enviaré al campo para que la maten los indios salvajes. No con mi equipo. De ninguna manera. Váyase. No tengo tiempo para estas tonterías.

Hasta ahora, la impresión que Anna tenía de los americanos no era estelar.

## Capítulo Once

Sam metió un enorme camarón a su boca y lo tragó con un poco de cerveza.

—Está intentando rentar un carruaje o un vagón.

—¿Y no encontró a nadie mientras estaba en la ciudad? —Nate se reclinó en su silla y puso su pinta sobre la rodilla.

Su hermano sacudió la cabeza.

—El hombre del hotel la mandó a las caballerizas. Él se negó a negociar con ella. Cuando le pregunté después de que se fue, dijo que estaba yendo a Missouri, lo mismo que te dijo a ti, peor eso fue todo lo que dijo.

Así que todavía no sabían nada.

—¿Qué diablos hay en Missouri? —se preguntó Nate en voz alta por millonésima vez.

Sam tragó con dificultad y le hizo señas al cantinero para otra ronda.

—Bueno, esta es la cosa. Mientras descargabas la carga, tuve la oportunidad de leer los periódicos de las últimas semanas. —Lanzó un montón arrugado de noticias a la mesa—. Resulta que hay un montón de escaramuzas que involucran a los británicos, los indios, los colonos y nuestras milicias. El mes pasado, los bastardos salvajes todavía estaba arrancándole el cuero cabelludo a los colonos y los rojos todavía los estaban apoyando. —Le asintió a la chica que dejó la bebida y le dio una rápida repasada. La chica se sonrojó, pero Sam no siguió su avance, al menos todavía, y ella volvió al bar—. Si los ingleses están ignorando el tratado de Gante y todavía están aliados con los indios y los canadienses, entonces debe estar llevando mensajes con ese fin.

—Va demasiado tarde. —Nate leyó las noticias del norte—. El tratado ya fue firmado incluso si la noticia no ha llegado a la frontera hasta el mes pasado.

—Exacto. —Sam puntuó sus palabras con el índice—. Pero la lucha continúa. Quién dice que la información que tenga no va añadir combustible a ese fuego. Los británicos no están contentos con rendirse, y los indios solo necesitan una pequeña provocación.

Nate pensó en la Srta. Sinclair. Intentó imaginársela como una agente internacional y le costó convencerse. No se veía engañosa, pero eso era lo que probablemente la hacía una excelente espía. O él y Sam estaban muy lejos de la verdad, o él era el más estúpido ingenuo en ponerse duro por una dama linda. No importaba lo que él quería que sea —una adorable tonta o una hermosa mensajera—, no podía dejar que completara su misión.

—¿Dónde la dejaste?

Sam alejó su mirada de la mesera de mejillas rojas.

—En el hotel. El hombre en la recepción dice que la anciana sigue enferma y que llamaron al doctor. —Tragó lo último de su vaso y se limpió la boca con el dorso de la mano. Le dio a la chica una sonrisa y ella se sonrojó bastante bonita—. Es tu turno de seguirla. Veo a una rolliza americana que se ve bastante bien. Han pasado años desde que he tenido eso y quizás es lo que necesito. Una que habla bien sin todo ese acento altanero pensando que es mejor que yo.

El discurso de su hermano conjuraba un montón de ideas sobre un puñado deavecillas como Sam la llamaba. Sam seguro satisfacería su apetito con aquella complaciente chica, pero eso dejaba a Nate anhelando el mismo alivio. La tensión de tantos meses preocupándose por su hermano y el negocio se levantó de sus hombros el minuto en que vieron Nueva Orleans. Sin la constante preocupación que cubriera cualquier otro sentimiento, no se había dado cuenta que había

pasado mucho desde que había estado con una mujer. Eso explicaba su fascinación con la inglesa. Habría pensado que su diminuto tamaño lo habría alejado, pero muchas de sus fantasías revoloteaban alrededor de su diferencia. La miraría del otro lado de la cubierta e imaginaría su mano deslizándose en la ligera curva de su cintura, sus largos dedos acariciando su abdomen, su piel bronceada en contraste con el blanco mármol de ella. Si la aplastaba en un tórrido abrazo, su virilidad sería acolchonada por la suavidad de su vientre.

Pensaba en la señorita Sinclair y el estado de su torturada anatomía en la misma oración con alarmante frecuencia.

Santo dios, ese cabello. También tenía fantasías con eso. Salvaje y fuera de control, la imaginaría al viento con las trenzas doradas y echando la cabeza hacia atrás para besarla. Cuando cerraba los ojos de noche, la podía visualizar con el cabello extendido debajo de ella, rizos de seda que recibirían su cabeza cuando la lanzara hacia atrás cuando alcanzar su clímax.

Piedad.

Debería haberse quedado a encontrar una mesera, también. Una americana sin mentiras en la cabeza. Pero esta misión tenía mucha más importancia que encontrar un rápido y poco satisfactorio alivio en un encuentro cualquiera.

Buscó su camino al hotel, las imágenes de sus manos en la señorita Sinclair lo mantenían ocupado.

Un muchacho en la fachada abrió las grandes puertas. La Srta. Sinclair estaba en la recepción como conjurada por su lujuria. Tenía puesto un vestido azul pálido del color de sus ojos. No importaba que un enorme sombrero los ocultara. Todavía sabría el color de sus ojos incluso en las oscuras sombras de un cuarto. La humedad en el aire hacía caos con sus cabellos mientras ella lo metía ausentemente bajo el sombrero, pero este se negaba a comportarse. Unos rizos se adherían a la húmeda piel del cuello. Le tomó una increíble fuerza de voluntad mantener las manos quietas y no tomar esos rizos y girarlos con sus dedos.

Ella todavía no lo había visto, dándole la oportunidad de observarla por un momento. Rebuscaba en el contenido de un pequeño bolso de terciopelo que colgaba de su muñeca y luego metió un grupo de papeles dentro antes de ajustar los cordones. Ajustó su parasol, acomodó el encaje de su cuello y soltó un pesado suspiro. Su mirada encontró la de él y sonrió. Nate lo sintió en sus pantalones.

—Capitán Johnson. —Asintió en saludo—. Es bueno ver un rostro amigo. Lo es, ¿no es cierto? He tenido un día muy exasperante para discutir con usted. Si esa es su intención, finja que no me vio.

—Soy amigable.

Ella se le acercó, levantando la barbilla mientras caminaba para mantener el contacto visual. Por qué eso la ponía en la posición perfecta para un beso.

—Me alivia mucho. ¿Qué hace aquí?

—Revisando que esté bien, claro. Le prometí al duque que me aseguraría que estuviera protegida.

Ella rio.

—No creo que esté en peligro.

—Nueva Orleans tiene un lado oscuro, señorita. Además, su viaje no ha terminado, ¿o sí?

—No.

Pensó en los papeles en su bolso.

—¿A dónde va? La acompaño.

Extendió el brazo y ella deslizó los dedos para acomodarse en la curva de su codo.

—¿No sería eso lindo? Extraño nuestras charlas. Tengo muchas más preguntas que espero pueda responder.

De vuelta afuera, se detuvo en la acera. El tráfico a caballo era pesado a esa hora.

—¿A dónde vamos?

—Al apotecario. El doctor dio instrucciones para la pobre Sra. Bartley. Está hecha un desastre. —Abrió su parasol.

—Ah. —Nate los llevó hacia el sur.

—La criada, una adorable negra con un rítmico acento, también sugirió que fuera a ver a una mujer llamada Emilie Faillard, en la calle Dumaine. ¿Sabe dónde es eso?

Él levantó una ceja.

—Lo sé, pero no creo llevarla allí.

Ella lo miró por debajo del borde de su sombrero.

—¿Por qué no?

—No quiere involucrarse con las mujeres vudú.

Tirando de él para detenerlo, bajó su parasol y lo miró.

—¿Emilie Faillard es una mujer vudú? Oh, es muy emocionante. No pensé que tendría tiempo de conocer a una sacerdotisa vudú mientras estuviera aquí. Ahora parece que el destino lo manda.

—No. —Sacudió la cabeza. —No.

Ella rodó los ojos y volvió a caminar determinada.

—Primero iré al apotecario para hacer que el químico mezcle estos polvos y luego iré donde la Señorita Faillard, si tiene miedo, no tiene que venir.

Él le agarró la mano y la metió en su brazo. Ella caminó más despacio dado que él se negaba a apresurarse por la calle como un tonto.

—¿Qué sabe de vudú? Esa gente puede ser muy peligrosa.

—Leí sobre ello.

Él bufó.

—Tengo toda la intención de ir. Como dije, si tiene miedo, no necesita ir.

—Si tuviera el sentido común de una ardilla, sería cuidadosa mientras está aquí.

Un sonido muy parecido a un carraspeo salió de debajo del sombrero.

No tomó el anzuelo. Ella no iba a provocarlo para iniciar otro argumento.

El químico preparó lo que el médico requería, y le dio múltiples paquetes de polvos e instrucciones. La Srta. Sinclair escuchó atenta y asintió antes de meter todo en su bolso y colgarlo de su muñeca. Nate prestó atención especial al intercambio, escuchando por si algo sugería subterfugio o significados alternos. Nada fuera de lo ordinario ocurrió y lo único que la Srta. Sinclair le dio al químico fueron las notas del doctor y dinero. Tampoco recibió nada inusual.

—Una última pregunta —le dijo al propietario—, ¿en qué dirección queda la calle Dumaine?

Nate le dio un pequeño jalón a su brazo.

—No hay necesidad. Dije que la llevaría. —Ella lo miró y suprimió una sonrisa, como si hubiera sabido todo el tiempo que haría lo que ella quería.

La campana en la tienda tintineó a su salida. Nate los dirigió hacia el oeste y marcó un ritmo nefasto.

—Puede esperar afuera si desea —le dijo—, cuando lleguemos.

Como si tuviera miedo de una mujer vudú. No importaba si tenía miedo o no, y no lo tenía; no iba a permitir que la Srta. Sinclair deambulara por toda la ciudad sola y no atestiguar su conexión con alguien importante. Había tan solo una pequeña oportunidad de que Faillard fuera su conexión, pero la guerra hacía conexiones extrañas.

—¿Qué cree que encontrará en esta tienda? —le preguntó mientras la guiaba alrededor de una pila de excremento de caballo cuando cruzaron la calle.

—No tengo la más mínima idea, pero estoy muy emocionada. Entiendo que muchos practicantes de vudú vienen del Caribe. Ni siquiera pensé en preguntar eso cuando estábamos navegando por las islas.

—Tampoco me habría detenido. Estábamos con un itinerario justo. —La calle Dumaine apareció a la derecha y doblaron. Si hubiera sido un hombre supersticioso, habría pensado que la calle parecía más oscura. Pero no era el tipo de hombre que creía en fantasmas o espíritus u otras tonterías por las que Nueva Orleans era tan famosa. Tampoco creía en tentar al destino.

Ella bajó su parasol en deferencia a la luz más sombría.

—¿Cree que la señorita Faillard haga una maldición?

—¿Para usted o sobre usted? —preguntó sonriendo.

Ella lo golpeó con el parasol.

—Para mí.

Au.

—¿A quién quiere maldecir?

—A usted para empezar. —Arqueó una ceja y sus labios se levantaron en el mismo lado—. Quizás algo que le haga picar por ser insoportable.

No pudo evitar reír, y su reacción provocó la misma respuesta en ella. Encontró el número de Emilie Faillard en una puerta que estaba entre dos edificios, estaba pintada de negro con números de troquel mate. Si no hubiera estado buscándolo, no lo habría visto.

La puerta se abrió con un chirrido luego de que apoyó el hombro y la señorita Sinclair avanzó por el largo pasillo sombrío sin reservas.

—Con cuidado —le dijo, pero ya había dado la vuelta a la esquina—. Jesús. —Si estaba intentando perderlo, estaba haciendo un buen trabajo. Aceleró el paso para alcanzarla.

Anna no había avanzado mucho. Después de todo, no intentaba evadirlo, pero claramente, él no quería estar en la tienda vudú. Curioso, pensó, para un hombre que había navegado por todo el mundo, que fuera supersticioso.

El pasillo se abrió en una habitación espaciosa con un gran altar al centro. Largas telas cubrían la mesa alta con flecos colgando hasta barrer el suelo. Se acercó con interés, fascinada con el revoltijo de objetos expuestos. Velas de cada color estaban sobrepuestas; algunas encendidas, otras ya quemadas hasta el cabo. Perlas y conchas cubrían la superficie junto con plumas y flores secas. Unas extrañas muñecas agrupadas le hacían muecas.

El golpe de las pesadas botas anunció la llegada del capitán Johnson.

—No toque nada.

Ella giró para mirarlo enojada.

—Obviamente. Eso sería terriblemente descortés.

—Y tonto. —Miró alrededor de la habitación—. ¿Dónde está la mujer?

—No lo sé. ¿Cree que es un cráneo de verdad? —Apuntó a los huesos. Era de un brillante blanco excepto por un símbolo pintado en la frente.

—Estoy seguro de que sí. No lo toque. —Se quedó detrás de ella.

Unas manos en puño se apoyaron en sus caderas.

—Por favor, podría dejar de hacer eso.

—¿Qué?

Ella soltó un suspiro exasperado y siguió avanzando por la muestra.

—Me pregunto qué animal habrá sido.



Nate se inclinó para espiar la bola de pelo. Arrugó la nariz.

—Una ardilla quizás.

—Hmm.

—No creo que la Srta. Faillard esté. Deberíamos irnos.

Ella lo ignoró.

—Desearía tener mi cuaderno, amaría dibujar esto. —Ladeó su cuello para leer algunos garabatos en unas botellas de vidrio de color. Cambió su peso hacia adelante y se puso de puntillas para ver mejor. Nate pudo sentirla perdiendo el equilibrio incluso antes de que girara con los brazos abiertos. La agarró con un brazo en la cintura, atrayéndola hacia él, lejos de esa malvada exhibición.

—No toque nada —le siseó en el oído. Debería dejarla ir, pero su pene recordó instantáneamente sus lujuriosos pensamientos de más temprano y le gustaba mucho esa posición.

—No iba a hacerlo. —Lo empujó y él relajó los músculos del brazo—. Debería ir afuera si va a estar así.

—De ninguna manera.

—Usted debe ser la inglesa. —Ambos giraron ante el sonido de la nueva voz—. Me dijeron que vendría.

## Capítulo Doce

Emilie Faillard se veía tan misteriosa como su profesión. Era bonita. Alta y delgada con una bufanda de color envuelta alrededor de su cabeza, exudaba un aura elegante e inescrutable. Su piel, del color de su caramelo favorito de la confitería en Bond Street, la ponía vagamente celosa pues era el tono de piel más hermoso que había visto alguna vez. Unos ojos inteligentes la miraron. Era imposible precisar su edad. Se veía joven, pero al mismo tiempo, mayor de lo que Anna supuso originalmente. La mujer no sonreía, pero tampoco fruncía el ceño.

—¿Señorita Faillard? —preguntó Anna.

—En carne y hueso. —Su acento convertía las formales palabras inglesas en una hermosa danza.

Una rápida mirada al capitán Johnson le dijo a Anna que él deseaba con seguridad haber esperado afuera. Deslizó su mano en la de él y le dio un corto apretón.

Él se aclaró la garganta.

—¿Quién le dijo que vendríamos?

—Los espíritus, claro.

Su chaperón bufó. Anna le apretó la mano con más fuerza para ordenarle que se comportara.

—Quiere respuestas. —Emilie Faillard caminó hacia el altar—. No encontrará lo que busca aquí. —Indicó el altar barriendo la mano en su dirección. Encendiendo un fósforo, encendió una vela roja y murmuró algo extraño muy bajo.

Anna miró a la sacerdotisa con asombro.

—¿Qué está haciendo?

—Haciendo ofrendas a Papá Legba —dijo, y esparció pétalos frescos de rosas sobre el tejido.

—¿Quién es Papá Legba?

—Es un *loa* muy importante. Lo llamamos para abrir las puertas antes de hablar con los espíritus. —La señorita Faillard colocó el resto de pétalos en la mano de Anna y le señaló que las colocara en el altar—. Ahora, ¿qué quiere de los espíritus? Legba le ayudará.

Anna miró al capitán Johnson en busca de consejo, pero él solo sacudió la cabeza.

—¿Puedo tener una maldición? —No tenía idea de por qué estaba tan fascinada con las maldiciones. No tenía verdaderos enemigos. Aun así, la idea de una maldición era tan hipnótica, una cosa práctica para tener en el bolsillo, especialmente dirigiéndose a tierra salvaje buscando a su padre.

La dama del vudú entrecerró los ojos hacia Anna.

—No. No está aquí por una maldición. Los espíritus dicen que quieren su fortuna.

La voz del capitán Johnson vibró detrás de ella.

—Vamos.

—No, quiero oír mi fortuna.

—Ambos se quedan. Su fortuna es también la suya.

Bueno, eso era intrigante. Siguieron a la señorita Faillard por una puerta que Anna no había notado antes hacia una habitación con una mesa redonda y cuatro sillas. Prendió una vela con un largo y delgado fósforo y la colocó en la mesa.

—Siéntense —les dijo la señorita Faillard.

Anna se sentó en la primera silla disponible y reposó las manos en la mesa, emocionada ante el prospecto de que le leyeran su suerte. Tenía muchas preguntas; no sabía dónde comenzar.

—Siéntese —ordenó la mujer vudú. Su expresión no permitía regateo. Apuntó a la silla junto a Anna. El capitán Johnson se negó por un instante, luego dos, como si estuviera probando que sentarse era su idea y no una que estaba obligado a obedecer.

La señorita Faillard sacó un saco de cuero con símbolos pintados en la piel. Se lo dio a Anna.

—No lo abra.

Anna asintió y sostuvo el suave bolso de cuero con delicadeza. No era muy pesado.

—Ya le han leído la suerte antes. —La sacerdotisa no parecía hacer preguntas. En su lugar, hacía declaraciones que siempre probaban ser correctas.

—Sí, por unos gitanos en una feria. Tenían una tienda y una bola de cristal y todo. — Simultáneamente, unos bufidos vinieron de la otra mujer y del hombre en la mesa—. Fue muy interesante, aunque no muy verdadero. Usó unas cartas de tarot, no muy precisas. Dijo que mi esposo estaba muy, muy lejos. Absurdo ya que no tengo esposo.

Otro gruñido de la señorita Faillard.

—Sople en el bolso.

Anna tiró del cordón que lo cerraba y exhaló en el saco. El aroma que salió era mohoso y vagamente a canela.

La mujer vudú echó el contenido a la mesa, esparciendo puñados de pequeños huesos en el terciopelo negro. Ella tarareó en voz baja y miró el arreglo.

—Eso es...

La mujer gruñó cortante, cortando cualquier protesta que el capitán Johnson iba a hacer. Su tarareo se convirtió en un canto bajo, pero Anna no podía entender las palabras, aunque creyó oírla invocar a Papá Legba de nuevo. Tocó una garra blanqueada con su uña y asintió, luego movió lo que parecía un pie pequeño y rio en voz baja.

—¿Qué ve? —preguntó Anna. Esta presentación era mucho más dramática de lo que la señora gitana había sido. Impresionante.

—No está muerto. Aún no. —El acento de la mujer vudú era más marcando, su voz más profunda—. Pero lo hará pronto.

—¿Quién? —preguntó Anna. No quería dar mucho crédito a los que sea que esa mujer dijera. Era duro, sin embargo, cuando ella pensaba que solo podría ser su padre.

—El que buscas. —La Srta. Faillard miró con ojos entrecerrados los huesos—. Será un largo viaje. Veo niebla en el aire y hombres emplumados. Hay otro que no sabes que estás buscando, pero ese tomará mucho tiempo y paciencia.

—Está bien. —El capitán Johnson se reclinó en su silla—. Esto es ridículo.

La señorita Faillard le lanzó una mirada de reproche.

—No tiene que creer en mi magia. Es como el agua. Juega en el agua y se va a mojar.

Le pasó otro saco al capitán y le indicó que soplara como Anna lo había hecho. Esta vez, un montón de conchas rebotaron en la mesa.

La mujer tarareó de nuevo.

—El hombre que buscaba ha sido encontrado, pero no está a salvo. —Sus labios formaron una línea sombría, pero no la interrumpió—. El viaje a través de la niebla será bueno para él también. —El tarareo se hizo más fuerte y golpeó una concha con su uña luego se volvió al bolso de objetos misteriosos que representaban a Anna. Esta vez tocó un pequeño brazo de porcelana. Le habló a él de nuevo—. Tiene más preguntas que la pequeña mujer. Las respuestas no serán lo que espera. Hay muchos viajes en agua reservados para usted. Todo será dicho al final del agua.

El capitán Johnson rodó los ojos.

—¿Todo eso es suficiente vago para usted, señorita Sinclair?

—Shh. —Anna enfatizó la palabra con un siseo.

—Ambos. —La Srta. Faillard miró a cada uno con una mirada de presagio—. El deseo de su corazón espera al final.

Nate apresuró a la señorita Sinclair fuera de la tienda con celeridad. Que montón de tonterías. Ella había pagado un puñado de monedas por el privilegio de escuchar un montón de cháchara. Tan brillante como era la señorita Sinclair, en verdad parecía creerse ese sinsentido, lo que lo sorprendía. ¿No veía que todo lo que dijo la mujer vudú era lo suficientemente vago para significar cualquier cosa que ellos quisieran?

—Dijo que seguía con vida. —La señorita Sinclair levantó su parasol de nuevo mientras se escurría por la acera hacia el hotel. Para ser una mujer tan pequeña, en verdad podía moverse.

*Ahora estamos llegando a algún lugar.*

—¿Quién es él?

Ella le lanzó una mirada de reojo.

—Pero implicó que estaba en peligro.

—¿Quién está en peligro?

—Parece que no puedo encontrar una forma de llegar a él, sin embargo. —Parecía que en verdad estaba hablando más para ella que para él.

Él la agarró el brazo y la detuvo.

—¿A dónde intenta ir exactamente? —Exhaló por la nariz e intentó de nuevo no tan exigentemente. Exigir nunca parecía funcionar con ella—. Quizás puedo ayudarle si me dice lo que está intentando lograr. Este es mi condado.

Movió el parasol a la otra mano para que la sombra los cubriera a ambos. Le permitía mirarlo entrecerrando los ojos, lo que ella hizo, evaluándolo.

—Debo llegar a Missouri.

—¿Por qué?

Una vez más, dudó.

—Porque ahí fue donde mi padre fue visto por última vez.

¿Su padre? ¿En serio? La historia que había adoptado era que una joven inglesa de veintitantos estaba yendo a América, al corazón del territorio indio sin guía, explorador o plan, para encontrar a su padre. Debía creerlo el idiota más grande del mundo.

—¿Su padre? —Intentó mantener el escepticismo fuera de su voz. Sabía, sin duda alguna, que debía apegarse a ella como una segunda piel. Era obvio que planeaba algo.

—Sí.

—¿Por qué su padre está en Missouri? —Le tomó gran esfuerzo no bufar cuando dijo las palabras.

—Es una larga historia, pero debo llegar a él. A rescatarlo.

Ajá.

—¿Cómo planea hacer eso exactamente?

—No sé. —Sonaba al borde las lágrimas.

Era una actriz consumada. Si fuera un hombre diferente, podría caer por la dama afligida.

—¿Cuándo va el siguiente barco a vapor a Natchez?

Su mandíbula se abrió.

—No sé. No sabía que eso era posible.

Él arqueó una ceja.

—¿Cómo planeaba subir el río?

—Intenté alquilar un carruaje, pero en la caballeriza ni siquiera lo consideraron. Pensé intentar con un caballo la siguiente vez.

Ambas cejas se levantaron ante su plan.

—No se ve del tipo duro. —Miró su vestido de seda y sus minúsculos zapatos. Su cabello seguía sujeto a su gorro bajo control, pero el resto bajaba por su cuello y se pegaba por el sudor.

Se encogió de hombros.

—¿Dice que puedo subir ese enorme río en un barco a vapor?

—Hasta Natchez, sí puede.

Cuando sonreía, en verdad era hermosa.

Abner Duncan, el abogado de la compañía Monongalahela y Ohio Steamboat, acababa de pagar la fianza de su barco, el *Enterprise*, que había sido incautado por violaciones al monopolio de los barcos a vapor en el río Mississippi. La mañana siguiente, el *Enterprise* debía partir hacia Louisville, Kentucky y otros lugares. Era una oportunidad increíble, ya que ningún otro barco había atravesado el gran río tan al norte. Nate negoció con el Sr. Duncan y la señorita Sinclair encantó al Sr. Shreve, el capitán del barco, hasta que Nate pudo comprar los tickets para ella y la Sra. Bartley así como para Sam y él. El *Enterprise* los llevaría hasta Nueva Madrid, luego tendrían que partir por cuenta propia desde allí.

—No tiene que —le dijo, indicando los tickets extra—. Puedo cuidarme. La Sra. Bartley y yo no somos inútiles, sabe.

Estaba ocupado haciendo una lista mental. Solo tenía un par de horas para atracar el *Patriota de Martha* y arreglar que los fondos de la venta de la bodega llegaran a su padre en Boston. Necesitaría hallar a Sam y empacar sus pertenencias.

—Estoy seguro de que no. Sin embargo, Sam y yo necesitamos ir hacia el norte de todas formas, así que no es una imposición. —La mentira fue fácil. No había forma en que la dejara fuera de su vista.

Lo deslumbró con otra radiante sonrisa cuando la llevó de vuelta al hotel.

—Con toda honestidad, me alegra que haya un rostro confiable a mi lado. Al menos por un tiempo.

Oh, la ironía era mucha. Confiable.

—Las recogeré a ambas aquí en la recepción a primera hora de mañana.

La sirvienta a la que Sam se había acercado para rebuscar en sus maletas lo encontró en el corredor.

—No hubo suerte, señor —le dijo—. La anciana no ha dejado la habitación desde que llegaron. Está terriblemente enferma.

Nate le dio algunas monedas de todas formas.

—Gracias por intentar.

Tendrían casi veinte días para echar el guante a ese paquete.

## Capítulo Trece

La Sra. Bartley intentó sentarse. Incluso las sábanas eran demasiado pesadas para que pudiera manejarlas. Anna apoyó la espalda contra la cama. Era increíblemente fácil.

—No se levante —le dijo a la mujer, quien apenas protestó con un débil lloriqueo—. He traído los paquetes que el doctor ordenó. —Y algunos otros ítems que la sacerdotisa vudú había puesto en sus manos con instrucciones de cómo dosificar para su paciente febril—. Esa agradable sirvienta subirá con un poco de sopa en unos cuantos minutos. Quiero que beba un poco de té.

La Sra. Bartley asintió, su cabello gris hacía contraste contra la almohada de lino.

—Eres tan amable por cuidar de mí. Siento ser tal carga.

—No sea tonta.

No había tiempo que perder. El barco a vapor partía en la mañana y no había forma de que se lo perdiera.

No había hecho absolutamente ningún progreso planeando cómo subir el río hasta que el capitán se había involucrado. En Londres, se habría enfurecido si uno de los hombres de su vida se hubiera apropiado de sus planes. Podía imaginar la protesta que le habría hecho a Christian. América, sin embargo, era una historia diferente. Resultaba que no tenía idea de cómo llegar a ninguna parte. No era como si pudiera subir al carruaje de correo hasta el territorio de Missouri. No había importado cuántos libros había leído durante el viaje, no tenía ningún conocimiento práctico: el país al que iba era tan salvaje. No había nada en Inglaterra que la gente considerara salvaje como lo era América. Anna había visitado los páramos e, incluso con el aire poco domesticado, no había nada de la brutalidad de América.

Sacó de su bolso de mano los paquetes medicinales. Los dos del apotecario probablemente no harán daño. Sin embargo, la experiencia que Anna tenía como los polvos medicinales era que tampoco hacían mucho bien. No tenía idea de qué le había dado la señorita Faillard. Anna no le había dado ni siquiera los síntomas de la Sra. Bartley. La sacerdotisa la había despedido, diciendo que sabía lo que necesitaba.

Anna miró a la mujer enferma por sobre su hombro. No había tiempo para tomar una mala decisión. Echó el polvo misterioso de la pila en la infusión, agregándolo en una jarra de agua hirviendo.

Cuando llegó la sopa, ayudó a la paciente a comer todo el plato y lo pasó con dos tazas de lo que Anna comenzaba a pensar como té vudú. Todo el tiempo, le explicó sobre el viaje arriba del río que el capitán Johnson había arreglado.

—Es un joven muy atractivo —dijo la Sra. Bartley mirando un pedazo de pan con mantequilla.

Si Anna no fuera inteligente, creería que la mujer se veía mejor. Sus ojos tenían menos ese destello febril.

—Es atractivo. —Anna tendría que ser ciega para no haberlo notado.

—Me recuerda un poco al capitán Bartley cuando era joven. Tan galante y caballeroso en su uniforme.

Anna pensó en su primer comentario. El recuerdo que tenía del capitán Bartley era el de un hombre serio con un rostro permanentemente rojizo y orejas grandes. Que alguien le considerara galante y caballeroso era exagerado.

—George solía cantarme canciones de amor. ¿Te dije eso alguna vez? —continuó la anciana.

Delirios. Esa era una revelación aterradora.

—No, nunca lo hizo.

—Sí. Era un tenor, sabes.

—Hmm. —Anna quitó el plato vacío y evitó el contacto visual.

—Lo extraño terriblemente. —La Sra. Bartley se veía nostálgica—. Necesita encontrar un esposo tan pronto como lleguemos a casa.

Anna rio.

—Ya veremos. Sospecho que ese no será el resultado.

—¿Por qué? —La Sra. Bartley quitó la servilleta bajo su quijada y la dobló cuidadosamente—. Es una joven hermosa. Dotada en todas las artes femeninas, asumo, habiendo sido criada por una duquesa desde niña.

—No sé si eso esté en las cartas. No deseo asentarme, sabe.

La Sra. Bartley sonrió sabiamente.

—Quiere un matrimonio por amor.

Otro encogimiento de hombros.

—Todos mis amigos tienen uno y son tan felices. No puedo imaginar algo más terrorífico que mirarlos unos junto a otros con esa euforia marital y yo con un esposo que tan solo me encuentra aceptable.

La dama palmeó la mano de Anna.

—Todavía puede pasar para ti, querida. Ahora, si no te molesta, tengo sueño de pronto. No creo que pueda mantener mis ojos abiertos un solo minuto más.

—Llámeme si necesita algo más —dijo Anna mientras cerraba la puerta del cuarto.

Intentó dormir, pero era esporádico. Los ruidos nocturnos de Nueva Orleans eran intrigantes, así que miró por la ventana buscando un hechizo. Los residentes de la ciudad paseaban por las calles en plena noche, entrando y saliendo de cafés y bares que se esparcían por el barrio. Era una ciudad mucho más cosmopolita de lo que había esperado y deseó poder pasar más tiempo de recreación allí.

Quizás luego de encontrar a su padre, los dos podrían descansar un poco allí, conocerse de nuevo. La posibilidad la entusiasmó.

Alrededor de las tres de la mañana, se despertó de nuevo, insegura de por qué. Abrió la puerta adyacente a la Sra. Bartley para revisarla, pero estaba roncando suavemente. Quizás fue alguna actividad en la calle de nuevo. Apartó la cortina y espió en la oscuridad. Finalmente, la calle estaba desierta. Aparentemente, incluso en Nueva Orleans los habitantes dormían finalmente. Un parpadeo blanco atrapó su mirada, luego el brillo de un fósforo iluminó el rostro del capitán mientras encendía su pipa. Sus ojos se dirigieron hacia ella en el segundo piso. La miró mientras encendía la cánula y exhalaba un vaho de humo. Luego asintió reconociéndola. Sintióse tímida por haber sido atrapada espiándolo, Anna se ocultó detrás de la cortina. Contó hasta tres y volvió a espiar.

Una combinación de luz de luna y una farola de calle lo alumbraban como en un cuento de hadas. Quizás estaba soñando, pero se veía como un misterioso pirata de leyenda allí parado con sus botas altas, pantalones oscuros y esa camisa blanca holgada. Su cabello se mecía en el viento, cruzando por su rostro. Pasó una mano por su frente y deslizó los dedos por los rizos.

Miró de nuevo a su ventana, pero estaba oculta. Su expresión era imposible de discernir. El capitán era un enigma que aún no descifraba. De hecho, estaba segura de no tener todas las piezas. Un minuto era amigable y curioso, al otro era distante de nuevo. Ninguno de sus intentos de amistad parecía haber roto su escudo. Parecía que todo lo que hacía normalmente era irritarlo.

Por ello su insistencia en acompañarla por el río la confundía.

Si tan solo no fuera tan atractivo.

Bueno, le había permitido ayudarla ya que era conveniente. Ciertamente, no iba a negar que estaba bastante perdida con el funcionamiento de ese país. Aun así, solo porque él supiera cómo arreglárselas aquí no significaba que estaba bajo su pulgar. Recordarse que podía dejarlo y su ayuda, si en algún momento se hacía insostenible, la hacía sentir mejor.

Sin embargo, mientras estudiaba su espalda esculpida cuando se alejó a zancadas del hotel, pensó que permitirle ayudarlo no era una adversidad. En verdad era el más fino ejemplo de la forma masculina que había visto fuera de un libro de arte.

La puerta de su cuarto se abrió de golpe.

—Buen día.

Anna abrió un ojo. La Sra. Bartley cruzó apresurada la habitación y abrió de un tirón la cortina. Un rayo de luz llenó la habitación y Anna apretó los ojos y protestó. Se sentía como si solo hubiera dormido veinte minutos.

—A levantarse y brillar —cantó la Sra. Bartley—. Tenemos un gran día y no podemos desperdiciarlo en cama.

Se frotó los ojos y tiró las sábanas. *Un momento.* La Sra. Bartley estaba bien vestida, su cabello atado en un moño ajustado y parlotando.

—Se ve mucho mejor. —Anna puso los pies en la alfombra.

—Mucho mejor. Esa medicina fue casi un milagro. —Había sacado los arcones y el bolso en medio de la habitación—. El doctor fue enviado desde el cielo.

En realidad, era más Emilie Faillard y su magia la que habían hecho el milagro.

—Ya pedí un poco de té de esa linda sirvienta, es bueno para la motivación. —La Sra. Bartley se paró en medio de la habitación y aplaudió dos veces—. El capitán estará aquí dentro de poco. A mover esas plumas.

Esa era la mujer que Anna recordaba, tan lista y exigente como cualquier sargento.

El capitán Johnson iba y venía por la alfombra de la recepción cuando llegaron las dos. El joven que llevaba sus arcones y bolsos caminaba arduamente detrás de ellas. Se veía más descansado de lo que ella se sentía, lo que era difícil dado que había estado caminando por la ciudad la noche anterior, y ella solo había estado mirado. Aun así, se las arregló para vestirse como un caballero para su aventura en vez del capitán rebelde que solía hacer. No podía decidir si estaba decepcionada por eso. Por otro lado, era un caballero muy distinguido con su camisa de lino blanco y su informal corbata. Incluso se había colocado un abrigo, abierto por el frente y con cortas colas en la parte trasera, y unos ceñidos pantalones metidos en unas botas pulidas. Aun así, había algo indiferente en él, era alguien que no había gastado mucho tiempo en su vestuario y que aun así se las arreglaba para llamar la atención, para hacer que una chica girara la cabeza. Había una verdad universal sobre el capitán que se mantenía sin importar cómo se vestía. Su cabello. Sin importar el look del día, portaba su cabello largo y salvaje. Anna lo encontraba devastadoramente atractivo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó y apuntó a sus maletas.

—Nuestro equipaje, por supuesto.

—No.

—¿No?

El capitán sacudió la cabeza.

—No. No puede traer tantas cosas. —Atravesó la alfombra y paseó entre la pila de pertenencias—. Un arcón es imposible. Dos está fuera de discusión.



Anna entrecerró los ojos hacia él. La Sra. Bartley abrió la boca para decir algo, pero Anna levantó la mano y la silenció antes de que comenzara.

—¿Dónde exactamente espera que ponga mis pertenencias? ¿Quizás podría solo ponerme todos mis vestidos, uno encima de otro? ¿O tiene una mejor idea?

Él ladeó la cabeza, como uno haría explicándole algo a un tonto.

—¿Cuánto espacio cree que tendrá en el barco? Será afortunada si conseguimos doce pies de ese barco, y eso incluye el lugar para dormir.

No le iba a dar la satisfacción de verse alarmada, aunque sí estaba preocupada, mucho, por lo que sugería.

—¿Qué tanto podemos traer?

—No arcones. —Miró a su hermano, pero el Sr. Johnson no se movió de su posición relajada en el sofá. El otro hombre rodó los ojos y se encogió de hombros—. Solo un bolso por persona.

—¿Uno?

—Y nada de libros. No tenemos espacio para su maldita librería. Eso eliminará todo un arcón de entrada

Anna soltó un chillido indignado.

—Bueno, querida, sí tiene razón. —La señora Bartley se adelantó, actuando como mediadora para evitar una pelea a plena vista de toda la recepción—. Debí haberlo pensado. Si estuviéramos viajando con las tropas no tendríamos todas estas cosas. Ni siquiera lo habríamos considerado. Debemos esforzarnos en ser prácticas.

El gerente del hotel se adelantó y se ofreció a guardar el equipaje restante en sus habitaciones traseras. La Sra. Bartley se hizo cargo de los bolsos y el doloroso proceso de selección comenzó.

—No pierdan su tiempo con los vestidos de noche —dijo la voz del capitán detrás de ella.

—Disculpe —Anna se hizo a un lado. Podía tomar esas decisiones sin la interferencia de ese hombre entrometido—. No necesita espiar.

Él la ignoró.

—Algunas botas buenas para caminar. No esas inútiles sandalias de satén.

Anna giró echa una furia, una mano en la cadera y la otra señalándolo con un dedo.

—Para su información, esos zapatos son italianos. No son inútiles.

Le tomó la mano antes de que le volviera a hundir el dedo en el pecho.

—Estarán en una barca.

Ella quitó su mano y puso ambas en su dirección.

—Aléjese, hombre despreciable.

—Un bolso —repitió, pero claramente escuchó la advertencia en su tono y volvió al sofá donde estaba su hermano.

Sam bostezó.

—¿Por qué peleas con ella?

—Porque esto es ridículo. —Señaló a las dos mujeres y el rebaño de criadas que habían llegado para ayudarlas. Las ropas se desparramaban de cada contenedor. Cuando había ido a supervisar, su cabeza había dado vueltas ante el volumen de encaje y satén que la señorita Sinclair había creído necesitar para viajar por el río—. ¿Qué clase de idiota trae tanto equipaje en un viaje a un país indígena?

—¿Qué te importa? —Sam estiró sus largas piernas antes de hacerle espacio a Nate para que se sentara junto a él.

—¿Estás tan ansioso por avergonzarte con este espectáculo? No quiero pasar todos los días en el barco tropezándome con corsés y zapatos italianos.

—No quiero ir a este viaje en absoluto. —Su hermano se paró y miró la escena desarrollarse detrás de él—. ¿Qué te importa si ella se avergüenza o no? No nos pertenece. La única razón por la que tenemos algo que ver con ella es por el paquete.

Nate no sabía por qué estaba tan molesto. La mujer le ponía los nervios de punta. Parecía nunca poder seguir instrucciones o sentido común o escuchar razones. Siempre hacía lo que le daba la gana. No sabía dónde yacía su experiencia, pero él era el experto cuando se trataba de botes y viajar en ellos. En su barco no había importado cuánto equipaje llevaba. Tenía una gran bodega para guardar cosas, pero en un barco a vapor, había poco y precioso espacio para esta clase de tontería.

Además, con menos equipaje, él y Sam tendrían mejor oportunidad de localizar el paquete y encontrar qué había en él.

## Capítulo Catorce

Nate pensaba que el viaje en bote era fascinante. Pasó gran parte del tiempo conversando con el capitán, Henry Shreve, sobre los peligros del río. Enfrentado a los mismos retos de atracar su propio barco en aguas desconocidas, el piloto de un bote de río tenía que tener muchos cuidados con los bancos de arena y salientes bajo el agua. El río Mississippi estaba casi vivo ya que constantemente estaba cambiando. Una tormenta podía desatar el caos, haciendo caer árboles al lecho del río que podían atrapar el casco. A veces incluso el curso del río quedaba ligeramente alterado.

Habiendo pasado toda su carrera en el mar, Nate disfrutaba el escenario mientras atravesaban Luisiana y Mississippi. Acostumbrado a ver nada más que agua y cielo por semanas cada vez, encontró que la fauna del río era fascinante. Varias veces vieron un ciervo mulo, nutrias de río e incluso una vez, un enorme oso marrón con dos crías. Ese evento casi le causó un paroxismo de alegría a la señorita Sinclair.

En cuanto a la joven dama, luego de que colocaran su única, pero enorme maleta, en el espacio asignado a los pasajeros, encontró un lugar que no estorbara donde sentarse y disfrutar del lento viaje. La Sra. Bartley se había recuperado de su enfermedad —la señorita Sinclair insistía en que era solo debido a Emilie Faillard— y encontró maneras de fastidiar a la pequeña tripulación del *Enterprise*. Sin un cocinero dedicado a bordo al cual acosar, buscaba cinco pies al gato con los cuatro hombres que dirigían el bote. Sam ignoraba por completo a la anciana. El momento en que se ponía a su lado para ofrecerle consejos o sugerencias, Sam simplemente se levantaba y se alejaba. No había mucho a dónde irse, pero se las arreglaba. O quizás la anciana no disfrutaba de cazar. De cualquier forma, Nate lo consideraba un alza en cuanto a relaciones externas.

En cuanto a sus actividades de espías, él y Sam dejaban mucho que desear. No se habían acercado más a la verdad de lo que estaba en los documentos que la señorita Sinclair estaba llevando a su contacto. Nate no había discutido la situación con ella de nuevo, tampoco habían encontrado la oportunidad de inspeccionar el paquete. Siempre parecía que había alguien presente. Además de su maleta, la cual quedaba intacta, tenía un bolso que llevaba con ella todo el tiempo que parecía tener todo dentro, desde una navaja, que había usado para cortar una línea de pesca, hasta un pañuelo de encaje que usaba para secarse el sudor. No tenía idea de qué otros trucos tenía ese bolso, pero había una buena probabilidad de que lo que él y Sam querían estuviera ahí.

No ayudaba que Sam estuviera casi siempre ebrio como para ayudar. Los sueños seguían aterrizándolo, así que su hermano se hundía en el whiskey, encontrando confort en sus sueños solo cuando estaba demasiado ebrio para soñar. Nate no tenía cómo ayudar a su hermano menor, y estaba perdido en cuanto a cómo curarlo. Si su madre siguiera viva, estaba seguro de que ella habría tenido alguna sugerencia, incluso si su respuesta era dejar pasar el tiempo para suavizar los bordes del terror que lo cazaba y hacerlo manejable. Nate se resistía a ese concepto. Era un hombre de acción, un hombre que enfrentaba proyectos y los completaba. Iba contra su esencia ser pasivo con este o cualquier otro problema. Debía encontrar una solución.

Nate desvió su atención de Sam. Que terminara su botella. Dios sabía que todos necesitaban dormir.

La señorita Sinclair había doblado las piernas bajo la falda mientras se sentaba en la cubierta, el bolso misterioso a su izquierda. Tenía una libreta abierta en su regazo y lapiceros esparcidos en

el área alrededor de sus rodillas.

—¿Qué está dibujando allí? —le preguntó y se reclinó contra la pared de la cámara del timonel.

Ella cerró su libreta de un golpe.

—No está terminado.

Él se encogió de hombros.

—Ha estado dibujando por una semana. Algo ya debe estar terminado.

—Quizás. Aunque el arte nunca está terminado de verdad; solo se decide dejar de trabajar en ello.

Él rio. Su madre había sido una grandiosa acuarelista y sabía que ella pasaba el rato con pinturas que él había creído terminadas hacía mucho tiempo. No había heredado nada de su sensibilidad artística además de saber qué era bonito.

—Déjeme ver.

Ella dudó. Alejándose de él para que no pudiera ver el contenido, abrió el libro y pasó varias páginas.

—Son más paisajes. Nada emocionante.

—Estoy seguro de que es muy talentosa. —O tenía un poco de talento, o no, pero su curiosidad se había despertado. Extendió la mano—. Vamos.

—Son burdos bocetos. —Giró la página e hizo una mueca a lo que sea que estaba allí.

Él serpenteó los dedos.

—Estoy seguro de que están bien.

Girando la página hacia la siguiente imagen, suspiró. Él se agachó y se inclinó hacia ella ligeramente. Ella cerró el libro de nuevo.

—No lo creo.

Él le sonrió. Se veía muy linda con la nariz arrugada de esa manera.

—No puedo dibujar, para nada. En absoluto. Ya vio al alce. Cualquier cosa que tenga allí será mucho mejor que nada de lo que yo pueda hacer.

Ella todavía se vio cautivadora cuando levantó la barbilla.,

—Solo porque no pueda dibujar no quiere decir que no se reirá de los míos.

—Nunca me reiría de usted.

—Claro que se reirá. Se ríe de mí todo el tiempo.

Se alejó.

—¿Qué quiere decir? Nunca me río de usted.

—Piensa que soy ridícula. —Apretó los labios con indignación.

—No creo que sea ridícula. —Creía que era inteligente, pero engañosa. Pensaba que era ingenua y sofisticada al mismo tiempo. La consideraba o la mujer más valiente que había encontrado alguna vez o la peor espía que la corona había contratado. También que pensaba que era la cosita más linda que había visto alguna vez.

—Bueno, se hace la burla de mí.

—No lo hago. ¿Cuándo lo he hecho?

—Sobre mi equipaje.

Asintió de acuerdo.

—Eso fue ridículo. Ahora ve que era una locura, ¿no es cierto?

Ella echó la cabeza, pero no reconoció nada.

Él sí se rio.

—Déjeme ver su libreta.

—Prométame que no se reirá.

Levantó una palma.

—Lo prometo.

Soltó la libreta cuando él la agarró. Volcando las hojas, la página más reciente tenía un dibujo exacto del *Enterprise*. La siguiente mostraba el puerto de Nueva Orleans cuando partieron. De alguna forma, se las había arreglado para transmitir la calidad húmeda de la ciudad en papel. La gente en la costa parecía caliente, el aire pesado con humedad, las aves circulaban con las corrientes de aire por sobre sus cabezas. Su dibujo se veía como Nueva Orleans se sentía.

Giró la página para encontrar un sauce. Luego de eso, los osos que habían visto varios días atrás, seguido del sol ocultándose con el trasfondo del río. Incluso en blanco y negro, la puesta de sol era magnífica. Había capturado el brillo de los remolinos, la forma en que la luz brillaba cuando el agua se elevaba.

Cada página mostraba otro dibujo de la vida en el río, cada uno representado por una mano hábil. El sondeador en la proa marcando las brazas con una cuerda pesada. Los hombres haciendo su trabajo en cubierta, ignorantes de su presencia. Sam, dormido en su catre, la botella de whiskey a su lado, su cara sin las arrugas de tensión que usualmente ocupaban su expresión.

—Señorita Sinclair —dijo, pasando lentamente las páginas maravillado—. Esto es increíble. —Se deslizó hasta la cubierta y cruzó los tobillos. Cuando levantó la mirada hacia ella, encontró que ella miraba el libro con dos largas líneas de preocupación marcadas en la frente—. No tengo idea de por qué estaría tan reluctante a mostrar esto a alguien. Es bastante talentosa.

Ella se estiró para recuperar sus dibujos, pero él los mantuvo fuera de alcance y volcó la página.

—Devuélvamelos —dijo.

Una mirada más a su expresión preocupada y le devolvió la libreta.

—Es una artista excelente.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué sabe de eso?

—Más de lo que cree. —Su madre había sido muy reconocida en sus días.

Los lapiceros y la libreta desaparecieron en el bolso, luego acomodó el bolso a su lado. Ajustó su falda, pasando las manos por sobre la tela en sus rodillas, luego finalmente levantó su rostro hacia él. Una pequeña sonrisa curvó sus labios antes de que apartara la mirada.

—No tenía idea de que este río fuera tan grande. No es tan concurrido como el Támesis, pero ciertamente es formidable —dijo, con la mirada fija en el banco opuesto.

Se relajó y descansó la cabeza contra la pared.

—Conecta con el río Ohio y luego más al norte hasta que se encuentra con el Missouri. Mucho comercio circula por la corriente descendente, pero no hemos encontrado una manera, al menos hasta ahora, para subirlos a tiempo.

La miró de reojo. La tarde iluminaba su cabello rubio como un halo. Miró mientras sus delicados dedos juntaban mechones rebeldes y los metía bajo su recogido. Mientras se preguntaba si iba a renunciar a los complicados arreglos y volver a las trenzas que usaba a bordo de su barco, no se dio cuenta de que él mismo había tomado varias de esos mechones con sus propios dedos y los había puesto detrás de su oreja hasta que se congeló como un venado. Resistió las ganas de quitar su mano. En vez de eso, siguió la curva de su oreja y tomó el largo mechón entre su índice y su pulgar, apreciando el tacto sedoso hasta que llegó al final y el largo y claro rizo cayó sobre su hombro. Sus mejillas enrojecieron, así como la piel de su pecho. Abrió la boca para decir algo — un insulto, algún tipo de mofa, suponía—, pero la cerró de nuevo sin decir nada.

La última página que había visto en su libro era un retrato de él mismo. No sabía cuándo lo había estudiado para hacer el dibujo, ya que no podía recordarla mirándolo por tanto tiempo, pero debió haberlo hecho. Mientras que cada uno de sus dibujos había sido bueno, pensó que ese era excelente. Quizás no fuera imparcial, pero el cuidado que había tomado con cada rasgo, la forma en que había elaborado cada rizo, era increíble. Le había fascinado, pero ella le había quitado la libreta antes de que pudiera quedar satisfecho.

—¿Dónde aprendió a dibujar?

Se encogió de hombros, un delicado subir y bajar de hombros.

—En eso consiste el entrenamiento para ser dama. Aprendemos a dibujar y pintar y hacer bordado, todas las artes femeninas.

—Es naturalmente talentosa.

—Lo disfruto. —Evitó su mirada.

Nate no creyó haberla visto antes querer escurrirse de cualquier conversación. Parecía avergonzada, lo que solo lo intrigaba. El rubor la hacía ver más vibrante de lo que ya era. Sus ojos azules iban a su rostro y luego se alejaban para mirar al banco del río.

Él le sonrió. Era hermosa, inteligente y cada pieza que descubría de ella lo atraía más. Debía ser prudente; no había forma de saber si solo jugaba una parte de su rol de espía. Era difícil tener esa posibilidad en cuenta cuando la mujer parecía tan inocente y modesta. El sonrojo o era el golpe maestro de una actriz consumada o él lo había entendido todo mal.

—Parece tener más talento con los retratos.

El color en sus mejillas se oscureció.

—El capitán Shreve tiene un rostro muy interesante.

—Hmm. —Otro largo rizo se soltó y aterrizó sobre su vestido. No pudo resistir tomarlo en sus dedos y tirar levemente de él—. Y los otros, ¿también son interesantes?

Ella se alejó, liberando su cabello.

—Sí. Especialmente Amos.

—Ese que hizo de él en la proa era muy bueno.

—Es porque es difícil saber su edad, por eso es interesante.

—Y Sam.

Sus manos revolotearon en su regazo y trazó el patrón de su vestido antes de apretarlas con fuerza contra su vientre.

—Sabe, su hermano me ha fascinado desde hace mucho. Es un caso muy interesante.

Su sonrisa se amplió mientras insistía.

—¿Cree que mi hermano es atractivo?

Ahora giró la cabeza y lo miró con la boca abierta.

—Eso no es apropiado.

—Vamos, señorita Sinclair. No sea infantil. Lo digo en un sentido artístico. Como artista, ¿cree que mi hermano es atractivo?

Ella lo miró un largo rato. Podía ver los engranajes en su cabeza girando. Estaba venciéndola en esta conversación y podía verla intentando deducir cómo estaba pasando.

—Sí. Artísticamente, el Sr. Johnson es un hombre atractivo.

—Sospecho que incluso mi amargado hermano encontraría eso como un halago viniendo de alguien como usted.

—Como yo. —Repetió las palabras en voz baja con tono burlón.

Era divertido como cambiaba, de ruborizada a irritada, en cuestión de segundos. Era divertido sacarla de quicio. Por una vez, él la estaba irritando y no al revés. Le gustaba.

—¿Ve un parecido familiar? —Hizo un marco con las manos alrededor de su propio rostro.

—Oh, por favor. —Se paró de un salto—. Es absurdo.

Nate también se levantó, alzó su bolso y colocó una tira en su hombro. Ella se estiró para alcanzarlo, pero él se apartó.

—Es una pregunta simple. Uno podría inferir por el retrato que hizo de mí, que piensa que también soy atractivo.

Tenía las manos en las caderas, y ahora su expresión era una interesante mezcla de incomodidad y molestia.

—Está buscando halagos.

Él se acercó un paso, pero mantuvo la mano en la tira.

—Simplemente digo que hizo una pintura increíble. Y pienso que fue muy halagador, habiendo sido el sujeto y eso.

¿Era una mujer capaz de sonrojarse enojada? Porque si era posible, la señorita Sinclair parecía haberlo dominado.

—Buenas noches, capitán Johnson. —Agarró la tira de su bolso y la sacudió hasta que él cedió.

Él movió las cejas y le sonrió.

—¿Cree que soy atractivo?

Ella cerró los ojos y asintió imperceptiblemente.

—¿De veras? —Había estado bromeando. Ahora que ella había admitido que lo encontraba atractivo, ya no era divertido. De pronto, la ridícula conversación, se había vuelto seria.

## Capítulo Quince

Anna estaba mortificada, pero el hombre la enloquecía. No podía creer que había caído con un truco tan infantil. Christian intentaba esas tonterías todo el tiempo; debería haberlo sabido. Pero el capitán Johnson la enfadaba tanto... Había estado buscando cumplidos, y ella había caído justo en su trampa de insistencia hasta que ella dijo lo que dijo para que se detuviera.

Claro que creía que era atractivo. Cualquier mujer con ojos pensaría que era atractivo. Solo que ahora estaba considerando golpearlo. Quizás con su bolso.

Imaginando lo satisfactorio que sería darle un buen y grácil porrazo, miró fijamente a un punto justo sobre su hombro derecho. No podía mirarlo y ver la expresión que sabía que tenía sobre toda la cara. Ciertamente había visto suficiente en Christian durante toda su infancia. Agarrando la tira de cuero con ambas manos, dobló las rodillas ligeramente para prepararse.

—Uh. —Eso fue lo que dijo.

Hasta ese momento, había creído que era inteligente. Movi6 su mirada para encontrar la suya, solo que no se veía arrogante. Parecía... ¿at6nito? ¿Confundido? La mir6 y parpade6. Sus dedos aflojaron la tira. No podía aporrear una persona con esa mirada en la cara.

—¿Está bien? —le pregunt6.

No respondi6. En su lugar, dio otro paso hacia ella, y acarici6 su brazo. Ella estaba demasiado impresionada; no se alej6. Su otra mano se desliz6 por su cintura y la puso de puntillas contra su pecho con un leve tir6n. Inclini6 la cabeza y cerr6 los ojos.

Luego la bes6.

Todo pas6 tan r6pido y, sin embargo, con un prop6sito tan fuerte que ella no lo detuvo. Con los ojos abiertos, pudo experimentar como el universo se detenía mientras sus labios se encontraban. No era para nada como el beso de Lord Edward Shelton en el baile de los Peterly. Bueno, para ser justos, el capitán era mucho más guapo que Lord Shelton. Mejores dientes. Si el otro hombre la hubiera besado como este, probablemente ya estaría casada y con un hijo.

Se orden6 dejar de compararlos y prestar atención a lo que estaba pasando. Su vida estaba cambiando. Podía sentirlo pasando tanto como podía sentir la rotaci6n de la tierra deteniéndose. Se permiti6 cerrar los ojos y se hundió contra la pared que era el capitán.

Solo dur6 un momento, o una hora. No estaba segura. Luego él se alej6.

—Yo... yo... lo siento. —La forma en la que lo dijo, casi un susurro.

Cuando abri6 los ojos, se había alejado lo suficiente para que el aire denso y caliente circulara entre ellos.

—No sé lo que me pas6. —Tenía las manos a los lados, luego en las caderas, luego las volvi6 a bajar.

Ella toc6 sus labios con los dedos, donde cosquilleaban.

—Me bes6.

—Sí. —Asinti6, un movimiento brusco con la cabeza—. Lo hice.

—¿Por qu6?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿No ha besado a una mujer antes? —¿Había querido provocarla antes? Bueno, ya veremos si le gusta cuando las cartas se vuelcan.

—Claro que sí. —Era la imagen de la indignaci6n justificada.

—¿C6mo qui6n?



Hizo puños con las manos en su cadera.

—No voy a nombrarle a todos como usted hizo, un menú de pretendientes. No soy un farsante, no como otros.

—Oh, entonces sí besó mujeres, solo que no bonitas. —Se sintió satisfecha cuando entrecerró los ojos y la miró con furia—. Su “menú” normal serían mujeres de la noche, supongo. Mujeres a las cuales paga para que aprecien su habilidad. A las cuales no les molestaría que intentara meterles mano.

Su mandíbula temblaba. Quizás lo había empujado demasiado.

—No intenté hacerlo —dijo.

No, de hecho, no lo había hecho. Anna no podía dejar de pensar que era una lástima, la verdad. Había hecho mucho menos que muchos otros caballeros habían intentado en el pasado.

—Me han dicho que soy un buen besador y por aquellas que saben de eso.

Ella sonrió, concedora.

—Solo confirma mi teoría de las compañeras profesionales.

—Mire. —Ahora estaba bastante irritado. Mientras más se enojaba, más guapo se veía. No sabía cómo era posible, pero en verdad parecía tener los hombros más amplios. Si ese beso había surgido por una pequeña confesión, se preguntó qué le haría si supiera lo atractivo que lo encontraba en ese momento—. Tengo una fila de mujeres respetables en Boston que estarían emocionadas por que las bese. En este punto, no estoy seguro de por qué la besé, pero estoy seguro de que le gustó, puesto que no hizo nada para que me detuviera.

No, no lo había hecho.

No quería pensar en ese punto ahora. Ese beso requería un buen tiempo de contemplación, y era una pena que no tuviera amigas con las que discutir de ello. Cómo habría amado diseccionar cada segundo con Frankie y el resto de sus amigas. Era obvio que la Sra. Bartley sería inútil en ese esfuerzo. Anna podía decir que la mujer estaba demasiado lejos de eso para recordar cómo se sintió su primer beso de verdad.

—Un verdadero caballero no señalaría eso —le informó Anna con la barbilla en un ángulo apropiadamente indignado—. ¿Qué clase de reglas sociales tienen ustedes en Boston? No tengo idea de cómo se supone que una joven mantenga su reputación intacta si todos los llamados caballeros corren por ahí, agarrando chicas y besándolas así.

Él sacudió la cabeza con la boca abierta.

—Está loca.

No pudo evitar reír.

—Quizás. Lo molesté, ¿no?

—¿Todo eso fue venganza porque la hice admitir que soy atractivo? Está loca, mujer.

—No me arrepiento.

La miró por otro largo instante, su expresión insondable. Luego se movió tan suavemente como la primera vez —solo que no tan gentilmente— y la atrajo hacia él hasta que sus pechos se estrellaron contra la dureza de su torso. Anna no hizo ni un sonido de protesta cuando la besó de nuevo.

La mujer era un pequeño montón de rareza. No tenía idea de lo que estaba pensando la mitad del tiempo. Un minuto era la decencia inglesa, insistiendo en que los buenos modales eran la única cosa que mantenían a la sociedad en orden, y al siguiente lo provocaba a pelear.

Y entonces Nate la había besado, dos veces. Le gustaría decir que solo lo hizo porque ella lo estaba pidiendo, como cuando él y su hermano eran jóvenes y Sam lo provocaba para que lo golpeará. Pero no podía. Había querido besarla. Besarla hasta quitarle el sentido.

Ese segundo casi lo había hecho. Al menos no tuvo ninguna réplica inteligente después de ese.

De hecho, una vez que la soltó se quedó parada, muda. Le había preguntado si estaba bien. Ella había asentido silenciosamente, había girado y se había alejado con el bolso arrastrando detrás de ella.

Nate lo consideró como una victoria en una batalla que no sabía que estaban librando.

Cuando el sol se ocultó esa noche y el Capitán Shreve atracó el *Enterprise*, escogió evitar la enorme cabina hechiza que la tripulación y los pasajeros compartían. En vez de eso, tomó una cama enrollable a la cubierta y decidió arriesgarse a los insectos en vez de forzarse a descansar tan cerca de ella mientras dormía. Necesitaba averiguar qué significaban esos besos.

Era ese maldito cuaderno de dibujos. La forma en la que había sido tan cuidadosa con los ojos y los labios. Solo podía significar que había pasado un tiempo considerable viéndolo. Incluso había visto dibujos de solo su boca y un solo ojo. Había usado tanta concertación con sus labios y con cada pestaña. Mientras la señorita Sinclair tenía la capacidad de capturar una calidad dinámica elusiva en sus dibujos, incluso los que había hecho de los paisajes, su verdadero talento estaba en los retratos. Sus detalles eran tan sorprendentes porque su boca parecía lista a hablar, y su mirada era vibrante.

No había querido darle importancia al tiempo que él pasaba mirándola, ya fuera en la cubierta de su propio bote, mientras la seguía por Nueva Orleans y aquí entre los sauces del bajo río Mississippi. Le había dicho a Sam que solo la vigilaba porque podía ser una espía, y no por otras razones. Cuando su hermano había mencionado sus atenciones con ella, Nate le había dicho idiota y le dijo que se calmara.

Pero analizándolo, su retrato había acentuado su ya creciente interés. Esa imagen le decía que ella también estaba interesada.

No había estado pensando cuando la besó por primera vez, solo lo hizo. Pero cuando la acercó, en el fondo de su mente ciertamente no había pensado que sería tan... maleable.

No estaba exagerando cuando había dicho que había besado muchas mujeres. Era cierto, y ni siquiera un tercio de ellas eran mujeres decentes. En los quince años desde que había empezado, había habido muchos besos apasionantes. Ese primero con la Srta. Sinclair era tan casto como el que se le daría a una madre. No había abierto los labios ni deslizado la lengua en su cálida boca. Ni siquiera había permitido que su mano se deslizara para sostener uno de sus pechos. Y sin embargo le quitó el aliento.

El segundo beso, sin embargo, ese había sido una sorpresa. Había tomado la oportunidad para hacer que entendiera que él sabía cómo complacer una mujer. Le había cubierto los labios con los suyos y, luego de tan solo un segundo, había aplicado una ligera presión con el pulgar en su barbilla y sus labios se separaron. Tuvo que apretar el brazo en torno a su cintura cuando sus rodillas cedieron. Estaba tan orgulloso de sí mismo cuando, luego de dejarla sin sentido, se había alejado sin palabras. En las semanas que había conocido a la mercurial señorita Sinclair, nunca la había visto sin palabras.

La cosa era, no tenía muchas palabras por su parte tampoco. Podía farsear todo lo que quisiera de la multitud de mujeres que había seducido, pero era muy raro que pudiera alejarse tan afectado como había estado. Aun así, si pudiera controlar su excitación, se le ocurría que seducirla así podría ser muy útil para descubrir el plan que los británicos tenían para socavar el nuevo tratado. También era posible que fuera una espía tan consumada que lo estuviera usando de alguna manera, pero la forma sin instrucción en que lo había besado le hacía creer que, al menos en cuanto a hacer el amor, era novata. No era secreto que las mujeres eran fácilmente manipulables cuando sus sentimientos entraban en juego.

No era el curso de acción más caballeroso posible, pero espiar tampoco era la ocupación más femenina tampoco. ¿Qué decía el poeta? Las reglas del juego justo no se aplican en el amor y la guerra. El sentimiento no podía ser más apto.

Espantó un insecto y dobló el brazo bajo la cabeza. La cubierta era dura y los insectos molestos, pero la luna era hermosa y la marea del río era reconfortante.

Finalmente cayó dormido, y sus sueños fueron dulces, pero tomó mucho tiempo llegar a eso.

## Capítulo Dieciséis

—Oh, lo que daría por el Támesis en este momento. —Anna estaba en medio de la cubierta del *Enterprise* con la Sra. Bartley. Juntas observaban al capitán Shreve dirigir a los otros hombres para limpiar los restos que bloqueaban el río.

—Para un río tan grande, sí es un poco desordenado, ¿no? —La Sra. Bartley sacudió un pañuelo alrededor de su rostro para alejar los insectos—. ¿Cuántas veces la tripulación ya ha quitado esos árboles de nuestro camino? Una forma descuidada de mantener un río.

Anna rio. La Sra. Bartley apreciaba la buena organización. Si el presidente de los Estados Unidos pusiera a la Sra. Bartley a cargo del río, estaría funcionando como un reloj en menos de un día.

—Si tan solo pudiéramos ir más rápido. Nunca creí que el río, de todas las cosas, sería un problema. Supongo que asumí que todos estaban tan bien organizados como el Támesis.

Anna pensó melancólicamente en el enorme río en casa. Por cientos de años, el Támesis había sido una corriente comercial dentro y fuera de Londres. Mientras que había visto muchos barcos planos cargados con madera y otros bienes bajando por el río americano, no había visto uno solo volviendo al norte. Habían visto embarcaciones subiendo, los botes de quilla de los que había leído, pero eran empujados por hombres y mulas usando ronzales yendo sobre la orilla para arrastrar los botes contra corriente.

—Todavía encuentro imposible creer que no podamos viajar de noche. —La mujer hizo una mueca—. Nadie en Londres lo creerá cuando lo contemos.

—Puedo entender la razón, sin embargo —dijo Anna y espantó un insecto del brazo de la Sra. Bartley—. ¿Y si encontráramos uno de estos árboles cuando solo está la luz de la luna? Nos hundiríamos e, incluso si estuviéramos viajando lento, la corriente es briosa del otro lado. No deseo ahogarme antes de que encontremos a papá.

—Dios Santo, no. Mi intención es morir en tierra inglesa como el señor querría.

El Sr. Johnson pasó junto a ellos, tan cerca que su pantalón rozó su falda.

—Disculpe —dijo Anna, pero el hombre no dijo nada.

Intentaba mostrarse cortés ante el obvio disgusto que sentía por ella, pero no era fácil. Anna tenía poca tolerancia con los bravucones, pero no podía romper su armadura y eso la acechaba.

Una voz profunda y sedosa flotó junto a su oído.

—Por favor, disculpe a mi hermano.

Tuvo una reacción visceral. Había estado haciendo lo mejor que podía para controlar sus respuestas al capitán Johnson, pero hasta ahora, sus intentos habían sido inútiles. El hombre se había metido bajo su piel y parecía determinado a quedarse allí largo tiempo. Habían pasado tres días desde que la había besado. No tenía por qué anticipar más atención amorosa, pero seguía haciéndolo de todas formas. La Sra. Bartley había ido a esa incursión no solo como compañera sino como chaperona, y Anna apreciaba su sacrificio más de lo que podía decir. Eso no evitaba que Anna hiciera cada posible intento para estar sola en cubierta; algo casi imposible considerando que era un bote pequeño y había mucha gente en él. Para hacer peor el asunto, cuando se las arreglaba para estar sola, se descubría siempre intentando pararse de forma que la luz acentuara sus mejores facciones, o sentarse misteriosamente de perfil para ser más seductora. No podía ser más absurda.

Se apartó el cabello del rostro y le sonrió al capitán Johnson porque no podía evitarlo.

—No importa. —Pero claro que importaba.

El rozó el dorso de ella con su mano. Era un ligero toque y, aun así, su piel cosquilleó.

—Emprenderemos camino pronto. Aún queda mucho día así que deberíamos recorrer un poco de distancia hoy.

La Sra. Bartley bufó.

—Nunca habríamos tenido este problema en el Támesis. Los ingleses saben cómo mantener un río, le diré.

El capitán hizo una ligera reverencia.

—Olvida que este país todavía es salvaje.

La anciana bufó de nuevo.

El capitán elevó una ceja hacia ambas.

—Una buena parte aún está inexplorada. Hay indios que las matarían felizmente y muchos animales a los que les encantaría comérselas.

Anna se concentró en la última parte.

—¿Cree que veremos más? ¿Un puma? ¿Un oso grizzli?

Sacudió la cabeza.

—Ya me preguntó eso antes. ¿Cuál es su fascinación con morir por un ataque animal?

—No pretendo morir, Capitán. Solo quiero ver uno. ¿Qué tan emocionante sería? Un verdadero león de montaña, libre de andar donde quisiera.

La Sra. Bartley le apretó el brazo.

—Su padre y el duque jamás me perdonarán si se la come un animal salvaje, Anna. Debe prometerme que se mantendrá alejada de ellos.

—No necesita preocuparse —le dijo el capitán a la otra mujer—. A un león de montaña no le interesa ser visto. Las probabilidades dicen que estaremos a salvo.

Anna chasqueó la lengua.

—Eso es decepcionante.

Un grito se elevó de proa y el capitán Shreve indicó que avanzaran.

—Gracias a Dios —declaró la Sra. Bartley y lanzó los brazos al aire—. Finalmente nos movemos. —Apretó la mano de Anna, se excusó y volvió al camarote.

De alguna forma, Anna y el capitán estaban solos de nuevo. En su mayoría. Excepto por toda la tripulación, el Sr. Johnson y el capitán Shreve. Así que no lo estaban en absoluto.

La estaba mirando. Podía sentir su mirada en ella como el aire pesado y caliente que flotaba sobre el río. Respiró profundo y encontró su mirada, curvó los labios y alejó la mirada igual de rápido.

Intentó hacer conversación rápida.

—¿Cuánto tiempo hasta que llegemos a Missouri?

—Un par de días, dependiendo del río, claro.

Ella sonrió nerviosa y suspiró con alivio.

—Gracias a Dios. Ansío con ganas una cama de verdad y un baño con lavanda.

Asintió.

—No estoy seguro de eso.

Ella lo ignoró. En vez de eso, cerró los ojos e imaginó lo increíble que sería un tratamiento de belleza.

—Y una verdadera taza de té. ¿Cree que podré encontrar una buena taza de té? ¿Y quizás unas galletas de chocolate?

Hizo una mueca.

—Ya veremos. —Estaba parado muy cerca, tanto que podía sentir el calor emanando de él.

—Solo desearía poder quedarme más y disfrutar de un poco de lujo, pero mi tarea es demasiado importante. Este viaje ya está tomando más de lo que creía.

—Dudo que pueda encontrar algo de lujo en Missouri, no es como Londres. Aun así, un par de días en Nueva Madrid sería tentador. —Estaba casi susurrando las palabras en su oído, tan cerca, incluso con todos los otros en cubierta. De alguna forma, hacía parecer que su conversación era íntima—. Estoy seguro de que podemos encontrarle una cama y una tina. Quizás incluso podría comprar vestidos nuevos; no es que crea que los que tiene no son encantadores, pero sé cuánto les gusta comprar a las mujeres.

El corazón de Anna golpeaba contra su pecho e intentó concentrarse en la conversación y en la importancia de dónde estaba yendo más que en el hecho de que el capitán olía a algodón caliente y que su cabello estaba tan encantadoramente despeinado.

—Lo que sugiere suena justo, pero tengo que ir a mitad del territorio de Missouri tan pronto como sea posible. Una vida depende de ello.

Una chispa de interés pasó por su ojo, que fue rápidamente reemplazada por la mirada relajada que asumía cuando hablaba con ella.

—Solo un día o dos.

—No, necesito contratar otro bote para ir de Nueva Madrid a St. Louis.

—No, no lo hará.

—Debo. Aunque todo lo que sugiere es deliciosamente tentador. —Retrocedió para poder hablar con la cabeza clara.

—No, me refiero a que no encontrará un bote que la lleve. No hay barcos a vapor tan al norte del Mississippi. Su única opción es un barco de quilla; si pudiera convencer una tripulación para hacer espacio, y eso le tomará tanto tiempo como hacer el camino caminando.

Lo miró con los ojos entrecerrados, segura de que le estaba mintiendo.

—No puede ser cierto.

Todavía estaba sonriendo.

—Oh, sí. Temo que sí. No solo eso, sino que hay indios por todas partes. Y los animales salvajes en los que está tan interesada, están por todas partes también.

Su emoción de más temprano sobre una cama y un baño parecía estúpidamente prematura. El hombre le estaba informando de su muerte pendiente. Esta misión parecía mucho más segura a bordo de un bote, amparada en el río, de alguna forma lejos de los peligros del mundo exterior. La razón de su reluctancia no era la razón que el capitán creía. No le daba miedo caminar. Caminar en la campaña inglesa era común cuando visitaba el campo, pero nunca había tenido miedo antes. Nada en Inglaterra planeaba comerla. Por lo que el capitán le decía, todo el país estaba intentado matarla, así que era muy probable que su padre hubiera sufrido ese destino ya.

¿Qué iba a hacer? Había viajado tanto, abandonado todo en casa: su posición, su reputación en la sociedad, la oportunidad de casarse, para rescatar a su padre, un hombre del cual ni siquiera sabía si de verdad necesitaba ser rescatado. ¿Y si ya estaba muerto? Después de todo, había estado envuelto en la guerra.

Ninguno de los inútiles libros que había leído le iba a ayudar cuando los indios quisieran matarla en la forma que vieran más conveniente. O si el león que tanto había querido conocer en persona intentaba comerse su cabeza.

Qué tonta era, la tonta más grande, guiada por la locura y la soberbia.

Unos fuertes dedos la sujetaron del codo.

—¿Señorita Sinclair? —Su voz se oía muy lejana—. Quizás debería sentarse. —Guiándola con un agarre firme, la llevó a la popa y la sentó en un cofre cuadrado de madera.

Anna miró hacia la nada. Temía haber perdido la habilidad de pensar, estaba tan sobrecogida por la magnitud del problema en que había conseguido meterse. Su padre parecía desesperadamente lejos, más allá de su débil alcance.

—Eh... —El capitán se aclaró la garganta—. ¿Está bien?

No podía responder. Si abría la boca para hablar, rompería a llorar y esa era solo una humillación más que quería evitar hoy, gracias.

Su rostro apareció frente a ella, su preocupación se expresaba en la frente arrugada y la angustia evidente en sus ojos.

—¿Está respirando? —Sacudió una mano frente a su rostro. Levantó la voz—. Señoría Sinclair, por favor, respire.

Sorprendentemente, se dio cuenta de que en verdad no estaba respirando. Inhalando profundamente, se sintió tan solo un poco mejor inmediatamente. El capitán Johnson se arrodilló frente a ella y tomó ambas manos en las suyas. Frotó los nudillos con los pulgares.

—No se va a desmayar, ¿o sí?

¿Se iba a desmayar? Hizo un inventario de sí misma.

—No, no lo creo. Nunca me he desmayado antes, así que no sé cómo debería sentirme si voy a hacerlo. Mareada, supongo. No me siento así. Mi amiga Penélope se desmayó una vez y dijo que todo se puso negro y luego no recordaba nada hasta que se despertó con una sales. Fue justo en Rotten Row. Fue todo un espectáculo, pero le encantó. A Penélope le encanta ser el centro de atención. Sin embargo, no siento esa negrura ni nada. Me gustaría intentar con las sales si tuviera unas. ¿No? Está bien, no creo necesitarlas. Capitán, ¿se está riendo de mí?

Sacudió la cabeza como si intentar apaciguar la risa, seguramente a su costa.

—Cualquiera que pueda hablar tanto no se va a desmayar.

Ese comentario tan poco cortés ciertamente la quitaba el posible desmayo. Entrecerró los ojos hacia él, pero eso solo lo hizo reír más fuerte. Resopló molesta.

—¿Cómo puede ser tan malo?

El bajó la cabeza para ocultar su sonrisa, pero sus hombros sacudiéndose arruinaban el efecto.

—Esto no es divertido —continuó ella, liberando sus manos—. Necesito encontrar a mi padre y volver a casa a mi miserable vida. No deseo morir en la salvaje América. ¿Qué es tan divertido de eso?

—Absolutamente nada. —Sus palabras eran consoladoras, pero sus acciones no.

—Aparentemente piensa así. ¿Qué es lo divertido para que me ría también? ¿Es la probabilidad de que me ahogue la que lo pone así? ¿O que me atrapen los indios salvajes y me arranquen el cabello? O Dios sabe qué más me harían.

El capitán Johnson se controló. Pasó una mano por su cabello y metió los mechones sueltos detrás de su oreja.

—No, tonta mujer. Me molestaría mucho si algo le pasara a su cabello. Solo me reía ante su total ingenuidad en cuanto a mi país.

Anna giró la cabeza y dejó que un puchero la dominara.

—Sabe, he leído todo lo que pude sobre la situación, pero nada le prepara para la verdad. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo le voy a explicar a la Sra. Bartley? ¿Qué tan lejos está Missouri? Creo que debería comprar un arma mientras estoy en Nueva Madrid. Quizás una pistola. ¿Cree que pueda manejar una pistola? Christian iba a mostrarme cómo disparar una vez, pero me negué. Son muy fuertes, ese terrible pop y todo ese humo. Aunque en ese entonces no lo estaba, entiende,

ciertamente agradezco que me permitiera solo un bolso. Creo que puedo manejar un bolso mientras...

—Señorita Sinclair, deje de hablar. —Y cubrió su boca con la suya. Sus labios todavía estaban separados formando las palabras y la punta de su lengua se deslizó y tocó la punta de la de ella. Una llamarada de fuego se deslizó por su columna para alojarse en su vientre y más abajo. Otra arremetida de su lengua la hizo responder. Su mano le atrapó su cabello, la hizo arquear el cuello y la acercó hasta que sus senos estuvieron hundidos en su torso. La otra mano le envolvió la cintura y la sostuvo con fuerza. Sus labios se movían contra los de ella, acariciando su boca con la lengua hasta que Anna no pudo respirar.

Le besó el labio inferior, luego la comisura y luego su barbilla antes de finalmente levantar la cabeza.

—Le ayudaré a llegar a Missouri —susurró contra su mejilla.

—¿Capitán Johnson? —Sus labios se solazaron por su mandíbula—. Ahora sí me siento mareada.



## Capítulo Diecisiete

Nueva Madrid era un remolino de actividad. El capitán Shreve acercó el *Enterprise* lo más que pudo a la orilla, y desde ella partió un barco a remo. Nate apresuró a Sam y a las damas a bajar del barco hacia la improvisada ciudad. Él y su hermano llevaban los bolsos, con la notable excepción del maldito bolso de la señorita Sinclair, que insistía en manejar ella misma. Por su expresión, Sam estaba preparado para golpearla en la cabeza y quitárselo. Veinticinco días en el río y no habían podido echar mano al bolso. Su contenido seguía siendo un frustrante misterio.

La Sra. Bartley observó la ciudad con ojo crítico, sin siquiera intentar ocultar su desaprobación. La señorita Sinclair era más benévola.

—Este pueblo se ve... agradable. —Hizo un círculo amplio alrededor de una manada de perros peleando por lo que parecía la piel de un pollo.

—¿Agradable? —bufó la Sra. Bartley—. Podríamos describirla como destartalada. ¿Es un fuerte militar?

Sam miró a la mujer con rabia. Nate señaló el camino hacia la taberna; siempre había una taberna en una ciudad fronteriza, sin importar en qué estado estuviera el resto del lugar. Su hermano levantó el bolso grueso de lana en su hombro y atravesó la calle empolvada hacia la bebida.

Nate lanzó una rápida mirada al montón de edificios y estructuras temporales y no vio soldados.

—No, señora. No creo que haya un fuerte exactamente. ¿Por qué pregunta?

—¿Entonces por qué la gente está viviendo en tiendas?

La Srta. Sinclair se incluyó en la conversación.

—Me preguntaba lo mismo.

Él apretó la mano en torno a la maleta.

—Creo que esta ciudad se llevó lo peor de los terremotos hace varios años. Recuerdo haber leído que la mayor parte del lugar fue destruida por completo.

—Oh. —La mirada de la Srta. Sinclair pasó de incrédula a empática—. Eso es terrible.

—Necesitan levantarse por su cuenta y construir. —La Sra. Bartley sacudió la mano en dirección a una pila de madera que en algún momento fue una gran estructura—. Todos se ven como hombres capaces.

Nate se encogió de hombros. No estaba de humor para defender Nueva Madrid o la gente que vivía allí. Además, no conocía las políticas envueltas para hablar de forma razonable sobre ello. Quizás podrían dejar allí a la anciana para que dirigiera a los ciudadanos en un frenesí de construcción, y así dejar a la Srta. Sinclair, y su bolso, a él. Esa idea lo detuvo. Le gustaría mucho tener a la Srta. Sinclair sola, y más que solo por incautar su equipaje.

La hermosa señorita se veía un poco descuidada. Cuando había hecho este mismo viaje a bordo de su barco, había mantenido el estilo fresco y vigoroso que muchos de la sociedad londinense tenían. Las damas en la capital inglesa siempre estaban vestidas a la perfección. Un capitán cansado no podía evitar notar su estilo después de tantas semanas a la mar con tripulantes olorosos. La Srta. Sinclair no se había apartado de sus expectativas. Ahora, sin embargo, la humedad en el aire y el viaje constante la habían apagado un poco. Sin criada que le hiciera el cabello, ella hacía el intento de domarlo, pero ese cabello rubio era salvaje. Ninguna cantidad de broches podía mantenerlo en su lugar. Sus vestidos, aunque no sucios, tenían un poco de mugre.

Excepto cuando abría la boca y se oía su acento, podría pasar por una mujer fronteriza. Y sin embargo nada de eso la hacía menos adorable. En todo caso, la hacía parecer más accesible.

Eso y que Nate sabía cómo se veía luego de haber sido bien besada.

Los cuatros se alojaron en el único hotel que quedaba en el pueblo, un lugar exiguo pero que prometía camas cómodas y el baño caliente con el que la sarta Sinclair se había obsesionado tanto. También era interesante el hecho de que la dueña, la Sra. Walters, les prometió una cena hecha en casa.

Nate y Sam tenían la habitación directamente frente a la de la Srta. Sinclair y la Sra. Bartley. La anciana desapareció en su habitación, quejándose de un problema estomacal. Él y la adorable señorita Sinclair se quedaron en el pasillo, cada uno con la mano en su respectiva perilla.

—Disfrute su baño —dijo y alejó sus pensamientos de ella en dicho baño. Desnuda. Con el cabello suelto.

—¿Qué hará esta tarde? —Su mano sostenía el maldito bolso.

—Me gustaría quitarme el río también, pero primero creo que iré a buscar cuál es el camino hasta St. Louis.

—Oh. —Su expresión cayó—. Debería ir con usted. Después de todo, es mi expedición. Sacudió la cabeza.

—Encontraré la mejor ruta. Usted busque los suministros que necesitamos y un guía, si es necesario.

Ella asentó su bolso en el suelo junto a la puerta. Como siempre, mantuvo la tira en su mano. Protegía lo que sea que hubiera en ese bolso con un apretón infernal. Él y Sam habían especulado sobre el contenido y tenían algunas ideas disparatadas, pero tristemente, no estarían tranquilos hasta que alguno de los dos pudiera hacerse con él.

Nate estaba llegando a la conclusión de que ella no era una espía, era demasiado ingenua e ignorante sobre el mundo para ser de contrainteligencia; y demasiado adorable, pero ese pensamiento lo hacía parecer un tonto.

—Por favor, asegúrese de que me envíen los cobros aquí. Como dije, es mi expedición y yo cubriré los costos. —Apretó los labios para mostrar seriedad. Todo lo que le provocaba era querer besarla de nuevo.

Asintió.

—Usted refrésquese y cuando vuelva, le diré lo que encontré durante la cena.

Su tripa se contrajo cuando la preocupación en su rostro dio paso a una brillante sonrisa. Sus sonrisas le afectaban de una forma que no recordaba con ninguna otra mujer.

—Eso estaría bien. Ansío que llegue el momento. —Extendió su mano libre, la que no sostenía el bolso—. Confiaré en que sea mi agente y que sus intenciones sean para el éxito de mi misión.

¿Misión? ¿Su misión? Justo cuando creía que había resuelto todo, tenía que ir y usar palabras como *misión* para describir lo que estaba haciendo. Ahora su mente estaba toda entreverada y no sabía qué pensar. Demonios.

Él tomó la mano que le ofrecía y, en vez de participar en cualquier cortesía inglesa que ella esperara, la acercó, cruzando el pasillo cubierto de alfombra.

—Veré lo que puedo hacer. —Agachó la cabeza y la besó solo porque no podía no hacerlo.

Envolvió una mano en su cintura y apretó su carne contra la de él. Ella soltó un chillido de sorpresa, pero no se resistió. Sus labios se abrieron y la punta de su lengua conectó con la suya. Oyó su suspiro antes de cambiar el ángulo de su cabeza y aumentar la intensidad, arremetiendo con su lengua la de ella. Sabía a inocencia y misterio, una combinación excitante que mantenía a Nate descentrado, pensando en ella, mirándola, todo el tiempo. Acarició su espalda con la mano,

sus dedos abarcando toda su figura de forma que su pulgar rozaba el costado de su seno. Repitió el movimiento, acercándose más y más hasta que su palma cubrió donde su vestido se llenaba de suave piel. El pezón presionaba el algodón del vestido contra su mano y ella suspiró de nuevo. Su otra mano se deslizó por su parte trasera y la acercó más hacia él hasta que su pene hinchado quedó acomodado en la suavidad de su vientre.

La urgencia de ponerla contra la pared e investigar a conciencia lo que sostenía en su mano era poderosa. Su cuerpo era pequeño, pero perfectamente proporcionado, y su imaginación ya había hecho una pintura de la desnuda señorita Sinclair. Aun así, deseaba desesperadamente ver por sí mismo qué tan cerca de la verdad estaba su imaginación.

Un golpe en las escaleras le devolvió los sentidos y terminó abruptamente el beso y la señorita Sinclair se alejó con celeridad y un hermoso sonrojo. El maldito bolso seguía apretado en su mano.

—Hasta más tarde —dijo Nate e hizo una pequeña reverencia y un guiño.

Ella se lamió los labios y asintió, pero no dijo nada mientras él se marchaba por el corredor. Mantenerla fuera de balance con besos así era una buena forma como cualquier otra para hacer que le diera información.

Ahora, si Nate pudiera mantener su mente en el premio: el del maletín y no el que estaba dentro de ese vestido, entonces toda esta ridícula aventura podría terminar.

*Sé fuerte, Nate, sé fuerte.*

El hombre en la agencia comercial le aseguró que no necesitarían guía para llegar a St. Louis.

—Siga el río. —El hombre lanzó un escupitajo a una escupidera—. No puede perderlo.

Nate miró con disgusto fascinado al enorme hombre masticar el montón de tabaco en su mejilla y lanzar otro húmedo globo al contenedor. La escupidera tintineó victoriosa. El hombre tenía una puntería asombrosa.

—¿Y caballos o una mula para llevar suministros? ¿Hay un camino como tal o es un sendero?

Tin.

—No hay camino. El maldito terremoto hizo pantanos y sacó lodo. —El hombre enganchó un pulgar bajo la pechera de su overol y entró a la tienda. Nate lo siguió como un perrito mientras el hombre sacaba equipos de los estantes—. Puede conseguir una mula de la caballeriza —le dijo, luego de que los montones de provisiones estuvieran en el mostrador de madera.

Nate pagó por las linternas y las sábanas y una vieja tienda de campamento entre otras cosas. Esperaba que hubiera una mula porque nunca podría llevar esas cosas solo y Sam lanzaría el grito al cielo. Probablemente solo noqueara a la sarta Sinclair y le arrancara el bolso.

El establo tenía varias mulas para elegir, pero Nate era un hombre de mar que había crecido en Boston. No sabía nada sobre escoger ganado, así que escogió al primero que no intentó morderlo.

—Esa es Goldy. ¿De verdad la quiere? Puede ser muy terca. —El joven en el establo no tendría más de quince. Todavía tenía la pinta larguirucha de la juventud y ni siquiera un poco de pelo facial que lo ascendiera a la categoría de hombre.

Goldy tenía una cara bonita, en lo que a mulas concierne, y, claro, lo más importante, ningún interés en morderlo.

El chico se encogió de hombros.

—Bueno. —Le vendió alforjas para cargar todas las cosas de la agencia y le sugirió que sacara algunas tablas de los edificios demolidos que habían visto.

—¿Para qué? —le preguntó Nate. Quién diría que necesitarían tantas estupideces.

—Los pantanos. Querrá cruzar esos pantanos con las tablas o nunca logrará que Goldy o ustedes mismos pasen. —Dio palmadas al animal. Lo miró con ojos enormes—. Goldy en especial odia el lodo. No haga que se plante o le costará un infierno moverla.

Nate anotó el consejo junto con lo que el vendedor le había dicho: no disparar a las abejas, los mapaches son unos granujas y no colocar su tienda sobre un hormiguero. Nate se preguntó qué tan tonto lo creía esta gente.

Dejó a Goldy frente a la pensión y encontró un lugar seguro en el fondo donde colocar sus cosas antes de ir a la taberna para encontrar a su hermano.

Sam estaba charlando con un tipo corpulento en el bar. Su nuevo amigo era un monstruo con un montón de pelo naranja brillante que cubría casi toda su cara. Todo lo que podía ver era una punta rosada de la nariz y unos brillantes ojos azules, el resto estaba cubierto con pelo desgredado y una enorme barba que se extendía hasta la mitad de su amplio torso.

Sam lo presentó como Hurly. Nate no era pequeño en absoluto, pero Hurly lo hacía sentir como si fuera un niño.

Nate pidió un vaso de lo que sea que estuvieran tomando.

—Ya compré lo que necesitaremos para llegar hasta St. Louis.

—¿Por qué no te quedas aquí y yo subo las escaleras y le quito el maldito bolso y terminamos con esta farsa? —protestó Sam.

Las cejas de Hurly se alzaron con interés.

—¿Qué dijiste?

Nate ignoró la pregunta y bajó la voz esperando que Sam entendiera que este no era un tema para que extraños escucharan.

—No resolvería nada y lo sabes.

Su hermano se limpió la boca con el antebrazo.

—Nos ahorraría tener que subir por el Mississippi con una mula y dos mujeres.

Nate no podía negar eso.

—Pero si lo que creemos que está en ese paquete en verdad lo es, entonces detenerla solo retrasaría el problema. Sabes que tenemos que resolver esto si queremos hacerlo bien.

Hurly miró de un hermano a otro con interés.

—¿Qué es?

—Nada —dijeron Nate y Sam al unísono.

—Ten otra bebida—le dijo Sam a su nuevo amigo—. Cuéntale a mi hermano sobre el terremoto.

Nate recordaba haber leído sobre el terremoto en el periódico y había sido sorprendente. Las campanas habían sonado hasta en las iglesias de Boston, el temblor había sido así de horrendo. Hurly les contó historias de las dos semanas de temblores que habían cambiado el paisaje, destruido casas, hundido botes, e incluso cambiado la dirección del gran Mississippi por un tiempo. Todo eso puso enfermo a Nate.

—Agradeceré cuando nos vayamos. —Nate colocó su vaso vacío en el mostrador y lanzó una moneda al cantinero.

—No te ayudará en nada. —Hurly inclinó su vaso hacia él, derramando líquido por delante—. La siguiente vez la tierra se podría tragar hasta St. Louis.

—Bueno, entonces... —Nate le dio una palmada a su hermano en el hombro, le dio una llave de la habitación e instrucciones.

Tenía un baño que darse y escoltar a una adorable rubia a cenar. Quizás Sam tendría suerte con el bolso esta noche. Seguramente la encantadora Srta. Sinclair no lo llevaría a su cena.

Besos durante la cena y besos para el postre. Nate apenas podía esperar.

## Capítulo Dieciocho

—Es el burro más tierno que he visto alguna vez. —Anna acarició la nariz del animal y le rascó detrás de las orejas—. ¿Cómo se llama?

—El chico en los establos la llamó Goldy —dijo el capitán mientras ataba varias piezas de madera en su espalda—. Y es una mula, no un burro.

—Oh. —A Anna no le importaba lo que le llamaran; la mula era preciosa. Sus orejas eran enormes y Goldy podía moverlas casi en un círculo completo.

La Sra. Bartley todavía no había dado su impresión de ella. Seguía inspeccionándola, llegó incluso hasta oler dentro de esas largas orejas y levantar sus labios para espiar sus dientes. La anciana se dobló en dos y levanto una de las patas negras.

—El herrado está bien —declaró, luego pasó sus manos por la columna del animal, o lo que pudo considerando los paquetes colgando a los lados. Gruñó—. Parece fuerte. ¿Cuánto pagó por ella?

—No le importa —gruñó el Sr. Johnson. Su sombrero estaba tan bajo que sus ojos apenas eran visibles. Anna asumió que su actual estado era debido a la bebida de la noche anterior y un subsecuente dolor de cabeza y estómago.

La Sra. Bartley lo ignoró. Una tarde mientras estaba en el *Patriota de Martha*, le había dado a Anna su impresión del joven como un holgazán en el que no valía la pena perder el tiempo intentando corregirlo. “Algunos simplemente no merecen más”, había dicho.

Anna tenía una disposición más caritativa y sabiendo la historia de su aprisionamiento con la marina británica y las consecuentes crueldades que había sufrido, le daba mucho más margen que a muchos otros. Todavía tenía pesadillas e incluso durante el día a veces parecía que no siempre estaba presente. El hombre necesitaba paciencia y comprensión, no recriminaciones.

—Bueno, creo que es adorable sin importar el costo. —Anna le había pedido las facturas al capitán Johnson; cuando él había titubeado, su hermano se las había quitado y se las había lanzado.

—No estamos pagando por el honor de estas ridiculeces —había dicho el Sr Johnson a su hermano gruñendo.

—Claro que no. —Anna le había dado los montos listados en las cuentas de la agencia comercial y la caballeriza. También había pagado a la hostelera por la comida que les había empacado: carne curada y pescado, cecina, vegetales y frutas. Además, Anna había interrogado a cada ser humano que había conocido en el pueblo sobre su padre, su regimiento y donde podría estar. Generalmente, sus preguntas no eran bien recibidas. Parecían achacar su acento a una aflicción que no era su culpa y por la que no se la podía culpar, hasta que sacaba a colación el ejército británico y al general Sinclair en particular. Entonces las actitudes cambiaban drásticamente.

No, nadie había visto a su padre. No, no sabían dónde encontrarlo. Sí, probablemente estaba muerto, o al menos lo esperaban, “de la misma forma en que había provocado a esos indios”. La gente de Missouri podría bien echar la culpa de toda la guerra india a su padre. Anna les sonreía cálidamente y agradecía a cada uno por la información, esperando difundir un poco de bondad inglesa por el camino.

Ana estaba ansiosa, se negaba a creer que había llegado tan lejos por nada. Estaba determinada a tomar cualquier información que pudiera de las noticias o los rumores locales y

perseverar. Hizo una decisión consciente de no concentrarse en las posibilidades fatales que el tramo final del viaje podía depararles. No había imaginado caminar en la tierra salvaje americana cuando había planeado esta misión de rescate, pero había llegado a la conclusión de que, sin importar lo que había pensado o hecho para prepararse, había estado increíblemente mal preparada desde el principio. Aun así, su moral estaba alta. Aunque anticipaba que no sería fácil, estaba ansiosa de comenzar. En este punto, apenas había participado en la expedición. Solo había sido pasajera en varios botes, ninguno de los cuales requería otra cosa que quedare en cubierta.

Eso le había dicho al capitán la noche anterior mientras cenaban en el pequeño comedor de la pensión. Estaban solos pues la Sra. Bartley tenía dolor de cabeza y el Sr. Johnson estaba embriagándose.

El capitán había puesto los codos en la mesa y la había mirado significativamente por sobre el asado.

—¿Trajo buenos zapatos para caminar? No me refiero a esas cursilerías que ha estado usando. Necesita algo resistente y bien hecho.

—De hecho, sí tengo. Los compré de la mejor tienda de Bond Street.

Él asintió aprobador y el resto de la comida discutieron lo que podrían encontrar en el camino. Le había preguntado si había preguntado en el Estado de Asuntos Indígenas, y admitió que las noticias no eran buenas.

—Me dieron a entender que, si nos quedamos en los bancos del río y no nos adentramos al oeste, en su territorio, podríamos pasar sin muchos problemas.

Mientras que Anna obviamente no quería problemas con los nativos, también quería conocer uno tanto como quería conocer un alce o un puma.

Luego de su comida, el capitán sugirió que caminaran por el pueblo. Era una noche cálida y como la luna estaba casi completa, Anna asintió. No había necesidad de llevar un abrigo y él tampoco se había puesto su chaqueta ni su pañoleta en la cena. Se vestía más como la gente del pueblo, con camisa y pantalón. Cuando extendió el codo hacia ella, ella deslizó los dedos en la curva y salieron del porche hacia la calle principal de Nueva Madrid.

—Me gusta —dijo, sorprendiéndose a sí misma—, excepto por que le gente quiere a mi padre muerto, se ven amigables y solidarios. No estaba segura de qué tipo de recepción esperaba.

—¿Por qué? —La voz de capitán retumbó junto a su oído.

—Soy inglesa. —Le lanzó una mirada de reojo y él rodó los ojos—. Hasta hace pocos meses, seguíamos en guerra. Era posible que los americanos me vieran como uno de sus enemigos. Sam todavía lo cree.

Él la hizo girar una esquina hacia el río. Una brisa atrapó su cabello, liberando unos rizos que cosquillearon en su nuca y se pegaron a sus labios mientras hablaba. También desprendió el limpio aroma de su crema de afeitar y ella inhaló profundamente.

—Usted desarma a las personas, señorita. Sospecho que hay poco que pudiera hacer para que la tomen como una villana.

—Quiere decir que hablo mucho —bromeó—. Christian siempre decía eso.

La detuvo en un banco bajo un árbol floreciente con largas y pesadas ramas que casi tocaban el suelo. El aroma se mezclaba con su olor y el del río, y la hizo sentir mareada. O quizás era que estaba tan cerca que tenía todo su cuerpo presionado contra el suyo: hombro con hombro, cadera con cadera, muslo con muslo.

—No, no es eso lo que quiero decir. —Las puntas de sus dedos rozaron sus pómulos y dieron círculos en su oreja—. Usted no es lo que los americanos esperan cuando conocen a una inglesa.

No es arrogante como pensamos. Es accesible y complaciente. —Dijo las palabras casi en su oído, tan cerca.

Ella arqueó el cuello y ladeó la cabeza para poder mirarlo.

—Accesible y complaciente. Bastante para recomendarme. ¿El chico del establo dijo lo mismo de Goldy?

El rio entre dientes.

—Dijo que Goldy era testaruda. Podría decirse lo mismo de usted.

Ella chasqueó la lengua y giró para ver el río.

—Eso es lo que dicen los hombres cuando las mujeres quieren algo.

Su boca estaba de vuelta en su oído. Sus palabras le acariciaban la piel.

—Goldy también es la mula más linda en toda Missouri.

—¿En verdad está intentando seducirme comparándome con una mula? —Se alejó, pero su brazo le envolvió la cintura y la apegó a su pecho.

Rio de nuevo, un sonido profundo en la garganta.

—No, solo me gusta verla enojarse. No tiene nada de qué preocuparse. Es mucho más bonita que Goldy. Tiene mejores dientes.

Ella sacudió la cabeza para mirarlo y se rindió cuando vio su sonrisa burlona. El hombre era increíblemente atractivo.

—Pero es mucho más vanidosa que Goldy —continuó. Colocó el dedo índice sobre sus labios para detener sus objeciones antes de que comenzara—. Aun así, nunca he querido besar a Goldy.

Sus labios remplazaron su dedo. La besó suavemente, moviendo los labios, molestando, deslizándose gentilmente hasta que Anna se presionó con firmeza contra él. Su molestia se diluía cuando él la tocaba.

Había llegado a adorar esos besos. Pensaba en ellos todo el tiempo, mientras dibujada o costuraba su dobladillo o ignoraba la última diatriba de la Sra. Bartley sobre lo que sea que la molestara en ese momento. Los guardaba en su memoria y ansiaba más. Eran el tipo de besos que Francesca y Olivia y Thea debían haber experimentado con sus propios esposos. Sabía que sus anteriores besos carecían de algo, y este definitivamente lo era. Su libro de bocetos estaba llenándose rápidamente de pinturas de él mientras imaginaba cómo se veía besándola. Eran un pobre sustituto de la realidad.

Cada vez que la besaba, las cosas progresaban un poco más; besos más largos, más caricias, más intimidad. Nunca lo detenía, pero él nunca presionaba demasiado, tampoco. Cuando terminaba, ella ansiaba saber cuánto más lejos en este despertar la llevaría el siguiente beso. No era ingenua. A pesar de su falta de experiencia, sabía que eventualmente, este tipo de comportamiento llevaba a la intimidad absoluta. Le daba la bienvenida. No sabía de nadie en América que pudiera arruinarle, y ya había cometido suicidio social al aventurarse sola en este emprendimiento.

Hizo una decisión consciente de seguir este camino y ver dónde la llevaba. Como ella lo veía, no tenía nada que perder.

Ella lo invitó a su boca y encontró su lengua con la suya. Él hizo un sonido de aprobación y ladeó la cabeza para tener mejor acceso. Girando para encararlo directamente, pudo deslizar las manos por su cuello y pasar los dedos por su cabello despeinado. Una mano cubrió su seno y su cuerpo respondió inmediatamente. Ella arqueó la espalda alentándolo y fue recompensada con el pellizco de su pezón hinchado con el pulgar e índice. Su respiración se aceleró, o bueno, lo habría hecho si no estuviera sin aliento. Él detuvo el beso y ella jadeó. Su boca siguió la línea de su mandíbula hasta su oreja donde agarró el lóbulo con la boca y lo mordisqueó gentilmente.



Girando su rostro, ella abrió los ojos y miró el árbol sobre ellos. Las estrellas brillaban a través del follaje. La fuerte brisa soltó alguno de los capullos y estos cayeron lentamente, una lluvia de pétalos rosados y blancos; pequeñas flores que se deslizaban para recubrir el suelo, así como el banco y su cabello.

Sus dedos se detuvieron en su cabello y ella mantuvo la cabeza hacia atrás mientras su lengua seguía el camino de su clavícula y se detenía en la hendidura de su garganta. Los labios bajaron más y más hasta que encontraron la barrera del encaje que marcaba la línea de su cuello, justo sobre sus senos. Su lengua se aventuró por debajo del encaje y comenzó su camino de vuelta, dando besos hasta llegar una vez más a su boca.

Tomó su boca de nuevo, inclinándose sobre ella, pero sosteniéndola con un fuerte brazo detrás de la espalda, la mano abierta, abarcándola toda. Su tamaño la envolvió. Uno imaginaría que un hombre tan grande sería intimidante para una mujer de su estatura, pero se sentía consumida, segura, protegida.

—Señorita Sinclair —le había dicho contra los labios—. Deberíamos volver.

Sí, deberían. Ella soltó la mano que agarraba su cabello y bajó por su cuello hasta donde comenzaba el borde de la camisa y envolvió su nuca. Aprendiendo de él, instigó el siguiente beso. Dejó que su lengua tocara el interior de su boca. Él gimió, lo que ella tomó como que si le gustaba. Su agarre se apretó en su espalda y la mano sosteniendo su pecho apretó gentilmente.

Gracias a dios era verano. Las pocas ropas que los separaban parecían demasiadas. Ella se apegó más, deseando más contacto entre ellos que solo las caderas y muslos. Quería presionarse totalmente contra él.

—Señorita Sinclair. —Esta vez su aliento le acarició el cuello.

—Capitán Johnson —susurró y dejó que sus manos se deslizaran por sus amplios hombros y los ángulos de su espalda. Los músculos se amontaban bajo sus manos. Hacia arriba de nuevo, sus palmas viajaron por los bordes de la costilla, luego por el pecho, sus pulgares acariciaron los sobresalientes abdominales, y finalmente descansaron en sus muslos. Sus manos estaban en todas partes, también y su cuerpo vibraba. Deseaba que tocara su piel. Quería sentir los callos de sus palmas raspar sus senos. Sentir su boca en ellos. Saber qué haría con sus labios si no hubiera barreras. ¿Cómo se veían sus músculos bajo la ropa? ¿A qué sabía su piel? El calor irradiaba de él, se escapaba de sus ropas y la envolvía en un calor bochornoso.

El ruido del río seguido del sonido de voces los sacó de su trance.

—La llevaré de vuelta. —El capitán respiraba con dificultad, su voz era grave.

Ella asintió. Quería contemplar estos nuevos sentimientos. Además, ¿qué más podría pasar así al descubierto? Una vez más, añoraba a sus amigas. Tenía mucho que discutir y nadie con quién hacerlo.

Acomodaron sus ropas, y ella quitó las flores rosas de su cabello. Él se inclinó y la besó de nuevo, un breve encuentro de labios. El dorso de su pulgar le acarició la mejilla.

—Debemos partir temprano mañana.

Mañana era un día nuevo. Habría nuevas aventuras. Estaría más cerca de encontrar a su padre con cada paso.

Muchos descubrimientos que hacer todavía.

## Capítulo Diecinueve

Nate decidió dejar que la Sra. Bartley pensara que era la líder de ese variado desfile. Era eso o asfixiarla y echarla al río.

—Creo que deberíamos alejarnos más de la orilla. Capitán Johnson, dé veinte pasos a su izquierda.

—Ese pescado luce un poco anémico, ¿no cree? —dijo, cuando Sam atrapó una perca para su cena—. La siguiente vez le mostraré cómo se hace. —Hay que darle crédito, no le golpeó con dicho pescado.

—¿No cree que sería más prudente cargar la mula de adelante hacia atrás en vez de atrás hacia delante?

Lo más molesto y repulsivo, además del tono con el que decía su consejo: tan condescendiente y degradante, era que casi siempre tenía razón. ¿Cómo era eso posible? ¿Cuántas mulas había cargado esa mujer en su vida? Y a Goldy no le importaba en absoluto, solo se quedaba parada pacientemente y permitía que le hicieran lo que quisieran.

Y en cuanto a esa mula, la señorita Sinclair parecía haberse encariñado. La primera noche, había trenzado su crin con flores. Esa mañana, mientras caminaba detrás de ella, estuvo casi seguro de haberla oído cantándole en voz baja. Las palabras eran difíciles de entender, pero podría jurar que había letras que una joven mujer no debería saber.

Se apegó a ella y se esforzó por escuchar. No, había oído correctamente.

—Hmm. Acaba de cantar ¿bebida y zorras toda la vida?

La señorita Sinclair rio y miró alrededor para ver si la Sra. Bartley podía oír su conversación.

—Lo hice —admitió sin culpa—. La siguiente línea dice: *yace con las mujeres de otros hombres*.

Soltó una risotada. No pudo evitarlo.

—¿Dónde aprendió una canción así?

—¿Está escandalizado?

—No diría escandalizado exactamente. Solo sorprendido de que una dama conozca de esas canciones.

Se veía orgullosa de sí misma, y encontró eso atractivo.

—Me gusta creer que soy una mujer de varias facetas, capitán Johnson. —Pasó su mano por el cuello de Goldy y acomodó una de las flores de vuelta en la crin.

Hmm. Nate tenía sospechas sobre esos talentos ocultos. ¿Era uno de ellos actuar como espía?

—No lo dudo.

Ella volvió a su tonada, pero esta vez solo tarareaba.

—Entonces, ¿me dirá dónde aprendió esa canción?

Ella lo miró de reojo.

—Mi mejor amiga Francesca y yo sabemos todas las letras de las mejores canciones obscenas. —Él levantó las cejas, motivándola a seguir y ella continuó—: Hicimos que Christian, el duque de Morewether, nos las enseñara. Perdió una apuesta sino, no lo habría hecho.

—¿Qué le apostó?

Otra sonrisa satisfecha.

—Soy una nadadora excelente. Le enojaba inmensamente que siempre pudiera vencerlo a nado en el lago. Cuando Frankie o yo queríamos algo de él, teníamos que ganárnoslo. También puedo

trepas tan rápido como un mono. No lo dije cuando estábamos a bordo de su barco, pero también soy un primer oficial decente en una regata. El esposo de Frankie es marinero.

Él siempre se aguantaba de interrumpirla cuando comenzaba a divagar así. Al principio lo volvía loco, luego esperaba que dejara escapar algo significativo, pero ahora disfrutaba de sus divagaciones. Descubría capas que uno jamás sospecharía sobre ella. Sam no estaba ni remotamente interesado, pero Nate llenaba cada revelación en un catálogo en su mente dedicado a la fascinante señorita Sinclair.

—¿Cómo lo llevan sus pies? —le preguntó. Habían estado caminando a paso constante por dos días, apresurándose a St. Louis por insistencia suya, pero ninguno de la tropa estaba acostumbrado a ese ritmo.

—Están adoloridos, ¿si es eso lo que pregunta? —Para crédito suyo, no se había estado quejando.

—Cuando descansemos para la comida de la tarde... —Miró al cielo, luego sacó su reloj del bolsillo—; lo que será en cualquier momento, puede quitarse las botas y meter los pies en el río. Eso le ayudará.

—Se equivoca. —Cuando él la miró extrañado, ella asintió—. Ciertamente, nunca ha usado zapatos de baile apretados.

—No puedo decir que lo he hecho.

—Entonces no sabe que no debe quitarse los zapatos. Si lo hace, sin importar lo bien que se sienta, nunca podrá ponérselos de nuevo. Sus pies se hinchan, se hace imposible.

—Oh. —Ven. Una mina de información.

—Es cierto. —Caminaron otro tanto hasta que llegaron a un bosquecillo—. ¿Qué comeremos como cena, entonces?

—Carne seca.

Ella arrugó la nariz.

—Temo que la carne seca y el pescado serán nuestro pilar todo este tiempo, ¿no es cierto?

Él se encogió de hombros y miró hacia el bosque como si hubiera visto hordas de seres vivos, esperando a ser comidos.

—Supongo que podemos comer conejo o venado, o cualquier cosa que podamos atrapar. ¿Supongo que no es una experta mundial en poner trampas?

—Tristemente, no. Pero no veo por qué no podríamos compartir esas fresas y nueces que he visto durante todo el camino.

Mirándola fijamente, colocó una mano en su antebrazo.

—¿No ha estado comiendo eso, o sí? Pueden ser venenosas. No tengo idea de cuáles arándanos son seguros y cuáles nos pueden matar. No quiero arriesgarme.

—Capitán Johnson, creo que se preocupa demasiado. No soy tan tonta como cree que soy.

Él no creía que fuera tonta, pero desde que se había hecho cargo de llevarla hasta St. Louis y al final de su misión, había empezado a sentir que su bienestar era responsabilidad suya.

—Solo comería las que reconozco de casa —continuó. Se detuvo de pronto haciendo que Goldy también se detuviera ya que nunca se alejaba de la señorita Sinclair. Él también se detuvo—. ¿Sabe qué haré? Dibujaré los arbustos que no reconozco en mi libro. Obligatoriamente, nos encontraremos con algún viajero o un colono, así se le dice, ¿no? ¿Colono? Seguramente sabrán qué es seguro comer, ¿no cree?

Él asintió. Su razonamiento era bueno. Ella sonrió y volvió a avanzar. Sam y la Sra. Bartley habían encontrado un buen lugar para detenerse. La mujer ya estaba dirigiendo a su hermano con

amplios gestos y un dedo señalador. Como siempre, Sam discutía con ella; simplemente no podía evitarlo.

La señorita Sinclair ató a Goldy a un árbol y les informó que se dirigiría a su espacio de retiro natural. La Sra. Bartley y Sam estaban tan metidos en su pelea y Nate estaba ocupado mediando la pelea, que ninguno se dio cuenta de que estuvo lejos más tiempo de lo esperado hasta que pasó al menos media hora. Nate dejó a los otros en sus asuntos. Si se mataban al menos ya no tendría que escucharlos discutir. Caminó en la dirección que había visto por última vez a la Srta. Sinclair. Una vez dentro de los árboles, gritó su nombre, pero no hubo respuesta.

Demonios. Le había dicho que no se alejara. Las instrucciones que había recibido de los hombres en Nueva Madrid eran no alejarse del río. Los caminos que estaban usando eran usados por indios y uno nunca sabía si los nativos que se encontraban eran amigables u hostiles. Una mujer solitaria —especialmente una tan pequeña y bonita como esta mujer— era una presa segura para un indio hostil.

O un colono solitario. O cualquier otro hombre aislado en estos caminos.

O un león montañés.

Claramente estaba dejando que su imaginación volara. No tenía razones para creer que un animal salvaje había arrastrado a la señorita Sinclair a los arbustos para cenar.

Sin embargo, empezó a gritar más y más fuerte su nombre y puso las manos en la boca para amplificar su voz. Acelerando el paso, se adentró en el bosque intentando recordar si tenía el vestido azul o el amarillo.

—¿Es usted, capitán Johnson?

Inhaló cuando escuchó su voz.

—¿Dónde está?

—Por aquí.

Dio una lenta vuelta. Los árboles densos hacían que su voz sonara como si estuviera lejos y cerca al mismo tiempo.

—¿Dónde?

—Aquí.

Otra vuelta. No había señales de una cabella rubia.

—No la veo. Podría hacer visible, por favor.

—Lo haría si bajara la voz. La está asustando.

Oh, por Dios. Había encontrado una india o una osa o algo. Su cabeza apareció detrás un montón de arbustos pequeños, al menos diez yardas a la izquierda, ella le saludó y luego desapareció de nuevo. Se apresuró en su dirección.

Su expresión era fiera cuando él se detuvo a un lado de donde estaba agachada.

—Por amor de Dios, capitán, está haciendo ruido como un elefante. Por favor, tenga cuidado.

Eso es lo que conseguía por preocuparse.

—No la quiero andando por el bosque. Podría perderse fácilmente.

Ella rodó los ojos.

—Nunca me pierdo. —Se inclinó hacia adelante y tenía casi toda su parte frontal metida en los arbustos, lo que dejaba su parte trasera sobresaliendo. Se tomó un momento para admirar su trasero antes de que se le ocurriera pensar por qué diablos estaba en esa posición tan extraña.

—¿Qué está tramando?

—Me saca, ¿por favor? —Su voz estaba amortiguada en esa posición.

—¿Disculpe? —No creía que estuviera sugiriendo lo que él creía que sugería.

—No puedo salir con las manos llenas. Por favor, sáqueme.

Miró alrededor esperando encontrar una multitud de gente mirándolo divertida. No había nadie que viera cuando envolvió sus manos en la pequeña cintura y jaló y levantó al mismo tiempo hasta que su cabeza reapareció.

Se sentó con las piernas cruzadas y espió en sus manos ahuecadas. Hojas y pequeñas ramitas colgaban de su cabello y el frente de su vestido estaba cubierto de suciedad.

—¿Qué tiene ahí? —preguntó. Le alivió ver que, lo que sea que fuera, era demasiado pequeño para ser un león montañés o un oso. O un alce, pensó divertido.

—Siéntese y le mostraré —dijo con una sonrisa brillante en medio del rostro sucio.

Él se agachó y levantó las cejas en pregunta. Ella abrió las manos y una pequeña cabeza con una nariz negra y orejas puntiagudas apareció. Unos ojos inteligentes lo miraron del pequeño refugio contra su pecho.

—¿Qué es? —le preguntó mientras acariciaba la cabeza del animal con la mandíbula.

—Recogió un animal, ¿y ni siquiera sabe qué es?

—Es un animal bebé —dijo, como si eso la absolviera de cualquier estúpida e imprudente decisión que tomara.

Él le lanzó una mirada incrédula.

—Es un mapache. Mejor lo pone en su lugar antes de que su mamá vuelva y le arranque la cara.

—Un mapache —repitió, y pasó su dedo índice por la cabeza de la criatura—. Su madre está muerta allá abajo.

Inclinándose hacia delante, espió bajo los arbustos y vio una silueta inmóvil, más grande y peluda.

—¿Cómo supo que estaba ahí? —le preguntó, volviendo la mirada al bebé en sus manos.

Ella seguía acariciando al animal. Este no se revolvía en absoluto. De hecho, la cosita parecía bastante contenta.

—Estaba llorando. Lo más lastimero que he oído alguna vez. Es la única que queda. No podía simplemente ignorarla. La pobre moriría sola.

—Bueno, por más tierna que sea, la pobre morirá probablemente de todas formas. —Estiró un dedo y tocó su cabeza. El pelo era más áspero de lo que imaginaba.

Ella sacudió la cabeza vigorosamente.

—Oh, no. No lo hará. La mantendré viva.

No podía creer que necesitaba decir lo que iba a decir.

—No puede quedarse con un mapache.

—¿Por qué no? Es muy pequeña y no comerá mucho. La tendré en mi bolsillo cuando viajemos.

Se paró y limpió la suciedad y las hojas de sus pantalones.

—Porque los mapaches no son mascotas.

—Lo mismo le dijo el hombre de las cavernas a su esposa cuando ella llevó al primer perro y mire donde estamos. Violeta no causará ningún problema. —Llevó al mapache somnoliento a su pecho y se estiró pidiéndole ayuda para levantarse.

—¿Quién es Violeta?

—Esta es Violeta. Ve, hay un montoncito de ellas en su nido. Parece un nombre adecuado —dijo, señalando con su mandíbula.

Puso las manos en las caderas.

—¿Con qué va a alimentar a Violeta para mantenerla viva? Ni siquiera sabe qué come.

—Bueno, no ahora. Improvisaré. Su madre se veía del tamaño de un gato doméstico grande. Considerando eso, diría que la señorita Violeta tiene cinco semanas más o menos. Probablemente ya esté lista para comer alimentos sólidos.

El suspiró y miró el bosque intentando encontrar el camino de regreso. Ojalá no estuvieran perdidos. Dio una lenta vuelta y escogió la dirección que le parecía más familiar.

Ella tiró de su manga hacia un punto a la izquierda.

—Por aquí.

—No. No lo creo.

Ella asintió gentilmente para no molestar la criatura dormida.

Él escaneó el bosque y sacudió la cabeza.

—No haga que me pierda,

—Nunca me pierdo. —Había dicho eso antes. Partió en esa dirección y no tuvo más opción que seguirla. Hablaba gentilmente con el animal mientras caminaban.

—Esta es una mala idea. —Ya podía decir que la señorita Sinclair le tenía cariño a la bestia. No iba a terminar bien.

—Capitán Johnson —dijo ella, con su cabeza en un ángulo desenfadado que él sabía por experiencia que significaba no que no le importara, sino que él debería vigilar sus palabras antes de que ella comenzara a discutir—. ¿Por qué le importa si adopto o no a este animal? ¿Qué pasa si Violeta vive? Tendré una mascota con la cual entretenerme el siguiente par de semanas mientras estamos en este viaje. No veo cómo eso le afectará. Si muere, no será su problema,

Tenía razón. ¿Por qué le importaba? ¿Qué consecuencias podría haber? Podía ver cuál era la atracción: Violeta era tierna y adorable con su pequeña máscara y las pequeñitas manos envueltas alrededor del pulgar de la señorita Sinclair. Él se encogió de hombros y sonrió.

—Bien. No tengo ninguna razón para usted. Cuide a la pequeña bandida y vea si puede mantenerla con vida.

Ella lo sorprendió cuando se paró de puntillas y le dio un pequeño beso.

—Lo haré. Solo espere y vea.

Luego, como para puntualizar sus palabras, el río apareció a la vista. Qué suerte que había seguido los intentos de ella, o estarían irremediablemente perdidos.

## Capítulo Veinte

Si Anna había albergado dudas sobre si podía criar un mapache, los pensamientos se desvanecieron el segundo día. Violeta era una bebé alerta y curiosa que no tenía miedo de su nuevo entorno. Cualquier temor de que no sobreviviera sin la leche de su madre quedaron a un lado cuando engulló un puñado de arándanos que Anna le ofreció y algunas ramitas de dientes de león que la Sra. Bartley sostuvo tentativamente.

Se fascinaba con todo lo que sostenía en sus diminutas manos. Entraba y salía de los bolsillos de Anna, la pequeña criatura jugaba mientras ellos andaban por la ribera del río.

Violeta aligeró significativamente el humor de Anna. Generalmente, no solía ser una mujer temperamental, pero este viaje, desde el principio al fin, estaba destinado a llegarle en algún momento. Ya estaba cansada de la carne ahumada a la media semana del trayecto. Gracias a Dios por los esfuerzos combinados de Sam y la Sra. Bartley para conseguir pescada o Anna consideraría una huelga de hambre si no estuviera tan hambrienta la mitad del tiempo.

Sus pies dolían. Sus botas habían sido casi nuevas cuando dejó Londres, pero no creyó que fueran a sobrevivir al viaje. Las suelas se estaban gastando terriblemente, y el taco del zapato izquierdo, aunque bajo y hecho para caminar, todavía se sentía flojo. Gracias a Dios tenían a Goldy. Incluso a pesar de lo despótico que le había parecido el capitán Johnson con los requerimientos de equipaje allá en Nueva Orleans, estaba agradecida de haberlo escuchado. Si se le pidiera llevar incluso su único bolso, bueno, podía admitirlo ahora, nunca lo lograría.

Y hablando del capitán Johnson —así es como lo decía en su cabeza, como si estuviera dictando una carta a casa para Frankie y Olivia—, el hombre era confuso como el demonio. No tenía idea de por qué él y su hermano la estaban acompañando en este viaje. No podía ver cuál era su motivación. Hasta ahora todo lo que había conseguido de ese trato era la frustración de lidiar con su amargado hermano, la mandona Sra. Bartley y millas y millas de terrible senderismo. ¿Dónde estaba su recompensa?

No que se estuviera quejando, claro.

Parecía demasiado dolor y sufrimiento que cargar por unos cuantos besos.

De nuevo, reiteró en su carta imaginaria, no se estaba quejando.

Sus besos eran increíbles. Asombrosos. Suficiente para entender por qué Francesca había hecho lo que había hecho para conseguir a Thomas y por qué Olivia llevó a cabo su osado rescate de Lord Cavendish. Besos como esos podían hacer que una chica tomara una religión o la abandonara por completo.

Miró hacia el atractivo hombre al otro lado de la fogata. Estaba reclinado en el pasto, con la cabeza en su saco de dormir, su rostro hacia las estrellas. Deseó que hubiera suficiente luz para dibujarlo; el fuego era demasiado inconsistente para iluminar lo suficiente para capturar la sombra correctamente. Intentaría recordar cómo el brillo hacía resplandecer su piel bronceada y el naranja del fuego dibujaba reflejos rojizos en su cabello marrón. No era la primera vez que deseaba tener el resto de sus suplementos de arte en vez de solo grafito para trabajar. Incluso con su limitado material, había hecho un buen trabajo capturando su estructura ósea. Cómo el plano de su frente bajaba hasta sus pómulos y luego seguía hasta su mandíbula cuadrada. La sombra de aquella barba de varios días y el cabello enmarañado que necesitaba un corte le daba un aire de mala fama. Apenas podía aceptar que era el mismo hombre que había conocido en Londres. En ese

entonces, había sido formidable, imponente y dingo. Ahora, su aplomo de vividor hacía temblar su piel. Dudaba que Christian reconociera al hombre ahora, era tan diferente.

Más que nada, deseaba estar a solas con él, experimentar hasta dónde podían llegar esos besos si no eran interrumpidos. O si no era tan caballeroso. Para una mujer que había aconsejado cuidado cuando Francesca había amenazado su propia reputación, Anna estaba comportándose como una libertina ahora. Quizás por eso a las mamás les disgustan tanto los besos. Mira a dónde lleva.

El capitán había construido unas pequeñas estructuras tipo tiendas, una para la Sra. Bartley y para ella respectivamente. Anna podía oír a la anciana roncando en la suya. El Sr. Johnson se había alejado a hacer Dios sabe qué. El capitán Johnson aún se negaba a hacer cualquier cosa que dirigiera a su hermano a lidiar con su malestar más constructivamente. Se encogió de hombros. Suponía que estaba fuera de sus manos. Sin embargo, mirar a alguien sufrir sin necesidad y cuando no tenía que era descorazonador.

Agarrando a Violeta y su bolso, se puso de pie, gimiendo por el dolor en sus piernas y en su espalda baja.

—¿A la cama? —La voz del capitán retumbó, grave y somnolienta.

Ella intentó ahogar un bostezo, pero fue tan fuerte que su mandíbula casi se dislocó por la fuerza.

—Si es que llego. Mis pies parecen estar protestando vehementemente.

La risa que había llegado a anticipar atravesó la oscuridad.

—Sé cómo se sienten. —Su silueta oscura se levantó también—. ¿Cómo están sus ampollas?

—No lo sé. Tengo un poco de miedo de revisarlas hoy. Ya no duele tanto como ayer, así que supongo que siguen solo que no en carne viva.

Estaba más cerca cuando habló de nuevo.

—No me molestaría mirar por usted. No quiero que se infecte. No podremos seguir su ritmo abrumador si está coja.

Ella rodó los ojos, aunque él no pudiera verla en la oscuridad.

—Qué halagador. ¿También revisará las patas de Goldy para que no cojee?

—No en la noche y no solo. —Estaba muy cerca ahora.

Era divertido cómo podía imaginar al duque diciendo algo muy directo a la mujer que seducía y sentirse horrorizada, pero cuando el mismo sentimiento venía del capitán, no la repelía en absoluto. Ni siquiera un poco. Al contrario, un comentario descarado siempre parecía llegar a sus labios y, antes de saberlo, ella y el capitán estarían platicando con gran dosis de insinuaciones metiéndose en la conversación.

—¿Todavía tiene miedo de que Goldy le muerda?

—No quiero una mordida de mula. —La forma en la que lo decía sugería que sí quería una mordida de ella, sin embargo

Se dio un momento para imaginarse mordiendo al capitán Johnson. En el hombro quizás, o una probada de uno de esos enormes brazos. Oh, Dios.

La guio alrededor del fuego con la palma abierta en su espalda y una mano gentil en el codo.

—Cuidado con las ramas ahí.

Incluso ese pequeño toque alentaba su imaginación.

—Gracias, Capitán. Por la escolta.

No la soltó cuando giró hacia él. En vez de eso, sus dedos se deslizaron de su codo, acariciando su antebrazo hasta que agarró sus manos.

—¿Puedo pedirle un favor?



—Por supuesto —contestó y su mente se aceleró con las posibilidades. Era muy probable que aceptara cualquier cosa.

—Hemos estado juntos ya bastante tiempo y nos queda un tiempo considerable en este viaje aún. —Ella asintió en la oscuridad—. ¿Consideraría llamarme por mi nombre de pila? Capitán Johnson parece demasiado formal para nuestra relación estos días.

¿Cuál era exactamente su relación? Se golpeó mentalmente. No importaba. Podía llamarlo capitán Johnson o Nathaniel o querido y no haría ninguna diferencia. Nadie en Inglaterra sabría lo que pasó entre ellos. La Sra. Bartley, por más cascarrabias que fuera, nunca la lastimaría esparciendo rumores o diciendo verdades sobre lo que estuvieran haciendo.

—¿Preferiría Nathaniel o Nate como le dice su hermano?

Sus hombros se elevaron y cayeron contra la luz de la fogata.

—Cualquiera.

—Entonces debe llamarme Anna.

—Anna. —Susurró el nombre y presionó sus labios contra los de ella.

Se olvidó de Violeta, tan fascinada estaba con el beso, pero la pequeña criatura se hizo notar con un chillido. Nathaniel se alejó, pero el mapache ya estaba ocupado investigando los botones en el chaleco que colgaba flojo de sus hombros.

Había adoptado un estilo mucho menos formal desde su viaje en el *Enterprise*. Anna estaba acostumbrada a cierto nivel de decoro en cuanto a la vestimenta y el comportamiento, nivel en el que él y su hermano no estaban participando estos días, y ella encontraba eso chispeante. No podía explicárselo a sí misma apropiadamente, pero de alguna forma se sentía traviesa, pero esa tampoco era la palabra.

Separó los dedos de Violeta de su ropa y la capturó en su mano. Abriendo la tela hacia la tienda de Anna la dejó adentro y volvió su atención a ella. Increíblemente, le pasó su bolso —el mismo bolso maldito que había estado intentando agarrar por semanas— y pasó menos de un segundo debatiendo qué hacer antes de colocarlo dentro de la tienda con el animal. Ya tendría otra oportunidad, eventualmente.

Envolvió los brazos en su cintura y la acercó.

—Me gustaría ver su pie.

—Y a mí me gustaría ver el suyo —dijo, divertida y sorprendida por lo directa que había sonado.

Él levantó una ceja y apuntó a un tocón cercano al fuego.

—Siéntese.

Lo hizo contoneándose. Él se arrodilló ante ella y llevó su pie hacia la luz. Ella miró mientras él deshacía el nudo de su bota, cada tira saliendo de su ojal parecía un presagio. Aflojó el lazo de su ligero y deslizó la media de su pierna.

Nate exhaló lentamente, calmándose. Era ridículo excitarse tanto por solo una pierna. Pero era una pierna bien formada incluso a pesar de ser tan corta. Una pierna corta perfectamente formada.

Estaba perdiendo la cabeza.

Puso el pie de Anna en su rodilla y enrolló la media en la rodilla. Sus dedos rozaron los de ella, pero ella no los retiró ni con vergüenza o timidez como había hecho en el pasado. La timidez en realidad no era un problema con el que Anna tuviera que lidiar. Pensó que en realidad se debía a su ingenuidad. No era directa, pero la dama sabía lo que quería.

Nate también sabía lo que él quería, pero la salvaje frontera oeste no era el lugar para obtenerlo. Todo sobre su situación era inapropiado, pero no se veía levantándose, diciendo buenas

noches y dejándola en su tienda como un caballero apropiado haría, como su madre lo había criado.

Deslizó la seda por la curva de su pantorrilla y sobre su tobillo hasta que estuvo libre. Su pie era tan pequeño como el resto de ella. En nombre de la medicina, centró su atención en la herida y no en la suavidad de su piel. Giró el pie de modo que su talón estuviera más hacia el fuego. Era ridículo. Apenas había luz. Apenas podía ver el rostro de Anna y estaba a menos de cinco pies del suyo. No había forma de que pudiera evaluar el estado de su ampolla. Pero no se le había ocurrido hacerlo a la luz del día, cuando Sam y la anciana estaban alrededor. Además, la Sra. Bartley lo habría empujado y se hubiera hecho cargo ella mismo.

*Esto no tienen nada que ver con curarle sino con poner tus manos en su pie desnudo.*

—¿Qué ve? —le preguntó, su voz apenas un susurro.

—Nada. Está demasiado oscuro. —No soltó su pie, sin embargo. De hecho, una mano se encontró envolviendo su tobillo hasta cubrirlo por completo.

—Oh. Supongo que deberemos esperar hasta la mañana.

—Ajá. —Pasó un pulgar por el arco de su pie, aplicando una leve presión. Sus dedos se flexionaron y puede que haya hecho un pequeño sonido de placer. Lo hizo de nuevo y ella definitivamente gimió. Moviendo sus pulgares de forma circular, masajeó y acarició el arco, los dedos y el tobillo. Ella hizo pequeños sonidos de aprobación y la sintió relajarse.

—Con el otro —dijo, y le ofreció su otro pie embotado. Repitieron el proceso de quitar la bota y la media—. Oh, por Dios. Se siente exquisito.

Eventualmente, colocó ambos pies en el piso a ambos lados de sus rodillas. Ella levantó la cabeza que estaba tirada hacia atrás y el fuego reflejó su sonrisa.

—Gracias. No tenía idea de que mis pies estuvieran tan adoloridos. No es cierto. Lo sabía, pero cuando los masajeaba no se sentía ni de cerca tan bien a cuando usted lo hizo. Tiene dedos mágicos.

Él rio. Siempre estaba diciendo cosas con doble sentido, y sospechaba que no tenía idea.

—Eso he oído. —Sus manos todavía descansaban en sus tobillos, para poder trazar suavemente florituras alrededor de los delicados huesos.

—Siento que debería devolvérselo de alguna manera. Seguramente sus pies y piernas están tan cansados como los míos.

Él se encogió de hombros y amasó los músculos de su pantorrilla, las manos desapareciendo bajo su falda. Se sentía como si estuviera en la escuela, probándose con la hija del molinero antes de que robaran la virginidad del otro detrás del almacén. Su dedo índice acarició la dulce y suave piel detrás de sus rodillas y ella respiró abruptamente. Tampoco se alejó o empujó sus manos.

Ella se inclinó hacia delante, tiró de él por los hombros hasta que estuvo de rodillas frente a ella, acunado entre sus piernas. Su sonrisa había desaparecido, reemplazada por una expresión tanto de dulzura como de intensidad que parecía prometedora. Deslizándose hacia delante, se apegó a su pecho. Una mano pasó por su cabello y la otra envolvió su mejilla. Su mirada capturó todo su rostro y se quedó sobre su boca, y entonces se levantó lentamente para encontrar sus labios. Él se quedó perfectamente quieto, queriendo que ella hiciera el siguiente movimiento, para estar completamente seguro de que ella quería eso.

## Capítulo Veintiuno

Anna agachó la cabeza y tocó con sus labios los de Nathaniel. Se movía lentamente y Nate tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para quedarse quieto y dejarla marcar el ritmo. Esta vez era diferente de las otras en las que la había besado. No había nadie alrededor. Estaba oscuro y de alguna manera más íntimo.

Nunca la había desvestido.

O tenido sus manos en tanta piel cremosa.

Tampoco había conocido a una mujer que ocupara su mente tanto como Anna lo hacía. O sus fantasías.

Abrió los labios para alentarla y ella respondió rápidamente. Con una floritura tentativa de la lengua, envió olas de placer directo a su pene. Él sostuvo la parte trasera de sus rodillas y se quedó quieto.

Otra caricia de su lengua la hizo más valiente. Ella ladeó la cabeza como él le había hecho y tocó el interior de su boca. Dedujo que había recibido suficiente aliento y la besó de vuelta. Sus dedos se metieron entre su cabello y ella gimió, un sonido profundo en su garganta. Jadeando, rompió el beso. Nate llevó los labios hasta su mandíbula. Le besó la suave piel bajo su oreja y su garganta. Jadeó de nuevo cuando él mordisqueó su cuello y se encontró con su hombro.

—Nathaniel —dijo, con voz temblorosa.

—¿Hmm? —preguntó él, su boca estaba ocupada en la hendidura de su garganta. Él apretó sus rodillas y separó sus piernas un poco más; se acomodó en ese espacio inmediatamente.

—Nathaniel.

Él seguía su clavícula hacia el valle de sus senos, pero se detuvo lo suficiente para hablar.

—¿Sí?

—Nada. —Ella besó su frente y luego su mejilla.

Él se alejó lo suficiente para mirarla a los ojos.

—Dijiste mi nombre.

Una sonrisa jugó en sus labios, labios hinchados por sus besos.

—¿Lo hice? —Besó la otra mejilla.

¿Quería que se detuviera? Si lo quería, daba señales muy confusas.

—Sí, dos veces. ¿Querías decir algo?

Esta vez tocó su mandíbula con los labios y luego su nariz.

—No. Solo me gusta decirlo.

Él tomó su boca de nuevo, esta vez él estaba a cargo y su lengua se deslizó dentro para acariciar el interior de su boca. Unos dedos delicados hicieron camino por la clavícula y descansaron donde su cuello encontraba los hombros. Soltó una rodilla y llevó esa mano a su nuca y sostuvo fija su cabeza en el lugar. La otra mano, la que estaba bajo su falda, dio vuelta a su rodilla y trazó el borde dando lentos círculos con su pulgar. El muslo desnudo rozaba su cadera, sus dedos descansaban contra la pierna. Agarrando su pantorrilla, alzó su pierna y la acomodó detrás suyo. Ella entendió y entrelazó los tobillos contra su trasero. Qué dios bendijera a las que aprenden rápido.

Ella gimió de nuevo, su nombre era un susurro en sus labios.

Oh, él la deseaba. Tanto que su cerebro no estaba funcionando apropiadamente. Si le quedara algo de sentido común, sabría que el bosque y una tienda de campaña no eran el lugar ideal para

poseerla. Esta dama merecía lujo y suavidad, pero sus tobillos apretaban y sus senos presionaban contra su camisa delgada.

Tiró de su corpiño, mientras seguía besando y lamiendo su piel. Tomó sus pechos con ambos manos. Tenían demasiada ropa encima, podía sentir el calor emanando entre sus muslos. Su pene, apretado contra la tela de sus pantalones, demandaba atención. Necesitaba más. Sus gimoteos y gemidos solo lo instaban más.

—¡Ey! —El ruido que hacía Sam atravesando el bosque los separó. Nate se paró rápidamente y se alejó de ella. Anna bajó su falda y agarró sus zapatos.

—¡Ey! —gritó Sam de nuevo—. ¿Estás ahí?

Nate acomodó sus pantalones, un gesto vano, y giró hacia Anna. Si hubiera suficiente luz, Nate estaba seguro de que la vería hermosamente sonrojada.

—Lo siento —susurró.

Ella sacudió la cabeza rápidamente y le quitó importancia.

—¿Estás bien? —Extendió una mano, pero ella giró y huyó bajo la lona de su tienda.

—Ahí estás. —Las palabras de Sam eran arrastradas y casi cayó al fuego cuando tropezó con el campamento—. Pensé que me había perdido. Por suerte vi la luz.

Nate apretó los dientes.

—Suerte.

Si golpeaba a Sam en la boca, las probabilidades decían que se desmayaría y mañana no recordaría nada de lo que pasó y quizás podría encontrar a Anna aún receptiva.

—Bebe conmigo, hermano. —Sam puso un brazo alrededor de los hombros de Nate—. Solo dos americanos, los ingleses ya se fueron.

Una larga mirada a la tienda de Anna y Nate le quitó la botella a Sam.

O quizás el whisky le ayudaría a él a no recordar nada mañana.

Anna no durmió bien. El Sr. Johnson y Nate se habían pasado casi toda la noche bebiendo y hablando. No hablaban fuerte, pero no estaba en condición de dormir de todas formas. Incluso después de que se quitara el vestido y se refugiara en una sábana con lo que quedaba de su atuendo, no podía calmar su sangre. Corría bajo su piel, haciendo que los lugares que Nathaniel había tocado cosquillearan recordando.

Creía que esto era a lo que Christian y sus amigos se habían referido cuando habían llamado a una chica del pueblo una provocadora. Era horriblemente frustrante, y le gustaría hacer notar que ella no era la provocadora en cuestión.

Le dio a Violeta un pequeño saco con nueces y piedritas brillantes para ocuparla y eventualmente el sueño le llegó. Anna estuvo despierta de nuevo al amanecer. Claro, el pequeño mapache era nocturno y quería dormir ahora.

Nathaniel y el Sr. Johnson estaban aún dormidos en el pasto cerca de donde había estado el fuego y la Sra. Bartley aún no estaba despierta. Anna hizo lo que Nathaniel había comenzado ostensiblemente la noche anterior y revisó su pie a la luz. La ampolla no se veía peor que el día anterior. Sin embargo, igual rompió un pedazo de algodón de una ropa vieja y lo envolvió en su piel para evitar que la bota lo raspase. Luego colgó su bolso con sus materiales de dibujo alrededor del cuerpo y se fue hacia el bosque para ver si podía encontrar algunos arándanos para el desayuno. Cualquier cosa que no fuera carne seca.

La naturaleza en Missouri no era tan diferente de la de Inglaterra. Después de todo, eran árboles, helechos y pasto en su mayoría. Muy cerca de donde habían acampado encontró algunos dientes de león que recogió para el té y porque las hojas eran buenas para masticar. En una pequeña zanja, encontró un montón de arbustos de moras. Sabía que las moras eran seguras, sin

importar las advertencias de Nathaniel. Acomodó el resto del algodón viejo en un fardo y lo llenó de moras suculentas. Sintióse bastante orgullosa, volvió al campamento.

Sus pisadas se enlentecieron considerablemente cuando se acercó al río. El Sr. Johnson y la Sra. Bartley ya se estaban gritando. Si tuviera que hacer de nuevo todo el viaje, probablemente dejaría a la anciana en Nueva Orleans, al diablo con su reputación. Anna se dio cuenta de que su notoriedad sería lo que ella hiciera con ella. Claro, sus mejores amigos y la viuda duquesa de Morewether estaban bastante alto en la sociedad: había una condesa, una duquesa y una marquesa entre ellas. Incluso si ella no poseía ningún título y no lo hiciera, harían hasta lo imposible por ayudarla cuando volviera. Aun así, la sociedad era cambiante y uno nunca sabía hacia dónde soplaría el viento. Podría ser bastante difícil al principio y Anna estaba preparada para eso. El viaje de ida y vuelta no era circunspeto en lo que a la sociedad londinense concernía, y a ellos les concernía todo. Los rumores dirían que fue una decisión apresurada y que no tenía un chaperón apropiado. Aunque, en verdad, no había nada de qué quejarse de la Sra. Bartley, simplemente que la mujer era desconocida a la sociedad.

“¿Quién es esta mujer?”, dirían las matronas. “¿Qué sabemos de ella? ¿Qué clase de persona es?” Todo eso con un vaso de ratafia en una mano y la otra sobrevolando un vientre abultado.

Se le había ocurrido a Anna volver a Londres y contar la historia que quisiera. Eliminando cualquier contradicción de la Sra. Bartley, su cuento se creería sin dudas. Eso era lo que su irreprochable comportamiento anterior la urgía a hacer. No era que estuviera jugando a diestra y siniestra con su reputación, claro que no. Es solo que, si estaba arriesgando todo, bien podría tener algo que mostrar.

Todo ese ímpetu por permitir a Nathaniel Johnson poner la mano bajo su falda. Y francamente, en cualquier otro lugar que él quisiera. Además, no había mejor candidato en esta tierra, de eso estaba segura. Nunca antes se le habían enroscado los dedos cuando un hombre la besaba. Esa ansia, ese desesperado deseo por algo que no podía ser nombrado nunca había sido un factor en la seducción de ningún pretendiente tampoco. Los besos castos habían sido lindos, pero nunca la habían dejado en cama, desesperadamente sola y frustrada por liberación. No podía tener suficiente de Nathaniel y creía que él se sentía de la misma forma.

Al menos sobre ella físicamente.

No tenía idea de cómo se sentía respecto a su personalidad. Hacía muchas preguntas y pasaba mucho tiempo con ella, pero también se veía distraído y frustrado. Oh, cómo lamentaba no tener amigas con quienes rumiar todas las conversaciones y su subtexto potencial. Ella, por otra parte, se había formado opiniones definidas de su capitán. Era valiente, leal y fuerte. Era inteligente, con un admirable sentido del humor, una vez que dejaba de gruñirle y lo usaba. Amaba a su familia, estaba dispuesto a hacer enormes sacrificios por ellos, y también dispuesto a ayudar a una extranjera. No había otra razón convincente en la que pudiera pensar por su continuo apoyo y asistencia. El dinero del duque solo le había asegurado un pasaje seguro hasta América. No se extendía al resto del viaje.

Parándose a dos o tres árboles dentro del claro, Anna escuchó el debate sobre cuál era la mejor forma de hacer café y si el té era o no realmente mejor para la constitución humana en la mañana. Nathaniel apareció a varios metros. Se inclinó sobre su tienda; ella no lo había visto al acercarse ni él la había visto ahora. Sacó su cama y la lanzó sobre el bolso grueso que ya había apartado. Quizás estaba “levantando el campamento” como la Sra. Bartley lo decía, pero no lo estaba haciendo con ninguna eficiencia. Mientras se acercaba lentamente, lo oyó maldecir y soltar el resto de sus cosas en la grama.

—¿Nathaniel? —Ahora solo estaban a un par de metros.

Giró bruscamente y le lanzó una sonrisa.

—Ahí está.

Ella miró todas sus pertenencias, pocas, esparcidas por doquier.

—¿No podía encontrarme en mi tienda?

Tenía la mirada de un niño que se lo ha pillado robando dulces. Su mirada la abarcó, se detuvo cuando vio el bolso en sus hombros, y luego bajó al fardo en sus manos.

—¿Dónde ha estado? Sabe que no me gusta que ande por ahí. Se va a perder.

—Nunca me pierdo. —Quizás estaba demasiado fresca por las actividades amorosas de la noche anterior, aunque interrumpidas, pero no quería pelear con él y agarró la oportunidad de cambiar de conversación—. Moras. —Abrió la tela y le mostró su premio—. Y algunos dientes de león.

Él miró la fruta.

—¿Está segura de que son comestibles?

Ella rio.

—Tendrá que confiar en mí.

Él sonrió y le dio un breve beso en los labios.

—Rápido. Llévelas a ese par de gemelos peleadores. Quizás el prospecto de moras les hará hacer una tregua.

Las moras fueron un éxito milagroso. Si Anna hubiera sabido que las moras iban a llevar la paz, habría llevado todo el arbusto. La tregua fue corta, sin embargo. Para cuando se detuvieron al mediodía, las cosas habían vuelto a la normalidad. Goldy caminaba detrás de la Sra. Bartley, quien dirigía el show, seguida de Anna con un mapache durmiendo en el cabello, Nathaniel, quien se veía increíblemente imponente y viril con una barba de tres días, y el amargado Sr. Johnson a lo último.

A varias horas de su marcha se encontraron con un viejo cazador con mucho interés en Violeta. El hombre se hacía llamar a sí mismo Oso y había estado yendo hacia el río con una colección de pieles colgando de una mula fornida. Les había mostrado orgullosamente un castor, un zorro, un visón y varias pieles de mapache. Anna protegió los ojos de Violeta del horror. Incluso tan detestable como era, tomó la oportunidad de preguntarle sobre su padre.

—Todos esos bastardos casacas roja están muertos —le dijo Oso y escupió un jugo marrón al suelo. Hablaba lentamente con un acento que no sonaba como ninguno que hubiera escuchado en América—. Los que no salieron corriendo, los indios les arrancaron la cabellera.

—¿Qué significa eso? —preguntó, y por la forma en que Nathaniel gimió sospechó que en verdad no quería saber. Una vez que Oso lo describió con detalles innecesarios, supo que en verdad no necesitaba saber—. Los superiores de mi padre estaban en la Prairie du Chien, en el Fuerte McKay, antes del Tratado de Gante y dijeron que a mi padre lo habían designado a Missouri como emisario con las tribus de allí.

—Buena suerte, señorita. —Oso rio y escupió de nuevo—. Los indios no estaban muy felices cuando los casacas rojas se retiraron. —Tiró del ronzal de su mula y el animal protestó descontento—Tenga cuidado, ¿eh? Una chica con tan lindo cabello... —Otra risotada que espantó a los pájaros—, al Halcón Negro le encanta el cabello amarillo.

—¿Quizás esa es nuestra respuesta? —le dijo la Sra. Bartley.

Anna miró al cazador.

—No. Hemos llegado tan lejos. Seguiremos preguntando a todos los que encontremos. Seguramente alguien habrá escuchado el nombre del general Sinclair y tendrá idea de dónde está.

Anna agarró el arnés de Goldy y la urgió a seguir avanzando. Ahora no era momento de retardarse. Quizás estaban a pocos días de alcanzarlo. Tragó con dificultad y se negó a desesperar.

Los otros pasaron, la discusión era ahora sobre como su pequeño ejército debería responder si eran atacados por indios durante el viaje.

*Bueno, muy probablemente moriremos todos.* Anna no lo veía desde un punto de vista fatalista. Al contrario, solo era realista.

Unos dedos fuertes se deslizaron contra su palma y la detuvieron. La mirada de preocupación de Nathaniel la molestó.

—¿Está segura de que esto es lo que quiere hacer?

—¿Encontrar a mi padre? Claro que sí.

Ella giró para seguir, pero él la detuvo.

—Esta tierra no es segura. Me preocupa no solo usted, sino el resto de nosotros. Los nativos están enojados e irritados por esta guerra y por ser traicionados. Si saben que es inglesa... bueno, que Dios nos ayude.

Ella arrancó su mano.

—Si tiene miedo, usted y el Sr. Johnson pueden volver en cualquier momento. Y llévese a la Sra. Bartley. Nadie necesita morir conmigo, pero yo no tengo opción. Tengo que encontrarlo. — Parándose tan alto como podía, agarró el bolso contra su cintura y cruzó los brazos—. Agradezco su ayuda y su compañía.

El entrecerró los ojos y apuntó al río.

—Entonces guíenos, señorita Anna Sinclair. Guíenos.

## Capítulo Veintidós

Nate caminó detrás de Anna la mayor parte del día. No entendía a la mujer. Incluso mientras la conocía mejor, no había echado ninguna luz sobre ese padre que seguía insistiendo en buscar. La historia parecía más y más impráctica. Si él tuviera una hermana, nunca la habría dejado venir a este ridículo viaje sola. Ciertamente, por lo que entendía, el duque no era su hermano de sangre, pero obviamente tenían una conexión permanente. ¿Pero y si eso era una mentira también? Era enteramente posible que nada de lo que le había dicho desde que se conocieron fuera verdad.

Ya había descubierto que no le daba suficiente crédito. Había caminado cuatro días sin quejarse. Hasta ahora tenía razón al decir que nunca se perdía. Y había encontrado comida que él no tenía la habilidad para encontrar. Había sido criado en el mar y en la ciudad. No había muchas oportunidades para aprender a buscar alimento en esas circunstancias. No hubiera creído que una dama sofisticada de Londres tendría esas habilidades.

Se detuvo. Solo era una dama sofisticada si creía esa historia de cubierta.

La miró con sospecha renovada. Creyendo firmemente que el bolso era la clave para desvelar todos sus secretos, se juró una vez más separarla de él. Desafortunadamente no hubo oportunidad esa noche puesto que se quedó distanciamiento callada el resto del día. Cuando el anochecer llegó y armaron el campamento, llevó a su pequeño mapache y su precioso bolso y se metió en su tienda inmediatamente después de su comida de pescado y molinillos.

La siguiente mañana la volvió a su humor de siempre, y Nate se encontró absurdamente aliviado.

—Buenos días a todos —declaró con una sonrisa radiante, un pañuelo lleno de moras y varias frutas amarillas del tamaño de manzanas pequeñas—. Estuve andando en las praderas esta mañana. Hay una muy hermosa más allá del linde de los árboles.

Nate miró la fruta que le lanzó. En verdad se veía como una manzana. Le dio una mordida experimental. Sabía a manzana. La comió mientras armaba el fuego para el café. Anna se sentó en la hierba cercana y asentó el bolso en sus piernas. Violeta trepó y se acurrucó en su regazo.

—Buenos días a usted. —Le devolvió la sonrisa—. Y buenos días a usted, señorita Violeta —La pequeña mapache tenía una mora en sus pequeñas manos y la mordisqueó mientras lo miraba especulativamente.

—¿Cómo durmió? —preguntó Anna y le pasó otra mora a Violeta.

Él hizo un sonido evasivo.

—¿Usted?

—Como muerta. —Elevó sus ojos azules hacia él—. Debo haber estado excepcionalmente cansada ayer. Me siento terrible. No ayudé a limpiar ni nada.

Él se encogió de hombros y hurgó los comienzos de una llama con una larga vara.

—Hemos estado caminando sin descanso, algo a lo que ninguno está acostumbrado.

Sus hombros se aflojaron.

—Lamento eso, pero el tiempo es esencial. Nunca creí que encontrar a mi padre fuera fácil, pero cada persona a la que pregunto me hace creer que mi tarea es casi imposible. Terriblemente deprimente. Temo que solo me libraré de este deber obsesivo si descubro cuál fue su destino. —Se inclinó hacia delante y tocó su brazo. Era como un imán, atrayéndola. Él asentó su vara y le prestó toda su atención—. Todavía puede irse en cualquier momento. Agradezco tanto su ayuda



que temo nunca ser capaz de darle las gracias apropiadamente. A pesar de sus dudas, soy consciente de los peligros. No soy una casquivana, sin importar cómo me vea.

¿Estaba intentando deshacerse de él?

—No pretendo dejarla aquí sola.

Las líneas de preocupación de su frente desaparecieron.

—Gracias. Pero quiero asegurarme de que no está aquí por un extremo sentido de deber.

Él bufó.

—Claro que estoy aquí por deber. —No necesitaba especificar qué deber exactamente, por ella o su país. No importaba. Era deber sin importar cómo lo definiera.

Ella suspiró y no pareció saber qué responder. Él le tuvo pena y cambió de tema.

—Si lo que sabemos es cierto, el hombre de Nueva Madrid dijo que deberíamos llegar a Cape Girardeau hoy.

—¿De veras? ¿Es un pueblo de buen tamaño? ¿Cree que habrá una posada o una pensión?

Se veía tan esperanzada, era adorable. Mentiría si no esperara que hubiera una verdadera cama esperándolo en Cape Girardeau. Creía ser un hombre del mundo, uno que había estado en aventuras, que sabía cómo lidiar con cualquier situación. Resultó que solo era un poco menos consentido que un perro pura raza. Podría pasar la mayor parte del tiempo en el mar, pero tenía un grueso colchón en su camarote y un excelente cocinero a bordo. No hacía el trabajo pesado. Para eso pagaba a los marineros.

Si una cama era el cielo, entonces un baño era como la Navidad. No era un hombre fastidioso, pero le gustaba estar limpio. Pronto sus pantalones podrían irse solos hasta St. Louis junto a él en el sendero, así de sucios estaban.

Odiaba imaginar el retrato que pintaba esos días. No había notado que Anna lo dibujara, así que quizás ese era un indicio. Extrañamente, pensaba que ella se veía más bonita que nunca con el cabello salvaje y sucio, el vestido roto y los dedos manchados de moras. Se veía más viva ahora que cuando parecía salida de una revista londinense. Esta mujer era una fuerza que se debía reconocer, no una niña bonita a ser opacada.

—Ciertamente lo espero. Creo que esta ciudad es un poco más grande que Nueva Madrid, así que hay una buena oportunidad de que haya algún tipo de hotelería.

Cerró los ojos y sonrió por solo un momento antes de que sus párpados se abrieran.

—Entonces sigamos nuestro camino, ¿no? —anunció.

Metió a Violeta en su bolsillo con lo que quedaba de moras y apretó las manos.

—Vamos, vamos, vamos. Levantemos el campamento y vamos.

Sam caminó hacia el borde del agua y le lanzó una mirada fiera.

—Oh, mierda, usted no también.

Anna los sorprendió a todos colocando ambas manos en los hombros de Sam, se puso de puntillas y le besó la mejilla.

—Puede hablar todo lo agresivamente que quiera, pero si nos apuramos habrá una cama en su futuro esta noche.

La primera pensión que encontraron en Cape Girardeau era propiedad de una gigante mujer que pidió a su grupo que la llamaran Sally. Su trenza se extendía por la espalda, pasando su cintura, casi hasta sus rodillas con al menos diez centímetros de diámetro. Anna pensó que, si la obligaran a llevar el peso de tanto cabello, su cuello se rompería. Tenía muchas habitaciones que alquilar y los llevó por las escaleras al otro lado del recibidor.

—Se pueden bañar en la cocina. No llevo baldes por la escalera. Hace que mis rodillas duelan. Ahora, no se alteren. Es bastante privado. No la necesito para hacer la cena hasta en una

hora más o menos. Pondré el agua y el primero puede bajar dentro de veinte minutos.

Sam declaró que se bañaría luego y salió para conocer la zona. Anna sospechaba que también encontraría la taberna más cercana. La Sra. Bartley temía lo mismo y anunció que iría con él.

—Para que no se meta en problemas. He notado que se pone muy beligerante cuando está borracho. Sé que no lo hace por maldad, pero estos extranjeros no —le dijo la Sra. Bartley una vez que cerraron las puertas detrás de ellas. Anna le sonrió a la anciana, entretenida porque finalmente hubiera desarrollado un instinto protector hacia el pobre y roto sr. Johnson.

La habitación era pequeña, pero a Anna no le importaba. Ensayó la cama con las dos manos, empujándolo una y otra vez. Se veía fornida. Se sentó y rebotó un poco. Había un poco de chirrido, pero no demasiado. Se reclinó contra la almohada y juntó las manos sobre su abdomen.

Ah, sí. Eso sería lindo

La Sra. Bartley seguía hablando.

—El pobre estúpido podría hacerse matar y tendría eso en mi conciencia. No se ve tan bien estos días.

Rebuscando en sus cosas, se acordó de Violeta. Habían metido al animal a escondidas, ya que no querían que les negaran la cama por la pequeña bestia, y Anna no iba a dejarla atrás. La cabeza del mapache salió bajo la tela e hizo un sonido que Anna interpretó como molesto y curioso. Pronto, el animal estuvo corriendo por la habitación, investigando y tocando todo con sus dedos curiosos.

Se acordó que ella tomaría el primer baño y fue glorioso. No se quedó mojada tanto como hubiera querido. En casa habría tenido criadas que llenarían la tina más de una vez para mantener el agua caliente. No esta vez. Se bañó rápidamente y lavó su cabello para que la siguiente persona pudiera ocuparse de sus propias necesidades. Pasó a Nathaniel en el pasillo. Su cabello todavía estaba húmedo y chorreando.

Pasó la mano por su cintura y tiró de ella para un rápido abrazo. En vez de besarla, hundió la cabeza y metió la nariz en su cuello. Inhaló profundo.

—Hmm. Huele mejor que una pradera en primavera.

Ella rio. No importaba cuantas veces se portara así con ella, siempre terminaba actuando como una niña.

—¿Cenará conmigo esta noche? —le preguntó cuando se alejó a una distancia más discreta.

—Claro. ¿Cree que Sam volverá para esa hora?

Nate se encogió de hombros.

—Lo dudo.

—Bueno, parece que a la Sra. Bartley se le ha metido en la cabeza ser su chaperona. Está determinada a seguirlo y mantenerlo fuera de problemas.

Él rio, excitándola donde sea que su risa tocaba.

—Es una tarea hercúlea, se lo digo. Que Dios la acompañe.

Sí pasó que cenaron solos una vez más, esta vez pollo frito con papas y zanahorias. Era más temprano de lo que ambos esperaban cuando la Sra. Bartley apareció en casa con un borracho Sr. Johnson por detrás. Anna y Nathaniel habían estado sentados en el porche discutiendo sobre los alimentos que Nathaniel había comprado y Anna contaba cómo le había mostrado los dibujos de las frutas cuestionables a Sally.

El capitán rompió su charla escoltando a su hermano a la cama.

La Sra. Bartley se sentó junto a Anna y miró pasar el tráfico nocturno.

—Me parece que le gusta el joven.

Anna mantuvo su tono neutral.

—¿Se refiere al Sr Johnson o al capitán Johnson?

La señora bufó.

—El capitán Johnson, claro. No soy tonta. Sé lo que es.

Ella enlenteció el ritmo del papel que usaba para abanicarse.

—No puedo imaginar a qué se refiere. Disfruto la compañía de ambos hermanos. Parecen ser buenos hombres. Hemos sido afortunadas de contar con su ayuda en este viaje.

—Sí, bien —la Sra. Bartley le lanzó una mirada sabionda—. Algunos parecen ser mejores que otros, al menos en su opinión.

—Eso no es justo.

—No la veo acurrucándose con el Sr. Johnson a cada oportunidad.

Anna jadeó y abrió la boca.

—No...

—Oh, silencio. —La Sra. Bartley sacudió la mano en su dirección—. No estoy insinuando nada.

—Pareciera que sí. —Anna intentó sonar molesta, pero estaba teniendo dificultades poniéndole sentimiento ya que consideraba que había hecho más que eso—. ¿Qué está haciendo arrastrando al Sr. Johnson de los bares? Apenas parece apropiado.

—No necesito ser apropiada. Soy anciana. Ese chico no necesita pasar más tiempo cavando su propia tumba.

—¿Cuándo cambió su opinión sobre él? En el barco dijo que era un desperdicio.

—El chico tiene demonios. —Asintió conoconcedora—. Lo he visto antes con soldados a la orden del capitán Bartley. Supongo que me da pena, pero eso no significa que lo que necesita son mimos. —Enfatizó lo último dando un golpe al brazo de la silla—. ¿Cuál es su excusa?

—¿Para qué?

La Sra. Bartley elevó una ceja y alejó la mirada con una sonrisa.

—Es una mujer mayor. Sabe lo que quiere. Deduzco que alguien con suficientes agallas para emprender esta asignación y llevarla a cabo como usted tiene suficiente inteligencia para adivinar todos los posibles resultados de un asunto como en el que están metidos usted y el capitán Johnson. Había suficiente riesgo viniendo aquí. Mi rol es ayudarla con tanta respetabilidad como sea posible. Mi único consejo es que se proteja usted misma, querida. Los asuntos del corazón pueden ser mucho más engañosas que navegar entre cualquier información que dé la Oficina de Guerra.

Ese era el discurso más profundo que había oído de la Sra. Bartley en mucho tiempo, quizás en toda la vida. No sabía cómo replicar, o si una réplica era siquiera necesaria.

—Oh —fue la cosa más astuta que apareció en su cabeza.

Se sentaron por un momento, balanceándose lentamente en el porche. Insectos que alumbraban pasaban en una nube brillante. Un golpe vino de dentro de la casa seguido de una risa estridente calle abajo.

Anna se aclaró la garganta.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro, querida.

Se quedó callada un momento antes de seguir. No tenía a nadie más a quien preguntar. Su duda se estiró hasta que finalmente tuvo el valor.

—¿Cuándo besó al capitán Bartley, sintió chispas... o algo?

Cubriendo los centímetros que separaban sus sillas, la Sra. Bartley agarró su mano y sonrió profundamente.

—Cuando besé a Gordon hubo cohetes y cañones. Era impresionante cuando lo conocí. Él y todos los otros jóvenes soldados vestían sus uniformes para el baile del condado. Era tan guapo e imponente. —La anciana cerró los ojos—. Me besó esa noche y el mundo podría haberse muerto justo allí. Supe exactamente que era el hombre para mí.

—Ya veo. —Anna podía ver. Los besos como con los que describía la Sra. Bartley cambiaban vidas; solo que no podía imaginar cómo podía cambiar la suya. Cuando la sociedad describía a los amantes de mundos diferentes, hablaban respecto a los círculos sociales no continentes actuales—. ¿Cuál cree que será el resultado cuando vuelva a casa, asumiendo que sobreviva a esta aventura?

—No soy tan mojigata como supone, créalo o no. ¿Qué quiere que pase? —Cuando Anna no contestó, la Sra. Bartley le tocó la mano—. Con sus poderosos amigos, hay posibilidad de que cuando vuelva a casa pueda volver a su vieja vida.

—Eso suena terrible.

—Entonces decida lo que quiere que pase.

Quería encontrar a su padre y tener un lugar en su vida.

Y quería a Nathaniel Johnson.

Nate se quedó en la oscuridad del pasillo y escuchó hablar a las damas. Cuando la Sra. Bartley describió la razón por la que estaban en América como una asignación, entrecerró los ojos. Cuando se refirió a la Oficina de Guerra y sus noticias, su estómago se hundió. Suponía que era bueno tener una respuesta, pero no era la que quería oír.

Había querido que Anna Sinclair fuera una dama valiente y testaruda de Londres, no una espía que lo engañaba como a un tonto enamorado.

No que lo estuviera. Era absurdo, pero sí se encontraba preocupado por ella más de lo que quisiera admitir. Aun así, la lujuria no era amor. Giró sobre sus talones y dejó a las mujeres en el porche cuando la charla pasó al matrimonio de la Sra. Bartley.

Una cosa era segura. No necesitaba preocuparse sobre como sus citas estaban afectando el corazón de Anna. Por lo que podía asumir sobre los espías, ellos no tenían uno.

## Capítulo Veintitrés

Anna no supo qué la despertó de su sueño profundo. Muy probablemente fue cuando chocó contra el suelo. Se estiró hacia la cama, pero ya no estaba allí. Estaba oscuro y todo era confuso y la Sra. Bartley estaba gritando. De hecho, mucha gente estaba gritando. Solo duró un momento y entonces el silencio ahogó todo. El silencio era más extraño que el ruido. Apenas unos segundos después unos puños golpearon la puerta.

—Anna —gritó Nathaniel desde el pasillo. Golpeó de nuevo y forcejeó con la perilla.

—Estoy aquí —respondió. Se frotó la parte trasera de la cabeza, donde se estaba formando un chichón.

—¿Está bien? Abre la puerta. —Volvió a forcejear con la perilla.

Ella se arrastró en dirección a su voz, pero su mano dio con algo filo. Siseó y retiró la mano, pero fue muy tarde. Un líquido tibio corría por su brazo.

—¿Sra. Bartley?

—Estoy aquí. —La voz amortiguada de la otra mujer venía desde el otro lado de la habitación—. Creo que estoy bien, aunque un poco aplastada.

—Anna, abre la puerta. —El forcejeo de Nathaniel era más frenético.

—Ya voy. —Se deslizó por el suelo, temerosa de cortarse de nuevo la mano. La llave no estaba en el cerrojo donde la habían dejado, así que tuvo que tantear por el suelo entre las esquirlas de vidrio buscando la pieza de metal. Un rayo de luz brilló por la grieta de la puerta y el suelo, iluminando la llave. Una vez que la puerta se abrió, Nathaniel entró bruscamente al cuarto y la alzó del suelo. El Sr. Johnson estaba detrás de él con varias velas prendidas. Estaba desnudo de la cintura para arriba. Por primera vez podía ver su cuerpo y, con un demonio, estaba demasiado oscuro para poder apreciarlo bien.

—Tenga cuidado —dijo rápidamente, pero el hombre se metió a la habitación sin zapatos, ignorando el vidrio esparcido por el suelo—. Hay vidrio por todas partes. —La sostuvo en sus brazos y ahí fue cuando se dio cuenta de la sangre. Maldijo y la colocó encima del armario con cajones. Luego envolvió el primer pedazo de tela que encontró alrededor de su muñeca. Se paró a un brazo de distancia y la evaluó—: ¿Está herida en algún otro lugar?

—No. —Se frotó de nuevo la cabeza—. Solo un chichón atrás. —Metió los dedos entre su cabello mientras estudiaba preocupado su rostro—. ¿Qué pasó? —preguntó ella.

—Creo que fue un terremoto —dijo Sam.

—¿Un qué? —La voz de la Sra. Bartley salió de la oscuridad. Los tres giraron las cabezas espionando en las sombras para encontrarla.

—¿Dónde está? —preguntó el Sr. Johnson.

—No lo sé.

—¿Detrás de la cama? —sugirió Anna.

Así era, cuando Nathaniel y su hermano empujaron la cama de la pared, descubrieron a la Sra. Bartley. Estaba medio sentada, medio echada en un montón caído. Una vez la pararon y la sacudieron, no se veía herida.

Sally apareció de las escaleras como un toro, jadeando y sin aliento.

—¿Todos aquí están bien?

—Eso creo —replicó Anna—, ¿y us...?

—No —interrumpió Nathaniel—. Creo que la señorita Sinclair necesita unas puntadas en su mano.

—¡Margaret! —gritó Sally, llamando a su hermana—. Necesitamos una escoba aquí. Y trae el estuche de costura.

—Oh, no. Estoy bien. —Anna retiró su mano y sacudió la cabeza—. No necesito puntos.

Nathaniel la tenía bien agarrada y no la dejó alejarse.

—Sí, lo hace. Mire. Ya está atravesando el pañuelo.

Anna giró la cabeza mientras el Sr. Johnson, la Sra. Bartley, Nathaniel y Sally, todos discutían sobre su mano. Cuando Margaret apareció con los elementos requeridos, se unió. Era unánime. Necesitaba puntos.

Anna no recordó nada luego de que la Sra. Bartley echara whisky sobre la cortada. Cuando despertó con su cabeza en el regazo de Nathaniel, su mano ya había sido curada y estaba envuelta en una tela limpia.

—Hola —dijo él con una sonrisa torcida.

—¿Dónde estoy? —Intentó sentarse, pero él la empujó suavemente.

—Descanse un poco. Sally sacó la aguja y se desmayó. Casi se cae del armario directo al suelo. ¿Quién lo habría creído? —Rio suavemente y apartó el cabello de su frente.

—Nunca me había pasado, aunque tampoco había necesitado puntadas antes. —Miró hasta donde le permitía la luz de la vela—. ¿Estamos abajo?

—En la recepción.

—¿Cómo llegué aquí?

—Voló. —Cuando sus ojos se dirigieron a su rostro, rio de nuevo—. La traje. ¿Qué cree?

—Oh. —El silencio reinó por un largo instante—. ¿Dijo que eso fue un terremoto?

—Eso dice Sally. Créalo o no, ella insiste en que fue uno pequeño y que solo duró unos segundos.

—Se sintió eterno.

Él asintió.

—Creo que debemos irnos de Cape Girardeau inmediatamente. No me gustan los lugares que se mueven mientras duermo.

—Estoy de acuerdo.

Se sentó y acomodó su cabello. Solo entonces se dio cuenta de que estaba con ropa de noche y sin bata. Envolvió los brazos alrededor de su pecho y se levantó.

—Bueno esto es incómodo.

—Me asustó. —Su cabello estaba despeinado, del sueño y de pasarse los dedos probablemente. En algún momento mientras ella estaba inconsciente se había puesto una camisa. Qué pena.

—¿Por qué? ¿Porque me desmayé? Como dije, nunca me había pasado y no creo que se me haga un hábito.

Él se levantó del pequeño diván.

—No, porque estaba gritando. Casi se me sale el alma.

Ella sacudió la cabeza.

—Creo que esa fue la Sra. Bartley.

Él se encogió de hombros y le tomó la mano.

—Sonaba bastante como usted.

—Lo siento. —Le besó la mejilla—. Pero es muy halagador.

Volvieron a subir las escaleras, pero ella se detuvo a los tres escalones y él se chocó contra ella.

—No cree que la tierra hará eso de nuevo esta noche, ¿o sí?

—Santo Dios, espero que no.

Nathaniel no volvió a dormir. Cómo alguien podía dormir después de algo como eso, no tenía idea. En vez de eso se quedó en cama analizando sus emociones mercuriales en las últimas horas.

Había estado furioso cuando había dejado a las damas en el porche. De la conversación que había escuchado, la única conclusión que podía hacer era que ella era una agente de la corona. En esa corta conversación habían mencionado asignaciones y la Oficina de Guerra. ¿De qué otra manera podía interpretar eso? Había intentado entrar a su habitación para buscar el bolso, increíblemente, Anna no lo había llevado a la cena con ella. La puerta había estado asegurada y parecía que su anfitriona subía y bajaba esas escaleras cada cinco segundos. No había habido oportunidad de entrar.

Se había ido a la cama enojado y frustrado. En verdad no había dormido mucho antes de que el terremoto los despertara a todos en las horas previas. Había estado confundido y alerta, pero incluso antes de saber qué estaba pasando, los gritos de Anna lo habían hecho moverse. Los muebles caídos sobre el suelo habían hecho casi imposible encontrar la puerta en la oscuridad. Para cuando la pudo abrir, estaba seguro de que su corazón se había detenido del pánico. Respiró de nuevo cuando pudo verla. Estaba bien excepto por la cortada en la mano. Mientras que era profunda y necesitaba puntadas, no era mortal. Seguro de que todo estaría bien, casi tuvo otro ataque cuando se desmayó.

Anna había sido devuelta a su habitación, Sam había puesto los muebles de vuelta a su lugar y la Sra. Bartley se las había arreglado para calmar a Violeta. El mapache temblaba tan fuerte que parecía que su cabeza se desprendería del cuello.

Se quedó en cama hasta el amanecer, determinado a tomar el control de esta desbocada situación. Claramente había dejado que su interés en Anna se desarrollara más de lo prudente. Había un objetivo en mente: arruinar cualquier misión secreta en la que estaba y proteger su país. No podía pensar en algo más importante que eso.

No había lugar para errores.

Eso no le permitía enamorarse de ella, si eso era lo que en verdad estaba pasando. No podía permitirse eso. Si su meta había sido seducir a un hombre para que la llevara a América y la protegiera durante todo el camino, entonces era el más tonto del mundo. Era impresionantemente buena en eso. Pensando en cómo las cosas habían resultado desde Nueva Orleans, él se había hecho cargo de toda la operación.

Honestamente, viéndolo desde una perspectiva externa, él se veía tan culpable —sino más— que ella.

Era un completo imbécil.

No debía haber más besos o intentos de hacer el amor, pero tampoco debía dejarle saber que había deducido su plan.

Y tenía que conseguir ese maldito bolso.

A la mañana siguiente, cargados de provisiones para otros tres o más días de camino hasta St. Genevieve, su grupo se dirigió hacia el sendero. Anna hizo de su primera resolución un obstáculo formidable. La mujer no sabía que había decidido cortar lo suyo, así que flirteaba y molestaba y hablaba como cualquier otro día desde que se habían conocido.

Les preguntaba a todos los que se encontraba sobre su padre, el general Sinclair. Las respuestas eran variadas, pero como siempre, iban en la línea de la ignorancia o los malos deseos. Su dedicación era incansable y perseveraba. Un anciano sugirió que podría haber huido hacia el norte cuando las tropas del Halcón Negro estaban en su auge.

—El Halcón Negro culpaba a los casacas rojas de su mala suerte. —Se rascó la barbilla y le mostró una gran sonrisa chimuela—. También nosotros los culpamos. Haber alborotado así a todos los indios.

Una vez más, Anna se quedó pensativa. Su actitud le hacía más fácil mantener su libido bajo control, mientras no le daba razones para que dudara que seguía siendo su secuaz.

Ella les exigió sin descanso e hicieron mucho camino antes de que la Sra. Bartley pidiera que se detuvieran por la noche. Sam hizo una trampa que aprendió de uno de los hombres del pueblo y tuvo bastante suerte con ella. La carne de conejo era un agradable cambio de la carne seca y el pescado. Todos estaban cansados y cayeron dormidos justo después del anochecer.

La siguiente mañana, cuando Nate despertó, atontado y sintiendo como si hubiera bebido demasiado la noche anterior sin el placer de estar en sus aposentos, buscó a Anna inmediatamente. Como sospechaba, no estaba en su tienda. Se levantó y dio una vuelta lentamente. No se la veía por ninguna parte, probablemente estaba rumiando por el bosque buscando alguna nueva exquisitez. No tenía mucha esperanza, pero ahora era su mejor oportunidad de buscar entre sus pertenencias el paquete.

Estaba en mitad de su tienda, gruñendo frustrado, cuando la escuchó.

—¿Qué está haciendo? —Su tono no tenía ninguna malicia, solo curiosidad.

Se levantó de un salto y se encontró enredado en lona y cuerdas. Ella reía e intentaba ayudar, tirando de la tela y torciendo las cuerdas, pero ambos trabajaban en distintas direcciones así que solo se enredó más.

—Deje de ayudar —gruñó.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó, cuando finalmente sacó su cabeza.

—Víbora.

—¿Una víbora? ¿En serio? ¿la atrapó? —Miró la tierra a su alrededor.

—No.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿No? —Subió su falda hasta la mitad de la canilla y giró a saltos. Violeta estaba en su hombro. El mapache se agarraba del cabello de Anna y se sujetaba como si su vida dependiera de ello—. No vi ninguna víbora cuando estuve buscando moras y cosas para Violeta. ¿Está seguro de que era una?

—No.

Ella dejó de bailar y se giró para prestarle toda su atención que se manifestó mediante unas cejas hacia abajo y una mirada incrédula. Soltó su falda.

—¿Había una víbora en mi tienda?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé.

Ella solo pestañeó en respuesta. Se miraron incómodos, luego ella rompió el silencio.



—Encontré huevos. —Sacó seis huevos de buen tamaño del mismo bolso que había estado buscando.

Respiró profundo e intentó ocultar su molestia.

—Bien.

Ella sonrió y puso a Violeta en el suelo junto con algunos dientes de león, moras y algo que parecían gusanos. Su anfitriona en Cape Girardeau había descrito a Violeta y su clase como una molestia olorosa y un saqueador asqueroso, pero Nate podía ver su encanto. Ella se sentó sobre su retaguardia y utilizó sus ágiles dedos para sostener la comida mientras mordisqueaba, mirándolos a ambos con curiosidad. La máscara negra alrededor de sus ojos le daba definitivamente la apariencia de bandida, pero en vez de considerarlo algo malo, concordaba con Anna. Violeta era encantadora.

Fortificado por el desayuno de huevos y pan fresco de Sally, los augurios de Nate no eran tan malos. El clima tenía otros planes.

—De acuerdo a lo que me dijeron los pueblerinos, no llegaremos a St. Genevieve hasta en dos días o más. No deberíamos quedarnos por aquí mucho. —Levantó la mirada y sus ojos le siguieron. El cielo era gris y había nubes en el horizonte, añadiendo más humedad al aire.

—Oh. —Anna asintió y se levantó.

La Sra. Bartley caminó hacia ellos.

—Creo que sería mejor si apresuramos el paso —anunció con voz fuerte—. Esas nubes no se ven amigables.

—De acuerdo —dijo Sam. Cuando Nate lo miró sorprendido, su hermano se encogió de hombros—. Cuando tiene razón, tiene razón.

La lluvia llegó casi al mediodía. Goldy la mula no estaba muy feliz por sus condiciones de trabajo y a menudo tenían que tirar con fuerza de sus riendas para mantenerla en movimiento. Violeta estaba dentro del bolso de Anna —oh, ser un mapache huérfano— donde estaba caliente y seco. El resto caminaba miserablemente, sin avanzar tanto como hubieran querido antes de votar por detenerse por el día no muy avanzada la tarde. Sam y Nate arreglaron los dos cuadrados de tienda en un refugio comunal que proveía algo parecido a protección de la incansable arremetida del agua. Los cuatro se arrimaron con la mula y el mapache.

Mientras la Sra. Bartley maldecía la tierra americana y su horrible clima, declarando que Inglaterra no toleraría tanta lluvia, Anna estaba estoica como siempre. Sam se calentó con whisky.

Era miserable y Nate maldijo el día en que el duque de Morewether le había implorado un favor.

## Capítulo Veinticuatro

Luego del segundo día de lluvia constante, Anna comenzó a temer que le crecerían branquias y aletas. Periódicamente, Violeta sacaba la nariz de su cómodo bolso, olía el aire húmedo y luego desaparecía dentro. Anna no podía culparla. Si pudiera viajar el resto del camino en un morral seco y caliente, lo haría sin pensarlo. Lo único positivo que podía decirse sobre los últimos días era que al menos no era invierno. Mientras que era miserable estar mojada todo el tiempo, la temperatura era cálida en el día. En la noche, sin embargo, incluso arrimados bajo las lonas, se ponía frío.

—¿Cree que deberíamos construir un arca? —le preguntó a la Sra. Bartley, medio en broma.

Pensó nostálgica en el carruaje de Christian y los asientos de terciopelo. Eso sí era viajar. Frankie nunca le creería cuando le contara las historias. Afortunadamente, tenía todos sus dibujos, tantos que había agarrado otra libreta mientras habían estado en Cape Girardeau. No era precisamente para dibujo, pero se le habían estado acabando muy rápidamente las hojas en el anterior. Debió haber pensado en traer más de las librerías de Londres, pero las cosas habían pasado tan rápido allá, quién habría pensado que habría mucho que cautivara su mente y su atención en América. El uso pretendido del nuevo cuaderno era de contabilidad, pero las líneas azules no eran tan fuertes y, en ese punto, no le importaba. Solo necesitaba nuevas hojas.

En su viejo cuaderno, apenas había espacio en blanco para rellenar. Por ejemplo, en una página estaba el *Patriota de Martha* en el centro, hecho con grafito con un sombreado intenso, lo que significaba que lo había hecho de noche cuando no podía dormir. Abajo, un esbozo detallado del timón del barco, la madera increíblemente replicada con lápiz. A la derecha, en la esquina superior, la sonrisa torcida del primer oficial del barco. Ese hombre era un bromista, siempre con una sonrisa. Su dibujo solo incluía la parte baja de su rostro, su nariz y boca enmarcada por la barba frondosa. Recordó querer capturar la forma en que la sonrisa le cambiaba el rostro. Era una buena práctica para ella escoger partes del cuerpo y estrechar su concentración en reconstruirlas. Así que la mayor parte de las páginas eran desde que había partido a América. Pero en los bordes tanto como en la parte inferior, había árboles y patos y otras cosas del río Mississippi.

Todas las páginas estaban así. Una parte del cruce del Atlántico entremezclada con un barco de quilla navegando corriente arriba, tirado por hombre fortachones con cuerdas y una o dos mulas. Otra con un cazador en el banco del río más lejano, saludándolos mientras pasaban con el *Enterprise* junto con un montón de cuerdas amontonadas sobre la cubierta del *Martha*. O un barco lejos en el horizonte a tres días de Londres compartiendo página con la fachada del hotel de Nueva Orleans. Había duplicado las intrincadas florituras del metal del balcón y las macetas de flores colgando de los ganchos sobresaliendo en los muros.

Había varios dibujos de su padre. Había hecho lo mejor que podía para dibujar su rostro como lo recordaba, pero habían pasado varios años desde que lo había visto por última vez. No había sido un correspondiente consistente, pero podía entenderlo, dado que era un hombre ocupado, metido usualmente en alguna batalla u otra lejos de casa. Si se le hubiera pedido reproducir su escritura, eso podría haberle sido más fácil que la cara. Solo podía esforzarse en envejecer apropiadamente el rostro que había visto por última vez y esperar que no hubiera cicatrices u otras diferencias mayores que le impidiera a la gente reconocerlo.

En cuanto al resto del cuaderno, apenas había página que no incluyera a su sujeto favorito: Nathaniel Johnson. Estaba cautivada. Embelesada quizás era una mejor palabra. Obsesionada era

demasiado. Él había visto alguno de sus dibujos mientras estaban en el *Enterprise*, pero no había visto el cuaderno desde entonces. Era demasiado vergonzoso. Sus sentimientos por él estaban tan claramente esbozados en las páginas, obvios y claros para que los viera. No esperaba que él se burlara de sus sentimientos, pero tampoco esperaba que cayera a sus pies y le expresara su amor.

Quizás no era amor. Quizás era una simple preocupación con su piel, lo cual era potencialmente más vergonzoso.

De cualquier manera, no iba a rendir la posesión de sus cuadernos a cualquier entrometido, así que cuidaba su morral con dedicación.

Lo peor del clima, además del hecho de que era miserable, era que no les permitía ningún tiempo a solas. Frustrada por eso, solo podía interpretar su actitud distante como su nivel de frustración.

—Creo que deberíamos considerar nadar hasta St. Louis —replicó la Sra. Bartley con uno de los pedazos de lona estirado sobre su cabeza como paraguas. Cuando Anna pensaba en todos los parasoles empacados en el hotel de Nueva Orleans... Bueno, era descorazonador.

Se sentía como si ya estuvieran nadando, y no pudieran mojarse más. Excepto que Anna no tenía intención alguna de entrar a esa agua. Luego de dos días de lluvia, el lodoso Mississippi estaba más formidable que nunca. El agua subía por los bancos y su camino se había hecho tan pantanosos que era casi infranqueable.

Casi al mediodía, el ya fuerte río se hizo más fuerte aún.

—Debemos estar cerca del Río Kaskaskias —dijo Nathaniel, con su boca cerca del oído de Anna—. Ese es el último punto de referencia hasta que lleguemos a St. Genevieve.

Ciertamente, el pequeño río convergía con el Mississippi en una cacofonía de agua. Espuma blanca burbujeaba en donde ambos se unían. Las orillas se habían erosionado incluso más por la fuerza del cruce.

Se quedaron mirando un largo instante, apreciando el increíble poder de la Madre Naturaleza. Varias grietas agudas anunciaban la muerte de un robusto roble. Mientras estaban allí, el árbol perdió su agarre y cayó al agua llevándose con él una gran parte de la orilla. Se unió a la corriente, las ramas extendidas hacia el cielo como brazos pidiendo ayuda de alguna fuerza más grande que ellos. El lodo y la arcilla se movieron para llenar el hueco y el flujo del río aporreó la arcilla nueva.

Nathaniel sacudió los brazos para abarcar el área donde estaban.

—Esta área es inestable —gritó—, deberíamos retroceder.

Anna apartó su atención del espectáculo y asintió de acuerdo. Con esfuerzo y un chapoteo, liberó su pie de la arcilla. Tiró del arnés de Goldy, pero la mula se negó a moverse. Ni siquiera intentó sacar sus pezuñas del lodo. Simplemente estaba allí con los ojos cerrados. So hubiera sido un día distinto, con un cálido sol y una brisa placentera, habría pensado que Goldy estaba durmiendo. Anna tiró de la cuerda, pero la mula no respondió.

—Por favor, Goldy. Sé que esto es horrible, pero alejémonos del río, ¿sí? —Anna acarició sus largas orejas y rascó sus húmedas mejillas. El animal no respondió. Queriendo hacer más palanca, Anna casi se sentó en el barro y tiró con fuerza. Nada.

Giró hacia los otros para pedir ayuda, pero ya le habían dado la espalda y se alejaban del río.

—Vamos —rogó y tiró y volvió a jalar. Se movió hacia el trasero del animal y le empujó la cadera. Le palmeó el flanco, le gritó. Nada funcionaba. Anna dejó caer su cabeza contra la frente de Goldy derrotada.

—¿Viene? —La voz de Nathaniel le llegó sobre el sonido del río y la lluvia. Cuando ella giró, los tres estaban amontonados a casi veinte metros, mirando. Probablemente riendo.

—Bueno, no me ayuden. —Giró hacia Goldy con un resoplido—. ¿No quieres salir de la lluvia? Te pondremos en el refugio y te daré un buen rascado. —El animal abrió los ojos y le lanzó una mirada torva. Quizás al fin estaba escuchando. En vez de eso, sacudió la cabeza, salpicándole agua de forma que le llegó de todas direcciones, no solo de abajo sino de los lados. Luego exhaló, un bufido de mula que, interpretado al inglés, habría sido muy descortés, y cerró los ojos de nuevo.

Por último, el antebrazo de Nathaniel apareció detrás de ella. Agarro la rienda de Goldy y apartó gentilmente a Anna.

—Vamos, Goldy —dijo, pero no logró más de lo que ella había conseguido.

Anna se dirigió a la parte trasera del animal y empujó mientras él tiraba. Bien podrían haber estado intentando mover una montaña por todo lo que el animal cedió.

El Sr. Johnson se les unió mientras la Sra. Bartley supervisaba desde cierta distancia.

—Al demonio, el hombre del establo me advirtió sobre ella y el barro. “No la dejes meterse al barro”, dijo. —Nathaniel gruñó la explicación mientras jalaba de su rienda.

El Sr. Johnson le lanzó al animal una mirada que supuraba furia.

—Bueno, me gustaría saber cómo podríamos haber evitado eso.

—Saben —gritó la Sra. Bartley desde lejos—, debemos mantener a esa mula fuera del lodo.

Ninguno de los tres tomó el anzuelo de la anciana. Todos rotaron hacia la izquierda: Anna jalaba del frente, el Sr Johnson la jalaba con los enormes brazos envueltos en su cuello y Nathaniel empujaba de atrás. A la cuenta de uno, hicieron fuerza. Anna intentó convencerla. La lluvia caía y el Sr Johnson maldijo con malevolencia.

De pronto, y sin ninguna advertencia, la bestia peluda sacudió su cabeza con fuerza hacia la izquierda y el Sr Johnson cayó de cara al barro. Un rápido tirón del otro lado y la soga salió de la mano de Anna. Luego Goldy avanzó hacia delante y liberó sus patas traseras del lodazal. Una vez libre, trotó.

Nathaniel extendió los brazos en un esfuerzo cómico de mantener el equilibrio y casi lo consiguió, hasta que el barro y la arcilla comenzaron a moverse hacia abajo, deslizándose hacia el río. Anna miró horrorizada como el fango se lo llevaba hacia el río alborotado.

—¡Nathaniel! —gritó cuando desapareció con una salpicadura casi imperceptible. Sus ojos en pánico encontraron los suyos y luego desapareció. El Sr. Johnson intentó valientemente levantarse del barro, pero era como las arenas movedizas en África de las que había leído. Todo lo que podía hacer era mirar impotente como su hermano desaparecía.

Anna se quitó el bolso del cuerpo y lo lanzó al Sr. Johnson.

—Cuide a Violeta —le dijo, mientras atravesaba el barro en la dirección en que Nathaniel había desaparecido—. Vayan a St. Louis. Los encontraremos allí.

No había tiempo que perder con dudas inútiles, así que no pensó en las consecuencias cuando se ató las faldas en la cintura, se agachó en el suelo y se deslizó en el torrente después de él.

## Capítulo Veinticinco

El secreto para luchar con agua enardecida como esta era seguirla. Si una persona gastaba toda su energía luchando contra el agua en vez de seguirla, pronto se cansaría demasiado para mantener la cabeza por sobre la superficie y así era como una persona se ahogaba.

A pesar de su zambullida controlada, Anna ingirió bastante agua asquerosa. El problema más grande que veía eran los escombros más que la velocidad del agua. Ya había visto un árbol hundirse así que era razonable que hubiera más. Acomodó el ángulo de su cuerpo para que sus pies estuvieran frente a ella y pudiera buscar a Nathaniel.

Lo vio más cerca de lo que esperaba.

—Nathaniel —gritó, pero con el rugido del agua, estaba segura de que no podía oírla.

Su cabeza rubia desapareció y volvió a aparecer un par de pies a la izquierda. Reacomodó de nuevo su cuerpo y pateó con fuerza y agitó los brazos para avanzar un poco más. Volvió a hundirse, pero solo por un momento.

—¡Nathaniel!

Incluso con la calidez del aire húmedo, el agua estaba fría. No como cuando él y la familia del duque se habían ido en un feriado al norte de Inglaterra. Christian la había retado a nadar en el mar del Norte. El agua había estado frígida, y su madre, la duquesa, les había dado a los dos una reprimenda rotunda por su estupidez. Sospechaba que tendría una respuesta igual de Nathaniel cuando salieran de este lio.

La amplitud del Mississippi se había agrandado mucho durante su viaje, pero aquí era casi de una centena de pies. Si se iban al medio, estarían condenados. Raíces y ramas se extendían desde la orilla y por tanto eran su salvación.

*Mantén la calma.* Deseó eso para ella tanto como para Nathaniel, pero no era fácil cuando había ramas sumergidas y solo dios sabía qué le agarraba los pies e intentaba jalarla hacia abajo. Nathaniel era más alto que ella así que imaginaba que su pelea y el consecuente terror debía ser mucho peor.

Gritó de nuevo entre largas estocadas con los brazos. A pesar de ser una buena nadadora, se estaba cansando. Era una cosa una carrera por un lago en calma, era otra totalmente distinto pelear contra los restos y la corriente y mantener la cabeza sobre la superficie.

El volvió a sumergirse y esta vez lo estuvo por mucho más tiempo. El agua la llevaba hacia dónde él se había desvanecido y ella fijó los ojos en el punto, esperando que su cabeza volviera a aparecer. Sacudió los brazos y piernas en círculos frenéticos buscándolo. Pensó que sentía tela, pero quizás no. Agarrándolo salvajemente, luchando contra el empuje del agua, inhaló desesperadamente y metió la cabeza bajo la superficie.

Ceguera. El agua agitada estaba demasiado lodosa para ver algo, ni siquiera su propio pie. Mientras levantaba la cabeza hacia arriba, unos dedos agarraron su brazo, su manga, y luego desaparecieron.

Arriba, giró frenética buscándolo, gritando su nombre. Un grueso tronco chocó con fuerza con la parte derecha de su frente, y luego golpeó su hombro. El dolo la sacudió y cuando jadeó, ingirió una bocanada de agua. Escupiendo y tosiendo, agarró el tronco con un brazo antes de que se alejara.

Entonces lo vio.

—Anna —gritó Nathaniel, mirándola con terror, pero no parecía ser por él.

Pateó con fuerza, acercándose, y ella se estiró alargando la mano. El tronco era inestable. Rodaba y flotaba con la fuerza del agua, no solo alejándola de él, sino hacia el centro del río. Ahora que lo había encontrado, algo que había comenzado a parecer imposible, no quería perderlo de nuevo, pero no quería soltar el tronco. Podría ser lo que los salvara a ambos.

—No se suelte —dijo, con los ojos feroces—. Solo sujétese.

Solo que se estaban separando más, el tronco se movía más rápido que un nadador. Sin importar cuánto intentara alcanzar su mano, no podían tocarse, y la distancia se estaba haciendo más grande con cada segundo. Ella ajustó su agarre en el tronco, bajando cada vez más hasta que solo quedó sujetándolo por un nudo al final. Su agarre era tenue, pero solo necesitaba unos centímetros y podría agarrar su mano y acercarlo a ella. Tan cerca, tan cerca, pero no lo suficiente.

Encontró su mirada y pestañeó para alejar el agua. Había tanta que apenas podía ver.

—Sujete mi mano —gritó—, Oh, por favor. —La punta de sus dedos se rozaron, buscaron sujetarse, luego se resbalaron. Su cabeza desapareció por un largo instante y cuando volvió a salir, estaba demasiado lejos para considerar alcanzarla.

Giró hacia el tronco. Se recordó que era una buena nadadora.

—No se le ocurra soltar ese tronco. —Sonaba muy serio para alguien que parecía una rata ahogada.

—No puedo alcanzarlo si no lo hago.

—Anna... —volvió a hundirse y apareció escupiéndolo— le prohíbo soltar ese tronco.

Eso lo decidió. Empujó el tronco y volvió su cuerpo a la corriente, con los pies hacia delante, para poder ir más hacia atrás. Todo eso mientras el agua los llevaba a ambos hacia abajo, más y más lejos de donde habían comenzado.

Entonces, gloria de toda la gloria, unos dedos se envolvieron en su muñeca. Ella tiró y se acercaron, sus brazos se envolvieron entre ellos. Ella lo apretó con fuerza y agradeció a Dios.

—Sujétese —le dijo.

—Usted también.

Era más difícil quedar arriba mientras sostenía a Nathaniel. Le mostró como empujar los pies hacia el frente y flotar en forma de V. Delante, el río daba uno de sus típicas vueltas lo que significaba que había árboles caídos, troncos y otros restos amontonados creando un tipo de presa. Lo señaló.

—Apunte hacia ese montón de árboles. Quizás podamos agarrar uno y salir.

Él asintió y se inclinaron hacia la derecha. Él extendió el brazo y Anna empujó con los pies para poder patear si parecía que iban a chocar contra algo peligroso.

—Sujétese —dijo él. Los restos se acercaban rápidamente y su voz tenía algo de maníaca—. Oh, Jesús, sujete algo.

Ambos se agarraron a lo primero sólido que encontraron. A pesar de sus mejores esfuerzos por evitar la colisión, la corriente era demasiado fuerte, y sus dos cuerpos creaban mucho momento.

Gruñó cuando el cuerpo de Nathaniel la apretó contra un enorme árbol.

—Lo siento, lo siento mucho. —Envolvió su cintura con un brazo y la llevó contra su cuerpo hasta que estuvo en el lado más cercano a la orilla. Mano sobre mano hicieron su camino hasta el suelo y eventualmente sus pies tocaron fondo. Nathaniel la empujaba hacia delante, contra la corriente, y al final lograron arrastrarse en el barro. La lluvia había disminuido a una llovizna finalmente. Se quedaron echados uno junto a otro por varios minutos, jadeando por aire, esperando que la respiración se tranquilizara.

—Déjeme ver su cabeza —dijo, cuando se apoyó sobre los codos.

Ella se limpió el agua de los ojos.

—¿Por qué? —Mirando hacia abajo descubrió que su mano estaba rojo brillante—. Oh.

—Se cortó la cabeza cuando ese tronco la golpeó. Ha estado sangrando por un rato. —Arrancó un pedazo de tela de su camisa y la presionó contra su frente. Le besó la nariz—. Siento que haya caído. Pensé que estaba imaginando cosas cuando apareció.

—No caí.

Quitó la tela de su cabeza y tocó suavemente la herida.

—Creo que va a estar bien. El sangrado ya está disminuyendo dado que ya no está en agua.

—Duele ahora que sé que está ahí, pero para serle sincera, ni siquiera sabía que estaba herida. —Tanteó la cabeza gentilmente con los dedos—. ¿Qué hay de usted? Sin heridas.

—No lo creo. —Pateó la arcilla y el lodo con sus botas—. No puedo creer que el banco haya estado tan inestable que haya colapsado y nos haya llevado a los dos.

Anna estaba intentando desatar sus faldas, pero el nudo estaba mojado y parecía que nunca iba a deshacerse.

—Ya le dije, no me caí.

Entrecerró los ojos y la miró forcejear con la tela.

—¿Saltó? —preguntó lentamente.

Ella asintió, mordisqueando el nudo.

—¿Por qué?

—Para salvarlo.

—¿Qué le hizo pensar que necesitaba ser salvado?

—Supongo que solo lo asumí. Como le dije, soy una buena nadadora. —La tela finalmente comenzó a ceder.

—¿Arriesgó su vida sin saber si había la necesidad porque es una muy buena nadadora?

Ella se paró y sacudió su falda. Iba a quedar arrugada y dudaba que alguna vez volviera a quedar bien.

—Resulté útil, ¿o no? No se ahogó.

Con la boca abierta, se quedó mirándola.

—Está loca. Aquí yo preocupado de que estuviera en peligro, ¿y lo hizo a propósito?

—¿Por qué me está gritando? Le salvé la vida. —Saben, cuando Olivia, Francesca y Anna había salvado al amado de Olivia y los otros tipos, había parecido que esos caballeros tenían una respuesta muy similar. ¿Por qué todos los hombres eran unos idiotas testarudos?—. ¿Quería morir?

—No iba a morir. —Salpicó agua con su cabello y luego lo puso detrás con un movimiento enojado—. Lo estaba haciendo bien.

Ella asintió con tanta ironía como le fue posible.

—Sí. Lo pude ver cada vez que su cabeza se hundía.

—Soy un marino, por Dios Santo. —Ahora sí estaba gritando. Y sacudiendo los brazos hacia el cielo. Quizás estaba intentando a convencer a Dios tanto como a ella de que era un buen nadador.

—Estoy convencida. —Anna hizo una reverencia tan profunda como habría hecho para el Rey de Inglaterra si en verdad le hubiera salvado la vida.

—¿Necesito señalar que fue usted la que terminó herida? —El señaló su cabeza. Moviéndose hacia delante, presionó la tela contra su herida—. Sigue sangrando.

—Gracias por atender mi herida —dijo con voz neutral, luego se detuvo y esperó una respuesta recíproca. Cuando nada llegó, le arrancó la tela y se alejó.

—Deténgase. —Él se adelantó y la agarró; no alcanzó el brazo y terminó metiendo los dedos en el cuello de su vestido. La tela se rompió con un efecto feroz.

Anna cesó su marcha enojada y miró su vestido arruinado. El lado derecho de su corpiño colgaba de su cuello, exponiendo la fina camisa de algodón de abajo. Se dio la vuelta.

—Rompió mi corpiño —dijo con incredulidad—. Usted, señor, es un rompedor de corpiños.

—Lo siento —dijo, pero era claro que intentaba ocultar una sonrisa—. En serio.

Ella levantó la tira de seda y la sostuvo para que viera lo que había roto.

—¿Ve esto? Hice que me hiciera este vestido una costurera muy exclusiva. En París. ¿Por qué? ¿Por qué haría eso?

Él se mordió los labios, pero no tenía sentido. Era muy claro que intentaba no reír.

—Fue un accidente. Lamento haberlo roto, pero no es como si fuera a ponérselo en público de nuevo. Esta sucio y arrugado y, honestamente, comienza a oler.

Ella jadeó, luego entrecerró los ojos.

—Debí haber dejado que se ahora, perro desagradecido. Nunca... ¿Cree que es tan atractivo con su cabello todo despeinado? Caminando con esos pantalones ajustados y grandes botas. —Hizo una imitación de su caminar varonil, balanceando los brazos y levantando alto las piernas—. Medio desnudo todo el tiempo.

Estaba mintiendo. Era increíblemente atractivo con su camisa medio abierta y la lluvia pegando la tela a su piel, moldeando sus músculos. Y su cabello. Esa quizás era su parte favorita. Ansiaba pasar sus dedos por él y alejarlo de sus ojos. Claro, él no necesitaba saber nada de eso.

Ahora se estaba riendo descaradamente.

—No usted. Usted es hermosa, con o sin ropa.

¿Qué demonios se suponía que contestara? Dirigió su atención de nuevo al vestido. Todo ese gesticular y mover los brazos había hecho que lo roto se extendiera más y ahora todo su pecho estaba desnudo al mundo como algún tipo de guerrera griega de las que siempre hablaba su amiga Thea. La camisa cubría la verdadera piel, pero la tela era transparente cuando estaba mojada y, por Dios, podía ver todo. Ella colocó la mano sobre su seno y se dio la vuelta.

—Venga aquí. —Su voz sonaba más cerca y entonces puso la mano en su hombro—. Déjeme ver si puedo arreglarlo.

—No.

—Siento haber roto su vestido.

Ella no se dio la vuelta.

—Siento haberme reído cuando estaba enojada.

Eso tampoco iba a hacer que se diera la vuelta.

Ella levantó la barbilla.

—Se rio de mí porque estoy medio desnuda.

—Oh, querida. Nunca me reiría de eso. He estado esperando verla desnuda por meses.

Eso la hizo girar.



## Capítulo Veintiséis

Anna giró y fijo su mirada en los ojos azules de Nate.

—Parece que debería estar ofendida por eso. —Pero no se veía ofendida, se veía complacida.

Nata agarró el pedazo de tela rota e hizo un horrible desastre metiéndolo por otro hueco en un intento de nudo. Frunció el ceño ante el burdo trabajo, pero al menos estaba cubierta. Un hombre no podía concentrarse si no lo estaba.

—Puede ofenderse si quiere. —Le besó el hombro—. O puede sentirse halagada si así lo prefiere.

—Creo que sí. —Su cuerpo se inclinó hacia él.

—¿Sabe lo que quiero? —preguntó y le besó la clavícula.

Ella ladeó la cabeza para que él tuviera mayor acceso.

—¿Hmm?

—Salir de esta maldita lluvia. —Se enderezó y ella parpadeó, alejándose del trance que los había envuelto—. Mire aquí, parece una pequeña cueva o algo así.

Cuando giró la cabeza, él miró su perfil. Frente amplia, nariz recta, barbilla estrecha, mandíbula cuadrada. Separar sus rasgos así no la hacía menos hermosa. Era en verdad adorable, incluso cuando era un desastre andante.

—Quizás es solo una fisura en las rocas.

—Echemos una mirada. —Fue a agarrar su mano y se dio cuenta de que algo importante faltaba. Dio una vuelta, pero no, no estaba.

—¿Dónde está su bolso?

—Lo dejé con su hermano. No podía salvarlo mientras peleaba con un bolso pesado y un mapache bebé.

Este fiasco podría ser algo milagroso. ¿Había dejado el bolso con Sam? ¿Podría ser más perfecto? Tendría todo el tiempo para mirar y leer todo. Por primera vez en varias semanas, no tenía que preocuparse por el maldito bolso. Sonrió y tomó su mano y atravesaron el lodo juntos. La lluvia había disminuido considerablemente, pero después de tantos días, estaba cansado de estar mojado todo el tiempo. Estaba comenzando a sentirse pastoso.

Lo que había visto desde lejos no era exactamente una cueva, pero las rocas habían formado una grieta o algo así. Un área cubierta de la lluvia. Como si el cielo la hubiera enviado, había una pila de leña en el fondo, dejada por algún viajante anterior, seca y tentadora. Tanteó sus bolsillos y suspiró con alivio. El pedernal seguía allí.

—Odio traer esto a colación, pero ¿qué vamos a hacer sobre la comida? —le preguntó—. No veo carne seca junto a la leña.

—Una cosa a la vez. —Se concentró en construir el fuego. Le tomó algo de tiempo, pero al final lo logró.

Nunca había lamentado haber pasado la mayor parte de su tiempo en internados o con sus padres o tíos en el agua, pero le habría servido de mucho haber aprendido habilidades de supervivencia en el camino. ¿Qué haría si terminara en una isla desierta?

Miró sobre su hombro con una sonrisa orgullosa, pero ella no estaba detrás.

—¿Anna?

—Estoy aquí —dijo, volviendo al refugio—. Fui a ver si podía encontrar moras o nueces cercanas. No sé usted, pero muero de hambre. Los rescates acuáticos cansan mucho.

Él rodó los ojos.

—¿No va a dejarlo ir?

—Puede agradecerme en cualquier momento.

—No iba a ahogarme —reiteró.

Encogió el hombro con el nudo mal hecho.

—Muy bien. —Metió algo en la boca y su estómago gruñó. Ella señaló con la barbilla la canasta que había hecho con su falda—. ¿Quiere un poco?

Él asintió.

—Sí, también pan tostado y una taza caliente de café.

—Tristemente, solo tengo moras.

—Servirán. —Fue a recoger un puñado, pero ella se alejó y se sentó junto al fuego.

Él se le unió, pero todavía no tenía acceso a la comida. Colocó uno en su lengua y le dio la vuelta antes de morderla. Cerró los ojos y saboreó haciendo sonidos exagerados de felicidad.

—¿Va a compartir?

—Quizás. —Otra mora desapareció. Su estómago traicionero volvió a gruñir—. Diga la palabra mágica.

Suspiró.

—Por favor.

Ella chasqueó la lengua.

—No es esa.

—Por favorcito.

—Nop. —Otra mora desapareció.

—¿Entonces qué?

—Cuando exprese apropiadamente su gratitud, tendrá todas las moras que desee. Incluso buscaré más.

—Eso espero, porque todas se terminarán antes de que me deje alguna.

—Dígalo.

Él levantó las cejas.

—Estoy compartiendo mi fuego.

Ella lo miró, pensativa, y comió tres moras más.

—Es un duro negociante.

Las moras estaban deliciosas. Podía acusarla de ser mimada y sofisticada, pero repetidamente probaba que sobreviviría más que él si se perdía en la naturaleza.

—A riesgo de sonar lujurioso —dijo, cuando comieron todas las moras que les entraron— deberíamos sacarnos esta ropa y dejar que seque antes de que oscurezca y se ponga frío.

—¿Esto es parte de su plan para verme desnuda?

Él asintió mientras se quitaba las botas.

—Me lancé al río, sabiendo que me seguiría porque está loca y terca y cree saber todo, floté miles de kilómetros corriente abajo en un río torrencial, y aun así me las arreglé para salir en el lugar exacto donde había dejado leña seca en mi cueva secreta, todo para que pudiera arreglármelas para verla desnuda.

Su expresión era seca.

—¿De verdad cree que nos alejamos varios kilómetros?

Se encogió de hombros y sacó la camisa del pantalón. Ella no se estaba quitando las ropas y sabía que debía tener frío. Incluso aunque la temperatura era medianamente cálida todavía tenía frío. Se quitó el lino del torso y lo dejó caer con un salpicon.

—Si los colgamos junto al fuego —dijo y tocó el botón en su cintura—. Deberían secarse muy pronto.

—Ajá —concordó—, probablemente sea una buena idea.

—¿Se sentiría mejor si me fuera?

—¿Dónde iría? Tendría que volver en algún momento y seguiría sin ropa.

Intentó no sonreír, pero era demasiado adorable.

—¿Y si prometo no mirar?

Ella bufó.

—¿Es una promesa que puede mantener?

Puso la mano sobre el corazón.

—Por mi honor.

Dejó su camisa donde la había soltado y volvió a salir a la lluvia sin zapatos. Una vez lejos de la entrada de la pequeña cueva, cerró los ojos y se frotó la cara con las palmas. ¿Cómo iba a lograr pasar la noche sin mirar?

*Por tu honor, se dijo. Eres un hombre honorable y puedes hacer esto. Anna es una dama.*

Se hizo útil localizando largas ramas bifurcadas que pudieran usar para hacer algún tipo de colgados para colocar las ropas cerca al fuego. Cuando estuvo fuera suficiente tiempo volvió a entrar.

—¿Hola? —llamó—. Tengo los ojos cerrados. ¿Puedo pasar?

La respuesta vino de la esquina más lejana y profunda, que no era mucho.

—Sí.

—Este es el problema. No puedo ver si mis ojos están cerrados y en verdad odiaría añadir caer al fuego a nuestra lista reciente de calamidades.

Hubo una larga pausa. Agudizó el oído para adivinar lo que estaba haciendo. Saltó cuando su mano se envolvió en su bíceps.

Ella rio.

—No grite. Soy yo.

Siguió su guía, llevando las ramas con él.

—Gracias a Dios. Cuando no dijo nada temí que algún cazador peludo la hubiera atrapado y viniera por mí. Y aquí estoy, vulnerable y semi desnudo.

Ella lo golpeó en el hombro.

—Está comenzando a oscurecer.

—Más razón para que esto seque. —El fuego le calentó la pierna—. Traje ramas. —Las sostuvo para que las revisara.

—Están muy lindas. —Le soltó la mano y la sintió alejarse

—Voy a hacernos una especie de colgador.

—Excelente idea

—Voy a necesitar abrir los ojos para hacer esto. ¿o preferiría hacerlo usted? —Extendió las ramas hacia la nada—. ¿No? Prepárese. Estoy abriendo los ojos.

—Oh, por Dios Santo, solo hágalo.

Pestañeó varias veces. Estaba mucho más oscuro adentro de su pequeña cueva que afuera y el fuego no hacía mucho para iluminar el lugar.

—Sabe, es bastante agradable, pero no estoy seguro de querer hacer una casa de verano aquí.

Ella rio, y eso lo hizo sentir mejor. La cosa más extraña sobre estar casi desnudo con la encantadora Srta. Sinclair era que los ponía a los dos extremadamente conscientes del otro y, hasta ahora, no había experimentado esa sensación con ella. Se habían besado seriamente, apartado

ropa y todo. Si ese duque suyo lo supiera, Nate ya estaría en el altar, muy probablemente con una pistola en su espalda. En ninguno de esos momentos había tenido la necesidad de balbucear como un tonto para evitar el silencio.

Empezó a asegurar dos ramas en el suelo y colocó una más gruesa en las muescas. Cuando colgó su camisa de ella, colapsó inmediatamente.

—Si la Sra. Bartley estuviera, tendría muchos consejos sobre cómo construir eso.

Rio.

—Cierto, y serían excelentes consejos. Estoy seguro. Sin embargo, nunca he querido ver desnuda a la Sra. Bartley.

—Nathaniel. —Pero oyó la sonrisa en su regaño.

Lo volvió a poner junto, hundiendo un poco más profundo las ramas anclas en el suelo y con algunas piedras para sujetar. Colocó cuidadosamente su camisa sobre la vara. Se tambaleó, pero la sostuvo.

—Bravo —dijo desde alguna parte por detrás.

—Debería colocar sus botas aquí junto al fuego para que sequen algo. —Dos botas aterrizaron junto a sus pies. Las puso junto a las suyas.

—¿Dónde está su vestido?

La tela sobrevoló su hombro y goleó su pecho con un sonido esponjoso. Se balanceó perfectamente al otro lado de la barra.

—¿Dónde está su ropa interior?

—¿Dónde están sus pantalones? —replicó ella.

—Todavía los estoy usando como puede ver. Tiene sus ojos abiertos, ¿no? Odiaría pensar que lanza las cosas ciegamente hacia mí.

—Todavía la estoy usando.

Sacó los botones de su pantalón y se recordó que era un hombre adulto sin nada de qué avergonzarse. Muchas mujeres lo habían visto sin pantalones. Le habían dicho que tenía un buen trasero, incluso mujeres que tenían el hábito de ver muchos traseros de hombre.

Pero esta era una circunstancia especial, ¿no es cierto? Todas las otras mujeres habían estado quitándose sus propias ropas también, no temblando en la oscuridad, mortificadas. Esas mujeres habían estado en proceso de hacer el amor.

Y ninguna de ellas había sido Anna.

Se bajó el pantalón, descubriendo la cadera y los muslos. Una brusca inhalación se oyó más cerca que antes. Los pantalones también fueron a la vara de ropa. Así como sus calzoncillos, porque ¿quién quería sentarse con calzoncillos mojados? Una persona podía escaldarse.

Bueno, ahora estaba como vino al mundo, como diría su padre.

—Entonces... —Esa falta de gracia era humillante.

Dejó de preocuparse sobre que decir cuando una tela blanca aterrizó a sus pies. Sonrió y la levantó. No era mucha tela y secaría rápidamente. No estaba seguro de si era algo bueno o malo.

Un trueno se oyó en la distancia y el fuego chasqueó. El sonido de la lluvia arreció, aunque la oscuridad creciente hacía más difícil ver. Él jugueteó con sus manos. No podía soportar el silencio.

—¿Y ahora qué hacemos?

## Capítulo Veintisiete

*Podría besarme.*

Era un pensamiento descarado. Era el momento de la verdad. ¿Provocaría un beso su ruina completa?

Bueno, quizás eso era exagerar un poco. Honestamente, estaban en una cueva en América, por Dios Santo. Nadie lo sabría a menos que ella le contara a alguien. Ni siquiera la Sra. Bartley.

*Pero estas cosas siempre se saben. No importa si la gente sabe la verdad. Es lo que sospechan lo importante.* Su cerebro le rogaba usar el sentido común. Le gritaba que lo hiciera, de hecho. *Es una cosa que solo pase, por el calor del momento, si quieres ponerlo así,* alegaba su cerebro. *Es otra cosa totalmente distinta hacer que suceda.*

Bueno, estos días soy así, replicó ella. Cuando otros no hacen lo que se necesita, bueno, yo las hago. Como venir a América para encontrar a papá.

Y hacer el amor con Nathaniel.

Le estaba dando la espalda, y ella nunca había prometido no mirar. Sus hombros estaban llenos de músculos y sus brazos se veían proporcionales a ello. Las sombras jugaban en la hendidura de su columna, donde su amplia espalda se estrechaba levemente hasta una cadera esbelta y luego se curvaba para formar las esferas de su trasero. Justo donde comenzaba la curva de su trasero, dos hoyuelos rogaban que los tocara. No había nada suave en ese hombre, no como muchos caballeros de la alta sociedad que creían que el trabajo duro era para los de menor clase. Este hombre era magnífico, al menos su espalda. Estaba segura de que las cosas también estaban funcionando en el frente. El cuerpo de Nathaniel era robusto, fiable, fuerte. Y ella lo quería.

Tragó con dificultad.

—Podría besarme —susurró Anna, tan suave que no había forma de que Nathaniel la hubiera oído.

Pero lo hizo.

Giró tan rápido que chocó con ella. Sus dedos le agarraron el brazo y la mantuvo erguida. Agachando la cabeza, tomó su boca sin dudar ni un segundo. El calor le atravesó la piel, fuera del fuego o por lo acelerado del contacto, no lo sabía. Envolviendo su cuello con los brazos, abrió la boca y lo invitó a seguir. Él envolvió su cintura con los brazos y la apretó contra él.

No podía concentrarse en nada que no fuera él. La fuerza de sus manos en la espalda. La fricción de su barba, frotando su barbilla y sus labios mientras la besaba enérgicamente. Metió los dedos en su cabello y los agarró con fuerza. Parecía que el beso la devoraría, y estaba bien. Valdría la pena. Sus lenguas se deslizaban, sus bocas sabían al dulce jugo de las moras.

Él rompió el beso y ella jadeó. Le mordisqueó la mandíbula y le besó el cuello. Cuando ella ladeó la cabeza, sus labios siguieron el tendón de su hombro. Ella se aferró a él cuando la inclinó hacia atrás para continuar con sus labios hasta el pecho.

—La deseo —susurró contra su piel.

—Sí.

—Ahora.

—Sí.

Sus labios eran como fuego cuando encontró su seno y chupó el pezón. Oh, sí, esta era la decisión correcta. Una mano grande y un brazo fuerte la sostuvieron en su lugar cuando cambió al

otro seno. Su mano libre acarició el primero, presionando la carne y agarrando el pezón erecto entre el pulgar y el índice, apretando suavemente.

Justo cuando sus rodillas estaban comenzando a flaquear, Nathaniel la asentó en el pasto y la echó. Inclinandose sobre ella, sus bocas se encontraron brevemente pero luego pasó su atención a los senos. No tenía idea de que fueran tan sensibles, pero parecía que había una línea directa desde donde succionaba y apretaba la carne con labios hambrientos hasta su mismo centro. Ella se movía incansablemente contra su cuerpo, su virilidad presionándole la barriga.

Esta “virilidad” —no sabía qué más llamarlo, se sentía terriblemente desinformada— era de gran interés para ella. Ella acarició con sus brazos sus hombros, sus costillas, deteniéndose cuando alcanzó su cintura. Todos los lugares donde ella era suave, él era duro. Deslizó una mano entre sus cuerpos para poder tocar esa parte de él que la empujaba tan insistentemente. El momento en que la punta de su dedo pasó sobre la suave piel, él saltó como si lo hubiera herido terriblemente y le agarró la muñeca.

—Lo siento tanto. De veras, lo siento. —Creyó que iba a llorar. Él estaba haciéndola sentir tan increíble y maravillosa, invencible, y ella lo había lastimado con su estupidez—. Oh, no. Yo...

La calló con un beso.

—No me lastimó.

—¿Está seguro?

Él rio.

—Completamente. Es solo que los hombres son muy sensibles allí y no lo esperaba.

—Lo siento.

La besó de nuevo, largo y lento. Su lengua le acarició el interior de la boca.

—No se disculpe. —Aflojó el agarre en su mano y la guio de vuelta hacia él.

Ella lo envolvió con sus dedos, mirándolo todo el tiempo buscando indicios de molestia. Él inhaló por la boca y asintió aprobador. La cosa se movía en su mano. Ella lo apretó y se movió de nuevo.

—Pareciera que está vivo —dijo sonriendo.

Él rio.

—Bueno, nos gusta pensar que sí.

Moviendo la mano de arriba abajo, se sintió poderosa. Su pulgar y su índice se deslizaron sobre la cresta en la cima y descubrió que la cabeza estaba caliente y pegajosa. Una vez más, le agarró la mano.

—Bien —dijo con los ojos cerrados y sacudiendo la cabeza—, suficiente.

—Oh. Qué decepcionante.

—No, no. —Le besó cada pezón y le dio al izquierdo una pequeña mordida—. Es su turno.

Si pensó en protestar que no había terminado con la exploración, el pensamiento se escapó de su mente cuando la besó entre los senos e hizo camino con su lengua hasta su ombligo. La creciente excitación la hacía sentir inquieta una vez más.

Besó cada lado de la cadera y luego la cima de su hueso púbico. Se acomodó y se puso de rodillas entre sus piernas. La punta de sus dedos la tocaron, la acariciaron, apenas sobrevolando la carne, pero ella estaba viva como nunca antes. La anticipación era increíble.

—Es hermosa —le dijo y hundió los dedos un poco más.

—Sabía que no iba a mantener su promesa.

—Puedo parar y...

Ella se levantó apoyada sobre los codos.

—No.

Su sonrisa fue amplia mientras la volvía a echar. Otra vez acariciando su piel, metió los dedos bajo sus rodillas, las levantó y las empujó hacia un lado. Estaba abierta y descubierta ante un hombre que había prometido no mirar, pero estaba mirando ahora, y Anna no habría permitido ni que el general o el ejército de Su Majestad lo detuvieran. Plantó un beso en el pliegue donde su muslo se encontraba con su cuerpo, el roce de su barba era deliciosamente áspero contra su piel. Luego del otro lado, todo el tiempo sus dedos moviéndose contra ella hasta que finalmente una uña arañó suavemente su carne.

El trasero de Anna se levantó, separándose del pasto, provocando una risa en Nathaniel.

—Lo ve, muy sensible.

—Oh, por Dios. —*¡Oh, por Dios!*

Esos dedos separaron sus pliegues y encontraron algo mágico. Luego su dedo se deslizó dentro y ella casi se deshizo.

No le sorprendía que sus amigas estuvieran tan enamoradas de sus esposos. *Oh, Dios Santo.*

Metiendo y sacando, primero un solo dedo luego con un segundo. Su cadera se movía al mismo ritmo que su mano como si hubieran entrenado toda su vida para este momento en especial.

—Está lista para mí.

Ella abrió los ojos y pestañeó.

—Sí. Completamente. ¿Qué necesito hacer?

—Oh, bebé, nada.

Sus ojos bajaron hasta la cosa que había sostenido en la mano y se veía más grande de lo que se había sentido.

—He oído que duele.

Su mano se quedó quieta y la que estaba sobre su estómago también.

—También lo he oído —dijo, asintiendo—. Pero solo la primera vez y solo por un momento. Luego será mejor.

Ella se levantó sobre los codos una vez más.

—Bésemme.

Cuando sus labios se encontraron, ella metió la lengua en su boca como él había hecho. Lo agarró nuevamente en la mano y lo guio hasta su entrada. Esta tan mojada que solo necesito un pequeño empujón de cadera para entrar.

Él intento alejarse, pero ella agarró su nuca y sostuvo su boca contra la suya. Ambos se echaron; ella de espalda contra el pasto, con su largo cabello haciendo de almohada. Él adelantó la cadera, entrando más profundamente mientras ella lo besaba. Ella se tensó ante la primera punzada y él debió sentirla. Detuvo la presión un momento y deslizó una mano entre sus cuerpos. Encontró el lugar mágico y lo tocó gentilmente mientras empujaba con fuerza. Anna sintió una sensación dolorosa momentánea y luego nada.

—¿Todo bien?

—Ajá. —Parecía un poco anticlimático luego de toda la preparación.

Hasta que se retiró y volvió a entrar. Repitió la acción, rodando las caderas y moviéndose dentro de ella. Su cuerpo agarró el ritmo y se elevó para encontrar sus estocadas. La estaba besando, en todas partes, y todo lo que ella podía hacer era respirar. Y encontrarlo en cada acometida. Se movió más rápido y más fuerte, empujando hasta dentro, pero ella envolvió las piernas en su torso intentando que fuera aún más profundo.

—Anna —gimió y luego llenó su boca con un seno. Tirando de su carne y frotando ese lugar, metiéndose en ella, todo al mismo tiempo, sintió algo viniendo, algo magnífico y glorioso.

—Yo... yo... —dijo entre jadeos entrecortados.

—Lo sé —dijo—, déjelo salir.

Se puso de rodillas y sostuvo su cadera y entró en ella de nuevo y de nuevo.

—¡Nathaniel! —Abrió los ojos y arqueó la espalda. Algo milagroso la recorrió entera.

Él gruñó largamente, todos sus músculos se tensionaron, sus dedos se hundieron en su piel antes de temblar y colapsar a su lado.

Quedaron uno junto al otro, respirando pesadamente con las piernas entrelazadas. Eventualmente, enrolló el cuerpo alrededor de ella y la atrajo a sí mismo.

—¿Está bien? —murmuró en su oído.

—Sí. Ahora lo sé. —Giró la cabeza para verlo de reojo—. ¿Y usted?

—Podría estar muerto.

Tomó eso como algo bueno. Justo cuando estaba por dormirse, él la abrazó de nuevo.

—Gracias por no dejar que me ahogara.

Nate aumentó leña a la fogata durante la noche, tanto para permanecer calientes como para mantener a las criaturas más grandes a distancia. Aun así, en algún momento de la madrugada se despertó con Anna temblando a su lado. Sus ropas estaban casi secas, aunque ahora olían a humo. Poniendo su vestido alrededor de ellos, amoldó su cuerpo al de ella.

Un conejo en el pequeño refugio lo despertó temprano, la penumbra del amanecer apenas comenzaba su avance en la cueva. El fuego era casi brasas y un frío húmedo llenaba el aire. Tendrían que levantarse y comenzar a caminar ya. Si se esforzaban, solo estarían un día detrás de Sam y la Sra. Bartley, suponiendo que no hubiera más desgracias en el camino.

Se alejó de Anna y agarró sus calzoncillos de camino afuera. La lluvia se había detenido y el cielo estaba azul por primera vez en días. Miró como el río corría mientras aliviaba sus necesidades en un árbol. El nivel de agua ya estaba más bajo. Con suerte el buen clima seguiría y el sol secaría algo de ese lodo que había causado todo el problema en primer lugar.

Mientras caminaba entre el barro buscando las moras que Anna había encontrado la noche anterior, esperando no perderse, agradeció al cielo por la buena suerte de que ella hubiera dejado el condenado bolso con Sam. Para cuando los encontraran, su hermano tendría una respuesta respecto a las motivaciones de Anna.

Él sabría, finalmente, quién era esta increíble mujer.

Si había alguna posibilidad de algún futuro con ella.

Revivió el fuego agonizante luego se echó junto a ella, con la cabeza apoyada en un codo, la despertó con besos estratégicamente esparcidos. Uno en la nariz seguido de un mordisqueo en la oreja. Cuando ella se estiró, llenó su cuello y clavícula de más. Su cabello salvaje se extendía alrededor de su cabeza como si estuviera vivo.

—Anna —canturreó, y acarició su barbilla y detrás de su oreja con un largo rizo.

—Hmm. —Ella extendió los brazos sobre la cabeza y los volvió a meter bajo la sábana de su vestido—. Está frío.

—Volví a encender el fuego. —Recorrió el vestido hasta que un seno, perfectamente lleno, estuvo expuesto al aire frío. Lo molestó con su lengua hasta que el pezón se arrugó—. Es hora de levantarse y brillar.

Sus ojos todavía seguían cerrados.

—¿Sigue lloviendo?

—No —dijo, con el pezón en la boca—. El cielo está azul, ni una sola nube a la vista.



—¿De veras? —Levantó la cabeza lo suficiente para espiar por la entrada y verlo ella misma.  
Él pasó la lengua sobre la piel sensible bajo el seno.

—Es un buen día para hacer una buena distancia. —Excepto que mientras más pasara despertándola, más querría quedarse desnudo como Adam y Eva en su lodoso Edén.

—Si prometo caminar muy rápido...

Se deslizó bajo el vestido con ella. No necesitaba que se lo pidiera dos veces.

## Capítulo Veintiocho

Incluso sin las constantes instrucciones de la Sra. Bartley, y la subsecuente discusión con el Sr. Johnson, Anna y Nathaniel hicieron buen tiempo retrocediendo por el río hasta St. Louis. El lodo era mucho más manejable sin nada que llevar.

Era un trabajo rápido sobretodo porque Anna nunca se había sentido tan rejuvenecida. Quizás eufórica describiera mejor su humor. O quizás intoxicada. Lo que sea que fuera, nunca había sido tan feliz. Y quizás era su imaginación, pero le parecía que Nathaniel también lo estaba. Estaba conversador y reía con facilidad. Había estado saliendo de su cascaron de reticencia, centímetro a centímetro, desde que había decidido sacarlo mientras aún estaban en el *Patriota de Martha*, pero el último día había salido de sus confines con vigor y buen humor.

Anna descubrió que no podía dejar de tocarlo. Qué alegría estar a solas con él luego de esa increíble noche en la cueva. Y esa excepcional mañana. Pensar en eso la hacía sonreír, y un relampagueo del mismo calor la llenaba. Estaba sorprendida de no sentirse más avergonzada, considerando que él había visto absolutamente todo de ella. Pero claro, luego recordaba que también había visto absolutamente todo de él y comenzaba a soñar despierta.

Muchas veces, en momentos silenciosos, Nathaniel había mirado y la había encontrado caminando cerca de él, sonriendo a pesar de estar mordiéndose el labio inferior, mientras recordaba sus besos o la forma experta en la que le había acariciado el cuerpo, o la primera vez que había entrado.

La verdad, la segunda vez que entró había sido mucho mejor. No hubo dolor esa vez; había sabido que esperar. Pero incluso más excitante fue cuando rodó en el piso y la puso arriba, con las rodillas a ambos lados de la cadera. Había sido su turno de lamer y probar, y lo había aprovechado. Había sido lo suficientemente atrevida para incluso pasar la lengua por su mástil y colocar un beso en la oscura cabeza roja.

—¿Cómo le digo? —le había preguntado juguetona, señalando el órgano inquieto en su mano—. Sé el nombre griego: *phallus*. Mi amiga Thea, la esposa del duque, me enseñó. ¿Qué le dicen los hombres?

Él intentó sonreír, pero tenía tensa la mandíbula. Ella sabía ahora que no le estaba haciendo daño. Dado que ella había experimentado el mismo tipo de “dolor” cuando él jugaba con su cuerpo, ella estaba disfrutando enormemente el control que tenía sobre él.

—Polla.

—¿Polla? ¿Cómo gallina? —Pasó el pulgar sobre la raja y esparció la gota de fluido que había salido de la punta. Colocó el pulgar en su boca. Salado—. ¿En serio? ¿Por qué?

Su cadera se tensó contra ella y gimió.

—No lo sé. ¿Quizás porque siempre está listo y levantado en la mañana?

—Hmm. —Pensó en la teoría mientras lo envolvía con ambas manos.

—Quiere que lo lama.

—¿Tiene mente propia entonces? —bromeó. Encontró y sostuvo su mirada y luego bajó la boca. Su lengua hizo camino lentamente alrededor de la cabeza, dando círculos lentamente alrededor de la cresta antes de besarlo de nuevo. Nathaniel la miró con los párpados caídos, con la respiración trabajosa y la boca abierta.

—¿Qué más quiere su polla? —le preguntó, sintiéndose la mujer más poderosa en el mundo.

—A usted.

Le agarró la cadera y le mostró como ponerse encima y meterlo dentro. Lo hizo lentamente, mirando su expresión todo el tiempo.

Él gimió y arqueó la espalda.

—Jesús.

Agarró el ritmo a moverse sobre él rápidamente y estaba tirando su cabeza hacia atrás con salvaje abandono mientras él la sostenía y se elevaba para encontrarla. Sosteniéndose de sus bíceps, lo cabalgó hasta llegar nuevamente al borde y dejarse caer. Él se le unió un momento después con un gruñido gutural. Hubo un momento de duda cuando consideró la posibilidad de que hubieran hecho un bebé, pero la empujó a un lado, pensando que se preocuparía por eso cuando el momento llegara.

Anna tenía un don para encontrar comida por el camino y descubrió varias manzanas suaves y amarillas. Luego descubrió unos espárragos salvajes y unos dientes de león verdes que comieron mientras caminaban. Lo sorprendió con uvas para el postre.

—Hábleme de su padre —le dijo más tarde ese mismo día. Aún les quedaba mucha luz para caminar.

—¿Qué hay con él?

—¿Cómo es?

No contestó inmediatamente.

—No lo sé. Honestamente, no lo conozco tan bien. Mi madre murió cuando tenía casi doce. Hasta ese punto lo habíamos seguido en sus campañas con el resto de la gente.

—¿De verdad? —dijo, la incredulidad coloreaba su expresión.

—Sí —asintió—. Mi madre curaba a los heridos y supervisaba la lavandería. Pasé mi infancia en Ceylon. Luego fuimos a aplastar la rebelión irlandesa. India fue donde mi mamá se enfermó. — Sus manos se encontraron y entrelazaron los dedos—. Algún tipo de fiebre. Nunca se recuperó. Incluso cuando llegamos a Inglaterra no estaba bien y le costaba viajar. Se puso peor y peor. Los doctores en Londres le hicieron sangrías y todo lo que pudieron, pero...

—Lo siento —le dijo.

Anna asintió.

—Estaba inconsolable, y mi padre no sabía qué hacer conmigo. El duque de Morewether era su amigo más cercano. Crecieron y fueron juntos a la escuela. Su esposa me acogió en su casa y viví con ellos desde entonces. Es casi como una madre para mí y Frankie es mi amiga más querida. Christian, el duque como lo conoces, hace el papel de hermano mayor sobreprotector con mucha actitud. ¿Pero mi propio padre? —Se detuvo de nuevo. Hasta este viaje, su padre era un tema en el que no se había permitido pensar mucho. Era tan extraño en su vida que podía pasar meses y meses sin pensar en él.

—Mi madre murió cuando tenía diecisiete —soltó él, como si no estuviera acostumbrado a decirlo. La miró de reojo—. Hubo un incendio. Él y mi hermano del medio, Aaron, murieron. Fui miserable por un tiempo después, pero tenía a Sam y a mi padre. No puedo imaginar lo terrible que fue para usted perder a su madre. Yo ya era adulto y aun así la extraño todo el tiempo. Para una chica tan joven... lo siento.

Ella le apretó la mano.

—No crea que he sido miserable. Frankie y Christian y la duquesa me aman mucho, y yo a ellos.

—¿Su padre esperaba que se le uniera en campaña?

—Oh, Dios no. El duque de Morewether acordó recibirme y ese fue el fin. No podía ni siquiera decidir qué quería a largo plazo, de todos modos. La vida en campaña es muy dura. No

hay tiempo para divertirse y hay pocas oportunidades para el amor. Apegarse a la gente no era buena idea. Los jóvenes con los que me encariñé, o por los que una jovencita suele caer, siempre morían. Era mejor vivir en el lujo que el duque proveía.

—Puedo ver por qué querer vivir cómodamente.

—No lo malentienda. Sí, son muy ricos, pero también son una familia llena de amor y compasión. Yo no era su única huérfana, por decirlo así. Frankie conoció al amor de su vida a los seis años. Thomas siempre estaba en casa por muchas razones parecidas a las mías. Su familia no lo quería alrededor más de lo que mi padre me quería.

Nathaniel abrió la boca como si fuera a decir algo, luego cambió de opinión.

—Mi padre es un hombre importante. Creo que hizo lo que creyó que era mejor y probablemente lo fuera. ¿Cómo podría haber cuidado de una chica mientras cuidaba a todos sus hombres? —Su padre se había visto roto, de alguna forma deteriorado después de que muriera su madre—. Además, creo que le recordaba a ella. No podía permitirse distraerse así. —Respiró profundo y alejó el dolor del abandono—. Le escribo. Me escribe cuando puede. Es todo bien pulcro y ordenado.

Él le acarició la mano con un dedo.

—Suenan muy impersonal. No entiendo por qué vendría hasta aquí para encontrar al hombre cuando parecía feliz de deshacerse de usted.

—Cuando lo pone así, suena horrible. No creo sentirme como si se hubiera deshecho de mí. Él también tenía roto el corazón y no sabía qué hacer conmigo. Tenía deberes que atender y el duque se ofreció. Las semanas se hicieron meses y luego años. Hubo institutrices y tutores y temporadas en la casa de campo. Pasaron navidades y aniversarios de la muerte de mamá, y cumpleaños. Rodillas raspadas fueron besadas y vendadas, se calmaron pesadillas. Antes de darme cuenta, la duquesa estaba auspicando mi presentación.

—Supongo que me cuesta reconciliar que su padre eligiera ser ausente. Alguien que no estuvo en su vida y aun así viaja medio mundo y pone su vida en riesgo incalculable para encontrarlo.

Ella soltó su mano y se detuvo en seco.

—Quizás soy una tonta. Quizás no me ama en absoluto y me he estado mintiendo todos estos años. Pero el hecho es que es toda la familia que tengo. —Se detuvo y miró en su interior, buscando una respuesta que todavía la eludía—. Tengo un miedo desesperante a estar sola en este mundo. Si los padres no son tu vínculo más fuerte, ¿entonces quién lo es?

Él se encogió de hombros.

—Por como los describe, la familia del duque es más su familia que su padre.

Ella sonrió y siguió caminando.

—Eso es lo que dijeron cuando propuse este viaje.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó, tomando su mano de nuevo.

—¿Por qué salió corriendo a Inglaterra para encontrar a Sam?

—Porque fue encerrado injustamente.

—Y porque lo quiere.

—Claro. Ya perdí un hermano y a mi madre. No podía dejar que nada le pasara.

Ella levantó las cejas y esperó que conectara las ideas, pero era demasiado lento.

—¿Por qué yo no debería preservar lo último de mi familia? Aunque desconectada y perdida, mi pequeña familia es la única conexión real que tengo con mi madre.

—Anna. —La detuvo de nuevo y sostuvo sus hombros—. Es demasiado. ¿Tiene idea de lo grande que es este país? Las posibilidades de que encontremos a su padre, o que lo encontremos

vivo, son tan remotas que ni siquiera puedo dárselas. Este asunto es una locura. Cuando llegemos a St. Louis, si él no está ahí, tiene que detener esto.

—¿Habría dejado de buscar si Sam no hubiera estado en la primera taberna desvencijada que buscó? ¿A dónde habría llegado para buscarlo? ¿Cuánto tiempo? ¿En qué tiempo se da uno por vencido con su familia?

Dejó caer la cabeza.

—No es lo mismo. Sam y yo éramos, somos cercanos. No puede decir lo mismo de su padre.

La brisa suave soplaba las hojas por sobre sus hombros y el sonido del río les daba un constante telón de fondo. Sus pies estaban cansados. Su cabello necesitaba desesperadamente un cepillado. El vestido que llevaba estaba sucio y roto y tenía una marca de quemadura por la secada junto al fuego.

Nathaniel se veía desesperado. Lo manifestaba en el agarre en sus brazos, en la preocupación en sus cejas mientras la miraba con tanto propósito. ¿Qué haría cuando finalmente encontrara a su padre? ¿Nunca más volvería a ver a Nathaniel? ¿Era demasiado esperar que él la quisiera tanto como ella a él? Nunca podría haber sospechado, o atrevido a esperar, que encontraría un hombre como él en este viaje, un hombre tan atractivo y viril. Más allá de eso, era honorable y su familia era su causa más importante. La hacía sentir querida en la forma que un hombre desea a una mujer, y por primera vez, ella también lo deseaba. En todo Londres no había hombre que despertara en ella tal ardiente apreciación por la silueta masculina. Por ninguno de sus pretendientes saltaría ella a un río furioso sin arrepentirse por el buen vestido perdido o las botas.

¡Ay! Pero el odio de Nathaniel por los británicos no era secreto, y Anna no sabía cómo superar ese obstáculo. ¿Estaba preparada para rendirlo todo en Inglaterra y quedarse aquí con él? Era una proposición excéntrica, pero una que le había rondado la cabeza tan pronto como saltó a ese río. Él no le había dado ningún indicio de que hubiera algo más en su relación que simple camaradería y deseo, pero pensar en perderlo era más de lo que quería considerar.

Aun así, si había una cosa que su padre le había enseñado, era que a veces el amor no es suficiente.

## Capítulo Veintinueve

Avanzaron sin descanso, intentando llegar a donde se habían separado de Sam y de la Sra. Bartley. Anna les había dicho que se encontraran en St. Louis, pero sería mejor encontrarlos antes. Incluso aunque St. Louis no estaba siquiera cerca al tamaño de Nueva Orleans, había varios miles de personas allí, con mucho la ciudad más grande en el territorio de Missouri y sería difícil encontrarlos una vez allí.

Nate pasó el siguiente día intentando convencerse de no ceder al apego que su corazón estaba desarrollando. Quería creer desesperadamente en su historia. Todo parecía verdad en su corazón, pero su cabeza le exigía la verdad sobre los contenidos del bolso. ¿Qué estaba escondiendo? ¿Por qué tenía que tenerlo cerca todo el tiempo? Sin importar lo sincera que se había visto al contar su historia, la veracidad necesitaba confirmación. Había muchas preguntas sin responder, y se las recordaba como una lista de compras, una letanía de sus posibles pecados.

¿Por qué se le habían acercado los hombres de la Oficina de Guerra en el puerto? ¿Qué le habían dado? ¿Qué había visto Sam ese día en su camarote? ¿Quién era la Sra. Bartley en realidad?

Partes de su historia parecían falsas, sin importar lo mucho que llegara a conocerla. Era la mayor estupidez dejarla venir en este largo viaje a América hacia lo desconocido y salvaje del oeste americano si su única ocupación era la de dama de sociedad, como ella insistía. Seguro las historias de los ataques indios llegaban hasta la curiosa Inglaterra.

No importaba. Todas esas preguntas sin respuestas eran acalladas cuando alejaba ese cabello salvaje de su rostro y la besaba. O se acostaba con ella. Ansiosa por complacer, hacía el amor de la misma manera que había saltado al embravecido río Mississippi, con abandono salvaje y poca reflexión. Si no hubiera estado tan apresurada por encontrar al General, Nate la llevaría hasta St. Louis, encontraría un hotel y no lo dejaría por una semana, y solo para aprovisionarse de comida para mantener las fuerzas. Demonios, habría sido perfectamente feliz quedándose en su pequeña cueva, copulando como salvajes, viviendo de moras y hierba.

—¿Sabe qué me gustaría? —preguntó Anna. Estaban en la tarde y la humedad les había pegado la ropa a la piel. Anna había envuelto su cabello con una rama filosa y estaba haciendo tan buen trabajo sosteniendo sus mechones como cientos de broches.

Levantó las cejas y le sonrió lascivo.

—No. —Sacudió una mano—. Quizás. Bueno, sí, pero me refería a algo para comer.

Él rio. Incluso después de todo lo que habían hecho, se sonrojaba. Era encantador.

—Déjeme adivinar. Té caliente con leche y galletas de chocolate.

—Las galletas son bizcochos, ¿no es cierto?

—Sí.

—Suena encantador, pero no era lo que estaba pensando. —Subió a una roca grande y se paró encima con las manos haciendo sombra a sus ojos. Miró hacia el norte, pero sacudió la cabeza, lo que indicaba que no veía nada—. No, me gustaría un buen asado con papas, zanahorias y cebolla. Un pedazo de pan grueso con mantequilla y jamón. Un vaso de vino tinto. Quizás un pudín de postre.

—A mí me gustaría una pinta de cerveza. Nada puede bajar el polvo del viaje como una buena cerveza. —Le agarró la mano y la ayudó a bajar.

—Huevos fritos con tocino.

—Tarta de manzana.

—No empiece con los postres. Una vez comí el rollito más delicioso en París. El panadero los llenó de crema y chocolate. Cada mordisco era para morir.

Nate saludó a los hombres flotando en una barcaza en el río.

—Buenas. —Cuando los hombres le saludaron de vuelta, hizo un cono con las manos alrededor de su boca y gritó—: ¿A qué distancia está St. Louis?

—Poco más allá de Merrimack —gritó un hombre de piel oscura—. Quizás veinte millas después.

Nate le agradeció.

—Bueno, en veinte millas comeremos un desayuno enorme que se convertirá en almuerzo y luego cena.

—Y yo compraré un vestido nuevo. —Miró la miserable prenda que tenía. En verdad, apenas se reconocía un vestido en este punto. Quemado, sucio, lleno de agua de río sucia, roto y atado se había vuelto un mapa de su viaje.

—Como que odio que se vaya.

Ella lo miró con fijeza.

—Si mi criada viera esto, se desmayaría. Y si Frankie y las chicas me vieran, nunca me reconocerían. Apuesto a que me veo pero que Olivia cuando la encontraron en las calles de Londres.

Para pasar el tiempo, le había contado sobre todos sus amigos en casa. Él estaba vagamente enterado de la historia de Olivia y su esposo, Lord Cavendish, debido a su pequeño rol en ello y disfrutó inmensamente enterarse cómo su parte había entrado en todo el gran esquema. Le contó toda la historia con un agradable sentido del humor, usando gestos e imitando las voces de sus amigos. Incluso mejor fue la historia de cómo el duque de Morewether fue sometido por su prometida, Althea. Nate se rio hasta doblarse en dos cuando ella le explicó cómo su prometida lo había dejado fuera de su habitación casi una semana. Era obvio en la narración, que ella y su grupo de amigos eran cercanos y significaban mucho para el otro.

Además de la relación con su hermano, Nate no tenía muchos amigos. Los hombres en sus barcos le eran cercanos en tanto que tenía que mantener cierta camaradería con otras personas. No era fácil cuando había pasado su vida yendo y viniendo en rutas marítimas. No quería decir que no conociera mucha gente. Tenía conocidos por todo el mundo: Antigua, Bahamas, varios amigos en India que podía buscar cuando estaba allí buscando seda y otras cosas. Jugaban cartas y bebían juntos y hacían bromas sobre mujeres mientras hacían negocios, pero no había uno al que considerar un amigo de verdad.

No se había dado cuenta de que le faltaba algo en la vida hasta que llegó Anna.

La detuvo y la envolvió en sus brazos. Dramáticamente, la inclinó contra su brazo y la besó hasta quitarle el aliento. Tenía que sacar todo eso de su sistema. Tan pronto volvieran a la civilización, tendrían que dejar de pretender tener intimidad.

—Dios —dijo, cuando la volvió a dejar de pie y la soltó—. ¿Y eso por qué fue?

—Porque puedo.

Su sonrisa era radiante.

Caminaron hasta que no hubo más luz para ver. Pasaron el lugar donde el río Merrimack se unía al Mississippi en cuanto el sol se ocultaba detrás de los árboles. Cuando se encontraron con algunos pescadores, les preguntaron si habían visto a Sam y a la Sra. Bartley. Con un fuerte acento alemán, les dijeron que un hombre y una anciana habían pasado con una mula y un mapache.

—Discutían todo el tiempo —dijo el más joven y se subió los pantalones.

Anna asintió.

—Son ellos.

El otro hombre mantuvo una mirada fija en Anna, una mirada de interés que irritó a Nate. Cómo no era obvio que estaban juntos, no lo entendía. Hubo una explosión de conversación en alemán y luego el más joven le preguntó a Nate si estaría interesado en intercambiar a la mujer.

La expresión de Anna habría sido divertida si la pregunta no hubiera sido totalmente inapropiada. Nate respondió firmemente que no y le sostuvo la mano mientras ella daba la vuelta y se marchaba.

—Vamos —le dijo para calmarla luego de que se alejaron bastante—, fue divertido.

—Solo porque no fueron dos mujeres viejas ofreciendo cambiarte. —Luego de varios segundos, preguntó—: Me pregunto qué le habrían dado por mí.

—Si hubiera habido tocino en la oferta, habría estado en peligro.

—Si hubiera habido tocino en la oferta, habría ido voluntariamente.

Esa noche, luego de comer un poco de pescado que los decepcionados pescadores les habían dado, por pena supuso Nate, y que se hubieron amado con un feroz abandono, la sostuvo con fuerza. Miraron las estrellas e ignoraron las hojas rompiéndose bajo sus cuerpos.

—¿Qué hará cuando encuentre a mi padre? ¿Cuándo termine conmigo? —preguntó ella.

No podía imaginar terminar con ella.

—¿A qué se refiere? —Acarició la curva de su cuello con cuidado de no rasparla con su barba.

—Cuando ya no se sienta responsable de mi seguridad.

Cuando finalmente se determinara si era real o falsa.

—No lo sé. No lo he pensado mucho. Supongo que llevaré a Sam a Boston. Nuestro padre querrá verlo.

Ella asintió y su cabello le hizo cosquillas en la quijada.

—Sospecho que debe estar desesperado por tener noticias.

—Envié una nota desde Nueva Orleans.

—¿Entonces?

—Nuestra compañía fue gravemente afectada durante la guerra. Habrá mucho que hacer para hacerla crecer de nuevo. —Una mano sostuvo un seno y lo apretó suavemente.

—¿Entonces mucho que navegar? —Su mano se movió para cubrir la de él.

—Sí. Navegar y comerciar. Esa es mi vida.

—Pero le encanta.

Le dio besos en el hombro.

—Sí. —Pero últimamente había estado pensando en lo lindo que sería ir a casa cada noche, a su propia cama y a su propia mujer. Quizás algunos niños.

Ella giró la cabeza y encontró sus labios.

—¿Qué hay de usted? —le preguntó, cuando se giró para mirarlo—. ¿Qué hará cuando vuelva a casa? ¿Reasumir su calendario social? ¿Vestirse bonita para sus bailes y tés y deberes de caridad?

Sus dedos le tocaron las costillas.

—Supongo, si me aceptan. Hay una posibilidad de que vuelva a casa arruinada. No, no importa —dijo cuando él abrió los ojos para protestar—. Ir en esta aventura salvaje ya era suficiente condena a sus ojos. Lo sabía al acero. Bien podría volver y vivir como literata. Ser la tía querida de los hijos de mis amigas. Pasar mis días con la duquesa viuda.



Cuando lo decía en voz alta sonaba patético, y probablemente lo era. Pobre y patética Anna.

—Me está matando —le dijo. La intensidad de su mirada la hizo pestañear.

¿Qué se suponía que tenía que decir?

—Quizás sea un éxito. Tendré rienda libre para actuar de manera inapropiada y quizás eso y el amor de mis amigos harán que me inviten a las mejores fiestas. Será algo de lo que otros puedan hablar y querrán asegurarse de que asista a cada función porque quién sabe qué locura hará Anna Sinclair.

Sus cejas se juntaron y ladeó la cabeza.

—No me estoy quejando. Hice este viaje sabiendo los posibles resultados. Usted podrá volver a cualquier vida que elija, eventualmente encontrará una prometida adecuada, alguna dama con buenas conexiones de Boston o Nueva York. Quizás Filadelfia. Tendrá un heredero para Grandes Embarcaciones Americanas. Su vida está arreglada.

¿Por qué sonaba tan enojada? ¿Estaba tan desconsolada? ¿Qué había esperado de él? ¿Qué dijera que la quería más que nada? ¿Que daría todo lo que tenía e iría con ella a Inglaterra, un país al que odiaba más que nada? ¿Creía que él le pediría que se quedara? ¿Era eso lo que en verdad quería? No, no lo era. Preferiría no ser una esposa si debía quedarse en casa manteniendo vivo el hogar mientras él navegaba por el mundo meses o años. Su idea de matrimonio estaba a estrellas y lunas de distancia.

—Nunca dije que eso fuera lo que quería para mí. —Él sonaba enojado también.

Ella no sabía cómo su intimidad se había disuelto tan pronto, pero ahora el aire estaba lleno de tensión. Ella se encogió de hombros y movió la mano hasta su rostro, intentando calmarlo, y quizás como resultado, a ella también. Lo besó suavemente en los labios.

Su voz todavía tenía cierto borde cuando habló.

—Hay muchos caballeros en los bailes esperando su retorno. Si son inteligentes, la agarrarán, aunque sea para rescatarla de la indignidad de su nueva posición en la sociedad. Estará agradecida y se casará felizmente.

—Lo tenemos todo decidido, ¿no? —No pudo evitar que la tristeza se notara.

Él se deslizó entre sus piernas y colocó la tela de su vestido sobre ellos. Chupo uno de los senos y apretó el otro apenas dolorosamente. Ella envolvió las piernas en su cintura y lo atrajo hacia ella mientras él entraba. Poniéndose de rodillas, la agarró con firmeza y se metió en ella tan fuerte que ella tuvo dificultades sujetándose. Sus ojos estaban cerrados y su rostro levantado hacia el cielo. Ella apretó sus muslos, se aferró a él con las piernas. Lentamente redujo el ritmo, hasta que su antagónico encuentro fue menos vengativo y más apasionado. Él abrió los ojos y la miró hasta que ella lo hizo bajar para besarla. Este beso era suave y lleno de significado, como un acuerdo. Anna no sabía qué significaba, pero esta nueva suavidad la hacía querer llorar y cuando él los llevo al borde a ambos, una lágrima cayó por su mejilla.

Estaba enamorándose de este hombre.

¿Qué no sacrificaría por mantenerlo?

## Capítulo Treinta

La ciudad de St. Louis era ajetreada. No era como Londres, pero la gente de Missouri se apresuraba por las calles como si tuviera un propósito. La idea de encontrar al Sr. Johnson y a la Sra. Bartley entre la multitud era desalentadora, sin mencionar el localizar al padre de Anna.

Ninguno de los dos tenía fondos o crédito para conseguir una habitación de hotel o un baño o un vestido.

—Bueno —dijo Nate mientras los dos se quedaban parados cerca del muelle, agarrados de las manos—. ¿Alguna idea de dónde podríamos comenzar?

Anna tenía ganas de llorar. Estaba cansada, hambrienta, sucia y emocionalmente agotada. Su moral no podía estar más baja. A menos que su padre estuviera muerto. Siempre había la posibilidad de oscurecer su semblante.

—Yo... Nosotros... No.

Un hombre que empujaba un carro con pescado apareció a su lado y tuvieron que apartarse del camino para no ser atropellados.

—¡Quítense del camino! —ladró.

—¿Dónde cree que nos esperarían? —Anna pellizcó nerviosa su vestido, avergonzada de su apariencia desaliñada.

Nate le tomó la mano y avanzaron.

—¿Hicieron algún plan antes de hacer ese espectacular zambullido?

Anna suspiró.

—Tristemente, no. Estaba demasiado preocupada por usted. —Ella le sonrió—. Un curso de acción que reconsideraría si tuviera que hacer todo de nuevo.

Esa era su chica. No tenía idea de qué haría si su fiel Anna se desmoronaba en ese punto.

—Es probablemente seguro que Sam esté en alguna taberna humedeciendo la boca si es que no está ya por lo alto.

—¿Deberíamos comenzar allí?

—Seguramente podemos aprovechar mejor nuestro tiempo que espiando cada taberna en la ciudad. Debe haber docenas. —Además, no quería que un montón de rufianes se hicieran la idea equivocada de Anna. Se veía tan desesperada que alguien podía malentender su propósito en ese lugar.

Él los llevó a una calle lateral y anduvieron hasta que llegaron a lo que parecía ser el centro del pueblo.

—Allí. —Apuntó al otro lado de la calle. *Missouri Gazette* se leía en el frente y los llamaba a acercarse.

—Brillante. —Anna cruzó la calle con júbilo rejuvenecido al caminar.

A su llegada se encontraron con un joven con lentes redondos y nariz chorreante. Se limpiaba continuamente la cara con un pañuelo. Los miró de arriba abajo con desdén.

—Buenas tardes —dijo Anna, su marcado acento británico nunca había sonado tan extraño.

Nate se adelantó.

—Me preguntaba si podría ayudarnos.

El joven del periódico elevó las cejas.

Anna le sonreía ampliamente. Su entusiasmo era un poco alarmante considerando el estado de su cabello y vestido. Nate suponía que no debía encontrarse con muchas mujeres como Anna, con

ramitas saliendo de su cabello y el vestido literalmente atado en los hombros. El hombre se alejó un paso hacia atrás.

—Nos separamos de nuestra compañía y su periódico fue el primer lugar en el que se nos ocurrió buscar —dijo Anna efusivamente, pensando que estaba halagando al hombre.

—No tenemos ninguna “compañía” aquí. Ciertamente sabría algo si hubiera. —Nunca quitó los ojos de ella.

—Habrán llegado ayer más o menos —añadió Anna intentando ser de ayuda.

—No.

—¿Está completamente seguro?

Nate le tocó el brazo.

—Déjeme intentarlo. —Dirigió su atención al periodista—. Mi nombre es Nathaniel Johnson de Boston. Esta señorita es Anna Sinclair. No es de por aquí como debe haber notado.

El otro hombre apartó la mirada de Anna.

—¿Es broma?

Nate ignoró el sarcasmo.

—Nos encontramos algunos problemas durante la inundación. Como puede ver, nuestras ropas no podrían estar peor. —Anna pasó las manos por su falda como si quitar una o dos arrugas hicieran la diferencia—. Nuestros acompañantes eran solo dos, mi hermano Samuel Johnson, y una mujer mayor, la Sra. Bartley, tampoco de por aquí. Cuando nos separamos, quedamos en encontrarnos en St. Louis. Ahora que estamos aquí, no sabemos dónde comenzar nuestra búsqueda.

El hombre miró a Nate con un rostro vacío de expresión. Luego de un momento, agachó la cabeza y miró por debajo del escritorio.

—No. Nada.

Anna se paró lo más erguida posible y le lanzó una mirada avasalladora.

—¿Señor...?

El hombre pestañeó.

—Henderson. Gregory Henderson.

—Bueno, Sr. Henderson. No tiene por qué ser descortés.

La puerta se abrió de nuevo y otro hombre entró, sus brazos cargados de papeles desordenados, un cigarro sobresaliendo de su boca. Se detuvo en seco cuando los vio. Asintió hacia Nate y miró a Anna.

—¿Henderson? —preguntó.

—Esta gente... —El joven enfatizó la palabra como si la estuviera usando vagamente para describir a la pareja frente a él—, está buscando a sus compañeros.

Anna caminó hacia delante y ofreció una mano antes de darse cuenta de que él no tenía ninguna libre para tomarla.

—¿Está a cargo?

Asintió y un poco de ceniza cayó sobre el montón de papeles.

—Carson. Editor. Dígame, ¿es usted británica? —ella asintió—. Vinieron ayer buscándola.

Anna, Nate y Gregory Henderson se miraron con sorpresa.

—¿En serio? —dijeron al unísono.

El Sr. Carson lanzó los papeles al Sr. Henderson quien los agarró como si fuera algo que sucedía a menudo.

—Tengo las notas justo aquí. Iban a colocar un anuncio para ustedes. —Rebuscó en su escritorio, aparando pilas de papeles y añadiendo a otros montones. A Nate le parecía todo

bastante arbitrario, pero el hombre debía tener algún tipo de sistema ya que apareció triunfante sosteniendo un pedazo de papel—. ¡Ajá!

—¡Excelente! —saltó Anna mientras Nate agarraba la nota—. ¿Dónde los encontraremos?

El Sr. Carson giró hacia el Sr. Henderson.

—Greg, ve a la casa de la Sra. Simpson y dile a la mujer que los encontramos.

—Sí, señor. —El Sr. Henderson partió con celeridad, pero no se veía contento de ser el chico de los recados.

—Por favor, siéntense. ¿Puedo traerles una taza de café? —El editor les indicó una silla y Nate guio a una agradecida Anna a ella.

—Me encantaría una —dijo él. Esa idea de café caliente le parecía el paraíso.

—¿Supongo que no tendrá algo de tocino? —preguntó Anna con el rostro lleno de esperanza.

—No tengo. ¿Puedo ofrecerle un panqué de arándano? Mi esposa es una buena cocinera y recogieron los arándanos ayer.

Anna se desinfló visiblemente.

—No, gracias. Temo que si como otro arándano, me volveré azul.

El café era fuerte y caliente y Nate se sintió instantáneamente reavivado. Su estómago rugió.

La oficina del periódico consistía en varios escritorios vacíos en varios estados de desorden, pero ninguno se equiparaba al del Sr. Carson. El hombre mismo parecía vivir así. Sus ropas estaban limpias y en buen estado, pero ninguna parecía quedarle como si le perteneciera. Su camisa colgaba de los hombros con espacio suficiente para poner otra persona junto a él. Era gracias a un buen par de tirantes en sus pantalones que todo se sostenía, aunque se movían a su alrededor cuando caminaba como si estuviera utilizando un barril.

Anna, quien había estado tan habladora en el camino, parecía haberse desmoronado en la silla.

Él colocó una mano en su hombro.

—¿Está bien?

—¿Hmm? —Giró para mirarla. Quitó algunas ramas de su cabello—. Oh, sí, estoy bien. Supongo que solo estoy cansada y desesperada por un baño.

El periodista asintió.

—Un buen aseo le haría bien, querida.

—Han sido dos días muy difíciles —confesó Nate.

Cuando le dijo sobre la lluvia y el lodo y caer al agua y el subsecuente “rescate” atrevido de Anna, el Sr. Carson prestó su completa atención. Sacó un bolígrafo para tomar notas, pidiendo detalles. Quería aclaraciones sobre por qué estaban viajando a St. Louis en primer lugar.

—No les importa si hago una columna sobre su historia, ¿o sí? A la gente le gusta una buena aventura y esta historia lo tiene todo. Una heroína muy valiente. —Aquí el Sr. Carson se detuvo y miró a Anna especulativa—. Una hermosa heroína. Una causa noble. Voy a evitar hablar del general británico porque nuestros lectores todavía siguen un poco resentidos. Usted entiende.

Anna levantó la cabeza.

—¿Sabe algo de su ubicación? ¿Cualquier cosa? Les hemos preguntado a todos los que hemos encontrado en el camino y nadie parece saber nada.

Antes de que el Sr. Carson pudiera responder, la Sra. Bartley atravesó la puerta de la tienda.

—Oh, Anna —chillón, la cúspide del drama—. He estado tan, tan preocupada. Mi único trabajo era protegerla. Estaba casi desesperada decidiendo qué iba a decirle al duque.

Anna abrazó a su chaperona. Nate rodó los ojos internamente. Chaperona en verdad. No que se estuviera quejando, pero era totalmente inútil protegiendo a Anna o su reputación.

—Oh, silencio. —Anna palmeó la espalda de la Sra. Bartley—. Estoy bien como puede ver.

—¿Bien? ¿bien? —chilló la Sra. Bartley—. Mírese. Está hecha un desastre. ¿Qué dirá la gente?

—¿Qué gente? —preguntaron Anna y Nate al mismo tiempo.

El Sr. Carson estaba disfrutando la reunión casi tanto como la historia original. El Sr. Henderson se quedó fuera de toda la escena. En vez de eso, hizo su camino por el borde de la habitación para alejarse tanto como fuera posible de la escandalosa mujer.

Qué hombre más inteligente.

La Sra. Bartley sacudió las manos angustiada como si pudiera volar con un poco de impulso.

—Nos alquilé unas habitaciones. Démoste un baño y un par de ropas nuevas. Con suerte, nadie nunca se enterará.

—¿Tiene mi bolso? ¿Qué hay de Violeta? ¿Está bien? ¿Y Goldy? ¿Nuestras provisiones? — Las preguntas salieron de Anna con la velocidad de un rayo.

El bolso. Nate no se había preocupado por él por dos días enteros.

—¿Dónde está Sam?

—Sí, sí, sí. Tengo todo. Los animales están a salvo y estarán emocionados de verla tanto como yo. —La Sra. Bartley pasó su atención a Nate—. Su hermano está en la taberna bebiendo hacia su muerte anticipada. He hecho todo lo que pude, pero creo que debería ir allí y sacarlo de la oreja.

Anna agradeció al Sr. Carson y permitió que la Sra. Bartley la sacara de la oficina, pero no antes de decirle al periodista que regresaría con dibujos de su padre. El Sr. Carson prometió ver qué podía averiguar sobre el general.

Nate decidió que lo más importante era encontrar a Sam. Nunca habían sido más importantes los contenidos de ese maldito bolso. Antes, era solo el destino de su país lo que estaba en juego.

Ahora también su corazón.

Sam estaba en la taberna justo como la Sra. Bartley había predicho. No estaba tan ido como para no saltar y abrazar a Nate y darle palmadas en la espalda.

—Es bueno verte —dijo Sam y le indicó al camarero que le diera otra ronda de bebidas—. Siéntate y bebe conmigo.

Nate lo hizo porque Dios sabía que necesitaba una.

—¿Viste el bolso?

Sam lo ignoró.

—Dime qué pasó.

—¿Viste el bolso?

Su hermano dio un trago largo.

—¿Qué tan lejos los llevó el río?

—Samuel.

Rompiendo el contacto visual, Sam sacudió la cabeza.

—Jesús. Me dijo que te dio el bolso cuando saltó. ¿Cómo pudiste no ver dentro? —Nate se dejó caer en la silla y se rascó el rostro sucio con manos igualmente sucias.

—Porque al principio pensé que ambos se iban a ahogar y quería al menos salvarte. Y luego esa maldita mujer lo confiscó y no le he tenido en mis manos desde entonces. Me embriagué unas cuantas veces y pensé en golpear a la mujer en la cabeza y agarrarlo. No es como si mi tiempo en esta tierra no hubiera mejorado sin tener que oírlo, pero resulta que incluso ebrio, no puedo matar a la anciana, inglesa o no.

—Claro, lo siento. —Nate terminó la cerveza de un largo trago y pidió otro. Por primera vez en días, su sed se sació.

—Supongo que tú no descubriste nada tampoco. —Su hermano lo miró expectante.

Nate cerró los ojos y sacudió la cabeza. Había descubierto muchas cosas, pero lo que había en ese bolso no era una de esas.

—¿Hiciste algo más que besarla?

Cuando los ojos de Nate se abrieron de golpe, su hermano tenía una media sonrisa.

—¿Qué?

—En todo ese tiempo a solas. No me digas que no hiciste nada más que besarla.

—La mujer probablemente sea una espía para la corona inglesa. —¿Dónde diablos estaba el camarero con la otra bebida?

—Entonces era tu deber como americano hacer más que besarla.

—No seas ridículo.

—Esa es tu excusa, entonces. Cuando protestas así y te pones todo regio e imponente. Ahí es cuando sé que estás mintiendo. —Su expresión se hizo arrogante.

—Eres un idiota.

—Y es bueno que no hagas espionaje para el gobierno o nos habríamos hundido hace mucho.

Estaba en lo correcto, claro. Pero claro, Nate no había aplicado al trabajo; había caído en su regazo.

—Supongo que tú lo habrías hecho mejor.

Sam se mordió el labio inferior y asintió entusiasta.

—Habría hecho mi mejor intento, hermano. De hecho, ¿quieres que lo intente?

Nate se irguió en su silla y extendió el dedo índice.

—Vas a dejarla sola.

Riendo, Sam se reclinó.

—¿Entonces así estamos?

Él asintió con la mandíbula apretada.

—Eso pensé. —Sam se rascó la oreja, luego la mandíbula—. Lo sospechaba. La forma en que esa mujer se lanzó al río... y la has estado mirando como idiota por semanas. ¿Qué harás si resulta que lo que sospechamos es cierto? ¿Y si es una maldita espía?

Nate suspiró.

—No lo sé. No he estado pensando mucho, obviamente.

La taberna era un lugar ruidoso incluso a mitad del día. Estaban jugando póker en una esquina, y una mujer haciendo su trabajo riendo energicamente con varios hombres rudos en el otro lado de la habitación. El segundo vaso de Nate estaba vacío y no soportaría otro con el estómago lleno de moras. En este mismo instante, no sabía si alguna vez había estado tan cansado. O si la situación había sido tan lúgubre.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Sam.

Nate dejó caer las manos.

—Encontrar a su maldito padre, supongo. ¿Qué otra opción tenemos que seguir esta farsa hasta el final?

—Podríamos entregarla a las autoridades. —Sam puso la opción sobre la mesa como una granada de mano.

—No.

Sam rodó los ojos.

—Deberíamos haber hecho eso al comienzo, allá en Nueva Orleans. Las autoridades allí podrían haber arreglado todo el asunto y nosotros nunca habríamos terminado involucrados. Nunca te habrías enamorado de una espía. Yo estaría en casa en mi propia cama.

—No —repitió Nate, no intentando negar los argumentos de Sam. No había nada que negar—. Simplemente le habrían disparado. Nadie habría creído su historia, y podría ser cierta, sabes. Todavía creo que tomamos la decisión correcta.

Ponderaron la situación por un largo instante.

—Bueno —Sam se levantó y dejó monedas en la mesa—. Diré esto. Es una chica linda y una inteligente. Si resulta que no es lo que creemos, entonces necesitas agarrarla y llevar su trasero a una iglesia.

—¿En serio? —Nate no podía creerlo. Ese consejo viniendo de alguien que detestaba todas las cosas inglesas.

Se encogió de hombros.

—Me agrada. Lo sé, quién lo habría creído.

¿Casarse con ella? Si no era una espía, podía casarse con ella.

Tan simple como era, Nate se sintió animado ante la idea y se sorprendió de que la idea no se le hubiera ocurrido antes.

Casarse con ella.

Si no era una espía.

## Capítulo Treinta y Uno

Mientras ella se quitaba toda la suciedad, la Sra. Bartley había reunido sus cosas.

—¿Qué quiere que haga con estas? —preguntó, alejando las vestimentas sucias de su cuerpo. Violeta recorría la habitación con deleite, haciendo soniditos y arrullos. Metió la cara en las botas de Anna y espió por el borde de la tina con agua.

Anna suspiró mientras el agua tibia recorría su piel y relajaba los músculos adoloridos.

—Quémelas. —Violeta sacó hojas y ramas y lo que podría haber sido un insecto de su cabello.

—Con gusto. —Las ropas se fueron con un dramático silbido.

Tomó dos lavadas hasta que pudo peinarse el cabello y el agua estaba marrón oscuro cuando salió, treinta minutos después. Se colocó uno de sus viejos vestidos, pero solo lo vistió lo suficiente para ir con la Sra. Bartley a buscar otro. El vendedor las llevó a una costurera que tenía varios hechos para una joven que había muerto de fiebre antes de que estuvieran terminados. Ciertamente, no era como comprar en Bond Street y ser medida por su modista normal, pero el vestido de algodón a cuadros amarillo y azul era muy agradable. También compró otro con pequeñas flores rosas, una colección entera de ropa interior, broches de cabello y listones, y una peineta decorativa porque era demasiado bella para no hacerlo. Increíblemente, sus botas todavía servían, así que no tenía necesidad de otras nuevas. Incluso aunque los contenidos de su bolso habían estado completos cuando los vació en su cama, añadió varios lápices de grafito en su pila por capricho. Los cuadernos de dibujo estaban un poco combados por la lluvia, pero las páginas seguían intactas. Se había olvidado del paquete que los hombres de la Oficina de Guerra le habían confiado y se había sorprendido de encontrarlo en la pila con sus otras cosas. Para alivio suyo, todavía estaba fuertemente atado y sin daños. Metió todo cuidadosamente dentro. Podía perder todo su equipaje y no importaría en tanto todo en ese bolso permaneciera a salvo. Su paso era ligero mientras llevaba todas sus cosas de vuelta al hospedaje.

Redactó una rápida nota a Francesca, prometiéndole más detalles pronto, pero que había llegado a salvo a Missouri, y la envió al correo. Se le informó que era muy posible que llegara a Londres antes que la carta. Ah, bueno, solo podía hacer lo que pudiera.

Para cuando ella y la Sra. Bartley volvieron al hospedaje, el Sr. Johnson y Nathaniel estaban llegando.

—Creo que el Sr. Johnson ha seducido al capitán Johnson con whiskey. —El tono de la Sra. Bartley no podía ser más desaprobador.

—No whiskey, mi buena mujer —le informó Nate, su voz era más fuerte de lo necesario, pero jovial. Subió las tres escaleras en seis pasos—. Solo cerveza.

Para completa sorpresa de Anna, el Sr. Johnson le otorgó una enorme sonrisa y la tomó en sus brazos.

—¡Oh!

—Estoy muy encantado de verla, señorita Sinclair —dijo cuando la soltó.

Ella rio y miró a Nathaniel esperando una explicación, pero ninguno dijo nada.

—Y a usted, Sr. Johnson.

—Después de todo lo que hemos pasado... —Hipó—, creo que debería llamarme Sam. Como familia.



—Sam —asintió ella, complacida más allá de lo posible. Se quedaron parados un momento, una pequeña multitud en el porche. Nathaniel pestañeaba mucho, Sam se tambaleaba, la Sra. Bartley fruncía el ceño y Anna saltaba de emoción.

Eventualmente, Anna no pudo soportarlo más.

—¿Comió?

—No comida de verdad —explicó Nathaniel.

Ah, había estado alrededor de algunos abusivos de la bebida, Christian y todos sus amigos, para saber que lo siguiente en la lista era la comida. Pero no iba a ir a ningún lado con Nathaniel mientras olía así. No lo había notado antes cuando ella estaba igual. Le ofreció a la anfitriona un increíble monto de dinero por calentar otra tina y dejó a Nathaniel en la cocina para que hiciera sus asuntos, instruyéndole mientras se iba que no se ahogara.

Ya se había sacado la camisa y la había dejado en el suelo.

—¿Saltará por mí si me hundo? —le preguntó agarrando su falda.

Mirando la pequeña tina, ella sacudió la cabeza.

—No creo que sea posible meter todo su cuerpo en esa tina, mucho menos hundirse.

—Pero...

—Estará bien. —Su pecho desnudo era una invitación adorable, pero no una que pudiera aceptar con tantas personas en las cercanías. Había un límite para cuánto estaba dispuesta a hacer ostentación de indecencia.

—Me estoy sintiendo un poco débil. —Sus manos avariciosas le decían que también se estaba sintiendo un poco cariñoso.

—Nathaniel —lo regañó y él aflojó su agarre.

—No le dije lo hermosa que está.

—Está ebrio. —Estaba demasiado familiarizada con los halagos que usaba el duque cuando estaba ebrio y quería algo de ella.

—Sí, y usted está hermosa. —Agachó la cabeza y lo besó, lento pero atrevido, intentando que se quedara.

Le permitió envolver sus brazos en su cintura y acercarla, pero cuando sus dedos comenzaron a agarrar su falda y subirla, se alejó. Moviéndolo los dedos, se alejó hacia la puerta.

—Es un pícaro.

La madera de la puerta detrás de ella le daba fuerzas. Finalmente se alejó cuando oyó la salpicadura de agua y un suspiro contento.

Temprano la siguiente mañana, Anna estaba increíblemente complacida cuando volvió a la oficina del periódico y ni el Sr. Henderson ni el Sr. Carson la reconocieron.

—Bueno, señorita Sinclair —dijo el Sr. Carson con una sonrisa—. Es tan linda como una pintura.

El Sr. Henderson solo se quedó mirando.

Ella hizo una pequeña reverencia y él sonrió. Había mucho que decir sobre cómo un vestido nuevo hacía que alguien se sintiera mujer de nuevo. No es que Nathaniel no hubiera hecho lo mejor que pudo la noche anterior, pero siempre era bueno tener cumplidos de otros.

—Gracias, Sr. Carson.

—Gregory —ladró el Sr. Carson a su subordinado—. Deja de mirar y ve al establo para ver qué dice Bud sobre los robos.

El Sr. Henderson volvió a la realidad y se sonrojó.

—En seguida. Srta. Sinclair, está... es... Yo tengo... —Tragó—. Hasta luego. —Luego atravesó la puerta corriendo.

El Sr. Carson rodó los ojos.

—No hay esperanza para el muchacho, pero mi hermana lo tuvo, así que, ¿qué más voy a hacer?

Anna se encogió de hombros.

—Familia —dijo como explicación que en verdad no explicaba nada.

—Bueno, no importa. —Le hizo señas para que se sentara—. Déjeme traerle algo de té.

Estuvo sorprendida cuando llegó con una taza de café para él y una delicada porcelana china para ella.

—Mi esposa es irlandesa. Envié la taza esta mañana cuando supo que una señorita inglesa estaba aquí.

El té era una de las mejores cosas que había probado desde que llegó a América. O sus estándares en verdad habían caído.

—Delicioso.

Él asintió, obviamente complacido.

—Creyó que lo apreciaría. Dijo que probablemente no había tenido una taza decente desde que llegó.

—Tiene razón.

Se acomodó en la silla de su escritorio y movió varios papeles mientras una multitud de expresiones cruzaban su cara.

—Entiende que su padre era, es, una figura no muy popular por estos lados.

Anna asintió sombría.

—Tendría que ser increíblemente ingenua para no entender eso.

—Dicho eso, sí pregunté un poco y busqué en mis viejas notas de cuando los británicos todavía estaban aquí incitando a los indios. Creo que tengo algo sobre él.

Anna jadeó y asentó la taza.

—¿En verdad?

Levantó una mano.

—Entienda que está información podría ser obsoleta. Los indios se mueven mucho. Está en su naturaleza, es lo que hacen. Sus campamentos se pueden recoger y mover en un segundo.

Intentó contener su emoción.

—Seguro hay alguien que sepa dónde están ahora. ¿Alguien en el pueblo?

—Posiblemente. —Sus cejas se juntaron—. Su preocupación más grande es encontrar a uno de estos hombres que esté dispuestos a localizar a su padre. Como he dicho, las emociones siguen a flor de piel.

—Sr. Carson, he llegado tan lejos. He soportado mucho, todo para localizarlo. Es el último de mi familia. No tengo a nadie más. —Respiró profundo—. Por favor déjeme hablar con quien quiera que crea que es mi mejor oportunidad para lograr mi cometido. Le rogaré, o pelearé o lo que sea necesario.

—Usted no irá con nosotros. —Nathaniel dejó de caminar alrededor de la oficina como si fuera una bestia encerrada, lo suficiente para hacer su decreto.

Samuel agarraba la taza de café como si fuera una soga salvavidas. La Sra. Bartley miraba a todos con una extraña mezcla de censura e interés. Junto con su acompañante regular, el Sr Carson les había presentado un caballero llamado Horace Parks.

—Horace ha cabalgado con los chicos de Daniel Boone y conoce el territorio y las tribus locales mejor que nade.

El Sr. Park era un gigante. Por encima de los uno ochenta, se alzaba por encima de todos en la habitación. Tan amplio como alto, vestía un sombrero que anteriormente había pertenecido a un animal, Anna pensó que se veía más como un oso que un humano. Esto era lo más cerca que iba a estar de ver a un verdadero oso grizzli. Considerando lo aterrador que era el Sr Park, ella estaba contenta con eso. El hombre aún no había hablado. Simplemente se quedaba parado en la habitación con un enorme rifle en un brazo y un aterrador cuchillo en una vaina de cuero metido en su cinturón. Anna se preguntó si era apropiado preguntarle sobre su linaje pues su cabello y su enorme barba era casi naranja, así que sospechaba que había algo de escocés en su sangre. Sin embargo, no preguntó ya que cuando fue presentado y ella le dio su sonrisa más radiante —después de todo era su mejor oportunidad de éxito—, su semblante permaneció inmóvil. No parecía del tipo interesado en la cháchara social.

Sam prestó atención.

—¿Conoce a los Boones?

—Sí. —Una palabra fue todo lo que dijo, pero lo dijo en un bajo retumbar con un ligero indicio de acento escocés. ¡Ajá!, había acertado.

—¿Está lejos el campamento? —preguntó Anna.

Unos hombros pantagruélicos se elevaron y bajaron.

—Quizás cuarenta millas. Quizás más.

—¿Podemos cabalgar hasta allí?

Su cabeza despeinada asintió.

—Pueden.

Ignoró la reticencia que Nathaniel estaba poniendo. Lidiaría con él después.

—¿Y podemos partir en la mañana?

—Sí.

—No irá con nosotros —repitió Nathaniel. Giró hacia la Sra. Bartley—. Dígame que le prohíbe ir.

La Sra. Bartley cruzó los brazos y no dijo nada.

—Hablaré contigo en un momento —le dijo a Nathaniel y giró hacia el Sr. Parks—. ¿Anticipa que habrá muchos problemas con estos indios?

—Bueno —el Sr. Carson se adelantó—. Hubo una gran pelea no muy lejos al norte de aquí en el Fuerte Howard menos de dos semanas atrás. Perdimos a dos guardabosques y Halcón Negro se escapó. Se asume que él y los suyos fueron al norte.

Esta vez el gigante solo encogió un hombro.

—Igual, difícil de decir. Los Sauk y Zorros están más enojados con los británicos traicionándolos, pero este grupo se ve cansado. La mayoría viejos, mujeres y niños.

Nathaniel se puso entre ella y el Sr. Parks.

—Demonios, Anna, no irá con nosotros.

—Capitán Johnson, está siendo rudo.

—¿Rudo? Está loca. —Las manos de Nathaniel estaban hechas puño y parecía que lo decía en serio. Bueno, también ella.

—¿Por qué cree que mi padre está con este grupo?

El Sr. Parks miró a Nathaniel, pero no le prestó atención cuando sacudió la cabeza como para prohibirle darle más información a Anna. La validaba mucho cuando una persona sabía de qué

lado estaba. El monto de dinero que había acordado pagarle al Sr. Parks le aseguraba más influencia que su supuesto protector.

No es que no apreciara a Nathaniel haciendo lo mejor que podía, pero no había venido hasta aquí pensando que no habría peligro. Ese era el riesgo que estaba tomando. Había asumido todo el tiempo que encontraría algunos indios en algún momento.

—Un hombre blanco con cabello blanco fue visto allí vistiendo un abrigo viejo y rojo y un sombrero tricornio.

Su corazón aleteó. Ese bien podría ser él, y había solo una forma de saberlo.

—Excelente, Sr Parks. Estaremos listos en la mañana.

En gigante asintió y asintió con su sombrero de piel hacia ella antes de irse.

—No vendrá con nosotros incluso si eso implica atarla a la cama. —Los ojos marrones de Nathaniel brillaban con chispas doradas. También se veía como si fuera a tener algún ataque si no se calmaba.

—Es muy dulce por intentar protegerme. En serio, lo es. —Le palmeó la mejilla, lo que solo le hizo dilatar la nariz—. Pero está haciendo el ridículo. Todo este tiempo fue una operación de rescate. Si no planeara estar involucrada, podría haber contratado a un hombre como el Sr. Parks desde Londres y no hacer el viaje yo misma. Claro que iré en la mañana.

El Sr. Carson no tenía intención alguna de intervenir. En vez de eso, tomaba muchas notas y en algún punto sugirió poner la historia como una serie. Sam obviamente tenía su propia opinión, pero sabiamente la mantuvo para sí.

Nathaniel extendió las manos con las palmas levantadas.

—Lo que está sugiriendo, lo que ese salvaje Parks está sugiriendo, es peligroso. Es una locura en la mejor de las situaciones. No puedo permitir que una dama participe.

Anna se irguió a su máxima altura.

—No está en posición de permitirme o no nada, capitán Johnson. Estas son sus opciones. Puede acompañarme a mí y al Sr. Parks a este campamento Sauk en la mañana o puede quedarse aquí y esperar a que volvamos con mi padre.

Cerró los ojos por un momento y volvió a insistir.

—Cariño, podría morir allí.

—No tengo intención de morir.

Se cubrió la cara con las manos y rio triste.

—Es una demente.

—Quizás —replicó—, pero justo ahora, iré al establo a comprar unos caballos. ¿Viene?

## Capítulo Treinta y Dos

Honestamente, si Nate pudiera haberla atado a la cama y dejado allí, lo habría hecho sin pensarlo dos veces. Anna era testaruda, determinada y completamente demente. El hecho de que insistiera en ir al campamento Sauk lo convencía más que cualquier otra cosa de que era una agente de la corona.

Ninguna mujer normal lo haría a menos que estuviera trastornada.

Cierto, no conocía muchas mujeres inglesas, pero había aprendido en sus viajes que las mujeres eran igual en cualquier lugar al que iban. Cierto, ninguna de las mujeres con las que estaba familiarizado en Boston habría siquiera considerado comprar un par de pantalones para usar bajo la falda y montar un caballo para galopar y seguir a un extraño a una muerte certera en un campamento indio.

No, estaba equivocado. La Sra. Bartley no era tan buena a caballo como Anna, pero iba valientemente con ellos al final de su tropa. Eso no la detuvo de hacer sugerencias en cuanto a cómo hacer toda la expedición. Increíblemente, el gigante de cabello rojo no la intimidaba de ninguna forma. El Sr. Parks lo intimidaba por completo.

Había estado fuera de su zona de confort desde que habían bajado del *Patriota de Martha* en Nueva Orleans. Había creído estar en control cuando consiguió el pasaje al *Enterprise*, pero se daba cuenta ahora de que solo se estaba engañando. Puede que él hubiera hecho el viaje más fácil para ellos, y de alguna forma más rápido, pero la verdad, la Srta. Anna Sinclair, esa pequeñita diabólica, había estado en control todo este tiempo. La realidad de esto lo golpeó en el hígado cuando negoció por cuatro monturas como si hubiera estado en el negocio de los caballos toda la vida. Había levantado sus herraduras y las había inspeccionado con verdadera maestría.

—¿Cómo sabe de todo eso? —le preguntó.

Ella se había limpiado las manos y las había colocado en el siempre presente bolso en su hombro.

—El duque. Sabe todo de caballos. Debo haber adquirido algo de conocimiento por accidente.

Se sentaba erguida en su caballo, las riendas flojas en las manos, la confianza la atravesaba mientras viajaban al norte, atravesando la pradera. Nada de esa seguridad le daba fe alguna de que no estuvieran metiéndose de cabeza en una situación peligrosa y su miedo era que ella no estuviera tomando la amenaza seriamente. Se negaba a hablar de ella con sinceridad. Cada vez que él sacaba a colación el tema con nuevos argumentos, ella lo despedía. Había intentado ser razonable cuando la prohibición no funcionó. Había intentado sobornar, rogar y negociar. Era intratable.

Nate habría dado lo que sea por hablar con el duque sobre esto. No podía imaginar ni en mil vidas que el duque le permitiera comportarse así. Cuando había sugerido eso en muchas letanías que le había dirigido sobre esta misión estúpida, ella se le había reído. Con fuerza. Hasta que lágrimas cayeron de sus ojos y tuvo que sentarse.

Aun así, pensó que el duque tendría algún consejo. El Sr. Carson no tenía.

—Parece muy determinada —le había dicho el periodista.

Cuando le pidió al Sr. Parks que no la llevara, este solo se encogió de hombros.

—Me pagó.

Que se fueran todos al demonio. Estaban cabalgando directo al desastre.

Anna exhaló lentamente por la boca y luego otra vez por la nariz. Era una técnica que el duque le había enseñado durante su presentación cuando se sentía especialmente ansiosa, siempre le ayudaba a calmarse. No estaba funcionando ahora, claro. Ahora, cuando necesitaba mantener la calma interior para igualar la fachada que estaba usando desde que el Sr. Parks le había dicho sobre el campamento, nada estaba funcionando. Como líder del grupo, necesitaba mostrar un rostro confiado. Esta podría ser la cosa más importante que había hecho alguna vez o que haría alguna vez, y había llegado muy lejos para volverse una cobarde ahora.

No se apartaría de su camino, ni enviaría a otros a un peligro por su cuenta si ella no estaba dispuesta a correrlo. No es que Nathaniel no hubiera hecho cada cosa posible que se le hubiera ocurrido para mantenerla en St. Louis.

Deseó no haber comido su desayuno, porque temía echarlo en los arbustos.

Los cinco apoyaron sus estómagos en una pequeña colina. A poco más de cien yardas estaba el campamento Sauk. Justo como el Sr. Parks había dicho, parecía que la mayor parte de la población eran mujeres, niños y ancianos. Intentó contar el número de gente, pero hubiera sido mucho más fácil si no se movieran. Sin embargo, no eran muchos, quizás cincuenta. Varias construcciones abovedadas estaban esparcidas en la pradera, pero no parecían permanentes como en un pueblo regular.

—No veo guerreros indios —señaló el Sr Parks—, y definitivamente no al Halcón Negro.

—¿Quién es el Halcón Negro? —preguntó Sam desde su posición.

El Sr. Parks rodó sobre su estómago y revisó su rifle.

—El jefe de los Sauk y de los Zorros. Es una amenaza a reconocer, y si creyera que está allí abajo, daríamos la vuelta y volveríamos a casa.

—Ah —asintió Sam.

—Yo digo que bajemos y agarremos al general. —La Sra. Bartley estaba sedienta de sangre. Quizás era toda la espera, pero Anna también estaba nerviosa.

—No lo creo. —Nathaniel rodó los ojos—. Horace, ¿qué dices?

—¿Ve a su padre allí abajo? —El Sr. Parks señaló con su cabeza.

Anna sacó uno de los retratos de su bolso y lo pasó por el resto del grupo.

—No estoy segura. —La gente allí estaba tan lejos e, inconvenientemente, mirando en otra dirección. Ella miró a los nativos en la distancia, deseando que se vieran más claros. Luego, de uno de los edificios, un hombre salió de la multitud. Tenía pantalones marrones y lo que era una chaqueta de estilo militar. Cabello gris salía de su cabeza y un sombrero tricornio colgaba de su mano.

Anna contuvo el aliento.

—Ese podría ser —indicó la Sra. Bartley.

Nathaniel miró el retrato y luego al hombre en cuestión.

—No puedo ver nada de su cara.

Anna asintió. Si alguien más lo veía, entonces no era producto de su imaginación desesperada.

—Es él, yo lo sé.

El Sr. Parks rodó sobre su estómago.

—Ese es el hombre del que me hablaron.

—¿Entonces? —preguntó Nathaniel expectante—. ¿Qué hacemos?

—Como no hay guerreros y sospecho que este campamento se moverá pronto para unirse al resto de la tribu, creo que deberíamos movernos ahora. —El Sr. Parks bajó por la pendiente a donde habían dejado los caballos y el resto lo siguió—. Mantengan las armas donde puedan

alcanzarlas —les instruyó—. Pero no disparen como idiotas. Esas mujeres indias pueden disparar también y estoy seguro de que no están desprotegidas. Solo síganme.

Anna colocó su bolso en el hombro y bajo un brazo. Montó su caballo y siguió al Sr. Parks hacia el poblado Sauk. No había tiempo de vomitar. El Sr. Parks mantuvo los caballos en un trote no amenazante y les recordó de nuevo mantener las armas bajas. El plan era hacer un amplio rodeo al campamento y dejar los caballos bajo un grupo de árboles a la izquierda.

—No vamos a intentar entrar a hurtadillas —les explicó el Sr. Parks—, nos encontrarían tan rápido que sería vergonzoso. Solo queremos separar al anciano.

El plan también estaba funcionando. El Sr. Parks y Anna dejaron a Sam y la Sra. Bartley con los caballos. Nathaniel no se iba a quedar en ningún lugar y Anna no presionó. Solo permitió que le agarrara la mano mientras los tres se movían silenciosamente a través del bosque.

De cerca, los Sauk le fascinaron. Las mujeres usaban largas faldas que envolvían sus cuerpos decorados con cuentas y lazos. Parecía que las blusas eran innecesarias, y aunque había visto senos antes, ella tenía unos después de todo, no podía dejar de comparar los suyos con los de las nativas. Miró a Nathaniel, preguntándose si él estaba haciendo lo mismo.

Él la miró de reojo y le apretó la mano.

—No tiene nada de qué preocuparte.

—Lo sé. —Lo dijo tan arrogante como podía, pero no pudo evitar la sonrisa en sus labios.

También observó, con bastantes celos, que ninguno de estos nativos tenía pecas por el sol. Y el cabello de las mujeres. Ninguno de ellos parecía plagado por un cabello incontrolable con el cual lidiar. Grueso y largo y brillante, yacía en trenzas en su espalda o envuelto en sus cabezas en un simple moño al que jamás podría aspirar. Ni siquiera una trenza podía domar el cabello de Anna. Siempre se salía de sus confines y se enredaba y se iba hacia su cara.

—Busque a su padre —susurró el Sr Parks volviéndola a la realidad.

—¿Qué hacemos si lo vemos? —preguntó Nathaniel.

—Agarrarlo —dijo Anna—, ¿no es cierto?

El Sr Parks se encogió de hombros y asintió al mismo tiempo.

—Asumiendo que es un prisionero. Quizás quiere estar aquí.

Anna giró para mirar al guía.

—No. Volvería a casa si pudiera. La Oficina de Guerra dijo que estaba perdido.

—¿Qué más te dijo la Oficina de Guerra? —preguntó Nathaniel, con las cejas levantadas—.

Seguramente había más por si lo encontrabas.

El paquete que había traído desde Londres estaba colocado a salvo en su bolso. Los hombres de la Oficina de Guerra habían sido muy claros en que no fuera abierto hasta o si lo encontraba. Le había dado instrucciones de destruirlo si nunca era localizado. Bueno, habían usado las palabras “muerte confirmada”.

Anna sacudió la cabeza.

—Necesitamos rescatarlo. Obviamente, es un prisionero. —*O habría vuelto a casa a mí.*

El Sr. Parks colocó una mano en su hombro.

—No sabemos en qué estado está. Podría ser malo.

Nathaniel miró al bosque y al campamento.

—No lo sé. Parece que estuviera caminando bien. —Ella lo miró fijamente—. Solo digo, quizás está haciendo algún trato con los Sauk y Zorros. Podría estar planeando otro ataque o algo.

Ella bufó exasperada.

—Se firmó el tratado. Nuestros países ya no están en guerra.

Colocó las manos en su cadera.

—Bueno, entonces, ¿qué está haciendo aquí? Hace que un americano se pregunte porque un casaca roja sigue en nuestro país, ocultándose en campamentos enemigos.

—Porque es un prisionero. —Todo eso le parecía dolorosamente obvio a Anna—, ¿por qué está tan discutiendo de pronto?

—Porque ahora parece ser el momento correcto. ¿Por qué no solo me dice qué demonios está haciendo aquí? —Los ojos de Nathaniel estaban ocultos por los árboles, pero todavía podía ver que la miraba expectante—. Tu historia es ridícula desde el principio.

—¿De qué está hablando?

—Vamos, Anna. La Oficina de Guerra. Un general. Lo que sea que estés guardando tan cuidadosamente en ese maldito bolso tuyo. Dime la verdad.

No podía responder. Sus preguntas la pillaron con la guardia baja y no estaba segura de entenderlas correctamente. ¿Qué le estaba pidiendo?

Él se estiró para agarrarla y dio un paso atrás.

—Quiero respuestas ahora.

El Sr. Parks se movió como un rayo. Uno nunca creería que un hombre tan grande podría moverse tan rápido. Era como esperar que una montaña se mudara. Un minuto estaba ignorándolos mientras discutían y al siguiente salió de la línea de los árboles y en tres o cuatro pasos agarró al hombre blanco. Su padre obviamente no había esperado el ataque y el Sr. Parks lo sometió fácilmente, envolviendo un brazo del tamaño de un troco en su cuello y arrastrándolo bajo la cubierta del follaje.

—¿Qué demonios...? —Su padre se liberó cuando el Sr. Parks lo dejó. Su furia se volvió confusión cuando la vio—. ¿Anna?

Ella se liberó de Nathaniel y fue hasta su padre.

—Papá.

Quizás el espionaje corriera en la familia, por la forma en que Anna rompió a llorar y se lanzó a su padre era claro que de verdad era su padre y que lo amaba. No explicaba nada, y Nate todavía quería respuestas, pero al menos parte del rompecabezas estaba resuelto.

El hombre empujó a Anna y la miró incrédulo.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo...

—Dijeron que estabas perdido y que te dieron por muerto.

El general Sinclair hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Casi, pero no del todo.

—¿Podemos hablar de esto en otro lugar? —preguntó el Sr Parks, mirando de vuelta para asegurarse que no había sido seguido.

—Claro. —Agarró la mano de su padre y lo hizo girar hacia donde estaban los árboles—. Papá, este es el Sr. Parks. Me trajo aquí para rescatarte.

EL General Sinclair se negó a moverse.

—No necesito que me rescaten.

—Claro que sí. —Anna le sonrió—. Vine desde Londres en el barco del capitán Johnson. — Se detuvo para señalar a Nate.

—¿Por qué? —preguntó el general.

—Movámonos. —Horace Parks tenía los brazos extendidos y los guiaba hacia atrás.

La sonrisa de Anna vaciló tan solo un poco.

—Para llevarte a casa.

—No, ¿por qué viniste?

Exactamente lo que Nate quería saber.



## Capítulo Treinta y Tres

No era la recepción que había esperado. No solo no parecía feliz de verla, tampoco parecía ser un prisionero.

—Vine porque nadie más lo haría.

—No debiste hacerlo.

—¿Por qué? —De todas las recepciones del mundo, esta era la única que no había considerado.

—¿Ignoraste mi carta?

—¿Qué carta? —Descartó al Sr Parks que continuaba intentando moverlos hacia lo profundo el bosque.

—Te envié una carta.

Miró a su padre, intentando reconocer algo de este hombre que sabía que la había engendrado. Su cabello estaba más gris, había más líneas en su frente y alrededor de su boca, pero sus ojos todavía eran del azul brillante que ella había heredado. Había una horrible cicatriz en su cuello que iba desde la oreja derecha hasta por debajo de su camisa y llevaba el brazo derecho en un ángulo extraño. Sin embargo, alineado con otros veinte hombres, aun lo reconocería como su padre.

—No vas a volver a casa, ¿no es cierto? —Sintió su voz vacilar, pero la controló antes de llorar.

—Siempre fuiste impulsiva —dijo su padre—. Habría habido muchos menos problemas si hubieras leído la carta.

—La habría leído si hubiera llegado.

—¿Sinclair? —El nombre de su padre fue pronunciado extrañamente con un acento que no le era familiar.

—*Ayôhi* —respondió y señaló a una joven mujer sauk que se le acercó. La mujer los miró nerviosa—. Esta es *Titíwa*, significa arrendajo azul.

En cualquier situación donde uno no supiera cómo actuar, Anna siempre recomendaba la cortesía. Nunca podías equivocarte siendo cortés. Dobló las rodillas y bajó la cabeza en una leve reverencia.

A primera vista, Anna no podía encontrarle ningún defecto. Además de no usar una blusa, su encanto no podía discutirse.

—No iremos a ningún lado, ¿no es así? —preguntó el Sr Parks y luego sacudió las manos y se reclinó contra un árbol.

Su padre habló a la mujer en sauk y luego ella volvió al campamento. Su padre les señaló que lo siguieran. Nathaniel hizo un silbido agudo y Sam salió apresurado del bosque con la Sra. Bartley resoplando detrás.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sam.

—General —exclamó la Sra. Bartley—. Al fin lo encontramos.

—¿Trajiste a la esposa del capitán Bartley? —le preguntó su padre antes de saludar a la otra mujer—. Vamos a tener que sentarnos y resolver las cosas.

—Excelente —concordó la Sra. Bartley—. Justo lo que sugerí.

Sam y Nathaniel intercambiaron miradas, pero Nathaniel se encogió de hombros.

Honestamente, Anna se sentía como si la hubieran agarrado y la hubieran llevado a un planeta distante. Hasta hacía unos momentos, había estado en control de su situación, o al menos tenía una buena idea de lo que estaba pasando. Ahora ni siquiera sabía qué lenguaje hablaba la mitad de su grupo. Siguió a su padre y a *Títíwa* al campamento donde su llegada causó revuelo. Las mujeres miraban mientras pasaban y los niños dejaron de jugar. Un grupo de ancianos sentados alrededor de un fuego se pararon, aparentemente inseguros de cómo responder a los visitantes. Su padre se detuvo en frente del grupo y se dirigió a la gente reunida. Señaló a Anna y a sus compatriotas y les dio una explicación en su lenguaje.

Tocó el brazo de Anna.

—*Tânetha*. —Todos los ojos se fijaron en ella. Luego señaló a Nathaniel y a Sam—. *Thâkanâsha*.

Los viejos de la tribu hicieron muchas preguntas a las cuales su padre respondió. Mientras tanto, Anna sonría tímidamente a los curiosos mirones.

*Títíwa* se acercó y tocó la manga de Anna, sintiendo el algodón entre su dedo y su pulgar.

—¿Hija? —preguntó con el mismo acento inusual.

—Sí. —Anna asintió y apuntó a su padre—. Mi padre.

*Títíwa* sonrió y lo apuntó.

—*Nâpêma*. Esposo.

Seguramente Anna no había oído correctamente. Miró de *Títíwa* a su padre y de vuelta.

—¿*Nâpêma*? —repitió la mujer y apuntó a Nathaniel y a Sam.

—No. —Anna sacudió la cabeza. Cuando la mujer señaló al Sr. Parks, ella repitió la respuesta.

Una vez que los hombres terminaron de hablar, atravesaron lentamente la multitud de extraños y separaron a Nathaniel, Sam y al Sr. Parks de Anna y la Sra. Bartley y, usando gestos de la mano, como si dirigieran a un rebaño, alejaron a los hombres más y más del círculo de fuego. Nathaniel protestó salvajemente, pero los aproximadamente veinte hombres no les permitieron volver. Se les quitó los cuchillos y también las armas de fuego.

—¿Qué van a hacerles? —le preguntó a su padre.

Él ignoró su pregunta y las guio cerca del fuego y les señaló el suelo.

—La gente está sorprendida de verlos aquí.

Se sentaron en el suelo; la Sra. Bartley protestaba mientras se acomodaba en la tierra junto a ella. *Títíwa* apareció poco después con unas pequeñas tazas con un líquido caliente.

—Es como té —explicó su padre—, las tazas eran propiedad del ejército.

Anna agarró la taza y la puso en la tierra frente a ella. No quería té, quería explicaciones.

—¿Qué les va a pasar a nuestros amigos?

—Nada. —Sacudió la cabeza—. No te preocupes por ellos. Necesitamos un momento sin oídos americanos.

Anna levantó la mano hacia Nathaniel intentando calmarlo. Tenía que creer que su padre no le mentaría a ella. *Títíwa* estaba al lado de su padre con una mano en su hombro.

—¿Esa mujer es tu esposa?

Su padre agarró la mano de *Títíwa* y sonrió.

—Salvó mi vida y arriesgó la suya al hacerlo.

—¿Esa cicatriz? —Señaló el horrible habón.

—Sí. *Títíwa* me encontró y me devolvió la salud. Es un ángel. —La forma en que su padre miraba a *Títíwa* era la misma en la que el duque miraba a Thea y Lord Harrington miraba a Francesca.

—Oh, tengo algo para ti. —Anna alcanzó el bolso que cruzaba su cuerpo y buscó hasta que encontró un paquete sellado—. Los caballeros de la Oficina de Guerra dijeron que era muy importante.

Su padre gruñó y rompió el sello.

—Siempre es importante con ellos.

—Tengo algo para usted también. —La señora Bartley sacó un paquete similar de su corpiño.

La mirada confusa de Anna fue de su chaperona a su padre y de vuelta.

—¿Qué hay en este? —preguntó el general, jugueteando con el paquete de Anna.

—No lo sé —respondió—. Tampoco sé lo que hay en ese otro.

Desdobló el papel que le había dado y lo revisó.

—Se me ha dado una suma por servicio ejemplar.

—Eso es bueno, padre. —Podrían comprarse una casa en Mayfair o podría retirarse allí. O en el campo, si lo prefería. La ubicación no importaba. Podía ayudarlo a sanar de sus heridas. Algunos doctores en Londres con toda su educación tendrían mejores métodos que los indios de este lugar salvaje. Cuando se estableciera y se sintiera mejor, quizás querría escribir sus memorias. Muchos militares lo hacían. Podía ser su secretaria.

—Te lo asignaré a ti. —Le lanzó el papel oficial con un gruñido molesto.

—Cincuenta mil libras. —Jadeó mientras leía en voz alta el documento—. Mi Dios.

—Es tuyo. Con eso como dote, seguramente encontrarás una buena pareja. Mi obligación contigo está terminada.

¿Terminada? ¿Se estaba deshaciendo de ella con cincuenta mil libras? Supuso que debería sentirse halagada. Con esa suma detrás de ella, su reputación no importaría un comino cuando volviera a Londres. Sin importar lo rica que la había hecho, jamás sería capaz de usar ese dinero para comprar un padre que se preocupara por ella. Sus fantasías se deshicieron a su alrededor como el endeble andamio que siempre habían sido, y la verdad quedó parada en las ruinas. La Sra. Bartley le tomó las manos y las apretó. Anna no podía respirar.

—No volverás a casa, ¿no? —Anna sintió las lágrimas detrás de los ojos. Dobló cuidadosamente el documento sobre los pliegues originales, cuidando de no romperlo. Si se concentraba lo suficiente en la tarea, no lloraría.

—No. —No puso ningún sentimiento en esa respuesta—. Lo escribí todo en esa carta.

La que nunca había recibido. Supuso que debía sentirse honrada de que se hubiera molestado en escribirlo.

—Bueno, para ser justos, querida, sí salimos apresuradas de Londres —dijo la Sra. Bartley amablemente.

¿Debía ser culpable de pensar que el tiempo era esencial cuando se trataba de rescatar a un ser amado?

—Tampoco quiero lo que sea que esté en este. —El general lanzó el montón sin abrir de la Sra. Bartley al fuego.

Con un grito desesperado, Nate entró en pánico. Fingió ir a la izquierda y luego dobló a la derecha y golpeó con fuerza el hombro del viejo indio más cerca de él. Empujando contra la barrera de cuerpos que lo bloqueaba, corrió hacia el fuego. Pateó el paquete de los carbones antes de que se prendiera fuego y lo piso. Era considerablemente más grueso que el que Anna le había dado a su

padre. Rompió el sello y extendió los papeles. Eran exactamente lo que él y Sam habían esperado: planes detallados e instrucciones de la Oficina de Guerra.

Los arrugó en su puño y miró con furia a los tres representantes de la corona inglesa.

—Lo sabía. Lo supe todo este tiempo.

Anna frunció el ceño.

—¿Sabías qué?

—Que eran agentes de la corona. Sabía todo este tiempo que tenía un paquete de Londres. Los vi dárselo en los muelles. Solo he estado esperando la oportunidad de saber cuáles eran sus intenciones.

Sam apareció a su lado y le quitó las hojas. Su rostro se oscureció mientras los revisaba.

—Los entregaremos. —El rostro de Nate ardía de furia—. El gobierno de los Estados Unidos puede ejecutarlos por espías.

La mano de la Sra. Bartley voló a su pecho mientras jadeaba y el general Sinclair lo miró impasible. Anna, por otro lado, lo miró fijamente.

—¿Me está diciendo que todo este tiempo creyó que era una espía?

—¿No lo es? ¿No trajo documentos secretos de la Corona a su padre, el general Sinclair, quien se ha estado quedando con los indios Sauk, un enemigo notable de los Estados Unidos? Si no era su intención socavar el tratado de paz firmado en Gante, ¿podría por favor explicarme qué demonios creyó que hacía?

—¿Me está diciendo que estuvo conmigo todo este tiempo solo por esa carta y la de la Sra. Bartley?

—No, ni siquiera sabíamos que existía la de la Sra. Bartley. He estado intentando conseguir ese bolso desde el principio. —Señaló el bolso que había sido objeto de frustración desde el comienzo—, pero celaba esa cosa como si su vida dependiera de ello.

Anna lo miró con expresiones cambiantes. Vio comprensión, tristeza y rabia pasar por sus rasgos antes de que se quedaran en resignación.

El general levantó la mano.

—Me harté de ser perseguido, disparado y apuñalado. Quiero una vida tranquila con la mujer que amo. No voy a seguir luchando. —El general abrazó a *Titiwa* a su lado—. Firmaré todo a tu nombre, Anna. Volverás a casa como una mujer rica.

Ella giró hacia el general.

—No vine aquí por dinero, papá. Vine porque te amo.

—Te di una buena vida con la familia del duque —dijo su padre—, te daré incluso una mejor ahora. No tienes que sentirte culpable. —Buscó en su bolso y sacó uno de sus lápices de dibujo. Escribió algo bajo la notificación de la recompensa y firmó—. Ya está. Ahora puedes ser feliz.

Nate bufó.

—Ustedes son un buen equipo. —Apuntó desde la Sra. Bartley a Anna—, actuando como ineptas, utilizando su feminidad para conseguir lo que querían.

Anna miró a su padre.

—Así que no volverás a casa conmigo y no me necesitas. —Giró hacia la Sra. Bartley—. Usted tuvo motivos ulteriores todo este tiempo. —Luego miró a Nate—. Y usted, ¿pensó que era algún tipo de agente secreta? ¿Qué clase de insensible plaga es? Me conquistó con dulces palabras y me hizo creer... pensé... es el peor de todos. Nunca me conoció en absoluto.

—¿Sabes qué sé, cariño? Que es una maldita mentirosa.

Ella sacudió la cabeza y curvó los labios en una sonrisa arrepentida.

—Nunca le mentí. Le dije todo sobre mí. Todo.

Él podía hacer insultos sarcásticos igual que ella.

—Dígame, ¿cómo podría separar lo que dice que es de lo que es en realidad? Un buen embustero puede hacer que la gente crea todo tipo de cosas.

Ella metió la carta de recompensa en su bolso y lo lanzó contra Nate. Él se encogió cuando descargó la fuerza de su furia en él. Le quitó las órdenes de su mano y las lanzó al fuego.

—No entregaré a nadie por nada. Cuando piense con claridad, verá que no lo engañé. No, usted me hizo pensar que era especial y amada. Mi único crimen es ser una idiota al pensar que había más. Es la peor persona que he conocido y lo odio.

—Usted me engañó para que la amara —replicó antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo—. ¿Quién es el idiota ahora?

Anna se encogió de hombros. Era su ira justificada la que la mantenía derecha. Giró sobre sus talones y apuntó a Horace Parks quien estaba al borde del grupo con la boca abierta, viendo toda la escena.

—Usted me va a llevar de vuelta a St. Louis en este momento.

La Sra. Bartley se movió como si fuera a ir con ella, pero Anna levantó la mano.

—No —dijo firmemente—. Usted no viene conmigo.

Luego Anna Sinclair dejó el campamento Sauk con Horace Parks detrás de ella como una mascota de oso grizzli.

## Capítulo Treinta y Cuatro

Fue pura fuerza de voluntad lo que hizo que Anna llegara a caballo hasta St. Louis sin derramar una sola lágrima. Lo logró acumulando una furia que no creyó jamás ser capaz de tener.

Lloraría por su padre y su abandono luego. Habría mucho tiempo para ello en el largo viaje de vuelta hasta Londres.

Por ahora, fantaseaba con poner los dedos alrededor de la garganta de Nathaniel y ahorcarlo. O empujarlo al río Mississippi para ver cómo se las arreglaría solo. O dispararle en la cara. El último escenario se quedó con ella un buen rato. Aunque sería asqueroso, la idea de quitarle esa horrible mirada de su estúpida cabeza mientras la acusaba, *a ella*, de mentir, la atraía enormemente.

Ella y Frankie siempre habían resentido la forma en que Christian manejaba sus vidas con mano de hierro, proclamando que su rol como hermano mayor y heredero le daba la autoridad. Excepto ahora. Anna deseaba enormemente poder soltar a su hermano en su supuesto amante. No tenía dudas de que Christian le daría la paliza de su vida por tratarla tan injustamente. Por muchas millas, fantaseó con ese escenario.

El Sr. Parks mantuvo la boca sabiamente cerrada hasta que pudieron ver St. Louis en la distancia.

—¿Necesito notificar a las autoridades de lo que pasó allá atrás?

Ella estaba tan ocupada pensando en escenarios de muerte que le tomó un momento volver al aquí y al ahora.

—No, destruí lo que sea que le habían encargado a la Sra. Bartley que le diera.

—¿Está segura? Las cosas están comenzando a asentarse con los indios. Una tregua está comenzando y no necesitamos más problemas por estos lados.

—Lo entiendo, pero creo que el problema se acabó. —Su padre claramente no tenía ánimos de pelear y la Sra. Bartley era una inofensiva anciana loca.

La miró un largo rato antes de asentir. Anna estaba extraordinariamente agradecida por la naturaleza estoica del Sr. Parks. Simplemente no habría soportado si él hubiera tenido la necesidad de charlar. Notó con no poca ironía que normalmente era ella quien rellenaba los silencios con sandeces.

Obviamente, no tenía idea de qué esperaba hacer el resto de su anterior compañía de viaje, o cuándo volverían a St. Louis, pero Anna no tenía intenciones de verlos de nuevo. ¿Así que por qué le molestaba tanto que Nathaniel no la hubiera seguido?

Oh, era una tonta, una tonta sin remedio que había caído en la trampa tan fácilmente. Él no podría haber encontrado un sujeto más voluntario a meterse a su cama —o al pasto, como había sido el caso— que ella.

*Pobre y patética Anna*, pensó burlesca. *Tan desesperada por alguien a quien amar*. Se preguntó qué tanto de la magia de su relación había sido imaginada. Si una de sus amigas hubiera actuado así, Anna la habría golpeado con fuerza por ser tan penosa y patética.

Concentró su energía en lo que debía hacerse. Ya había oscurecido cuando llegaron al pueblo. La nube ominosa que la envolvía debía ser palpable puesto que la anfitriona la miró una sola vez y no le preguntó por sus acompañantes. Anna pidió que le llevaran una pequeña cena y desapareció detrás de la puerta cerrada. Tan imposible como sonara, Anna se durmió inmediatamente. No se movió ni giró, fue más como el sueño de los muertos, insensato, todavía en sus ropas y enrollada

con Violeta. Si todos los demás volvían más tarde esa noche, esperaba que la Sra. Bartley tuviera suficiente sentido común para encontrar donde más dormir. Anna ya había sido suficientemente avergonzada como para añadir el insulto de hacer una escena en una habitación rentada.

Para su alivio, la luz del día no mostró ninguna señal de ellos. Se levantó temprano luego de haber caído en la inconsciencia tan temprano. Empacó su equipaje, se aseguró de tener todo lo que necesitaba en el bolso de mano y dejó la maleta con la arrendadora. Tomó a Violeta con ella hasta la oficina del periódico y esperó en la acera a que abrieran. Ella y su mapache, la única acompañante que no la había traicionado, compartieron un rollito y una taza de leche.

El Sr. Henderson llegó de primero, silbando una alegre tonada y haciendo tintinear un manajo de llaves.

—Señorita Sinclair —dijo con sorpresa.

Ella se puso de pie.

—Buenos días.

Violeta levantó la pata en un saludo pícaro que era probablemente no una bienvenida sino un requerimiento de más rollito.

—No esperaba verla esta mañana. —Usó las llaves para abrir la puerta y la sostuvo abierta para que entrara.

Forzó una sonrisa.

—Las cosas no fueron como esperaba.

—Lamento oír eso. —La puerta se cerró de golpe—. ¿Alguien salió herido?

Segura de que su sonrisa era más una mueca, sacudió la cabeza.

—Ojalá.

El Sr. Henderson elevó las cejas ante la respuesta, pero no cuestionó más. No iba a llegar muy lejos como periodista si no presionaba por información luego de una respuesta tan críptica como esa.

Ella se sentó y le enseñó a atrapar a Violeta con una pelota de papel hasta que el Sr. Carson llegó un rato después.

También estaba sorprendido de verla tan pronto. Lo bueno de lidiar con americanos, al menos aquí en la frontera, era que parecían perfectamente cómodos en evitar las costumbres sociales e ir directo al grano.

—¿Qué la está preocupando? —Rascó a Violeta detrás de las orejas antes de sentarse junto a su escritorio. Su camisa demasiado grande se balanceó alrededor de su torso.

—Necesito vender a Goldy y comprar un pasaje inmediatamente de vuelta a Nueva Orleans. ¿Puede ayudarme?

Asintió y buscó en su rostro alguna expresión que pudiera explicar las últimas circunstancias. Aquí era donde ser inglesa era tan útil. Puso mucho empeño en permanecer impassible. No podía permitirse desmoronarse, no aún. Aún quedaba mucho por hacer tan rápido como fuera posible. Se prometió que habría semanas y semanas en las que se permitiría caer a la más profunda depresión, si tan solo pudiera llegar a un barco para volver a casa.

El Sr. Carson pareció satisfecho con cualquier hipótesis que hizo.

—Estoy seguro de que en el establo estarán felices de comprar su mula, y siempre hay algún bote bajando por el Mississippi, no habrá problema en conseguirle un pasaje.

—Gracias. —Sacó el papel de su bolsillo, donde su padre había destinado su recompensa por servicio ejemplar a la corona, a ella—. Necesito que esto sea atestiguado, o notariado. No sé, hacerlo oficial.

El Sr. Carson extendió el papel en su escritorio y soltó un largo silbido.

—Cincuenta mil. No es algo que se desprecie, señorita Sinclair.

Ella suspiró. Lo devolvería si con eso las cosas hubieran salido diferentes.

Colocó ambas manos en el escritorio y la miró fijamente.

—No mató a su padre y falsificó esto, ¿no?

Ella hizo un sonido que era una combinación entre una tos y un jadeo.

—No, señor. Aunque admito haberlo considerado. —Aunque no era su padre al que quería muerto. En cuanto a su padre, estaba segura de que sus sentimientos, examinados apropiadamente, serían una decepción apabullante y no asesina.

Continuó estudiándola varios minutos más y luego sacó su tinta y una pluma.

—Espero no arrepentirme de esto, pero voy a atestiguar la firma.

Las lágrimas cosquillearon sus ojos. No porque necesitara desesperadamente el dinero, sino porque constantemente se veía asombrada por la amabilidad de los americanos con una extranjera e inglesa, además. Dobló el papel y lo metió en su bolso y lo besó en la mejilla.

—Su esposa es una mujer afortunada de tener un hombre tan amable.

Él desechó su cumplido.

—Veamos qué podemos hacer sobre el resto.

Anna estuvo de vuelta en el río en un par de horas. Era increíble, la verdad, qué rápido podían hacerse las cosas al revés. El establo estuvo contento de agarrar a Goldy. Besó la nariz de la mula agradecida por el buen trabajo y aceptó una buena suma de dinero del dueño. El Sr. Carson parecía conocer a todos en el pueblo y logró localizar un capitán confiable que estaba feliz de hacer dinero extra llevando a Anna, Violeta y su única maleta río abajo. Gustav Shultz era fácilmente el hombre más modesto que Anna había conocido. Era promedio en todo, desde su cabello marrón, hasta sus ojos marrones y su contextura media. Hablaba con la cadencia lenta a la que se había acostumbrado en la gente de la frontera. Le dio a Violeta una rápida mirada, pero no hizo intento alguno de excluirla del viaje, por lo que Anna estaba muy agradecida. Estaba preparada para ofrecer una cantidad obscena de dinero por el privilegio de llevar al animal con ella. Se había apegado mucho en tan poco tiempo y no soportaba el pensar en perder otra de las cosas con las que había llegado a contar.

Impulsivamente, abrazó al Sr. Carson como despedida.

—Gracias por todo. Desearía poder devolverle la amabilidad.

—Usted cuídese —le dijo, y le palmeó la espalda antes de alejarse—. Gustav la llevará hasta Nueva Orleans y de allí no debería tener problemas con el resto del camino.

Anna tragó un nudo en su garganta y asintió esperanzada.

—Espero eso. Solo quiero ir a casa. —A las personas cuyo amor jamás había cuestionado.

Nate no era un hombre violento. Siempre había sido grande. Incluso de niño, había sido una cabeza más grande que los otros y su madre le había inculcado un sentido de la responsabilidad que venía con su tamaño. Su madre le había enseñado a usar su ingenio y nunca golpear a otro ser humano.

El general Sinclair se merecía una paliza.

Luego de que Anna se fuera, el resto se quedó allí inseguro de qué hacer. La Sra. Bartley estaba cenicienta, como si Anna la hubiera golpeado físicamente en vez de solo dedicarle unas duras palabras.



—Yo... yo... —ella balbuceó y sacudió la cabeza—. Nunca quise traicionarla. No quería... oh, Dios.

—¿En qué estaba pensando? —El general atravesó el espacio para confrontarla—. ¿En qué estaba pensando? ¿En este tipo de peligro? ¿Cómo pudo permitirle venir aquí?

—Yo... yo... —La mujer que jamás había dejado de opinar y sugerir durante todo el viaje de pronto no podía completar una oración.

—Estúpida, mujer estúpida.

—Ya basta —Sam se movió frente a ella.

—¡Y ustedes! —El general dirigió su furia a Sam—. ¿Qué tipo de hombre trae a una mujer decente al territorio indio?

—Mire. —Nate elevó la voz hacia el general—. No empiece a lanzar piedras sobre quién se comportó mal. Usted es el bastardo inglés que no tiene asuntos aquí. Inglaterra perdió. Váyase a casa.

El general hizo un sonido brusco antes de hablar en Sauk a su esposa nativa quien se dio la vuelta y camino hacia la multitud. Redirigió su atención a Nate, mirándolo despectivo, como si fuera un gusano.

—Va a tener que decirme cuál es su propósito aquí, joven. —Miró a Nate de arriba abajo y claramente lo encontró insuficiente—. No veo su importancia.

Sí, un golpe en su boca arrogante le quedaría bien. Los dedos de Nate se enroscaron.

—Estoy aquí para asegurarme que sus malditas espías —apuntó a la Sra. Bartley, quien chilló, y luego dirigió su brazo en la dirección a la que Anna había huido— no rompan el tratado que *su país firmó*.

La Sra. Bartley sacudió la cabeza tan vigorosamente que el sombrero de encaje se cayó.

—No somos espías. Tontas mal informadas, pero definitivamente no espías.

—¡Vi los planos! —Los documentos estaba quedamos y negros y no servían a nadie.

—Pero no lo sabía —gimió—. Y Anna solo tenía una recompensa por el honorable servicio del general.

Recordó el otro papel, el que Anna había metido en su bolso, y su cabeza comenzó a flotar.

—¿Una recompensa?

—Solo dinero. Eso era todo lo que tenía. —La Sra. Bartley tiró de su manga, pero él apenas lo notó.

Recordó la conversación entre Anna y su padre. Su padre la había mandado a casa con dinero. Su padre la había desechado. Nate cerró los ojos y su mirada de resignación cuando se dio cuenta de que todos la habían traicionado... Todo lo que ella había sacrificado por él y que él había desechado. Lo golpeó como un rayo y se quedó allí, inmóvil, ignorando cualquier abuso verbal que el general le lanzara.

Alguien necesitaba decirle al general la increíble hija que tenía.

—Su hija es...

—No necesito que me hable de ella —dijo el general como si Nate fuera un cabo a su orden y no un americano libre sobre el que no tenía autoridad—. Creo que conozco a mi propia hija.

Esta vez Nate bufó con rudeza.

—No tiene idea de quién es su hija, bastardo arrogante.

Nate podía ver algo de Anna en la figura del general. Él también tenía el cabello claro y era pequeño para ser hombre, pero claramente había heredado la belleza de su madre. Nate no podía encontrar nada remarcable en el hombre frente a él. Aunque Anna era una mujer orgullosa, también

era sensible y amable y llena de compasión. Su padre solo era un idiota sin una onza de instinto paternal.

—Obviamente está cegado por cualquier desaire que le haya hecho. Es un idiota. ¿Pensó seducirla? ¿Su corazón ambicioso esperaba un buen matrimonio con la hija bien acomodada de una familia de buen nombre? El duque de Morewether sabe que jamás le permitiría casarse con un americano. —Dijo la nacionalidad de Nate como un insulto.

—Dice el hombre que se casó con una Sauk. —Nate extendió el brazo, abarcando la tribu reunida a su alrededor—. ¿Cuánto estatus obtuvo de esta unión?

El general bufó.

—Soy un inglés en este condado. Tengo prestigio a donde voy y se lo doy a la mujer que tomo como esposa.

Nate lo miró, sorprendido ante la pomposidad del hombre. ¿Era posible ser tan arrogante? ¿Cómo alguien tan gloriosa como Anna podía haber salido del interior de este hombre? Nate supuso que debía agradecer a los antiguos duque y duquesa de Morewether por haberse hecho cargo de ella la mayor parte de su vida. Él no sabía quién creía el general que era su hija, pero Nate sí.

La conocía lo suficiente para saber que su corazón debía estar rompiéndose por la recepción de su padre y por la horrible manera en que la había despedido. Y Nate también había sido igual de insensible.

Ella lo había acusado de no conocerla, pero eso no era cierto. La conocía y solo le tomó unas cuantas palabras con su padre para darse cuenta del error que había cometido. Este hombre no amaba a su hija, pero Nate sí. Oh, Dios Santo, y acababa de herirla tanto como su padre.

Nate no podía respirar. ¿Cómo podría Anna perdonarlo?

Una mano golpeó su brazo. Volvió al momento y encontró a la Sra. Bartley parada frente a él con lágrimas de vergüenza en los ojos.

—Anna no sabía. En verdad, no sabía. —Giró hacia el general y le gritó—: Y usted cálese, he oído suficiente de usted. —Luego volvió a mirar a Nate—. No sabía qué había en mi carta, pero sospechaba que era algo importante por la forma en que los caballeros de la Oficina de Guerra me lo dieron. Lo siento, pero ella en verdad no sabía.

Él asintió porque no podía hablar. Algo en su pecho se estaba aplastando.

—Pobre bastardo —gruñó el general—, nunca será lo suficientemente bueno para mi hija.

Ese hombre tenía razón. Nate no era suficientemente bueno para ella, pero la amaba y tenía que arreglarlo. Podría matarse por haber aumentado su dolor.

—Usted me da pena —le dijo al general—. La ha perdido para siempre y nunca sabrá lo terrible que es eso. Pero yo lo sé, lo sé.

Nate corrió hacia los árboles con Sam y la Sra. Bartley siguiéndolo de cerca. Todavía podía alcanzarla y explicarle. Rogarle. Lo que hiciera falta.

Podría haber funcionado también, incluso podría haber salvado un poco su buena voluntad, excepto que todos sus caballos habían desaparecido.

## Capítulo Treinta y Cinco

Anna estaba en la proa del barco y miraba cómo la enorme embarcación atravesaba el agua. El capitán le había dicho que llegarían hoy. Miraba hacia el frente sin pausa, sabiendo que, si era paciente, Inglaterra aparecería. No se había parado ahí todas las semanas desde que había subido la pasarela. Eso habría sido absurdo. Además, odiaba llorar en público. Su camarote era más adecuado para atender un corazón roto.

El viaje bajando el Mississippi había sido mucho menos problemático que subiéndolo. La segunda vez estuvo en un bote construido para la velocidad y fácil maniobrabilidad contrario a uno a vapor que hacía un viaje cuidadoso. El Sr. Shultz y su tripulación de negros eran maestros del río y se enorgullecían de hacerlo en excelente tiempo.

—El tiempo es dinero —le había dicho—. Mientras más rápido bajemos a Nueva Orleans, más rápido ganaremos nuestro dinero.

Esa filosofía iba bien con Anna. Quería alejarse tanto como fuera posible de Missouri y las odiosas personas que había dejado allí lo más rápido posible. Para asombro de los hombres, ella estuvo más que feliz de agarrar un palo y ayudar a empujar el bote lejos de los escombros de árboles y mantenerlo en la corriente. Mientras más tiempo pasara siendo útil, menos tiempo estaría sentada sollozando. Si había una cosa que no la llevaría más rápido a casa era la autocompasión.

Una vez que llegaron a Nueva Orleans fue relativamente fácil encontrar un clíper que fuera a Inglaterra y arregló las conexiones para llegar a casa. Recogió sus maletas de la bodega del hotel de Nueva Orleans, pero dejó las de la Sra. Bartley allí. El recepcionista lo notó, pero no dijo nada, cuando le dio a una de sus maletas una suave patada. Era infantil, pero se sentía bien de cualquier modo.

Desafortunadamente, cuando se acomodó en el clíper, su bravata y su estabilidad emocional recibieron un golpe duro. Ya no se le permitía participar en la administración del barco y sin encontrar otra forma de ocupar su mente excepto jugar cartas con los otros pasajeros o releer uno de sus libros sobre América —un tema en el que había perdido el interés— quedó con un taciturno humor. Revisar sus libros de dibujo solo aumentaba su melancolía. Una vez intentó romper una página —un retrato particularmente impresionante de Nathaniel— pero no pudo animarse a hacerlo. Era una medicina amarga, pero se recordó que se había embarcado en ese amorío con él sabiendo que no terminaría en un final feliz como todos los que sus amigas habían logrado.

No hizo ningún intento de conocer a sus camaradas pasajeros y no estaba ni remotamente interesada en hacer amistad con la tripulación. Esa primera semana a bordo, sobrevivió a base de galletas saladas y agua y no se molestó en levantarse de la finísima cama. El primero a bordo supuso que estaba experimentando mareos del peor tipo y envió a un grumete a revisarla con bastante frecuencia.

Revivió el mes que había pasado con la Sra. Bartley, buscando alguna señal, algún indicio de que la mujer estuviera trabajando para la Oficina de Guerra. Debió haber sido increíblemente ingenua al no tener ninguna corazonada. Pero la mujer se había presentado como una vieja amiga de la familia. Anna creyó que la conocía, cuando se ofreció a hacer de chaperona, Anna había tomado la oportunidad. Había creído que la mujer solo tenía las mejores intenciones en su corazón.

Pensó que muchas personas tenían buenas intenciones.

La indiferencia de su padre tampoco debería haberla sorprendido, pero lo hizo. Volviendo la mirada a la vida ausente de interés de su padre por ella, debería haberlo imaginado. Incluso cuando su madre estaba viva y vivía en medio de sus tropas, veía a los oficiales mucho más seguido que a él. Una hija nunca era tan ventajosa como un hijo, especialmente para un militar. Una vez que su madre murió y no hubo intermediarios entre ellos, la envió lejos, dejando su crianza a unos extraños.

Honestamente, era la mejor decisión que había tomado por ella. La ironía claro era que había tomado esa decisión por beneficio propia, no ella. Pero, aun así, agradecía al cielo cada día que lo hubiera hecho. El duque y la duquesa de Morewether eran los padres más amorosos que podría haber deseado. Francesca y Christian se habían vuelto rápidamente hermanos para ella.

Lo entendió lentamente, pero eventualmente llegó a darse cuenta de que no era su padre lo que faltaba. El hueco en su vida supuraba porque su abandono la hacía sentir menos valiosa de algún modo. Si su propio padre no la quería, ¿quién lo haría? ¿Era porque era tan ordinaria? ¿Tan indigna? Cuando creyó que él estaba en problemas, fue su única oportunidad de demostrar que Anna Sinclair tenía méritos.

Y todo fue por nada. No la abrazó y le besó la mejilla y agradeció a Dios que lo hubiera encontrado. No volvió a casa para vivir con ella una cómoda vida de retirado con una hija devota. Ni siquiera reconoció su sacrificio.

En vez de eso, le pagó y la envió a casa, sola.

Supuso que, en el fondo de su corazón, muy en el fondo enterrado junto a sus fantasías y escenarios imaginarios, no estaba sorprendida. Una chica lista no lo habría estado. Una chica lista nunca habría puesto en riesgo o sacrificado su vida y su reputación. O su corazón.

Tampoco era la duplicidad de la Sra. Bartley o la falta de fe de su padre lo que la hacía llorar. El honor era para el capitán Nathaniel Johnson como tantos otros honores que ella le había dado.

Una vez más, se obligó a preguntarse cómo no había visto la sabandija que era. En Londres era bastante famosa por su habilidad de distinguir a un canalla en la multitud. Podía verlos acercándose como si tuvieran un letrero. Reconocía sus palabras lindas, sus encantos, su fingida indiferencia al mundo por lo que era: una seducción planeada dirigida a las ovejas ingenuas en los bailes y aposentos de Londres.

¿Cómo había ignorado todas las señales?

Cuando la respuesta la golpeó, fue como un tren descarrilándose que la dejó plana.

Porque era ella quien lo había seducido.

Ella lo había sacado de su guarida en el *Patriota de Martha*. Ella le había iniciado la conversación y lo había hecho picar el anzuelo con sus bromas y risa. Todo el miserable asunto podría haberse acabado en Nueva Orleans, pero ella le había permitido hacerse cargo de los planes para subir el río. Y ella había querido que él la besara.

Y ciertamente no lo detuvo en la cueva. Casi había rogado por su caída.

No había nadie a quién culpar. Nadie tenía la culpa más que ella.

La horrible verdad era que, sin importar lo mucho que se castigara y rechinara los dientes, cuando yacía en cama en las largas horas antes del amanecer, cuando era imposible acallar las voces en su cabeza, sabía que nunca cambiaría las horas pasadas con él. Sin importar cuánto lo odiara por haberla traicionado de la peor manera posible, también lo amaba. Tenía el resto de su vida para superarlo. Temía que iba a ser una muy larga vida.

Tan pronto como hubo rentado un apartamento de soltero en un muy respetable barrio de Londres, Nathaniel se bañó, se rasuró y se cambió de ropa. Era el mismo ritual que tenía cuando desembarcaba, pero era mucho más importante ese día. Prestó atención especial a sus uñas, asegurándose de que cada parte de él estuviera presentable. Un pañuelo nuevo, camisa, un chaleco combinado con un pantalón bombacho y sus mejores botas, lustradas hasta brillar. Aplastó su cabello y lo ató con una liga de cuero, luego dejó su reloj en el bolsillo delantero. Dejó en la cama su sombrero favorito, gastado y raído, y lo reemplazó por una chistera gallarda que había encontrado en Nueva York. Su reflejo le dijo que estaba tan bien como llegaría a estar. Se las podía arreglar en Boston, Filadelfia y Nueva York, pero la sociedad londinense era un sepa distinta de pomposidad.

Usó sus contactos en la oficina del maestro del puerto para que le ayudaran a localizar dónde residía en duque de Morewether o al menos su paradero. Encontró un coche y le indicó Mayfair, y luego se acomodó para un lento viaje atravesando la ciudad. Nada se movía rápido en las ciudades excepto los rumores. Eso era lo mismo tanto en Inglaterra como en América.

Un periódico abandonado en el suelo del coche atrapó su mirada. La página principal hablaba de un nuevo impuesto y algunos problemas en una tierra lejana. Ninguna de las historias le interesó y dobló la página para descubrir la segunda. La esquina derecha contaba una noticia del Conde y la Condesa Harrington invitando a quienes estuvieran interesando a asistir a una charla sobre la Frontera Americana completa con dibujos detallados seguida de un periodo de preguntas y respuestas donde la señorita Anna Sinclair estaría feliz de exponer sus impresiones de la salvaje tierra. Se invitaría té.

Nate se congeló. ¿Cuáles eran las impresiones de Anna? ¿Odiaba *todo* sobre su país? ¿Debería albergar alguna esperanza?

Los últimos meses habían sido los meses más frustrantemente lentos de su vida. Había creído que fue malo cuando se llevaron a Sam, pero nada se comparaba con el vacío en su vida donde Anna debería estar.

Cuando descubrieron que sus caballos no estaban, él, Sam y la Sra. Bartley tuvieron que caminar hasta St. Louis, así que solo eso los puso tres días detrás de ella. Claro que se habían perdido en el bosque sin el increíble sentido de ubicación de Anna para guiarlos, lo que les costó más tiempo valioso. El Sr. Carson había sido reservado en cuanto al paradero de Anna, pero Nate supo que se fue cuando la mula apareció vendida y sus maletas y el mapache ya no estaban en el hospedaje. Cuando se le presionó, el Sr. Carson admitió que la había ayudado a organizar un viaje bajando el río. Hizo lo mismo para Nate y compañía, pero les tomó otros dos días en St. Louis encontrar un capitán que quisiera llevarlos. El Sr. Carson solo se encogió de hombros y los miró con expresión apenada. En Nueva Orleans descubrió que estaba una semana y media tarde.

Para cuando Nate negoció una carga hasta Londres, perdieron otros tres días. Más tiempo perdido en Nueva York y luego, como si el universo estuviera en su contra para castigarlo más, una enorme tormenta los detuvo una semana más. Normalmente, habría estado furioso por perder dinero con la carga en espera. Cada día que el barco estaba atracado era dinero perdido, pero esta vez le importaba un comino el dinero. Cada semana, cada día, Anna se alejaba más y más de él.

Sam y la Sra. Bartley eran lo suficientemente listos para dejarlo solo. Además de un temperamento agrio, era incapaz de manejar una conversación. Ninguna discusión retenía mucho su atención antes de que comenzara a divagar.

En la forma en que su cabello se soltaba de los broches y enmarcaba su rostro con un suave halo amarillo, o la forma en que su mano encajaba en la suya cuando habían caminado a lo largo del río Mississippi. O la imagen de ella emergiendo del río, con el vestido pegado al cuerpo,

luego de saltar a rescatarlo. Su cuerpo se había contraído y se había excitado en ese momento, y lo hacía de la misma manera ahora.

Pestañearía y quienquiera que le estuviera hablando lo miraría expectante, esperando una respuesta a alguna pregunta sin responder. No le importaba y generalmente se alejaba. Si creían que era extraño o descortés, simplemente no le importaba.

Lo que más quería en el mundo estaba tan lejos de él que dolía. Su pecho dolía y su estómago se retorció en estado constante de agitación. Un hombre no podía vivir así. ¿Cómo podría lograr que ella viera lo equivocado que él había estado? ¿Lo apenado? ¿Lo mucho que la amaba y lo tonto que había sido?

Ir a la charla era un buen comienzo. Al menos tendría idea de cuáles eran sus pensamientos y qué obstáculos debía superar.

Revisó su reloj y redirigió al conductor a la nueva dirección. Llegaría temprano, pero eso le daría tiempo suficiente para armar un plan. Bufó. No tenía ningún plan ni esperanza de que uno saliera de su inútil cerebro. Todo lo que podía esperar era que cuando la viera se disculpara con un español correcto.

La casa del conde era enorme e intimidante. Nate pagó al cochero y atravesó la calle hasta un pequeño parque. Se sentó en una banca y miró la casa, esperando a que otros llegaran para poder mezclarse con la multitud. Una media hora después, había observado carruaje tras carruaje dejar sus pasajeros, londinenses finamente vestidos charlando con emoción. Uniéndose con el último grupo, entró a la casa y siguió al criado hasta el amplio salón designado para la lectura. Toda la mueblería había sido quitada y remplazada con sillas simples alineadas en filas frente a un atril.

La multitud estaba bien dividida entre hombres y mujeres. Mientras ellos se reían en grupos, se contaban chismes y se encontraban con sus amigos y conocían otros, él se quedó casi al fondo de la multitud y de la habitación, intentando pasar inadvertido. Creyó que lo había hecho bien, sin hablar con nadie además de un asentimiento y un grácil “buen día” para no exponer su acento. Aparentemente no, sin embargo, porque solo hubo estado en la casa unos cuantos minutos cuando un criado se paró a su lado.

—¿Podría venir conmigo, señor? —le preguntó el hombre con el rostro inexpresivo. Con una mano detrás de la espalda y la otra haciendo un gesto amplio, dirigió a Nate hacia la puerta.

—¿Dónde?

—Sígame.

Nate cerró la boca y lo siguió. No serviría hacer una escena. Avergonzarse y a su anfitrión no funcionaría a su favor. Movié los pies en la dirección indicada, un presentimiento condenatorio le pesaba en el estómago.

—Sígame. —El criado lo llevó por el pasillo en un camino zigzagueante que atravesaba la casa, llegando a una puerta cerrada. Tocó con suavidad y empujó la puerta, una vez más indicando a Nate con un gesto que pasara.

Seguro de que encontraría a las autoridades esperando, entró a la habitación, preparado para pagar lo que fuera para que quitaran los cargos que se le habían impuesto.

Ver al duque de Morewether con los mismos hombres familiares de varios años atrás fue infinitamente peor.

—Bueno, capitán Johnson —dijo el duque lentamente, avanzando hacia él—. Qué conveniente que viniera por cuenta propia en vez de hacer que fuéramos a buscarlo.

—Esperen un momento... —fue todo lo que pudo decir Nate antes de que un gran puño conectara con su mandíbula.

## Capítulo Treinta y Seis

El golpe hizo que Nate retrocediera casi cinco metros. No podía decir que no hubiera esperado algo así, pero igual lo pilló con la guardia baja. Se paró preparándose para otro golpe, pero los otros hombres habían agarrado a Morewether. Con un hombre a cada brazo, el duque lo miró con furia.

—¿Qué crees que haces viniendo aquí? —gritó el duque.

Nate levantó las manos.

—No pelear con ustedes.

El duque se sacudió a los otros y se enderezó.

—Debería llevarte afuera y dispararte, pero sería un mejor final del que te mereces.

Nate no se defendió. No había nada que decir. Sus acciones no podían ser defendidas.

—Vine a verla.

Morewether bufó de nuevo, listo para golpearlo de nuevo, pero el rubio envolvió un brazo a su alrededor y lo llevó al sofá frente al fuego.

—Conde de Harrington —se introdujo el tercer hombre—. Esta es mi casa.

—Lo recuerdo. —Nate tomó la oportunidad para frotarse la mandíbula, pero miró al duque atento. No parecía demasiado feliz de reconocer a Nate—. No vine aquí a pelear.

—Hmm. ¿En verdad esperaba otro resultado?

Nate se encogió de hombros.

—Esperaba hablar con Anna. No esperaba que todos ustedes fueran interferencia.

El rubio le pasó al duque un vaso con líquido ámbar, pero habló a Nate.

—Queremos a Anna. Es nuestra amiga y hermana y no permitiremos que la hiera de nuevo.

Su respiración se cortó.

—¿Ha hablado de mí? —Eso tenía que ser un buen indicio, ¿no? Si era lista, y su amorío en verdad no había significado nada para ella, jamás lo habría mencionado pues cualquier riesgo a su reputación habría sido negligente.

El duque se puso de pie de un salto, pero el rubio le empujó el hombro de vuelta.

—Demonios, Dalton —gritó Morewether.

—Cálmate —dijo Dalton—. No vas a matarlo en la biblioteca de Harrington.

—Exactamente —concordó Harrington—. Tu hermana nos azotaría a ambos si ensucias esta alfombra con sangre de nuevo.

—No pretendo matarlo, solo hacerlo desear que así fuera.

Nate sospechaba que un hombre tan grande y enojado como Morewether podría en verdad hacerle daño. Tampoco dejaría que él lo golpeará sin responder. Había estado involucrado en varias peleas en callejones y tabernas por todo el mundo, y conocía muchas formas de herir a un hombre. El problema más grande era que había tres hombres grandes contra él. Miró la habitación buscando armas por si llegaba al caso.

Movió la mandíbula de un lado a otro.

—Quiero hablar con Anna.

—Quizás —dijo Harrington—, dependiendo de qué tienes que decir por ti mismo, podríamos dejar que Morewether te mate. O si consideramos que eres realmente una sabandija de alto nivel, dejaremos que nuestras esposas tengan pase libre. Entonces sabrás lo que es la verdadera miseria. Esas mujeres te quieren ahogado y en pedazos.

Nate suspiró. Supuso que debió haberlo visto venir. Si el padre de Anna hubiera sido un ser humano decente, habría tenido este tipo de interrogatorio con él.

—Cometí un error terrible y estoy aquí para arreglarlo.

—¿Qué hiciste exactamente? —Preguntó Dalton mientras se servía un vaso del decantador.

Eso lo hizo pausar mientras movía su adolorida mandíbula.

—Yo sé lo suficiente —amenazó Morewether desde el sofá.

Nate resopló miserablemente.

—¿Nunca te dijo sobre el viaje? ¿Lo que pasó en el camino?

De alguna manera Harrington se había colocado detrás de Nate.

—Nadie lo dirá exactamente —dijo sombrío—, pero tenemos una buena idea. Por qué no nos cuentas.

Nate se movió ligeramente a la izquierda para que los tres hombres estuvieran a la vista.

—No lo creo. No es un hábito besar y luego contarlo.

Morewether hizo intento de levantarse, pero nuevamente fue empujado.

—¿Entonces admites haberla besado?

Nate miró fijamente al duque con el rostro en blanco. No respondió. En vez de eso, giró hacia Harrington.

—Esto es entre Anna y yo. Estoy completamente seguro de que ella no apreciaría que yo dijera algo que ella no les ha dicho ya.

—Eso lo dice todo, ¿no es cierto? —Morewether se sacudió el brazo de Dalton y cargó a través de la habitación.

Nate estaba listo esta vez. Dio dos pasos hacia delante, cerrando la distancia entre ellos más rápido de lo que el duque había esperado preparado y estrelló su propio puño de tal forma que el duque cayó sobre su trasero.

—Demonios —gritó Harrington.

—Bueno, qué me lleven —dijo Dalton al mismo tiempo y colocó su vaso en el aparador.

Nate sacudió la mano, doblando los dedos y esperando no haberse roto alguno de ellos. Morewether lo miró desde el suelo.

—Levántate, levántate —dijo Harrington mientras tiraba del brazo de su amigo—. No sangres en la alfombra. No bromeo. No tienes que vivir con Francesca.

Morewether se levantó del suelo y sacudió la cabeza. No se veía tan entusiasta por pelear.

Nate extendió la mano y levantó las cejas.

—No quiero pelear con usted, su gracia. —Supuso que usar el honorífico del hombre amortiguaría el golpe a su orgullo un poco—. Espero ser tu cuñado y no funcionaría odiarnos. Atravesé la mitad del mundo para encontrarla solo para hacerla ver lo mucho que lo siento.

Dalton asintió y atrapó la mirada del duque.

—Sin importar lo que pienses de Johnson, tienes que saber lo mucho que le importa a ella.

Morewether hizo el más leve de los asentimientos, pero sus ojos nunca dejaron el rostro de Nate mientras sacudía su mano. Nate sabía que estaba siendo pesado y evaluado y hasta ahora había quedado por debajo de las expectativas.

—¿La amas? —preguntó finalmente.

Nate tragó.

—Lo hago. No puedo creer lo mucho que la amo. Es increíble, ¿lo sabes? ¿Sabían que nunca jamás se pierde? ¿Y que sabe todo sobre comprar una mula? Oh Dios, cuánto la quería esa mula. ¿Y cómo está Violeta, por cierto? —rio, pensando en el pequeño mapache—. Llevaba esa pequeña bestia en los bolsillos y luego en su bolso por kilómetros. Sospecho que si hubiera



encontrado un león de montaña lo habría adoptado. Ha leído sobre todo. ¿Te dijo que saltó a un río enfurecido para salvarme de ahogarme? Mujer chiflada. Y no tiene miedo de nada, ni de los indios, ni de los extraños ni nada que encontramos en el camino. Tenía un don para encontrar moras y frutas en el camino. Todos los que la conocen quedan instantáneamente encantados. Y la forma en que captura los pasajes con su lápiz... impresionante.

Harrington asintió con la más pequeña sonrisa.

—Vimos los dibujos.

La sonrisa de Dalton se hizo más amplia.

—Todos los dibujos.

—Incluso los desnudos. —La expresión de Morewether no tenía nada de divertido.

Eso trajo a Nate de vuelta a la realidad.

—Espera, ¿qué?

Harrington y Dalton rieron juntos y volvieron a sus vasos de licor. Morewether agarró su brazo y lo llevó hacia la puerta.

—Voy a ayudarte porque la amo también. Su felicidad significa tanto como la de mi hermana para mí. Mejor espera que seas digno de ella o te mataré y haré que esos tipos me ayuden. —Los tipos en cuestión asintieron sabiamente e inclinaron los vasos hacia él.

—No soy digno de ella. Ningún hombre lo es —les dijo a todos—, pero la amaré y adoraré hasta el punto en que crea que sí lo soy.

Morewether entrecerró los ojos y miró a Nate por un largo rato antes de estrechar de nuevo su mano.

—Tienes mi permiso para casarte con ella si te acepta. Tengo mis dudas, a pesar de los desnudos.

La risa de Nate era tanto de diversión como de alivio.

—Sabes que no le importará si le das tu permiso o no. Esa mujer hace lo que quiera, cuando quiera y sin importar la opinión de cualquier hombre.

—¿Y aun así quieres casarte con ella? —preguntó Harrington detrás de su hombro derecho.

—Por supuesto.

—Solo para que sepas, ninguna de nuestras esposas escucha lo que les decimos, así que no esperes que eso cambie cuando te cases. —Dalton cerró la puerta del estudio cuando salieron.

—No lo cambiaría por nada —dijo Nate, y lo decía en serio.

La audiencia había tomado sus asientos y los murmullos de expectación llenaban la habitación.

—Está lleno —le dijo Frankie a Anna, sus ojos iluminados por la emoción—. Te dije que vendrían.

—¿Cuántos es lleno? —preguntó Anna, retorciendo el anillo de su madre nerviosa.

—No lo sé. —Frankie se encogió de hombros—. Quizás cien.

—¿Cien? —Anna buscó una silla.

Frankie sonrió y espió por el recibidor.

—Todos los asientos están ocupados y hay más contra la pared. Solo gente de pie.

—Ten, querida. Bebe esto. —Thea frotó la espalda de Anna y le pasó un vaso de cherry—. Aliviará tus nervios.

Ella lo tomó e hizo una mueca.

—Agh. Ahora estoy nerviosa y mi estómago se retuerce.

—Deberías haberle dado algo de whiskey. Ese cherry es horrible. —Olivia hizo viento al rostro de Anna con uno de los programas que había impreso como parte de la charla.

El acento de Thea se había perdido en unos pocos meses en Londres, pero todavía se oía la cadencia griega en su voz.

—Estarás bien. Una vez que salgas y comiences a hablar, tu estómago quedará bien. Recuerda, eres la experta. Eres la única que ha estado allí. Solo diles lo que viste. Tus historias son tan vívidas, y cuando las colocas con tus dibujos... Bueno, serás un gran éxito.

Olivia asintió.

—Ya lo eres.

Anna todavía no podía creerlo. Apenas había estado una semana en casa cuando la alta sociedad decidió que era una brillante aventurera. Fue invitada a cada encuentro, baile y salón por un mes antes de que sus amigos decidieran auspiciar una serie de charlas sobre su viaje, completas con el portafolio de dibujos que había traído a casa, una versión muy editada del portafolio. Frankie había visto las otras imágenes, pero no había dicho una palabra. Había abrazado a Anna y la había sostenido mientras esta lloraba.

Les había dicho poco sobre Nathaniel a sus amigos, pero podían deducir el resto. Anna no estaba ocultando los detalles. Solo quería mantenerlos para ella, algo que apreciar mientras se deslizaba en su literata soltería.

Morewether se había ocupado de la recompensa de su padre por ella. Le ofreció encontrarle una linda casa cerca que comprar, pero ella no quería vivir sola. No la consolaba saber que nunca tendría que preocuparse por los fondos de nuevo. Suponía que se lo dejaría todo a las hijas de sus amigos, dividirla entre todas para que siempre tuvieran la libertad e independencia para escoger las vidas que quisieran.

No era exactamente la vida que ella habría elegido, sabiendo lo que pudo haber tenido, pero era demasiado realista para creer que ese rayo podía golpearla dos veces. Sin embargo, en un movimiento que la confundía, los caballeros la encontraban más intrigante que antes de irse, y tenía una buena cantidad de pretendientes entonces. Morewether le había asegurado que mantendría su nueva riqueza en la más estricta confidencia, así que esa no era su motivación.

Parecía que nada de lo que había esperado del viaje había resultado. El mundo era un lugar confuso.

—Vamos —le indicó Francesca—. Ya es hora. La multitud se pondrá ansiosa si no comienzas pronto.

Anna se paró y alisó su falda, cerró los ojos e inspiró profundo.

—Bien. Una vez más al abismo...

Hubo un cortés aplauso cuando entró. Lord Harrington la introdujo y le cedió el atril.

Su charla fue bien. Discutió sobre la ciudad de Nueva Orleans y describió la arquitectura, acompañando sus descripciones con los dibujos que había hecho de los escenarios en las calles y los muelles abarrotados. Hubo una respuesta susurrante de asombro cuando les dijo de la sacerdotisa vudú, Emilie Faillard, y les mostró retratos de la mujer y su altar.

—¿Cuál fue su fortuna? —preguntó una voz desde el fondo de la habitación.

—No se hizo realidad —respondió Anna con una sonrisa.

—¿No encontró lo que buscaba? —preguntó esa voz de nuevo.

Ella entrecerró los ojos hacia el fondo, pero no podía identificar quién hablaba. Se encogió de hombros.

—Sí encontré lo que buscaba. —La mayor parte de la profecía de la Srta. Faillard se había vuelto realidad, dependiendo de cómo se lo interpretaba.

Explicó sobre el Mississippi, lo grande que era y la gente y animales que se encontraban allí. Describió el acento sureño e hizo algunas cuantas oraciones arrastrando las palabras. Describió el *Enterprise* y al Capitán Shreve y su lento viaje subiendo el río por primera vez.

—¿Hubo otros pasajeros en el barco con usted? —preguntó la misma voz desde el fondo.

—Claro —asintió—. Mi chaperona, la Sra. Bartley, estaba conmigo en camino.

—¿Nadie más?

—¿Era conocida esa voz?

—El capitán del *Patriota de Martha* y su hermano fueron con la Sra. Bartley y conmigo como guías en América.

—Oh, eso suena muy romántico. —Esta vez fue la voz de una mujer y muchas de las damas en la audiencia soltaron risitas—. Cuéntenos más de él.

Anna ignoró el requerimiento, explicando en su lugar cómo bajaron del *Enterprise* en Nueva Madrid en el lado oeste del río. Describió la ciudad para ellos, explicando la extraña forma en la que los pueblos de frontera parecían elevarse de la nada y desaparecer de la misma forma. La anécdota sobre el terremoto provocó jadeos de la multitud.

Mostró imágenes de las frutas y moras que habían encontrado en los bosques y sobre el camino. Un retrato de Goldy atrajo los usuales “Ah” como si ella les hubiera mostrado el niño más adorable del mundo.

—¿Cómo era el clima? —preguntó la voz masculina del fondo. ¿No había sido claro que todas las preguntas serían al final de la presentación?—. ¿Hubo mucha lluvia?

Anna suspiró. Maldiciendo su estatura corta, se movió a un punto ventajoso para poder mirar al fondo. Aun no podía determinar quién era tan descortés.

—Hubo una fuerte tormenta luego de dejar Cape Girardeau. Llovió constantemente por días. El río creció y las orillas se hicieron inestables. Fue horrible, la verdad.

—¿Se mojó? —preguntó una mujer con un sombrero ridículo.

—Sí. Bastante.

—¿Alguien se cayó al río? —preguntó la voz masculina.

—Excelente pregunta —dijo alguien más.

Anna se movió más hacia un lado de la habitación para ver si podía ver mejor a la multitud, pero fue inútil. La habitación estaba tan llena; las preguntas extrañas podrían haber venido de un gran número de caballeros. Ella buscó a sus amigas, pero las damas se veían igual de confundidas. Morewether estaba sombrío. Harrington y Dalton la miraban expectantes.

Ella estudió los rostros frente a ella, cada par de ojos la miraba con expectación.

—Sí, de hecho, el capitán Johnson cayó en el río intentando salvar a la mula.

Un jadeo colgó en el aire.

—¿Qué hizo usted? —preguntó una mujer mientras se abanicaba.

—Saltó y me salvó.

¿Qué?

Cada persona sentada giró, buscando al locutor. Anna estaba más que frustrada en este punto.

—Señor, ¿me permite su asiento por un momento? —le preguntó a un hombre con hercúleas patillas sentado en la fila del frente. Cuando él le prestó su silla, ella tomó su mano y se subió. Finalmente tenía una vista clara del fondo de la habitación.

Al final, un hombre se adelantó y las damas en el cuarto rieron nerviosamente.

—Capitán Nathaniel Johnson a su servicio. —Hizo una reverencia hacia el público.

Anna estuvo bastante orgullosa de no caer de la silla. No todos los días el amor de su vida aparecía como conjurado de sus fantasías. Y, aun así, tenía el deseo de golpearle la cabeza con

algo pesado.

—Quizás debí haber dejado que se ahogara.

—Pero estoy muy complacido de que no lo haya hecho.

—¿Dejará que termine mi presentación sin interrumpirme?

Él sonrió, y su débil y patético corazón aleteó. Se veía increíblemente atractivo en ese atuendo tan a la moda, pero creyó preferirlo como estaba en el río, robusto y desaliñado. El hombre del que se había enamorado.

—No sé si podré, pero podría intentarlo.

La multitud giraba la cabeza, siguiendo la conversación como si miraran un evento deportivo.

—Intente contenerse por favor. —Bajó de la silla y tomó un instante para tomar algo de agua y recomponerse.

¿Por qué estaba aquí? ¿Cuándo llegó? ¿Qué quería decir? Su cerebro gritaba en su mente e hizo todo lo posible para no dar la espalda a la audiencia y continuar la charla. Miró a Frankie de nuevo en busca de apoyo, pero estaba teniendo una vigorosa conversación en susurros con su esposo y no fue de ayuda.

De alguna forma continuó su historia, pero solo lo logró negándose a hacer contacto visual con Nathaniel. Él atravesó la multitud y se acomodó a su derecha. No la interrumpió hasta que llegó a la parte de los indios.

—Los Sauk son un pueblo muy hermoso. —Mostró el retrato que había hecho de memoria de *Títíwa* y los rostros soberbios de algunos de los hombres, junto con las cabezas rapadas y las joyas tribales.

—Allí fue cuando me di cuenta que me había enamorado de usted. —La voz de Nathaniel fue clara como el agua. No solo cada cabeza giró para mirarlo, pero la mayoría de sus bocas también colgaban.

Anna no era la excepción. La cerró con celeridad.

—En serio —dijo, llenando la palabra con tanta ironía como podía.

—En serio —respondió. La miró con tanta pureza y convicción que quedó atónita.

Se rio arrepentida.

—Ciertamente actuaba como tal.

—Me porté como un idiota y lo lamento desde ese día.

Un murmullo se elevó de la multitud y Anna los miró con desesperación. Estaba arruinando todo. Nadie la tomaría en serio nunca.

Sentía que su rostro estaba en llamas; nunca había estado tan avergonzada en su vida. Tragó con dificultad e intentó mantener algo de dignidad.

—Ahora actúa como un tonto.

—No me importa. —Estaba caminando hacia ella y los ojos de la multitud seguían cada movimiento. Voces femeninas susurraban lo que Anna solo podía asumir que eran juicios.

—A mí sí. Nos está avergonzando a ambos.

Nathaniel se detuvo al frente de la habitación y se dirigió a la multitud.

—Estoy seguro de que las damas aquí pueden imaginar el tonto que he sido. —Sombreros floreados asintieron de acuerdo alrededor del mar de cabezas—. Dije algunas cosas terriblemente fuera de lugar a la Srta. Sinclair. Tenía una idea en mi cabeza que admito ante todos que era total y completamente equivocada. Soy un hombre estúpido. —Más asentimientos—. ¿Creen que, si me pongo de rodillas, la Srta. Sinclair aceptará mis sinceras disculpas?

—Oh, sí —replicó una joven particularmente emocionada con la mano en el pecho y las mejillas arreboladas—. Yo lo haría. —Su madre la golpeó en la rodilla con su abanico, pero la

más joven solo se sonrojó más.

Él giró hacia Anna y dejó caer su rodilla. Estaba bastante segura de que iba a vomitar. Nunca le había pasado, jamás. Cómo sus amigas podían dejar que esto sucediera, no tenía idea. Miró a Frankie, pero ella le sonreía. Thea estaba llorando y Morewether no se veía tan sombrío. Olivia asintió hacia ella con gran entusiasmo. Nathaniel le tomó las manos y la multitud silenciosa se inclinó hacia delante.

—Señorita Sinclair, mi querida Anna, le ruego que me perdone. Estaba equivocado y me di cuenta casi inmediatamente, pero es una escapista consumada. He estado persiguiéndola por meses, rogándole a Poseidón que hiciera mi barco más rápido o el suyo más lento. —Ella pestañeó, pero hasta ahora no estaba persuadida.

—Las cosas que creyó de mí...

—Porque soy un idiota. Se lo diré cada día si es eso lo que quiere oír. Pero también le diré cada día lo mucho que la amo. —Eso funcionó un poco y él debió sentirlo, porque continuó por ese camino—. Puedo vivir sin usted, pero no quiero. Nunca he sido más miserable que cuando estuve sin usted. Continuaré respirando, pero odiaría cada minuto que respiro sin usted. Comería, pero no sentiría ningún placer. Dormiría, pero soñaría con usted.

—Oh, Dios —susurró una dama de adelante, sin aliento. Anna coincidía.

—Por favor, Anna, por favor, dígame que tengo esperanza.

No le respondió. No podía sin llorar. Todo lo que pudo hacer fue darle una sonrisa temblorosa. Él se levantó y la elevó en sus brazos.

—Te amo —dijo.

—Yo también te amo —apenas pronunció las palabras, pero él las oyó igual.

Apenas oyó a la mujer en el frente hablar con su amiga.

—Creo que esta es la mejor charla a la que he asistido, ¿no crees?

—Definitivamente, Eloise. Definitivamente.

## Epílogo

—¿Ya están casi listos? —La viuda duquesa de Morewether cerró la puerta suavemente detrás de ella.

Anna todavía estaba en su ropa de cama y corsé, así que mintió.

—Casi.

Su madre adoptiva deslizó los dedos por la tela del vestido extendido en la cama. Anna, la viuda, y sus amigas habían pasado un tiempo considerable en Bond Street llenando su ajuar. El vestido de novia que había elegido era lila con perlas alrededor del cuello y mangas cortas. Incluso los guantes que había escogido estaban decorados con perlas. La modista había teñido los zapatos para que combinaran; zapatos demasiado refinados para siquiera considerarlos en una caminata.

—Tu cabello luce adorable —le dijo la viuda mientras compartían el espejo sobre su tocador —. Espero que quedé así.

Anna rio.

—Wilson lo intentó valientemente. Acaba de irse para buscar su peineta.

Había sido un regalo de la mujer mayor la noche anterior. Había habido lágrimas y abrazos y Anna creyó que la escena era tan adorable como cualquiera que pudiera haber imaginado con su madre. La pieza era Sterling con zafiros que asemejaban los ojos de Anna, y la mujer le había contado una historia romántica de cómo su propio esposo se lo había dado a ella.

—Quiero que lo llesves cuando te cases —le había dicho a Anna, y luego ambas habían compartido un pañuelo.

Solo que ahora Wilson no podía encontrarlo en ninguna parte, lo que era la razón principal por la que Anna no estaba en su vestido.

La puerta de su cuarto se abrió y Francesca entró.

—¿Todavía no estás vestida?

Violeta saludó desde debajo de la cama. Frankie se arrodilló a los pies y levantó la cubierta.

—Sal de ahí —dijo, mientras tamborileaba los dedos bajo la cama.

—Ha estado muy extraña todo el día —les dijo refiriéndose al mapache.

—Estoy segura de que siente la emoción. —Frankie arañó el suelo para atraer a Violeta, pero cuando la pequeña bandida no apareció, se rindió—. Los caballeros están esperando abajo. Tu prometido se ve muy guapo en su traje mañanero.

—¿Se cortó el cabello? —preguntó Anna, revisando sus aretes una vez más.

Frankie miró pensativamente al suelo.

—No me fijé.

Anna esperaba que no. Le encantaba cuando se veía pirata y salvaje, como durante su marcha por el río Mississippi. Apostaría a que no tenía sus aretes, pero siempre estaba la luna de miel.

Una vez más se abrió la puerta y apareció Wilson.

—No puedo encontrarla, señorita. Lo he buscado por todas partes.

Anna lanzó otra mirada impotente a la habitación y sacudió las manos.

—Estaba aquí hace un momento.

Con una sonrisa confiada, Frankie la animó a terminar de vestirse, que ella encontraría la peineta perdida. Una vez que Anna y Wilson desaparecieron en el vestido, Frankie movió todas las botellas y cajas del tocador.

—Revisa ese armario de nuevo —le sugirió a su madre.

Violeta apareció de debajo de la cama como siempre hacía cuando algo distinto estaba sucediendo. El mapache trepó al toco del tocador donde jugueteó con el cepillo con mango de plata mientras le hacía soniditos a Frankie.

El siguiente golpe en la puerta fue más urgente y una frenética Sra. Bartley lo atravesó.

—Oh, Dios, oh, Dios, oh Dios.

Luego de que Nathaniel profesara su amor por Anna frente a toda la audiencia, había estado de muy buen humor. La Sra. Bartley había expresado una ferviente disculpa que Anna estaba dispuesta a aceptar por cualquier número de decisiones estúpidas.

La voz de la viuda vino desde dentro del armario.

—Ayudamos a encontrar la peineta de plata de Anna.

Usando sus hábiles patitas, el mapache levantó la falda de la Sra. Bartley y jugueteó con las decoraciones en sus zapatos hasta que Frankie la levantó y la colocó en la cama.

—Ya intenté con el tocador —le dijo Frankie a la otra mujer—. Busque bajo los cojines del sofá.

—Temo que tenemos un problema más grande —dijo la Sra. Bartley, su voz elevándose con pánico mientras lanzaba las almohadas al suelo.

Frankie y la viuda giraron para mirarla, con las cejas elevadas.

—Dijo que Nathaniel ya estaba abajo —dijo Frankie.

—Lo está. No es él el problema —La Sra. Bartley habló en susurros, luego señaló a alguien en el pasillo—. Pase, pase.

El Sr. Johnson se detuvo en la puerta con el rostro afligido.

Los ojos de la viuda se abrieron como platos.

—¿Qué sucede?

Sam se aclaró la garganta y habló en voz baja.

—No encuentro los anillos.

Frankie lanzó los brazos al cielo.

—¡Santo cielo! ¿Dónde los vio por última vez?

—Los tenía esta mañana. —Sam se veía enfermo—. Nate va a matarme.

—Probablemente —asintió Francesca.

Unos pesados pasos en la alfombra anunciaron la llegada de Christian.

—¿Podemos irnos? Ya estamos tarde para la iglesia.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Sam intentando parecer inocente.

—Abajo, poniéndose más y más impaciente. —Miró a la habitación desordenada de Anna. Las almohadas del sillón de la ventana habían sido lanzados al suelo y los muebles no estaban en su posición. Violeta bajó de un salto de la cama y corrió por la habitación, metiéndose bajo la cama —. ¿Qué están haciendo?

—Parece que tenemos un problema —le dijo Frankie a su hermano—, no hay el regalo de bodas de madre y aparentemente el padrino ha perdido los anillos.

Una criada sin aliento apareció en la ya llena entrada de la habitación de Anna.

—No está en la lavandería —dijo, refiriéndose a la peineta.

—¿Dónde más buscaste? —preguntó Christian en voz baja pero imponente que hacía que los dientes de su hermana rechinaran.

—Todo lo que puedes ver —dijo Francesca abarcando la desastrosa habitación.

—Nosotros también —dijo la Sra. Bartley.

Sam asintió, viéndose desesperado por una bebida.

—¿Hola? —gritó Nathaniel desde el descansillo. Señaló su reloj—. Es hora de irnos. ¿Qué están haciendo?

—No le digan —susurró Sam frenético.

—Vamos a tener que decirle en algún momento —señalo Frankie.

—¿Decirme qué? —Nathaniel apresuró el paso.

Todos saltaron cuando la voz de Anna se elevó detrás de ellos.

—¿Qué están susurrando?

—Nada —dijo Sam y forzó una sonrisa.

—Te vez adorable, querida. —La Sra. Bartley sonrió ampliamente y puso las manos en su pecho—. Si ese hombre tuyo no queda embelesado cuando te vea, pues entonces es un tonto.

Nathaniel entrecerró los ojos hacia ella desde el fondo del grupo. No podía verla, pero estaba seguro de que su futura esposa estaba más que hermosa, y disfrutaría mucho verla... en la iglesia.

—Gracias —sonrió Anna—. ¿Encontraron mi peineta?

Frankie sacudió la cabeza y abrió la boca para decir el problema más grande cuando la Sra. Bartley le agarró la mano y la pellizcó.

—¡Au!

—¿Dice que su peineta de plata se perdió? —La Sra. Bartley pestañeó con rapidez—. Eso es mala suerte. Debemos encontrarla antes de que vayamos o quién sabe qué pueda pasar. —Tiró de Frankie hacia el pasillo y la viuda los siguió con la criada escaleras arriba—. Si no está en tu cuarto debemos intentar en la del Sr. Johnson. —Llevando a la confusa multitud en dirección al cuarto de Sam, le gritó a Anna—: Termine de alistarse y estaremos en seguida.

Anna y Nathaniel se miraron desde ambos lados del pasillo confusos.

—Tu gente es extraña —le dijo.

—¿No tienes idea de qué están tramando?

—No. —Se le acercó con una sonrisa—. Sí sé que estás tan hermosa como para embelesar a un hombre.

Anna retrocedió a su cuarto, al mismo ritmo que él avanzaba, con una sonrisa provocadora en las mejillas. Incluso vestido con tanta fineza, su futuro esposo se veía como un capitán americano: grande, salvaje y un poco indecente. La mareaba de deseo.

—Solo dices eso porque quieres besarme.

—Besarte. Devorarte. Hacerte cosas indecibles. —Estaba casi al alcance.

Ella rio.

—Pronto.

—Ahora.

Un pesado golpe al otro lado del pasillo los distrajo de su persecución y su retirada táctica.

—¿Qué están haciendo allá? —preguntó él.

Ella entrecerró los ojos hacia la puerta cerrada del cuarto de Sam. Una discusión en voz baja retumbaba a través de la puerta, pero no podía discernir las palabras.

—No lo sé, pero es raro.

Violeta subió a la mesa y extendió las patas hacia Nate, agarrando los botones de su chaleco.

Anna jadeó.

—Por supuesto, ya sé dónde está mi peineta. —Se apresuró a la cama y sacó la sabana. Agachándose, espió bajo la cama. Violeta se le unió con los ojos brillantes mirando en la oscuridad. ¿Tienes mi peineta ahí abajo, ladrona?

—Oh, ¿ahí es donde anida estos días? —preguntó Nate, espiando bajo la cama desde el otro lado.



En la penumbra, vio una colección de objetos en la esquina más lejana, lejos del alcance de sus manos y rodillas.

—¿Traerías una vela? —preguntó. La iluminación mostraba un reflejo plateado—. Apuesto a que es eso.

—Bueno, yo no entro allí —dijo Nate— y tú no irás en ese vestido.

Anna giró hacia Violeta.

—Supongo que no irás allí y entregarás tu tesoro, ¿no? —Violeta chilló y tocó los aretes de Anna con dedos curiosos—. Oh, no, no lo harás, pequeña ladrona.

Nathaniel atravesó el pasillo y golpeó la puerta de Sam. La disputa se acalló inmediatamente. Sam abrió ligeramente la puerta.

—¿Sí?

Agarró a su hermano de la manga y lo llevó a la habitación de Anna. El resto lo siguió en un extraño tren de culpabilidad, rezagándose.

—No sé qué diablos está pasando allí, pero necesito que vengas conmigo.

Nate apuntó a la cama.

—Violeta tiene el peine de Anna allí abajo en su nido. Metete ahí y sácalo para que pueda casarme con mi esposa.

—¡Oh! —la expresión de Frankie brilló cuando todo se hizo obvio.

—Asquerosa bandida —le dijo la Sra. Bartley al mapache

—Podría besarte —le dijo Sam al animal y se metió bajo la cama—. Sí —declaró con un grito amortiguado—. Está aquí.

La viuda aplaudió.

—Gracias a Dios.

Sam se retorció para salir y levantó el peine triunfante. Su otra mano estaba hecha un puño y la sostenía en secreto contra el pecho.

La viuda colocó la peineta en el peinado de Anna y sonrió.

—Perfecto. Ahora todo es perfecto.

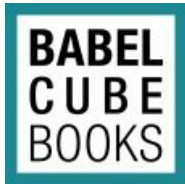
## **Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales**

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!



## ¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



**Tus Libros, Tu Idioma**

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

[www.babelcubebooks.com](http://www.babelcubebooks.com)

---

[1] Baile escocés.